

ROBERT CRAIS

SECUESTRADOS



Lectulandia

Nita Morales no parece muy preocupada cuando contrata a Elvis Cole. Ha recibido una llamada pidiendo un rescate por su hija a la que supuestamente han secuestrado, pero ella está segura de que se trata de un engaño, de que su hija se ha marchado por voluntad propia con su novio y de que los jóvenes solo quieren sacarle dinero: «Cuando creen que un chico las quiere, hasta las chicas más listas hacen estupideces».

Poco después, sin embargo, Elvis Cole y Joe Pike demuestran que Nita no puede estar más equivocada. La joven pareja ha caído en manos de los bajadores, profesionales que no tan solo actúan contra inocentes sino contra otros de su misma calaña. Roban drogas, y armas, y compran y venden personas como si se tratara de objetos. Aquellos que no les reportan beneficios son asesinados sin más.

Después de dar con una serie de indicios que parece que les pueden conducir a las víctimas y a sus captores, Cole y Pike se preparan para el peligroso encuentro pero es entonces cuando la trama dará una vuelta que dejará a los detectives a merced de unos asesinos sin conciencia ni piedad.

Lectulandia

Robert Crais

Secuestrados

Elvis Cole y Joe Pike - 15

ePub r1.0

Titivillus 14.03.2017

Título original: *Taken*
Robert Crais, 2012
Traducción: Ana Herrera

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Aaron Priest, más que un agente, fiel amigo.
Con cariño.

Si te cortas,
sangro yo;
nuestro nombre es amor.
Tattooed Beach Sluts

* * *

PEPITO GRILLO: Eh, ¿adónde vas?

PINOCHO: ¡Voy a encontrarle!

PRÓLOGO

JACK Y KRISTA

Jack Berman rodeó con sus brazos a su novia, Krista Morales, y vio que su aliento se convertía en niebla en el frío aire del desierto. Veinte minutos después de la medianoche, a veinte kilómetros al sur de Rancho Mirage, en la oscuridad impenetrable del desierto Anza-Borrego, el áspero resplandor morado de las luces que surgían del camión de Danny Trehorn los iluminaba. Jack estaba tan enamorado de aquella chica que su corazón latía al mismo tiempo que el de ella.

Trehorn aceleró.

—¿Qué, chicos, venís o qué?

Krista se arrebujó más aún en los brazos de Jack.

—Déjanos un poquito más. Solo nosotros. Sin ellos. Quiero decirte una cosa.

Jack llamó a su amigo.

—Mañana, tío. Nos quedamos por aquí.

—Salimos temprano, tío. Nos vemos a las nueve.

—Nos vemos a las doce.

—¡Nenaza! ¡Te despertaremos a hostias!

Trehorn volvió a meterse en su camión y giró hacia la ciudad, con la *Cabalgata de las valkirias* sonando a todo volumen en su equipo de música. Chuck Lautner y Deli Blake se fueron con el antiguo Land Cruiser de Chuck, muy pegados detrás de Trehorn, iluminando con los faros el Mustang de Jack, que estaba aparcado junto a la antigua carretera del condado, donde el terreno era más liso. Habían acudido para enseñarle a Krista un avión de un traficante de drogas que se estrelló en 1972. Ella quería verlo.

Jack sintió más frío a medida que las luces traseras de los vehículos se alejaban, y el desierto se volvió aún más oscuro. Una delgada luna creciente y un cielo estrellado algo nublado les daban la luz suficiente para verse, pero poco más.

—Qué oscuro —dijo Jack.

Ella no respondió.

—Y qué frío —insistió él.

Krista se apretó más contra el chico, acurrucándose, y ambos miraron a la nada. Jack se preguntó qué estaría viendo ella.

Llevaba toda la noche pensativa, aunque era ella quien los había empujado a ir hasta allí. Sabía que tenía de contarle algo, y eso le daba mala espina. Jack tenía la horrible sensación de que ella podía estar embarazada o de que iba a cortar con él. A Krista le faltaban dos meses para graduarse *summa cum laude* en Loyola Marymount, en Los Ángeles, y había aceptado un trabajo en D. C. Sin embargo, Jack había

abandonado los estudios en la USC.

Él escondió la cara en su pelo.

—¿No estamos bien?

Krista se apartó lo suficiente para examinarle y sonrió.

—No ha habido nunca dos personas que estén mejor que nosotros. Estoy muy enamorada de ti.

—Me habías preocupado.

—Gracias por hacer que Danny nos trajese aquí. Creo que él no quería venir.

—Es un largo camino, si lo has visto ya un millón de veces. Dejamos de venir aquí cuando íbamos al instituto.

Según Trehorn, el Cessna 310 de dos motores se había estrellado con un cargamento de cocaína durante una tormenta de arena una noche de hacía muchos años. Greek Cisneros, un traficante de drogas local, había despejado cactus y rocas suficientes para formar una pista de aterrizaje en medio del desierto, a treinta kilómetros de Palm Springs. Usaba la avioneta para traer cocaína y marihuana de México, casi siempre por la noche. Marcaba los límites de la pista de aterrizaje con unos bidones de gasolina ardiendo. La noche del accidente, el ala derecha tocó el suelo, el tren de aterrizaje se rompió y el ala izquierda se partió por la parte exterior del motor de ese lado. El combustible vertido del tanque roto se incendió y llenó el aire de llamaradas.

Hacía mucho tiempo que habían recogido los motores y el instrumental, para obtener piezas de repuesto, pero el fuselaje roto seguía allí, oxidado, corroído y cubierto por generaciones de grafitis superpuestos e iniciales pintadas con *spray*: «LJ+DF», «Cómeme», «PSHS1».

Krista le cogió de la mano y le llevó hacia la avioneta.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte una cosa.

—¿No puedes contármelo en el coche? Tengo frío.

—No, en el coche no. Es importante.

Jack la siguió a lo largo del fuselaje hacia la cola, preguntándose qué sería eso que quería enseñarle en aquella estúpida avioneta. Se dejó llevar por aquella pista llena de matojos. Krista miró a la oscuridad del desierto. Sus ojos, negros y vivos, brillaban como joyas llenas de luz por las estrellas. Jack le tocó el pelo.

—¿Kris?

Se conocían desde hacía un año, dos meses y dieciséis días. Llevaban cinco meses, tres semanas y once días perdidamente, locamente y desesperadamente enamorados. Él no le contó la verdad sobre sí mismo hasta después de que Krista le declarara su amor. Si él había tenido secretos antes, ella los tenía ahora.

La chica cogió una mano de Jack entre las suyas, mirándole con seriedad.

—Este lugar es especial para mi familia.

Jack no tenía ni idea de qué le estaba hablando.

—¿Una pista de aterrizaje de un traficante de drogas?

—En este lugar, justo aquí, entre las montañas, se puede encontrar a gente que viene desde el sur. Por eso los traficantes de drogas pusieron su pista de aterrizaje aquí. Cuando mi madre tenía siete años, los coyotes la pasaron por el desierto, desde el sur. Mamá, su hermana y dos primos. Aquí los esperaba un hombre con un coche fúnebre. Justo en esta avioneta, para llevarlos a la ciudad.

—¡No jodas!

Krista se echó a reír, pero su risa era inquieta.

—Yo no lo sabía. Me lo dijo hace un par de semanas.

—No me importa.

—Eh. ¿Te estoy contando la memorable historia de mi familia y a ti no te importa?

—Quiero decir que aunque sea ilegal..., indocumentada. ¿A quién le importa?

Krista retrocedió y se lo quedó mirando. De repente lo cogió por las orejas y lo besó.

—Indocumentada, pero no hace falta que te pongas políticamente correcto.

La madre de Krista le había descrito su viaje de doce días a pie, en coches y en un camión de reparto en el que hacía tanto calor que un viejo que viajaba con ellos murió. La última etapa de su viaje la hizo oculta en una camioneta por la noche, más allá del lago Salton; fue un trayecto de veinticinco kilómetros por el desierto hasta el lugar del accidente. El hombre que conducía el coche fúnebre los llevó hasta el aparcamiento de un supermercado en el extremo este de Coachella, donde los esperaba su tío.

Krista miró hacia el sur, en la oscuridad, como si allí pudiera ver las huellas de su madre.

—Yo no estaría aquí si ella no hubiese pasado por este lugar. Ella no habría conocido a mi padre. Yo no te habría conocido a ti. No existiría.

Krista levantó la mirada, su rostro estaba completamente concentrado, *summa cum laude*.

—¿Te imaginas cómo debió de ser aquel viaje? Yo soy su hija y no soy capaz.

En ese momento, Jack oyó un grito muy lejano. Se incorporó, alerta, pero no dijo nada hasta que lo escuchó de nuevo.

—¿Lo has oído?

Krista se volvió cuando el débil sonido de un motor llegó hasta ellos. Dos formas tambaleantes aparecieron bajo la débil luz de las estrellas. Jack los examinó un momento: eran camiones que avanzaban hacia ellos sin luces, a través del desierto. Jack notó un pinchazo de miedo.

—Esto no me gusta nada —le susurró al oído, frenético—. Vámonos de aquí.

—No, no, no... Quiero ver. Sssh...

—Podrían ser traficantes. No deberíamos estar aquí.

—¡Espera!

Ella se lo llevó hasta el lado más alejado de la avioneta. Se agacharon en una

depresión entre los cactus.

Un camión con remolque grande emergió de la oscuridad como un barco que aparece entre la niebla. Iba traqueteando por la franja de tierra llena de matorrales. Se detuvo a menos de treinta metros de distancia. Las luces de los frenos no se encendieron cuando paró. Jack intentó hacerse más pequeño, para pasar desapercibido. Deseaba con todas sus fuerzas haber sacado de allí a Kris.

Un momento más tarde, de la cabina del camión se bajaron dos hombres. El conductor caminó unos pocos metros ante el vehículo, y luego examinó un dispositivo con luz que llevaba en la mano. Estaban tan metidos en el desierto que Jack pensó que probablemente sería un GPS.

Mientras el conductor examinaba el GPS, el pasajero fue a la parte trasera del camión y abrió la caja con un fuerte sonido metálico. El hombre dijo algo en español. Jack oyó unas voces susurrantes mientras las siluetas de algunas personas bajaban del camión.

—¿Qué están haciendo? —susurró Jack.

—Sssh. Es increíble.

—Son ilegales.

—Sssh.

Krista cambió de posición. Jack se encogió con un nuevo brote de miedo. Ella estaba tomando fotos con su teléfono móvil.

—Para. Nos van a ver.

—Nadie nos ve.

La gente que salía se quedaba junto al camión. Parecían confusos. Aparecieron tantas personas que Jack no comprendía cómo podían estar todos metidos allí dentro. Unas treinta personas permanecían de pie entre los matorrales, inseguros, hablando en murmullos con acentos extranjeros que Jack se esforzaba por identificar.

—Eso no es español. ¿Qué hablan, chino?

Krista bajó el teléfono y se esforzó por oír lo que decían.

—Unos pocos hablan español, pero la mayoría parecen asiáticos. Y otra cosa. ¿Árabe, quizá?

El hombre que había abierto el camión volvió a dirigirse al conductor. Le hablaba en español. Jack supuso que eran coyotes, guías que se contrataban para introducir personas en Estados Unidos de un modo ilegal.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó a Krista, que hablaba español perfectamente.

—«¿Dónde demonios están? Se suponía que esos hijos de puta estarían aquí».

El conductor murmuró algo que no entendieron. De repente, se encendieron tres pares de faros coronados por unas lámparas antivuelco, a unos cien metros de la caja del camión. Jack y Krista se asustaron. El desierto que quedaba en medio, con aquellos ásperos relieves, se iluminó. Tres camiones todoterreno avanzaron rugiendo, dando enormes saltos sobre sus desmesurados neumáticos. Los dos coyotes gritaron. Entre la gente surgió un parloteo alborotado. El conductor corrió hacia el desierto. Su

compañero volvió al camión. Salió de él con una escopeta y corrió detrás de su amigo. Dos de las camionetas que llegaban ya iban formando un círculo abierto en torno a la caja del camión, levantando enormes nubes de polvo. El tercero fue a perseguir a los hombres que huían. Se oyeron unos disparos en la oscuridad. La multitud se dispersó en todas direcciones, algunos llorando, otros gritando; algunos volvieron a meterse en la caja del camión, como si allí pudieran esconderse.

Jack tiró de Krista hacia atrás, y luego saltó y echó a correr.

—¡Corre! ¡Vamos, corre!

El chico corrió hacia el Mustang, pero enseguida se dio cuenta de que Krista no le seguía. Hombres con porras y escopetas saltaron de las furgonetas y empezaron a perseguir a la gente que trataba de huir. Krista estaba todavía entre los cactus, tomando fotos.

Jack iba a gritar para llamarla, pero se contuvo; no quería delatarse. Él y Krista estaban fuera de la luz, ocultos por la oscuridad. Se arriesgó a lanzar un agudo susurro:

—¡Kris...!

Ella negó con la cabeza, diciéndole que estaba bien, y siguió haciendo fotos. Jack volvió a su lado y le cogió del brazo, con fuerza.

—¡Vamos!

—Vale. De acuerdo...

Empezaban a levantarse cuando unas mujeres asiáticas dieron la vuelta alrededor de la cola de la avioneta y pasaron a menos de diez metros de distancia.

Un hombre con una escopeta dio la vuelta a la cola tras ellas, gritando en español. Jack se preguntó si esas pobres mujeres entenderían lo que les decía. El tipo se detuvo y se quedó absolutamente quieto, como si fuera una figura de cartón recortada contra el cielo nocturno.

Jack contuvo el aliento y rezó. Se preguntaba por qué aquel individuo estaba tan quieto. Entonces vio que llevaba unos prismáticos de visión nocturna.

Los estaba mirando.

En el paisaje desértico iluminado por las estrellas, donde nadie podía oír los disparos, el hombre levantó la escopeta y apuntó a Jack Berman.

PARTE 1

ELVIS COLE: SEIS DÍAS DESPUÉS DE SER SECUESTRADOS

Cuando la gente llama a un investigador privado porque alguien a quien quiere ha desaparecido, especialmente un niño, el miedo burbujea en su voz como manteca hirviendo. Cuando Nita Morales llamó aquella mañana porque su hija había desaparecido, no parecía asustada. Más bien estaba irritada. La señora Morales se ponía en contacto conmigo porque *Los Angeles Times Magazine* había publicado un artículo sobre mí hacía ocho semanas, en relación, de nuevo, con un caso en el que había exonerado a un hombre inocente acusado de múltiples homicidios. La gente de la revista vino a mi despacho, tomaron un par de buenas fotos y acabaron haciendo que pareciese un cruce entre Philip Marlowe y Batman. Si yo hubiera sido Nita Morales, también me habría llamado.

Su negocio, Deportes y Promociones Hector, estaba en el lado este del Los Angeles River, junto al puente de la Sexta; no estaba lejos de donde las gigantes hormigas radiactivas surgían de las alcantarillas para que James Arness las friera, en aquel clásico de 1954, *La humanidad en peligro*. Ahora era una zona de almacenes, pero no menos peligrosa. Los edificios estaban repletos de garabatos y grafitis, así como de carteles que advertían a todos los empleados que cerraran sus coches. Las ventanas estaban cubiertas por barras de acero y el alambre de espino remataba los tejados, pero no para alejar a las hormigas precisamente.

Aquella mañana de primavera, a las 8.55, una niebla baja llenaba el cielo con un resplandor tan brillante que tuve que guiñar los ojos detrás de las gafas Wayfarer al buscar la dirección. Deportes y Promociones Hector estaba en un edificio nuevo, con una verja con puerta y una cadena de tres metros cerrando su aparcamiento.

Un joven latino, de anchos hombros y ojos turbios, salió cuando me acerqué, como si hubiera estado esperándome.

—¿Es usted el hombre de la revista?

El hombre de la revista.

—Eso es. Elvis Cole. Tengo una cita a las diez con la señora Morales.

—Voy a abrir la verja. ¿Ve el espacio vacío donde pone «Entregas»? Pues aparque ahí. Será mejor que suba la capota y lo cierre.

—¿Cree que estará seguro?

Ahí estaba yo con mi sonrisa irónica ante sus exageradas precauciones de seguridad.

—Claro. Solo roban los coches limpios.

Y ahí estaba él poniéndome en mi sitio.

Meneó la cabeza tristemente cuando pasé a su lado.

—Si yo tuviera un Vette antiguo como este, le demostraría un poco de cariño. Para empezar, le quitaría esas abolladuras.

Otra vez, restregándomelo por las narices. Mi Corvette Stingray Jamaica amarillo descapotable de 1966 es todo un clásico. Y normalmente está sucio.

Cerró la puerta del aparcamiento detrás de nosotros, me dijo que era el ayudante de Nita Morales y me condujo al interior. Pasamos a través de un despacho exterior con un mostrador para los clientes. Vi a un hombre y una mujer en sendos escritorios. Ambos me miraron al pasar. El tipo levantó el número dominical de la revista con mi artículo. Un poco violento.

Pasamos por una puerta a la planta baja donde quince o veinte personas manejaban unas máquinas que cosían logos en gorras de béisbol e imprimían fotos en tazas. Nita Morales tenía un despacho acristalado en el extremo más alejado de la tienda, donde podía ver la planta y todo lo que ocurría allí. Nos vio llegar y salió de detrás de su escritorio para saludar al hombre de la revista. Una sonrisa tensa. La mano seca. Muy profesional.

—Hola, señor Cole, soy Nita. Es usted como en la foto.

—¿Se refiere a la foto en la que parezco idiota o a en la que parezco confundido?

—En la que parece usted un detective listo y decidido que hace bien su trabajo.

Enseguida me cayó bien.

—¿Le gustaría tomar algo? ¿Café, un refresco?

—No, gracias, estoy bien.

—Jerry, ¿dónde está la bolsa de promoción? La has dejado aquí, ¿no?

Jerry, el ayudante, me tendió una bolsa blanca de plástico.

—Le hemos hecho un pequeño regalo esta mañana. Aquí, mire.

En la bolsa había una camiseta grande y una gorra de béisbol a juego. Sonreí al ver la gorra y luego levanté la camiseta. En la parte delantera habían serigrafiado, en letras negras y rojas: ELVIS COLE AGENCIA DE DETECTIVES; debajo con letras más pequeñas ponía: EL MEJOR DETECTIVE DEL MUNDO. Habían cosido un emblema igual en la gorra.

—¿Le gustan?

—Me encantan.

Las volví a guardar en la bolsa.

—Todo esto está muy bien, pero aún no he accedido a ayudarla. Lo comprende, ¿verdad?

—Lo hará. Usted la encontrará. No será difícil para el mejor detective del mundo. Aquello lo había sacado de la revista.

—Lo del mejor detective del mundo era una broma, señora Morales. El chico que escribió el artículo lo mencionó como si lo hubiese dicho en serio, pero era una broma.

—Tengo que enseñarle unas cosas. Deme un segundo. Voy a buscarlas.

Despachó al ayudante y volvió a su escritorio mientras yo echaba un vistazo por allí. Los estantes de la pared de enfrente de su escritorio estaban llenos de jarritas, tazas, muñecos que movían la cabeza, camisetas, gorras, juguetitos y docenas de

artículos de promoción. ¿Que querías camisetas para el equipo de fútbol de tu hijo? Ellos te las podían hacer. ¿Que querías el nombre de tu agencia de seguros impresa en tazas de plástico baratas para la barbacoa de los Caballeros de Colón? Sin problema. Fotos de equipos de jóvenes llenaban la pared, con todos los chicos vestidos con camisetas hechas por Deportes Hector.

—¿Quién es Hector? —pregunté.

—Mi marido. Creó la empresa hace veintidós años. Al principio estampaba camisetas. Ahora la llevo yo. Cáncer.

—Lo siento.

—Yo también. El próximo junio hará siete años.

—Debe de dirigir la empresa muy bien. Parece que el negocio funciona.

—Nadie se hace rico, pero nos las apañamos. Aquí, sentémonos.

Dio la vuelta al escritorio para que pudiéramos sentarnos juntos en unas sillas de metal. Nita Morales tenía cuarenta y tantos años: era de constitución recia y llevaba una falda azul clásica de mujer de negocios y una camisa blanca con volantes. Su pelo, negro y liso, no mostraba ninguna cana, y enmarcaba bien su ancho rostro. Llevaba las uñas muy cuidadas y todavía lucía el anillo de boda, y eso que su marido había muerto hacía casi siete años.

Me tendió una foto.

—Esta es la persona a la que tiene que buscar. Esta es Krista.

—Aún no he dicho que sí, señora Morales.

—Pero lo hará. Mire.

—No hemos hablado del precio.

—Mírela.

Krista Morales tenía la cara en forma de corazón, la piel dorada y una sonrisa que hacía que le saliera un hoyuelo en la mejilla derecha. Los ojos eran de un marrón oscuro, chocolate, y el pelo brillaba con ese brillo negro y profundo del ala del cuervo, al sol. Sonreí al ver la foto y se la devolví.

—Qué guapa.

—Y lista. Va a graduarse *summa cum laude* dentro de dos meses en el Loyola Marymount. Luego irá a trabajar a Washington como ayudante de un congresista. Después, quizá llegue a ser la primera presidenta latina; ¿qué le parece?

—Uf. Debe de estar orgullosa.

—Más que orgullosa. Su padre y yo ni siquiera fuimos al instituto. Yo no aprendí a hablar inglés hasta los nueve años. Este negocio lo creamos a base de mucho sudor y con la ayuda de Dios. Krista... —fue enumerando con la punta de los dedos—: la nota media más alta de su clase, editora del periódico de los estudiantes, Sociedad Nacional de Honor, miembro de Phi Beta Kappa. Esta chica está haciendo realidad nuestros sueños. —De repente se detuvo y miró a través de la pared de cristal hacia la tienda. A pesar del ángulo, vi que le brillaban los ojos—: Son buena gente, pero hay que vigilarlos.

—Ya veo. Tómese su tiempo.

Se aclaró la garganta mientras se rehacía. La cara de Nita Morales se ensombreció y pasó del brillo del orgullo al cielo plomizo de una tormenta. Dejó a un lado la foto de su hija y me tendió una hoja en la que aparecía un nombre y una dirección de Palm Springs. El nombre era Jack Berman.

—Se fue a Palm Springs hace siete días. Con un chico. Su novio.

Dijo «novio» como si quisiera decir «error».

Describió al tal Jack, y no había nada bueno que decir. Un rebotado de la USC sin trabajo y con poco futuro. Justo el tipo de chico que podía hacer descarrilar las ambiciones de su hija.

Miré la dirección.

—¿Vive en Palm Springs?

—En algún lugar de Los Ángeles, creo. Su familia tiene una casa en Palm Springs, o quizá pertenezca a algún amigo; en realidad, no lo sé. Krista no me ha hablado mucho de él.

Una historia muy vieja. Cuanto menos le contara Krista, menos podría criticar ella. Dejé la dirección a un lado.

—Vale. ¿Cómo ha desaparecido?

—Se fue a pasar el fin de semana. Eso es lo que me dijo, y siempre me dice adónde va y el tiempo exacto que tardará en regresar. Pero lleva una semana fuera, y no me devuelve las llamadas ni los mensajes, y sé que es por ese chico.

Ese chico.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos Krista y ese chico?

Al pensarlo, pareció ponerse mala.

—Seis o siete meses. Solo he hablado con él dos o tres veces, pero no me gusta. Tiene una actitud que...

Dijo «actitud» como si quisiera decir «enfermedad».

—¿Viven juntos?

El rostro de ella se ensombreció más aún.

—Krista comparte un apartamento cerca del campus con una chica. No tiene tiempo para ese chico.

Pero tuvo tiempo para ir a Palm Springs. Ya había visto aquella historia quinientas veces, y sabía adónde conducía. La hija buena que se rebela contra la madre dominante.

—Señora Morales, las mujeres de veintiún años salen con sus novios. A veces, si se lo están pasando muy bien, apagan el teléfono y se quedan unos días más. A menos que tenga motivos para creer lo contrario. Eso es todo. Volverá.

Nita Morales me miró un momento como si estuviera decepcionada. Cogió su *smartphone* y tocó la pantalla.

—¿Sabe usted español?

—Algunas palabras, pero, en realidad, no.

—Se lo traduciré. Es la segunda llamada. Lo grabé...

La voz de Nita Morales salió del diminuto altavoz al contestar a la llamada entrante.

—Krista, ¿eres tú? ¿Qué está pasando ahí?

Una mujer joven habló a toda velocidad en español. La interrumpió la voz de Nita.

—Habla en inglés. ¿Por qué haces eso?

La joven cambió a un inglés marcado con un fuerte acento.

—Mamá, ya sé que quieres que practique el inglés, pero no sé...

Volvió a soltar un torrente de palabras en español. Nita apretó el botón de pausa.

—Está fingiendo. Ese acento exagerado, el inglés mal hablado... Mi hija no tiene acento. No habla así.

—¿Qué está diciendo?

—Ha empezado diciendo que están preocupados porque no han conseguido el dinero.

—¿Quiénes?

Ella levantó un dedo.

—Escuche...

Volvió a ponerlo en marcha. Una voz masculina y joven ocupó el lugar de Krista; también hablaba español. Sonaba calmado y razonable, y habló varios segundos antes de que Nita presionara la pausa.

—¿Ha entendido algo?

Negué con la cabeza, algo violento.

—Dice que tiene que cubrir los gastos. Quiere que le dé quinientos dólares. Promete que, en cuanto consiga el dinero, volveré a tener a Krista en casa.

Me incliné hacia delante.

—¿Qué ha pasado? ¿La han secuestrado?

Nita levantó los ojos hacia el cielo e hizo un gesto de desdén.

—Claro que no. El resto también está en español. Le contaré lo que dicen.

—No, póngalo. Quiero oír el contenido emocional.

Volvió a sonar la grabación. Nita interrumpía repetidamente. El hombre seguía tranquilo. Esperaba cada vez que ella le interrumpía, y luego seguía como si estuviera leyendo un guion.

Cuando acabó, Nita arqueó las cejas.

—Se disculpaba por pedirme el dinero. Me decía adónde tenía que enviárselo por transferencia, y me prometía cuidar bien a Krista mientras esperaban. Y luego me ha dado las gracias por ser tan comprensiva.

Dejó caer el teléfono al escritorio. Plonc.

—Es una petición de rescate. Parece que la han secuestrado.

Nita Morales hizo un gesto de desdén otra vez.

—Él la ha incitado a hacer esto para poder casarse.

—¿Está segura?

—No se secuestra a alguien por quinientos dólares. Quinientos dólares es lo que te dice que pidas el idiota de tu novio cuando necesita dinero. ¿Y todo eso del español y hablar mal en inglés? Es absurdo.

—¿Les ha pagado?

—La primera vez no. Pensaba que era una broma. Pensaba que ella volvería a llamar riéndose.

—Pero no ha vuelto a llamar riéndose.

—Ya lo ha oído. Quería comprobar si ella volvería a casa, así que he pagado. Pero Krista aún no ha llamado, y eso fue hace cuatro días. Creo que han usado el dinero para casarse.

En principio, no me pareció que Krista Morales fuera la clase de persona que tuviera que sisar a su madre unos pocos dólares, pero nunca se sabe.

—¿Por qué ha fingido que hablaba mal el inglés?

—Ni idea.

—Pero ¿cree que está fingiendo que la han secuestrado para birlarle a usted quinientos dólares?

Se le formaron hoyuelos en la boca al fruncir el ceño: eran como nudos tensos. Al cabo de un momento se ablandaron.

—Hasta las chicas más listas cometen estupideces cuando creen que un chico las quiere. Yo estaba tan preocupada que cogí el coche y fui a verla, pero no estaban en aquella casa. Esperé casi cuatro horas, pero nada. Dejé una nota. Es posible que se hayan ido a Las Vegas.

—¿Ha llamado usted a la policía?

Ella se puso tensa y su cara se endureció.

—Claro que no. Krista tiene toda la vida por delante..., unas posibilidades que nadie en mi familia habría soñado jamás. No pienso arruinar su futuro por una tontería como esta. No pienso dejar que tire su vida por la ventana haciendo cualquier estupidez.

—Si lo que cree es verdad, Berman podría estar implicado en algo más serio.

—Por eso quiero que la encuentre. El hombre sobre el que escribieron el artículo, ese salvaría el futuro de mi chica.

—Si está casada, no puedo hacer nada. No puedo obligarla a volver, si no quiere.

—No tiene que traerla. Simplemente encuéntrela y dígame qué ha pasado. ¿Me ayudará, señor Cole?

—Eso es lo que hago.

—Ya me lo imaginaba. No es usted el mejor detective del mundo por nada.

Sonrió ampliamente, se metió detrás de su escritorio y cogió un talonario de cheques verde.

—Le pagaré cinco mil dólares si la encuentra. ¿Le parece justo?

—Le costará mil al día, y empezaremos con un anticipo de dos mil. Los gastos

corren de mi cuenta. Ahorrará usted dinero.

Ella sonrió más aún, con la pluma en la mano.

—Le pagaré diez mil si le mata.

Yo le sonreí, ella me devolvió el gesto. Ninguno de los dos se movió ni habló. Fuera las enormes máquinas de coser gemían como coyotes que no pararan de aullar, mientras cosían parches a las gorras de béisbol.

Ella se inclinó para hacerme el cheque.

—Era broma. No lo decía en serio.

—Como con lo de que soy el mejor detective del mundo.

—Exacto. ¿Cuándo puede ir a Palm Springs?

—Empezaré por su piso, el de su hija. Está más cerca.

—Usted es el detective. Sabrá mejor lo que hay que hacer.

Rellenó el cheque, lo arrancó del talonario y luego me tendió un sobre grande de papel marrón.

—He reunido unas cuantas cosas que quizá le vayan bien. La dirección de Krista, su número de teléfono, una foto, el recibo del dinero que transferí... Esas cosas.

—Bien. Gracias.

—¿Algo más?

—No, ya está bien. Empezaré con su compañera de piso. Quizá pueda llamarla, para avisarla de que voy...

—Ah, puede hacer algo mejor que eso. —Recogió un bolso rojo de piel y fue hacia la puerta—. Tengo una llave. Entraremos en su piso y se la presentaré.

—Lo siento, señora Morales. Preferiría ir solo.

Sus ojos se volvieron más oscuros, más duros.

—Quizá sea usted el mejor detective del mundo, pero yo soy la mejor mamá del mundo. No se olvide de su bolsa.

Y salió sin esperar.

La de Loyola Marymount era una universidad de jesuitas con una gran reputación académica. Krista había conseguido una beca completa para los cuatro años, que cubría su alojamiento en un apartamento compartido de dos habitaciones, a solo siete manzanas del campus, lo más lejos posible del centro de Los Ángeles. Estaba a dos kilómetros y medio de la playa, y cerca de Marina del Rey.

La mejor madre del mundo y yo fuimos cada uno en nuestro coche, cogimos la I-10 y seguimos en caravana hacia el oeste, atravesando la ciudad. Nita había llamado a la compañera de piso de Krista, de modo que Mary Sue Osborne volvió pronto a casa de las clases. Cuando llegamos, nos estaba esperando.

Mary Sue era pálida y redondita, con muchas pecas, los ojos azules y unas gafas pequeñas de montura metálica. Llevaba un top azul, pantalones cargo de color marrón claro y chanclas, y el pelo color castaño claro y con trenzas.

Me miró por encima de las gafas mientras nos dejaba entrar.

—Eh.

—Eh también.

—¿Es usted de verdad el mejor detective del mundo?

—Era una broma.

Nita la puso al corriente por el camino. Krista y Mary Sue llevaban dos años como compañeras de piso, y trabajaban juntas en el periódico estudiantil desde hacía cuatro. Eso resultaba obvio en cuanto entramos. Vi largas hileras bien ordenadas de portadas del diario semanal de los estudiantes clavadas con chinchetas en las paredes, junto con un póster de la película *Todos los hombres del presidente*.

Me quedé mirando la pared un buen rato.

—Vaya, es increíble. ¿Este es vuestro periódico?

—Yo soy la directora editorial. Kris es redactora jefe. La *capo di tutti capi*.

Eso se llamaba establecer una buena relación, pero Nita estropeó el momento.

—No tenemos tiempo para esto, Mary. ¿Sabes algo de ella?

—No, señora. Todavía no.

—Cuéntale lo de ese chico.

Mary Sue hizo una especie de encogimiento de hombros inescrutable.

—¿Qué quiere saber?

—¿Convenció a Krista para que se casara con él? ¿Está metido en algún delito?

—preguntó Nita.

Yo me aclaré la garganta.

—¿Recuerda que le dije que prefería venir solo?

—Sí.

—Pues es por esto. Quizá Mary Sue y yo deberíamos hablar en la habitación de

Krista. A solas.

Nita Morales me miró como si de repente hubiera cambiado de opinión con respecto a eso de que yo fuera el mejor detective del mundo, pero se fue a la cocina.

—Estaré aquí fuera si me necesita, mandando mensajes a Kris y rezando para que me conteste.

Bajé la voz mientras seguía a Mary Sue por un pequeño vestíbulo hasta la habitación de Krista.

—No le gusta mucho ese chico.

—No me joda, Sherlock.

La habitación de Krista era pequeña, pero bien amueblada. Había una cama individual, una cómoda con cajones y un gastado volumen en rústica de George R. R. Martin boca arriba en su almohada. Un escritorio en forma de «L» con ordenador, impresora, botes de lápices y bolígrafos, y, ordenados, montones de listados llenaban el rincón opuesto. En las paredes, en unos tableros grandes de porexpán por encima del escritorio, había clavadas muchas fotos de sus amigos.

Mary Sue me vio examinar las fotos.

—El Muro de la Infamia. Así lo llamamos. Esta soy yo. Señaló una foto de sí misma con un enorme sombrero blando.

—¿Está aquí Berman?

—Sí, claro. Aquí.

Me mostró una foto de cerca de un joven con el pelo oscuro y corto, la cara delgada y una camiseta gris. Estaba de pie con las manos metidas en los bolsillos de atrás del pantalón, mirando a la cámara como si no quisiera que le tomaran aquella foto. En total, Berman aparecía en seis fotos. En una de ellas se apoyaba en la parte trasera de un Mustang plateado de último modelo. La matrícula estaba algo borrosa, pero era legible: 6KNX421. Cuando Mary Sue confirmó que aquel era el coche de Berman, copié la matrícula y luego cogí la foto donde se veía a Berman de cerca.

—Me llevo esta.

—Le echaré la culpa a Nita. Llévese la que quiera.

—¿Piensas que Nita tiene razón?

—¿Sobre qué?

—El matrimonio.

—No, imposible. Están muy unidos, pero ella está flipando con lo de trasladarse a D. C. La he oído hablarlo con él por teléfono. Mucha gente lleva su relación a distancia.

—¿Y por qué no ha vuelto?

Mary Sue se subió a la cama de Krista y cruzó las piernas.

—Tío. En realidad, el curso se ha acabado. Sí, Kris tendría que haber vuelto el domingo, pero las clases terminaron hace semanas. Iba a escribir un artículo para el periódico, pero si están desmadrándose un poco en Margaritaville, ¿por qué no disfrutarlo? Eso es lo que haría yo si tuviera un noviete con el que ir.

—¿Así que no estás preocupada?

La chica frunció el ceño mientras lo pensaba.

—No como Nita, pero un poco sí. Es raro que no me haya devuelto los mensajes, pero están por ahí en Palm Springs. A lo mejor no tiene cobertura.

Lo de la mala cobertura era poco probable. Uno no está perdido y sin dar señales de vida durante una semana por no tener cobertura en el móvil. Pensé en contarle lo de la petición de un rescate de quinientos dólares, pero Nita me había pedido que le ahorrara la vergüenza a Krista.

—¿Berman es ese tipo de tío que se vería envuelto en algo raro?

—No lo conozco. No sé, pero lo dudo.

La miré, sorprendida.

—¿Estás de broma?

—Si conociera a Kris, me entendería. Es la persona más recta del mundo entero.

—No quería decir eso. Quería decir que... ¿cómo es que no lo conoces? Llevan juntos más de un año.

Ella se encogió de hombros.

—Nunca ha estado aquí cuando yo estaba, y nunca entra.

—¿Ni siquiera cuando viene a recogerla?

—El aparcamiento aquí es horrible. Es ella la que siempre va a buscarle a su coche.

—¿Y nunca aparece por aquí?

—No, Krista va al piso de él. No comparte el cuarto con nadie.

Nita apareció en la puerta, con aire tenso e irritado.

—No puedo sentarme ahí sin hacer nada. Voy a mirar en el baño y en su armario. Si planeaba quedarse más tiempo, quizá lo sepa viendo lo que se ha llevado.

—Buena idea.

En realidad, no pensaba que fuese una buena idea, pero así se mantendría ocupada. Desapareció en el baño. Me volví al Muro de la Infamia de Krista, para mirar la foto de Berman y su Mustang. Quizás hubiesen vuelto el domingo, como ella prometió, solo que había seguido la fiesta quedándose con él.

—¿Sabes dónde vive?

—No. Creo que es en Brentwood, o uno de esos sitios de los cañones, pero no estoy segura.

—¿No tiene Krista una agenda de direcciones o algo parecido?

—En el teléfono, claro. Nadie usa las de papel. A lo mejor tiene una lista de contactos en su ordenador, pero está cerrado. Hace falta la contraseña.

—Vale. ¿Y si me ayudas a mirar entre sus cosas? Un sobre con una tarjeta de cumpleaños o algo puede darnos una dirección. Una nota escrita a mano en un papel, algo así.

—Vale. Claro.

Mary Sue encendió el ordenador del escritorio de Krista, y yo empecé por donde

estaban los papeles. Fui revisando los listados y los recortes, buscando algo útil sobre Berman o el viaje de ambos a Palm Springs. La mayoría de los listados eran artículos sobre inmigración ilegal, fosas comunes en México y el poder creciente de los carteles mexicanos. Varios eran entrevistas con activistas de inmigración y figuras políticas. Algunos fragmentos de texto de casi todos los artículos estaban subrayados en amarillo, pero ninguna de las notas que encontré era acerca de Jack Berman, sobre capillas para bodas rápidas o Las Vegas. La mayoría parecía tratar de lo que tenía entre manos: «¿Quién hace dinero? ¿De dónde vienen? ¿Quién está implicado?».

Mary Sue se acercó para ver lo que estaba haciendo.

—Es una investigación para su editorial. No encontrará nada ahí.

—Nunca se sabe. La gente toma notas en cualquier cosa que tiene a mano.

—Sí, supongo...

—¿Este es el artículo que iba a terminar el domingo por la noche?

—Sí. Es sobre inmigración ilegal y política de inmigración. Se metió mucho en ese rollo hace un par de semanas.

Nita apareció en la puerta.

—¿Qué estaba haciendo?

Mary Sue lo repitió.

—Escribiendo su editorial. Su último editorial. Llevaba trabajando en él un par de semanas.

La mujer entró y cogió los artículos. Tenía la cara tan arrugada al leer que parecía un montón de toallas dobladas.

—¿Hizo el equipaje para un viaje largo o para un fin de semana? —pregunté.

Nita no respondió.

—¿Señora Morales?

Ella me miró, pero sus ojos estaban vacíos, como si no consiguiera verme. Le costó un segundo entero responder.

—Todo va bien.

Retrocedió, parpadeó tres veces, luego se fue. Solo supimos que se había ido del piso cuando oímos cerrarse la puerta delantera.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Mary Sue.

Pensé en los artículos que había subrayado Krista y luego miré a la chica.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Claro. Para eso estamos.

—Sigue buscando. Busca algo que nos indique adónde ha ido Krista, o por qué, y dónde y cómo encontrar a su novio, ¿vale?

—Vale. Claro.

Le di mi tarjeta y la dejé allí, en la habitación de Krista. Encontré a Nita Morales sentada detrás del volante de su coche. Llevaba las gafas de sol puestas, pero no había puesto en marcha el motor. Sujetaba el volante en la posición de las dos menos diez y miraba fijamente al frente.

Me metí en el asiento del pasajero y dije con una voz muy suave:

—¿Se encuentra bien?

Ella negó con la cabeza.

—Cuéntemelo.

Nita me miró desde el otro lado de su coche aquel día primaveral, una distancia demasiado cercana para algunos clientes, pero muchos kilómetros demasiado alejada para otros. Parecía que circulábamos a toda velocidad, pero ni siquiera nos movíamos.

—No soy residente legal en los Estados Unidos. A mi hermana y a mí nos enviaron aquí cuando yo tenía siete años y ella nueve. Vinimos a vivir con un tío mío que estaba aquí legalmente, con visado de trabajo. Desde entonces vivo aquí de forma ilegal. Ahora estoy aquí ilegalmente.

—¿Puedo preguntarle por qué me lo cuenta?

—Por lo que ha dicho Mary Sue. De que fue Krista la que empezó todo esto hace dos semanas.

—Usted se lo dijo hace dos semanas.

—No es algo que se le cuente a una niña, pero ahora ya tiene casi veintiún años, y tiene ese trabajo en Washington. Pensé que debía saberlo. Para poder protegerse.

—¿Y ella reaccionó mal?

—No lo creo, pero sí que se preocupó cuando discutimos lo que ocurriría si se supiera.

Yo no es que fuera un experto en inmigración, pero cualquiera que viva en el sur de California se vuelve un poco versado en el asunto.

—¿Tiene usted antecedentes penales?

—Claro que no.

—¿Se ha visto implicada en alguna actividad criminal?

—Por favor, no se ría de este asunto.

—No, Nita; no me río. Estoy intentando decirle que el ICE no va a llamar a su puerta. ¿Teme que Krista haya hecho lo que sea que haya hecho porque usted le contó eso?

—Le había mentado.

—Usted misma lo ha dicho. No es algo que se le pueda decir a un niño.

Ella cerró los ojos con fuerza, mientras agarraba el volante.

—Supongo que debe de estar avergonzada. Una chica que consigue un trabajo en el Congreso, y resulta que su madre es una espalda mojada.

Intentó rehacerse, pero la convulsionó un sollozo. Se cubrió la cara con las manos. Yo me apoyé en el salpicadero y la abracé. Era un poco extraño abrazarla de aquella manera, pero la sujeté hasta que ella se incorporó.

—Lo siento. No pensé que sería así. No sé qué hacer.

—No tiene que hacer nada. El mejor detective del mundo se encarga a partir de ahora.

Una diminuta sonrisa aleteó en sus labios.

—Pensaba que no le gustaba que le llamaran así.

—He hecho una excepción para que usted se sienta mejor.

Me examinó un momento, luego cogió su bolso y se lo puso en el regazo.

—No le he contratado por lo del artículo. Sí que busqué informes, pero fue su foto lo que me llamó la atención. Leí el artículo por la foto. Esa en la que está usted con su reloj.

—Pinocho.

—El muñeco que quería ser niño.

El artículo lo ilustraban dos fotos. La primera era una mía de cerca, hablando por teléfono, sentado en mi escritorio. La segunda ocupaba toda la página, y yo estaba de pie, apoyado en la pared. Llevaba una sobaquera, gafas de sol y una bonita camisa estampada de Jams World. La sobaquera y las gafas de sol fueron idea del fotógrafo. Con ellas parecía un gilipollas. Pero mi reloj de Pinocho estaba en la pared, detrás de mí, sonriendo como siempre a todo aquel que entra en mi despacho. Mueve los ojos de un lado a otro cuando hace tictac. El fotógrafo pensó que daría colorido.

Nita sacó algo del bolso, pero no vi qué era lo que llevaba.

—Mi tío tenía un reloj como el suyo. Nos hablaba de Pinocho, el muñeco que tenía un sueño imposible.

—Ser un niño de carne y hueso.

—Soñaba con una vida mejor. Por eso estábamos aquí nosotros.

—Parece que su tío era un buen hombre.

—El tictac del reloj me acunaba para dormir. ¿Sabe lo que dice la gente de las olas? Pues el tictac fueron mis olas en Boyle Heights, cuando tenía siete años. Me encantaba aquel reloj. Día y noche, Pinocho nos recordaba que debíamos trabajar para conseguir nuestros sueños. ¿Lo ve? —Entonces abrió la mano—. Me dio esto cuando tenía siete años.

Me mostró una figura de plástico muy desgastada de Pepito Grillo, con la pintura azul de su sombrero de copa descascarillada y estropeada. La conciencia de Pinocho.

—Cuando vi ese reloj en la foto, pensé que no éramos tan distintos.

Me puso la figurita en la mano.

—No puedo aceptarlo.

—Devuélvame cuando encuentre a mi niña.

Me guardé el grillo en el bolsillo y salí de su coche.

JOE PIKE: ONCE DÍAS DESPUÉS DE QUE FUERAN SECUESTRADOS

DENNIS ORLATO

Su trabajo era hacer desaparecer los cuerpos.

A treinta y cinco kilómetros al oeste del lago Salton, a doscientos sesenta kilómetros al este de Los Ángeles, el polvo amarillo formaba una inmensa cola de gallo tras ellos mientras el Escalade iba corriendo por el desierto, al anochecer. El equipo de música retumbaba de tal manera que podían oír música mala a pesar del viento de ciento treinta kilómetros por hora. Además, llevaban las ventanillas bajadas para eliminar el mal olor.

Dennis Orato, que conducía, quitó la música mientras comprobaba el GPS.

Pedro Ruiz, el hombre del asiento del pasajero, movía la escopeta del calibre 12, toqueteando el cañón como si fuera su segundo pene.

—¿Qué estás haciendo? Vuélvela a poner.

A Ruiz, que era un colombiano con labio leporino mal arreglado, le gustaban los *narcocorridos*, esas canciones que idealizaban la vida de los traficantes de drogas y de los guerrilleros latinoamericanos. Orato era mexicano-estadounidense de sexta generación, de Bakersfield, y pensaba que aquellas canciones eran estúpidas.

—Estoy buscando el desvío. Si nos lo perdemos, nos quedaremos aquí toda la noche —dijo Orato.

En el asiento de atrás, Khalil Haddad se inclinó hacia delante. Haddad era un camello yemení delgado y oscuro, que se dedicaba a introducir khat en México, hasta que los carteles le cerraron el negocio. Ahora trabajaba para el Sirio, como Orato y Ruiz. Orato estaba seguro de que Haddad les ponía a parir cuando hablaba con el Sirio, de árabe a árabe. Odiaba a aquel hijo de puta.

—Un kilómetro y pico, menos de dos. No tiene pérdida —dijo Haddad.

Cuando llegaron al desvío, Orato puso a cero el cuentakilómetros y siguió otros cuatro kilómetros hasta el principio de una carretera estrecha de tierra. Luego se detuvo de nuevo para escrutar el terreno que tenía delante. Tres paredes de roca que se desmoronaban brotaban de entre los arbustos, a menos de un kilómetro y medio de distancia, y aquello era lo único que quedaba de un cobertizo de suministros abandonado por los mineros de bauxita antes de que cambiase el siglo. Orato y Ruiz abrieron sus portezuelas y se subieron a los asientos para escrutar la oscuridad cobriza con unos prismáticos.

El desierto que los rodeaba era completamente llano, kilómetros y kilómetros, solo roto por algunas rocas y matorrales demasiado bajos para ocultar un vehículo. En la carretera de tierra por la que iban solo se veían las huellas de sus propios neumáticos, hechas tres días antes, y ninguna pisada. Al verlo, Orato volvió a

sentarse detrás del volante. Ningún otro coche, camión, motocicleta, persona o todoterreno había pasado por aquella carretera.

—Bien. Vamos.

Dos minutos más tarde aparcaron junto a los muros y se pusieron a trabajar. Era un trabajo desagradable y peligroso, justo antes de anochecer. Era mejor hacerlo antes de que desapareciera toda la luz. Se quitaron las camisas y las armas, y se pusieron los guantes, mientras Haddad abría la portezuela de atrás. Las dos mujeres y el hombre eran los últimos de un grupo de la India, *pollos* que iban de camino hacia el Pacific Northwest, pasando a través de México desde Brasil y Centroamérica. Al cruzar la frontera hacia Estados Unidos, los habían secuestrado para pedir un rescate. Cuando su familia había dejado de pagar, les habían pegado un tiro en la nuca. Los tres cadáveres estaban envueltos en plástico y olían a gas agrio. Orlato los sacó de debajo de los trozos de alfombra que los cubrían y los dejó en el suelo. Ruiz y Haddad arrastraron un cuerpo cada uno hasta una oquedad irregular en el arroyo que quedaba detrás de las ruinas. Orlato arrastró el último. Con aquellos tres, ya habían depositado allí once cuerpos en los últimos nueve días. Su trabajo en ese lugar, al oeste del lago Salton, había concluido.

Mientras Orlato arrastraba el último cuerpo, Ruiz señaló hacia el agujero.

—Mira esa mierda. ¿Qué quieres hacer?

Un animal se había metido entre los cuerpos y había abierto el plástico. Ahora, una mano de hombre sobresalía de la abertura.

—Traed la sosa —dijo Orlato.

—Mierda, ya hemos echado ahí cincuenta kilos de sosa cáustica, y no sirve para nada. Vámonos de aquí cagando leches.

Se suponía que la sosa en polvo, tan fina y blanca como el azúcar glas, mantenía alejados a los coyotes. Todo el mundo sabía que acabarían por encontrar aquellos cuerpos, pero cuanto más tardasen, mejor. Su operación era estrictamente a corto plazo. Ellos se establecían rápido, se trasladaban a menudo y seguían cambiando de sitio hasta que habían exprimido o matado al último de los *pollos*.

Pero los coyotes podían desperdigar los huesos, y si un perro acababa llevando un hueso humano a su casa, la policía y las autoridades federales aparecerían como moscas en el desierto.

Orlato fulminó a Ruiz.

—Trae la sosa, perezoso de mierda. A lo mejor no echaste suficiente la última vez.

Cuando Ruiz fue a buscar la sosa, Orlato examinó el horizonte en busca de vehículos que se aproximasen. Miraba hacia el cielo buscando helicópteros cuando Haddad se desabrochó los pantalones.

—¿Qué coño estás haciendo?

—Mear.

—No te mees en los cuerpos. La policía podría coger tu ADN.

—¿Qué tienen, un detector de meados?

Haddad dejó caer un chorro sobre el plástico, haciendo el mismo ruido que si rasgara una tela. Orlato quiso empujar a aquel cabrón estúpido y tirarlo al agujero con los cuerpos empapados de orina, pero, por el contrario, se volvió a ver si aparecía Ruiz. Al volverse, algo le golpeó entre los ojos. Entonces notó tres rápidos golpes más, tan veloces que levantó los brazos para cubrirse la cara, aunque ya sus pies dejaban de sostenerle. Cayó de espaldas. Su plexo solar explotó cuando le golpearon de nuevo. Luego le dieron en la sien izquierda, volviendo su cabeza a un lado.

Conmoción y espanto. El ataque había sido tan repentino y violento, de una intensidad tan furiosa, que Orlato ni siquiera había visto al hombre u hombres que le atacaban, ni comprendía qué estaba pasando. La cabeza de Orlato zumbaba como si estuviera llena de avispas; los oídos le pitaban con un sonido muy agudo. Al deslizarse hacia el mundo de los sueños, notó que unas manos tocaban su cuerpo. Alguien le toqueteaba las piernas, la cintura y la entrepierna, le daba una vuelta y luego otra. La cabeza de Orlato se despejó un poco, pero no ofreció resistencia alguna.

Una voz de hombre, grave.

—Mírame.

Orlato abrió los ojos y vio a un hombre blanco, alto y musculoso, moreno por el sol, que vestía una sudadera gris sin mangas y unos vaqueros. Llevaba el pelo corto, gafas oscuras y unos tatuajes emborronados en la parte exterior y redondeada de los hombros. Orlato guiñó los ojos para ver mejor. Unas flechas rojas. Un revólver negro flotaba a su lado.

Orlato le enseñó las manos abiertas.

—¿Policía?

Un hombre habló detrás de él.

—Ya te gustaría que fuésemos la policía.

Orlato vio a un tipo con el cabello rubio y de punta que tenía a Haddad sujeto contra el suelo. Llevaba un rifle de combate americano M4. Apuntó hacia los cuerpos con el rifle.

—¿Vosotros habéis matado a esa gente?

Orlato había matado a cuatro de los once; Ruiz, a dos; Haddad, a los demás. Sin embargo, negó con la cabeza.

—Solo hemos traído los cadáveres. No matamos a nadie.

El hombre rubio enseñó los dientes como si fuera un tiburón, luego levantó la cabeza ensangrentada de Haddad por el pelo y dijo algo en árabe. Eso sorprendió a Orlato, que había conocido a pocas personas que lo hablasen y que no fuesen árabes. En aquel momento, supo que esos dos tipos no eran policías. Supuso que eran *bajadores*..., depredadores que tenían como presa a otros criminales.

—¿Quieres el coche? Tengo las llaves en el bolsillo. ¿Quieres dinero? Te puedo dar dinero.

—Arriba —le ordenó el hombre alto.

Orlato intentó ponerse de pie, moviéndose con cuidado. Recordó que le habían registrado, pero se había dejado la pistola en el Escalade. Ahora no recordaba si el hombre había encontrado el cuchillo de doce centímetros que llevaba escondido en la espalda.

Cuando Orlato se puso de pie, el hombre alto se tocó el centro de la frente.

—Blanco. Así de alto. Secuestrado.

Orlato notó un pinchazo en el vientre. Sabía a quién describía, pero negó con la cabeza, mintiendo igual que había mentido con lo de los *pollos*.

—No sé de quién hablas.

La pistola del hombre se movió tan rápido que Orlato no tuvo tiempo de reaccionar. El arma le dio en la cabeza y la sacudió hacia un lado, aflojándole las rodillas, pero el tipo lo cogió al vuelo.

—Elvis Cole.

El hombre rubio gritó desde donde estaba con Haddad, con la cara roja, furioso.

—¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho con él?

La cabeza de Orlato se aclaró un poco, pero fingió que estaba mucho peor de lo que estaba en realidad, tambaleándose y parpadeando. Si se tiraba encima del hombre, podía sacar el puñal o incluso quitarle el arma.

—Yo no he hecho nada. No sé de qué estáis hablando.

Otro golpe con la pistola. El hombre rubio gritó aún más fuerte:

—¡Maldito mentiroso! El Escalade estaba en la casa. Vosotros lo sabéis, hijos de puta. Trabajáis para el Sirio.

Levantó la cara de Haddad del polvo y señaló a Orlato. El árabe abrió mucho los ojos, como un perro apaleado, y parloteó en su idioma.

—¡Este sabe adónde le han llevado! —le gritó el rubio a su amigo—. Sabe quién le tiene.

La pistola del hombre alto apareció de repente ante la cara de Orlato, perfectamente centrada entre sus ojos. Los morros de cobre y planos de sus balas dormían en la cripta de sus cilindros.

—Elvis Cole. ¿Dónde está?

El hombre alto amartilló la pistola.

—Diez segundos. ¿Dónde está?

El rubio chilló, rojo de rabia.

—Si creéis que estamos echándonos un farol, moriréis. ¿Qué habéis hecho con él?

De repente, Orlato se dio cuenta de que no tenía más que una posibilidad. Él tenía algo que ellos querían: eso le daba cierto poder. El poder era tiempo, y el tiempo era vida. Enseñó ambas manos; ya se había olvidado del cuchillo.

—¡Sí! Sí, le tenemos.

Haddad ladró en árabe, pero Orlato no entendió lo que decía y no le importó. El

rubio empujó la cara del árabe contra el polvo y ladró a su vez. El hombre alto los ignoró.

—Ocho segundos.

—Intercambiadme a mí por él. El Sirio aceptará.

—Yo no negocio.

—¡Dínoslo y vivirás! —gritó el rubio.

—¡Un intercambio! ¡Por la mañana estará muerto!

—Cinco segundos.

Orlato chilló.

—Una llamada. Hablaré con el Sirio, haremos un trato. Vosotros tendréis a ese hombre. Lo juro. ¡Lo juro!

El hombre alto dudó. Orlato sintió un atisbo de esperanza. El tipo que ellos querían probablemente ya había muerto, pero si le dejaban llamar al Sirio, esos hombres no sobrevivirían hasta el día siguiente. Orlato habló deprisa, luchando por su vida.

—El Sirio me intercambiará. Estoy casado con su hermana. Tendréis a vuestro amigo. Os lo prometo.

El hombre alto miró a su amigo. Ninguna otra parte de su cuerpo se movió. El arma no se movió. Solo la cabeza giró y luego volvió a su sitio con una precisión mecánica.

El rubio levantó la cabeza de Haddad.

—Es todo mentira. Este hijo de puta lo sabe.

La cabeza del hombre alto se volvió de nuevo hacia Orlato.

—Tres segundos. ¿Dónde está?

Orlato notó una oleada de terror, pero todavía no creía que fuesen a matarlo. No se arriesgarían a perder a su amigo.

—Él no puede ayudaros. Nadie puede ayudaros. Yo soy la única forma de recuperar a vuestro amigo.

—Un segundo —dijo el hombre alto.

Orlato buscó su cuchillo, pero ya era demasiado tarde.

El último pensamiento de Dennis Orlato antes de buscar el cuchillo fue de admiración y temor. Pensó: «Este hombre sabe lo que hace».

Entonces notó un relámpago brillante y cegador, y murió.

JOE PIKE

Pike se apartó del cuerpo y se dirigió hacia el prisionero de Jon Stone, allí en el desierto, bajo aquella desfalleciente luz de bronce. Stone había atado las muñecas del hombre a su espalda, y también los tobillos, con unas esposas de plástico. Cuando Pike llegó, Stone cogió la cabeza del hombre y le levantó el labio superior.

—Traficante de khat. Mira estos dientes. A estos hijos de puta se les ponen los dientes verdes por masticar khat. ¿No es un asco este verde?

—Vale, Jon.

Stone se echó a reír y dejó la cabeza del tipo.

El khat es un arbusto procedente de África oriental y la península arábiga, donde la gente mastica sus hojas como estimulante. El speed de los pobres.

El prisionero de Stone tenía treinta y pocos años, con el pelo negro y descuidado, y unos ojos enormes y aterrorizados. La luz ya estaba desapareciendo, y el tiempo transcurría. Cada minuto que pasaba ponía a Cole más lejos o más cerca de la muerte. El tiempo lo era todo, y la velocidad era la vida. Pike quería seguir adelante, pero necesitaba lo que aquel hombre pudiera contarle, y eso llevaría tiempo.

Pike señaló con la pistola el cadáver.

—¿Entiendes lo que ha ocurrido?

El hombre habló en árabe con tanta rapidez que su voz quedó distorsionada. Pike había trabajado como mercenario en el Líbano, Arabia Saudí, Somalia, Sudán e Iraq. Lo entendía, pero no lo hablaba con fluidez.

—*Qala Inklizi* —dijo Pike.

Le decía que hablara en inglés.

Stone pegó en el oído al hombre del M4, gritó en árabe, y el hombre se abatió. Jon Stone sí que hablaba con fluidez.

Pike se agachó ante el tipo y le levantó la cabeza.

—Si te resistes, te mataré. Si mientes, te mataré. ¿Me comprendes?

El hombre dijo que sí en voz baja.

Pike le incorporó y le dejó sentado.

—Nombre.

—Me llamo Khalil Haddad, de Yemen. Por favor, no me mates. Haré todo lo que me pidas.

Stone se alejó y oteó rápidamente el horizonte en un giro de trescientos sesenta grados.

—Tenemos que irnos, tío. No debemos estar aquí si vienen los del ICE con sus helicópteros.

El ICE. El Cuerpo de Inmigración y Aduanas de Estados Unidos. La frontera entre Estados Unidos y México desde Tijuana a Brownsville era una zona caliente de los agentes antidroga de la DEA, que iban a por la droga que entraba, o de los agentes de la ATF, que iban detrás de las armas que salían, y de los agentes del ICE, que intentaban detener las entradas ilegales. A Pike se le daban bien las zonas calientes.

—Comprueba el vehículo.

Stone fue trotando al Escalade mientras Pike señalaba con su pistola los cuerpos en el agujero.

—¿Esa gente es de la India?

—Sí.

—¿Y quién los ha matado?

—Nosotros. Orlato, Ruiz y yo. Es lo que hacemos cuando no pueden pagar.

Era una respuesta sincera. Los *bajadores* eran bandidos que secuestraban a gente que intentaba entrar ilegalmente en el país. Los secuestradores pedían un rescate a sus familias o a sus patronos. Eso continuaba hasta que no podían pagar más o no querían hacerlo, y entonces asesinaban a las víctimas. Los muertos no podían convertirse en testigos.

—Elvis Cole. ¿Sabes de quién te estoy hablando?

—El hombre que vino a buscar al chico y a la chica.

—Una joven latina. Krista Morales. Un chico blanco llamado Berman.

—Sí, el chico y la chica.

—¿Están vivos?

—Eso creo, pero no puedo estar seguro. Mi trabajo era ocuparme de esos indios.

—¿Y por qué se los llevaron?

—Porque estaban con los *pollos* que llevaba hacia el norte una gente de Tijuana. Nadie sabía que eran estadounidenses.

—¿*Pollos* coreanos?

Haddad parecía sorprendido.

—¿Cómo sabes todas esas cosas?

Pike le dio una palmada en la frente antes de que Haddad acabase la frase. Aquello no era una conversación.

—¡Sí! Coreanos. Los de Sinaloa se los robaron a los de Tijuana. El Sirio se los robó a los de Sinaloa.

Pike tuvo la sensación de que Haddad decía la verdad. Tijuana, Sinaloa, Zeta, la Familia, y así sucesivamente... Si el lado estadounidense de la frontera era una zona caliente llena de agentes de la ley, el mexicano era una de guerra, controlada por facciones de los carteles que luchaban y se robaban unos a otros como perros rabiosos. A Pike también se le daban bien las zonas de guerra. Se sentía como en casa.

—¿Cole está vivo?

—Esta mañana sí. Lo han llevado a nuestra casa para ver al Sirio.

—¿Vuestra casa?

—Donde guardamos a los indios.

Pike amartilló el 357 y apuntó a Haddad como antes a Orlato.

—¿Qué le ha ocurrido?

Haddad se encogió, pero Pike le sujetó. El árabe no quería ver lo que había visto Orlato. No quería ver cómo se aproximaba su muerte.

—¿Le ha matado el Sirio?

—¡No lo sé! Orlato, Ruiz y yo hemos salido con los cuerpos. Los demás iban a llevarle con el Sirio.

Pike apretó con fuerza el cañón del arma contra la frente de Haddad.

—¿Como prisionero?

—¡Sí!

—¿Iba a matarle el Sirio?

—¡No lo sé! Esos hombres me dijeron que el Sirio cree que tu amigo es un agente federal.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—¡Tres horas! Quizá cuatro...

—¿Cuándo iba a venir el Sirio?

—¡No lo sé!

—¿Cinco minutos? ¿Cinco horas?

—¡No lo sé! ¡Yo puedo llevarte a la casa! ¡Quizá todavía estén esperando!

Pike miró a Haddad y luego bajó el arma.

—Sí.

Stone volvió y negó con la cabeza.

—No hay carnés de identidad ni tarjetas de crédito en los fiambres. Tres mil doscientos en efectivo. Lo he cogido. En los papeles pone que el Caddy pertenece a Joan Harrell, de San Diego. Ninguno de estos pájaros me parece que se llame Joan.

—Todo es robado —intervino Haddad—. Tiene ladrones que le consiguen coches y camiones.

—¿Llaves?

Stone le tendió las llaves.

—Sí, tío. Mejor nos vamos.

—Conduce tú.

—¿Nos llevamos al señor Dientes Verdes?

—Él conoce el camino.

Stone corrió hacia el Escalade.

Pike cortó el plástico que unía los tobillos de Haddad, pero le dejó atadas las muñecas. Le puso de pie.

—¿No me vais a matar? —preguntó Haddad.

—Todavía no.

El enorme Escalade llegó atronando entre una nube de polvo. Pike empujó al árabe al asiento trasero y subió tras él.

Stone apretó el acelerador mientras Pike cerraba la portezuela. Conducía a toda velocidad. Acelerando. Fueron dando tumbos por los matorrales y las piedras; a ninguno de ellos le importaba una mierda que el Escalade acabase destrozado.

—Este no es el camino —dijo Haddad.

—Cierra la boca —le respondió Stone.

—Más rápido —ordenó Pike.

Corrieron hacia las montañas, conduciendo sin luces. Tenían que moverse con rapidez, o Cole estaría perdido.

Ya había anochecido cuando llegaron al todoterreno de Pike. El vehículo estaba cubierto de maleza en un arroyo bajo, a tres kilómetros y medio de distancia. Pike sacó a Haddad del Escalade, lo tendió boca abajo sobre el suelo y limpió todas las huellas del Caddy mientras Stone quitaba los matorrales. Al cabo de menos de tres minutos ya estaban otra vez rodando. Pike conducía el todoterreno; Stone iba detrás con Haddad. El Escalade lo habían abandonado. Avanzaron por el desierto a la luz de las estrellas y el resplandor de la luna, que hacía brillar los arbustos.

Treinta y ocho minutos más tarde se aproximaban a una casa estilo rancho en una calle con casas similares, a las afueras de Coachella, California, la comunidad más oriental del desierto. Garajes para dos coches, caminos empedrados, aceras limpias, farolas.

—Esta. La de la derecha —anunció Haddad.

—¿Cole está dentro?

—Cuando me he ido, sí.

—Será mejor que no nos mientas —dijo Stone.

Eran las nueve y cinco de la noche. En todas las casas de la calle se veía luz y vida, excepto en aquella. Parecía un cadáver.

—Mierda, está abandonada. Este sitio está vacío —dijo Stone.

—Las ventanas están tapadas con plástico oscuro y maderas.

—¿De modo que pueden estar encendidas todas las luces de la casa y no los veríamos?

—Sí. Ni oiríamos lo que pasa dentro. Las ventanas están todas así. Las atrancamos para que los *pollos* no pudieran abrirlas. Luego las tapamos con plástico y madera.

Pike miró por el retrovisor.

—¿Civiles?

—No entiendo.

Stone le pinchó con el rifle.

—Mujeres y niños, idiota. Una familia. ¿Había gente inocente viviendo ahí, o solo hombres muertos como tú?

—Nadie vive ahí. La casa estaba vacía.

—¿Y quién paga las facturas? ¿El agua, la luz? Esas cosas no son gratis —dijo Stone.

—El Sirio, a lo mejor. Él nos dio la dirección. Vinimos, la preparamos con las tablas y el plástico, y trajimos a los *pollos*.

Pollos, así, en español. Como si la gente a la que asesinaban no fueran humanos.

Pike dio la vuelta y se aproximó a la casa desde la dirección contraria. Aminoró la

marcha al pasar.

—¿Cuántos guardias había con Cole?

—Dos. Washington y Pinetta. Si el Sirio está aquí, habrá uno o dos más.

«Cinco armas», pensó Pike.

—¿Se suponía que los gilipollas de tus amigos y tú ibais a volver después de tirar los cuerpos? —preguntó Stone.

—Sí. Teníamos que limpiar la casa y sacar nuestras cosas. Washington y Pinetta se iban con el Sirio. Ruiz estaba furioso porque teníamos que limpiar.

Stone movió el M4.

—Cierra el pico. A nadie le importa una mierda que tú tuvieras que limpiar.

Pike siguió hasta el siguiente cruce, dio la vuelta, apagó los faros y aparcó junto a la acera, frente a la casa. Miró a Stone por el retrovisor.

—Trescientos sesenta.

«Trescientos sesenta» significaba que diera la vuelta a la casa.

Stone le pasó el M4 a Pike y salió del todoterreno. Pike le vio salir. Se preguntó si Cole estaría en aquella casa oscura. No sabía si Cole estaría vivo o muerto, o moribundo, mientras ellos estaban sentados en aquella calle tranquila. Se preguntó si Haddad estaría diciendo la verdad.

—Al volver tu gente y tú, ¿por dónde ibais a entrar?

—Aparcamos en el garaje, nunca en la calle ni fuera de la casa. Entramos en el garaje y cerramos la puerta antes de salir. Así los vecinos no nos ven. El Sirio nos dijo que lo hiciéramos así. Dijo que nunca aparcásemos en la calle ni ante la casa.

—¿Hay una puerta que lleva desde el garaje a la casa?

—Sí. En la cocina.

—¿Necesitáis llave?

—La tenía Orlato.

Pike cogió las llaves que Stone encontró en el Escalade, junto con un mando a distancia de garaje. Haddad afirmaba que el mando a distancia abriría la puerta del garaje, y le dijo qué llave abría la puerta.

Pike se guardó la llave y el mando a distancia. Luego le ordenó que le describiera la planta baja. Era una casa estándar de tres dormitorios. Cocina, comedor, salón en un lado; dormitorio principal y dos más pequeños en la otra parte. Las dos habitaciones pequeñas compartían un baño. Los *pollos* estaban alojados en los dormitorios pequeños.

Stone volvió mientras Haddad acababa la descripción y se metió en el todoterreno tan silenciosamente como había salido.

—Está bien forrada, tío. No sé si hay luz dentro, pero la verdad es que no he visto ni he oído nada.

Pike le explicó cómo quería entrar en la casa y luego miró a Haddad.

—Haz exactamente lo que te he dicho. ¿Está claro?

—Sí.

Pike metió la primera en el todoterreno. Sin encender las luces, condujo hasta la casa y dio la vuelta en el camino de entrada. Sacó la 357 mientras se bajaba del todoterreno. La luna les daba más luz de la que a Pike le habría gustado, pero en la calle no se movía ni un alma.

Cogió a Haddad por las muñecas y lo empujó hacia la izquierda de la puerta del garaje. Stone se fue hacia la derecha. Pike apretó el botón del mando a distancia sin dudar. Cuando se abrió la puerta, Stone se metió inmediatamente por debajo. Pike empujó a Haddad hacia abajo y se agachó. Cuando Pike hubo entrado, Stone fue hacia la derecha de la puerta de la cocina. Pike volvió a apretar el botón del mando a distancia para bajar la puerta.

Haddad se detuvo.

—No hay coches. No están aquí.

Pike apoyó el cañón de la 357 en las costillas de su prisionero y lo empujó hacia la puerta.

—Habla cuando yo te lo diga. Abre la puerta.

Pike se mantuvo firme mientras la llave entraba en la cerradura y Haddad abría. Sabía que los hombres de dentro podían estar esperándolo. Si, al abrirse la puerta, veían a Haddad, Pike tendría ventaja. Si disparaban, se replegaría para abrir un espacio de tiro para Stone.

Vieron una cocina bien iluminada y vacía.

—Dilo —susurró Pike.

Haddad llamó en voz alta.

—Soy Haddad. Ya hemos vuelto.

Pike escuchó mientras contaba hasta tres, no oyó nada. Entonces empujó a Haddad al interior de la cocina e inmediatamente lo echó hacia la izquierda. Stone cruzó la cocina a velocidad de combate, con el arma empuñada y dispuesta. Examinó la entrada y desapareció en el interior de la casa.

Pike siguió su progreso a oído, aplastando a Haddad contra el suelo hasta que Stone llamó desde atrás.

—Despejado. Estamos seguros.

Pike hizo eco al grito.

—Despejado.

Puso de pie a Haddad. Stone volvió a la entrada, con la cara roja y furioso.

—Este hijo de puta es un mentiroso, tío. La casa está vacía.

Stone se acercó y golpeó al árabe con su rifle.

—Cole no estaba aquí. ¡Has mentido, cabrón!

Los ojos de Haddad se volvieron hacia Pike, suplicantes.

—¡No he mentido! ¡Mirad en el salón! ¡Yo os lo enseñaré!

El salón estaba vacío; lo único que quedaba eran tres futones baratos colocados contra la pared, así como dos lámparas de mesilla baratas en el suelo. Encima de los futones había unas bolsas de deporte y unas mantas. Haddad avanzó hacia los

futones, intentando señalarlos, aunque llevaba las manos atadas a la espalda.

—¿Veis estas cosas? Son las nuestras. Por eso teníamos que volver, para coger estas cosas. No os he mentado. Aquí es donde estaba vuestro amigo cuando nos hemos ido.

El rincón que indicaba estaba iluminado por una lámpara. El opuesto, en la parte más alejada del salón, estaba sumido en las sombras. Pike miró el rincón iluminado.

—Tranquilo, Jon.

Stone se movía sin parar, de las sombras a la luz, mientras intentaba quemar la adrenalina desatada cuando habían entrado en la casa.

—Una mierda eso de que Cole estaba en el rincón. Es todo una puta mentira. Quiero matar a alguien. Si vieras lo que hay ahí detrás, también querrías matar a este hijo de puta.

Haddad balbució unas palabras, hablando como se habla cuando uno teme por su vida.

—Estaba en el rincón, junto a la lámpara. Os juro que es verdad. Le vi cuando Ruiz y yo sacábamos los cuerpos. Tenía las manos atadas a la espalda, como yo. Orlató les decía a Washington y a Pinetta que lo dejaran aquí, para cuando llegara el Sirio.

Pike se guardó la pistola en la sobaquera y fue al rincón. Aunque estaba muy cerca de la lámpara, la luz era escasa. Examinó a Haddad. Luego pensó en Jon Stone, que parecía un tiburón blanco perdido entre las sombras.

—Estamos perdiendo el tiempo, tío —dijo Stone—. No está aquí. Y si estaba, lo han matado y han tirado por ahí el cuerpo.

Pike no dijo nada. Apoyó en el suelo una rodilla, colocándose a la misma altura a la que, en teoría, había estado Cole, con la espalda contra la pared, para ver la habitación tal y como la habría visto su amigo. Miró la lámpara y allí encontró el grillo.

—Elvis.

Pike se lo tiró a Stone, que lo agarró en el aire y frunció el ceño.

—¿Pepito Grillo?

Stone se lo volvió a tirar.

—La madre de la chica se lo dio.

—No os miento —dijo Haddad—. Le he visto donde ahora estás tú. Esperaban al Sirio.

—¿Estaba herido?

—No lo sé.

—¿Y el Sirio le iba a hacer daño?

—No lo sé.

La voz de Stone salió de entre las sombras.

—Mira atrás, tío. Ve a ver lo que han estado haciendo allí.

Hicieron ir a Haddad hasta el dormitorio lateral de la casa. Jon Stone abrió la

marcha.

Los once indios habían estado alojados en dos pequeños dormitorios: cinco en uno, seis en el otro. Ambas habitaciones apestaban a orina, excrementos humanos y olor corporal. Las paredes tenían manchas oscuras, como si cuerpos desnudos hubieran sudado y manchado la pintura, y manchas de óxido veteaban una de las paredes. Restos de ropas y sandalias cubrían el suelo, pero nada de aquello era de Cole.

Stone esperó en la puerta mientras Pike investigaba, y luego se apartó para dejarle salir.

—El lugar del crimen.

Los habían matado en el baño anexo a las dos habitaciones. En el suelo, enroscado, vieron un alargador con el final cortado, con los hilos interiores a la vista. En el mostrador del baño encontraron alicates, mecheros de butano, cerillas de cocina y un martillo de bola manchado de sangre. Instrumentos de tortura. Tiradas en el suelo, toallas ensangrentadas y una almohada manchada de sangre.

La voz de Stone sonaba tranquila.

—Hemos visto sitios como este, tío. Somalia, Ruanda. Aquel agujero de mierda en Honduras.

Allí era donde torturaban a los rehenes para que chillaran a sus familiares, donde Orlato, Haddad y Ruiz pedían el dinero para hacer que cesaran los chillidos. Cuando su familia ya no respondía a las llamadas, o ya les habían enviado el dinero, uno a uno, los llevaban a aquel baño y los mataban. Luego, uno a uno, los envolvían en un plástico grueso, los cargaban en un vehículo en el garaje, los llevaban al desierto y los arrojaban a la fosa.

Pike examinó todas aquellas cosas, luego pasó junto a Stone y Haddad, y fue al dormitorio principal. Se detuvo nada más atravesar la puerta. Stone empujó a Haddad tras él. El árabe habló inmediatamente.

—No se han ido.

—¿Quiénes? —replicó Stone.

—Los hombres que tenían a vuestro amigo: Washington y Pinetta. Orlato, Ruiz y yo dormíamos en el salón. Washington y Pinetta dormían aquí.

Había dos futones en el suelo, junto a paredes opuestas. En el más cercano, una bolsa de nailon azul; en el otro, una mochila negra de gimnasio. Una radio-reloj marcaba la hora.

—¿Veis? ¿Sus ropas? ¿Sus navajas de afeitar? Estas son sus cosas. Volverán.

La comisura de la boca de Joe Pike se retorció. Elvis Cole había estado allí, pero ahora no estaba: se lo habían llevado a otro lugar. Muerto o vivo, alguien le había cogido y alguien sabía dónde estaba. Quizá los dos hombres que tenían que volver a por sus ropas.

Pike miró a Stone.

—Estamos más cerca.

Stone miró con una mueca de tiburón a Haddad y lo llevó al salón.

—Vivirás cinco minutos más.

Pike sujetaba muy fuerte el grillo. Se lo guardó mientras se preparaban para lo que se avecinaba.

JACK Y KRISTA: SECUESTRADOS

Aquella noche todo era caos y estruendo: motores de camión que aceleraban, neumáticos que giraban, estampidos de armas de fuego y luces de un blanco azulado que barrían los matorrales. El hombre que llevaba las gafas de visión nocturna golpeó a Jack en la espalda, echándole hacia Krista. El chico intentó protegerla a ella de los golpes, por lo que empujó al hombre del rifle.

—Somos estadounidenses. Nosotros no...

El hombre le pegó más fuerte.

—Solo estábamos mirando. Nosotros no...

Esta vez le dio tan fuerte que notó un relámpago que le estallaba en la parte superior de la cabeza. Se tambaleó.

Krista le susurraba frenéticamente, mientras le ayudaba a ponerse en pie.

—Calla. Te matarán.

—Creen que estamos con esas personas.

—Son *bajadores*. Nos matarán.

—¿Qué?

—Deja de luchar...

Hombres con bates de béisbol y picanas para el ganado se arremolinaban como avispas furiosas, agrupando a la creciente multitud para que entrase de nuevo en la caja del camión. Jack echó a andar justo detrás de Krista, arrastrando los pies, como los demás. La mayoría de las personas a su alrededor eran asiáticos, aunque también había unos cuantos latinos y gente de Oriente Medio. Krista habló en español con una mujer que, asustada, estaba junto a ellos. Jack vio a varios hombres que levantaban un cadáver entre los matorrales. Se inclinó hacia él y susurró:

—Esta señora es de Guatemala. La mayoría de esta gente es de Corea. Dice que nos están secuestrando.

—Es una locura. Esto es Estados Unidos.

—Un hombre llamado Sanchez los ha pasado por la frontera, pero los *bajadores* le han matado. Dame tu cartera.

—¿Por qué...?

—Sssh.

Habló un poco más en español con la mujer antes de volverse.

—Tenemos que librarnos de esto..., nada que tenga tu nombre. Por favor, cariño, confía en mí. No llares su atención.

Jack le pasó la cartera, pero no vio qué había hecho con ella.

Los llevaron hacia la caja del camión rápidamente, como si los guardias tuvieran que cumplir con un horario estricto. Cuando la multitud apelotonada bajaba el ritmo, los guardias les pegaban más fuerte, y no dejaban de gritar y gritar. La gente que

estaba alrededor de Jack suplicaba en lenguas que él no comprendía. Podía ver sus caras de espanto, aun con la escasa luz de las estrellas.

Cuando se acercaban al camión y la multitud se apretaba más, Jack quiso echar a correr. Quería abrirse camino entre toda aquella gente que lloraba y correr hacia el desierto; sencillamente, irse, correr y esconderse entre los matorrales y los cactus, y volver corriendo hasta Los Ángeles. El corazón le latía con fuerza. Se sintió mareado, como si fuera a vomitar. Estaba más asustado de lo que había estado en toda su vida, incluso más que cuando murieron sus padres.

Sin embargo, rodeó a Krista con los brazos y le susurró pegado a su pelo:

—Encontrarán mi coche por ahí. Así es como nos encontrarán. Verán mi coche.

La caja de carga que los esperaba era como una caverna negra custodiada por hombres con armas. Los pistoleros registraban a todas las personas antes de hacerlas subir a bordo. Unas manos se movieron sobre Krista de una manera que hizo que Jack se sintiera avergonzado, y luego las mismas manos buscaron en sus bolsillos y bajo su chaqueta. Le quitaron el móvil y las llaves, y luego le empujaron hacia el camión. Unas manos tiraron de él desde dentro para ayudarlo a subir.

—¡Jack!

—Estoy aquí. ¿Dónde estás?

Se vieron obligados a meterse más hondo en aquella caverna, a medida que embarcaban a más gente, hasta que el contenedor quedó atestado de cuerpos sudorosos. Luego, la enorme puerta deslizante bajó traqueteando y eliminó los últimos y débiles residuos de luz. La oscuridad era de un negro profundo, completo. El escaso aire que podían respirar estaba saturado de malos olores, de hedor corporal y de orina. Jack no veía nada, ni siquiera una silueta, ni una línea, ni una sombra. Oyó que colocaban un cerrojo en su sitio y susurró:

—Nos han encerrado.

Krista se apretó mucho más contra él, invisible en la negrura. Fuera, las puertas de la cabina se cerraron y el motor empezó a ronronear. El enorme camión dio una sacudida y se puso en marcha.

Jack no sabía qué hacer. A su alrededor la gente sollozaba. Otros hablaban con una voz demasiado baja para oírla. Al otro lado del camión, una mujer gemía, aunque Jack no estaba seguro de que fuese una mujer. El olor corporal era muy fuerte. Intentó no respirar. Mantenía a Krista muy apretada contra su cuerpo y le hablaba con la boca en el pelo.

—¿Alguien de aquí sabe adónde nos llevan?

Krista habló en español. Esta vez le respondió una voz de hombre. Se le unió una mujer, pero su conversación fue breve. La chica cambió al inglés:

—Dicen que nos van a vender. Eso es lo que hacen los *bajadores*, y ellos han oído contar muchas cosas de los *bajadores*.

—¿Qué quiere decir eso de vendernos? ¿Como esclavos?

—No, más bien pedirán un rescate. Creo que quiere decir que pedirán rescate.

Secuestran a gente y luego intentan conseguir un rescate.

—¿Y adónde nos llevan?

Ella habló un poco más en español y tradujo lo que un hombre le había respondido.

—A una casa, un campamento o un granero. No lo sabe. Incluso nos podrían guardar en este camión. Está preocupado porque no tiene dinero para pagar. Le dio todo su dinero al coyote.

El camión dio una sacudida al pasar por encima de un matorral, y dejó caer algunas piedras que había levantado. Cinco minutos antes, Jack se estaba congelando. Ahora, atrapado con treinta personas asustadas en el vientre oscuro del camión, sudaba y estaba a punto de vomitar.

Krista habló algo más en español y luego cambió al inglés.

—Querrán saber quiénes somos. No se lo digas, cariño. Miente. No podemos decirles quién eres.

—Quizá nos dejen ir.

—No, no lo hagas. No puedes.

—Yo sí puedo pagarles.

—No lo hagas. Prométemelo, Jack. Ni lo intentes siquiera.

Jack la rodeó con los brazos y la sujetó mientras iban rebotando lentamente por el desierto. Unos minutos después, cuando ya estaban en una carretera, el camión cogió más velocidad. Jack comprobó el tiempo con su reloj digital. Quince minutos más tarde el camión fue aminorando, dio marcha atrás brevemente y luego se detuvo. Un recorrido tan corto significaba que todavía estaban en el desierto.

Abrieron el cerrojo y la puerta se alzó con un repiqueteo metálico. El camión se llenó de sombras rojas y fúnebres. Jack miró la hora. Las 2.55 de la mañana. La gente que tenían delante empezó a moverse.

—No les digas quién eres —le volvió a susurrar Krista.

Después siguieron a los demás hacia un mundo color de sangre.

ELVIS COLE: SEIS DÍAS DESPUÉS DE QUE FUESEN SECUESTRADOS

Aquella cálida mañana, seis minutos después de que Nita Morales se alejara en su coche, llevándose consigo sus temores, me metí en mi automóvil, llamé por teléfono a información y pregunté si tenían en el listín el número de un tal Jack Berman, de Brentwood, California.

—No, señor. Nada en Brentwood a nombre de Jack Berman.

—¿Y en Westwood, West Hollywood o Santa Monica?

Eran los municipios que rodeaban Brentwood.

—No, señor. No hay ningún Jack aquí, ni tampoco en Los Ángeles. Tenemos algunos John, un Jason, un Jarrod, un Jonah, muchos James...

—¿Cuántos Berman en total?

—Cincuenta o sesenta, por lo menos.

—Vale. Gracias por mirarlo.

Colgué y luego marqué el número de una oficial de policía llamada Carol Starkey. Trabaja como detective de Homicidios en la policía de Los Ángeles, en Hollywood, y le caigo lo suficientemente bien para que me haga algún favor de vez en cuando.

Lo primero que me dijo fue:

—¿No me ibas a preparar una cena? Todavía estoy esperando.

—Pronto. ¿Puedes mirarme un registro de matrícula?

—Eso es lo que me dijiste la última vez. Creo que te da miedo que acabemos acostándonos.

Starkey es así.

—¿Me puedes conseguir el registro o no?

Oía extraños sonidos de fondo. Ella bajó la voz.

—Tengo un asesinato en The Birds. Se nos han echado encima los *paparazzi* y los helicópteros.

The Birds era una zona residencial muy exclusiva situada por encima de Sunset Strip, donde las calles se llamaban Sinsonte, Ruiseñor, Arrendajo y con otros nombres de aves. The Birds era conocida por sus vistas espectaculares y por tener más famosos por metro cuadrado que el propio Beverly Hills.

—¿Podemos esperar al final del día? —me preguntó ella.

—Si no queda más remedio... Busco al propietario registrado y su dirección.

—Joder, Cole, sí, no queda más remedio. Estoy trabajando en una investigación de asesinato, por el amor de Dios. ¿Cuál es la puta matrícula?

Le di el número de la matrícula de Berman y ella volvió a su asesinato. Mary Sue lo había dicho de tal manera que parecía que Berman tenía casa propia, pero tal vez viviera con sus padres, que podían encontrarse entre los cincuenta o sesenta Berman que habían encontrado en información. El registro del Mustang podía ahorrarme

muchas suposiciones y darme el nombre y teléfono de él o de su familia. De no ser así, tendría que ir llamando uno por uno a los cincuenta o sesenta Berman, preguntando si alguien conocía a un tal «Jack».

La última persona a la que llamé fue Krista Morales. No esperaba que me respondiera, claro, pero nunca se sabe. Busqué su número entre las cosas que me había dado su madre y marqué. Saltó el buzón de voz: eso me indicaba que, o bien el teléfono estaba apagado, o bien ella estaba hablando con otra persona.

La grabación decía: «Hola, soy Kris. Volveré pronto. Que pases un buen día».

De repente comprendí lo que me había dicho Nita. Krista no tenía acento alguno. No se parecía en absoluto a la chica que había llamado a su madre hablando una mezcla de español e inglés con un fuerte acento. Era como si estuviese representando un papel, pero representándolo con toda sinceridad. No parecía que estuviese gastando una broma o intentando sonsacar unos cientos de dólares con algún chanchullo raro. Colgué, la volví a llamar y dejé un mensaje: «Soy Elvis Cole. Voy a encontrarte».

Eran las 10.10 de la mañana cuando dejé el teléfono, encontré una gasolinera, bajé por la I-10 e hice el viaje de dos horas hasta Palm Springs. Conducir me parecía mejor que hacer sesenta llamadas, o bien esperar todo el día a que Starkey despejara su escena del crimen.

Me dirigí hacia el corazón de Los Ángeles a través del valle de San Gabriel, atravesando el Inland Empire en dirección al desierto. Fue un trayecto muy agradable. El aire de la incipiente primavera era fresco, con una ligera neblina que dejaba el cielo mucho más azul, curiosamente.

Nada más pasar los casinos de Cabazon, la autopista I-10 gira hacia el sur, hacia el lago Salton, y luego se curva hacia el norte de nuevo y cruza toda América. Dejé la 10 antes de que girase y me dirigí hacia el sur por Palm Springs. Allí hay calles que llevan nombres de famosos como Bob Hope, Frank Sinatra o Dinah Shore. Al norte de la autopista había un mundo muy distinto, donde raramente se aventuraban los famosos. La gente que trabajaba en los centros de vacaciones, los campos de golf y los restaurantes al sur de la autopista vivía en edificios de poca altura hacia el norte. Tal y como me había descrito Nita Morales a Jack Berman, esperaba que viviese en el lado norte, pero el GPS de mi teléfono me dirigió hacia el sur, a una casa moderna muy bonita de mediados de siglo, en una calle muy cuidada a mitad de camino entre dos clubes de campo y un campo de golf.

La casa de Berman era gris, con estructura de madera y tejado de piedra blanca, un garaje abierto adjunto y unas enormes palmeras. Dos palmas reales sombreaban su tejado desde el jardín de atrás, y una enorme palma de la jalea hacía de centinela ante la puerta principal, apoyada en dos palmeras datileras entre piedras blancas. Casi todas las casas de la manzana tenían el mismo paisaje lleno de palmeras. Por algo esa localidad se llama Palm Springs.

El garaje estaba vacío y la casa parecía desierta. Aparqué en la entrada, pero volví

a la calle para mirar el buzón. Estaba repleto de propaganda y folletos, y con un grueso fajo de correo basura. Todo iba dirigido al «residente», pero quienquiera que residiera allí no había mirado el correo desde hacía bastantes días. Lo dejé y me dirigí a la puerta principal. La nota que había dejado Nita Morales estaba metida bajo la alfombrilla de la entrada, exactamente donde ella la había depositado, sin leer y sin tocar. Le eché una mirada, la volví a colocar bajo la alfombrilla y llamé al timbre, aunque imaginé que no contestaría nadie.

Seguí el camino de entrada hasta un par de cubos de basura de plástico situados junto a lo que parecía ser una puerta de servicio, y luego al garaje. Una cancela de hierro forjado separaba el garaje abierto de una piscina rodeada de terrazas de cemento, y una zona de ocio exterior, cubierta, construida en torno a una cocina exterior y una barra. La cancela no estaba cerrada.

Era un jardín muy bonito. Una pantalla plana de exterior de sesenta pulgadas colgaba detrás de la barra, como si fuera un bar polinesio a lo grande. Las puertas correderas de cristal de la parte de atrás de la casa permitían una visión completa del interior. Yo esperaba encontrar a Krista y a Jack besuqueándose, o a la madre del chico preparando un pastel de manzana, pero no había nadie ni en la piscina ni dentro de la casa. La buena noticia es que tampoco había cadáveres ni señal alguna de violencia.

Nita Morales había dejado una nota bajo la alfombrilla, en la puerta delantera, pero había otra metida a la altura de los ojos en la puerta corredera que daba al salón. Estaba pegada al cristal con un trocito de chicle. Escrita a mano con tinta negra en la parte trasera de un recibo de caja de una tienda abierta las veinticuatro horas, decía: «¡Tío! ¿Te has ido sin mí? ¿Qué pasa? D. T.». El recibo era por veinte dólares de gasolina. No parecía probable que la segunda nota fuese de Nita.

En los círculos de detectives esto se conoce como «una pista».

El interior era extrañamente austero, como si alguien hubiese empezado a amueblar la casa pero hubiese parado de pronto y hubiera dejado las habitaciones medio vacías. Un sofá de piel negra, dos sillas rojas y otra pantalla de televisión plana amueblaban el salón, pero no había ni alfombras ni mesas. Aparte de los interruptores de la luz y un panel de alarma junto a la puerta de entrada, no había nada colgado en las paredes. Eso le daba a la casa un aspecto inacabado. Examiné el panel de alarma y me pareció distinguir una diminuta luz verde. Una luz roja significaría que la alarma estaba conectada. Una verde significaba que no lo estaba.

Volví a la puerta de servicio, reventé la cerradura y entré. Una voz generada por ordenador habló desde el teclado de la alarma, en la entrada delantera, anunciando que la puerta del lado sur estaba abierta. Me quedé escuchando por si había movimiento, pero no oí nada. En la casa no había ni una sola persona viva.

—¿Hola? Creo que el timbre no funciona.

Como nadie respondió, entré, cerré la puerta e inspeccioné la casa rápidamente. Dos de los tres dormitorios estaban vacíos, de modo que mi búsqueda fue rápida.

El dormitorio principal estaba claro que pertenecía a un hombre soltero, pero había una bolsa de viaje de un azul intenso a los pies de la cama. Contenía tres bragas, dos sujetadores finos, dos blusas de punto ligeras, un pantalón corto rosa, un par de zapatillas de deporte, un bikini y una sudadera negra con capucha..., más o menos: lo que se llevaría una mujer para pasar en el desierto un fin de semana de ocio con un amigo. Había también un neceser gris pálido con maquillaje, un cepillo de dientes y una bolsita de plástico rosa con píldoras anticonceptivas. La etiqueta de la farmacia indicaba que las habían prescrito para Krista Morales. Si se había escapado a Las Vegas con Berman, se había dejado el neceser y las pastillas anticonceptivas, cosa que las jóvenes no suelen hacer.

Tomé una foto de la cosas de Krista allí donde las había encontrado y volví a la cocina. Vi un teléfono inalámbrico Panasonic sobre la encimera, junto a un contestador parpadeante. Tres llamadas. Di al botón reproductor y escuché: «¡Tío! ¡No me dejes colgado! ¿Dónde estás?».

Acabado el primer mensaje, la misma voz masculina había dejado un segundo mensaje: «Eh, Berman, ¿has apagado el móvil? Pero ¿qué pasa? ¿Habéis vuelto a la ciudad o qué? Me he cogido el día libre».

Lo de «habéis» era buena señal. Significaba que el que llamaba conocía a Berman y a Krista Morales, y que los había visto juntos.

El tercer mensaje lo dejó la misma voz al día siguiente: «Joder, tío, espero que estéis bien. Tu móvil me dice no sé qué mierda de que no acepta llamadas ni mensajes. Ni siquiera sé si estás recibiendo mis mensajes o qué. Voy a pasarme por tu casa, a ver qué hay, ¿vale?».

Recogí el teléfono inalámbrico y comprobé la lista de llamadas entrantes. Las tres llamadas más recientes procedían del mismo número, que mostraba un prefijo de la zona de Palm Springs. Llamé. Cuatro timbrazos después respondió la misma voz, pero con un tono más apagado.

—¡Tío! ¿De dónde cojones sales? ¿Dónde has estado?

El reconocimiento de llamadas le había dicho que aquel era el número de Jack Berman.

—No soy Jack. Soy un amigo de la madre de Krista.

El de las llamadas era Daniel Trehorn. El D. T. que había dejado la nota.

Me identifiqué, le conté que la madre de Krista estaba muy preocupada y le pregunté cuándo los había visto por última vez, juntos o separados.

El chico respondió en el mismo tono apagado.

—Eso fue el viernes por la noche. Ha pasado casi una semana.

Eran seis días. Un día después de que Krista Morales hubiese dejado su piso para reunirse con Jack Berman. Dos días antes de que Nita Morales recibiera la primera llamada pidiendo rescate.

—¿Dónde los viste por última vez?

Él murmuró algo a alguien que estaba por allí, y luego volvió a hablar conmigo.

—En el desierto. Escuche, ¿podemos hablar dentro de veinte minutos? Estoy en el trabajo. Soy *caddie* en Sunblaze. ¿Sabe dónde estamos?

—Lo encontraré.

—En Dinah Shore, al este de Gene Autry. Estamos en el número nueve de nueve. Me reuniré con usted fuera del club.

—Te veo dentro de veinte minutos.

—Teníamos planes al día siguiente. Nos íbamos a ver. ¿Estarán bien?

—Te veo dentro de veinte minutos.

Daniel Trehorn parecía preocupado. Yo también.

Daniel Trehorn era un chico delgado que vestía un pantalón corto gris, polo granate de Sunblaze Golf Resort y zapatillas deportivas blancas e inmaculadas. Una rociada de espinillas le moteaba las mejillas, y unas gafas de sol de espejo color naranja ocultaban sus ojos mientras examinaba el desierto que teníamos delante. Íbamos en su camioneta Silverado, grande y «tuneada» con neumáticos y parachoques enormes, y también con grandes focos para la vida en el desierto. Conducía él.

—Íbamos a ir a Las Vegas. Krista nunca había estado. Subir el sábado por la mañana, regresar el domingo por la noche. Kris tenía que volver a estudiar el lunes. Yo pasé a recogerlos, era ya mediodía, pero no estaban en casa. Llamé. Nada. Les envié un mensaje de texto. Nada. Pensé: «pero ¿qué cojones pasa?». No es propio de ellos.

—¿Sois muy amigos Jack y tú?

—Íntimos. Desde hace siglos.

—¿Conoces también a Krista?

—Claro. Llevan mucho tiempo juntos.

Trehorn me estaba llevando a treinta y siete kilómetros al sur de Palm Springs, al sitio donde, aquel viernes por la noche, hacía seis días, los había dejado, junto a un antiguo avión accidentado. Aquel viernes Trehorn, Jack, Krista y otra pareja (Chuck Lautner y Deli Blake) habían hecho una fogata, habían bebido cerveza y habían escuchado música.

—¿Por qué se quedaron, si los demás os ibais?

—¿Por qué quiere estar a solas la gente bajo las estrellas? ¿Usted qué cree?

—Creo que nadie los ha visto ni ha sabido nada de ellos desde que os fuisteis.

El camino de treinta y siete kilómetros hacia el sur era casi todo por carreteras bien asfaltadas, pero los últimos once kilómetros eran caminos de ranchos y campos, de grava o a través de arena y roca. Treinta kilómetros de desierto vacío es mucho camino. Me preguntaba si se les habría estropeado el coche, o si habrían tenido un accidente y encontraríamos su coche volcado junto a la carretera.

—¿Y vinisteis aquí por la noche?

—Al ponerse el sol, pero era casi medianoche cuando nos volvimos. Yo he venido por aquí desde que iba al instituto, con mi hermano. No es difícil, cuando conoces el camino.

Miré a mi alrededor, a aquella gran extensión de matorrales y pedruscos. Parecía que estábamos «en mitad de ninguna parte», esa era exactamente la definición.

—¿Y Jack conocía el camino?

—Había estado unas cuantas veces. Es muy fácil, cuando lo conoces.

Diez minutos después paramos entre una nube de polvo amarillo.

—Ahí es —señaló el chico.

Una avioneta Cessna de dos motores reposaba sobre su vientre a más de cien metros de la carretera, al otro lado de un terreno lleno de arbustos de chaparro, cactus de barril y arena pedregosa. A su alrededor habían crecido muchos matorrales, como si fueran cachorros que buscaran la teta de su madre. No había hélices ni ventanillas, el ala izquierda y la cola estaban arrugadas, y la piel corroída había sido durante cuarenta años un lienzo para grafitis que servían para explicar la historia de casi todas las clases e historias de amor del instituto local de los últimos cuarenta años. Todavía se distinguía vagamente el dibujo donde se había rascado la tierra para crear una pista de aterrizaje, por la forma de crecer de los arbustos.

—¿Aquí fue donde los dejasteis?

—Sí. Estaban al lado de la avioneta. Ahí es donde va todo el mundo. ¿Ve cómo está un poco más despejado donde estaba la antigua pista de aterrizaje? Se puede hacer fuego, cocinar si quieres... Nada, estar un rato por ahí. Jack dejó su coche un poco apartado porque tiene un Mustang, de modo que Chuck y yo aparcamos junto a la avioneta. Se pone oscuro, tío, muy negro, por ahí fuera. Yo enciendo los focos.

Trehorn llevaba unos focos sujetos a la parte superior de su vehículo.

—¿Dónde dejó su coche Jack?

—Un par de largos por detrás, creo. Chuck fue hacia la avioneta, y Jack y Kris se subieron conmigo. Él no puede conducir su caballito por este terreno.

Salí de su camioneta.

—Vamos a echar un vistazo.

—Podemos ir en el coche.

—Andar es bueno.

Hace mucho tiempo, en el ejército de Estados Unidos aprendí a cazar hombres en lugares salvajes. La gente con camisetas negras y voz chillona nos enseñó a movernos y escondernos sin dejar señal alguna de nuestro paso, y a encontrar y leer las señales dejadas por otros. Luego nos enviaron a lugares peligrosos, y así cogimos mucha práctica. Se me llegó a dar muy bien todo aquello. Lo bastante bien para sobrevivir.

No me dirigí de inmediato a la avioneta. Fui por detrás del coche de Danny, para comprobar las huellas que habían dejado sus neumáticos. Luego caminé por la carretera hasta que encontré las mismas huellas que dejaban la carretera y se dirigían a la avioneta.

—Este eres tú. ¿Lo ves? Vamos a seguirte.

Seis días después de que hubieran estado allí, las huellas de sus neumáticos todavía eran visibles. Seguimos el rastro de chaparros y manzanitas rotos que había dejado, y luego dejamos su trazado hacia la avioneta. Me quedé a unos veinte metros de donde antes estaba la pista de aterrizaje, en el lugar donde esta se iba hacia un lado y se detenía. Huellas y rodadas más antiguas eran visibles cortando a través del claro,

junto con botellas de agua y latas de cerveza vacías que parecía que llevaban años allí.

Los grafitis cubrían hasta el último centímetro del fuselaje como una suerte de camuflaje urbano psicodélico ajeno al desierto. Era una avioneta pequeña. Ahora, inutilizada y echada sobre su vientre, sin motores y con las ventanillas rotas, no parecía un motivo suficiente para hacer un viaje tan largo.

Los carroñeros y los buscadores de recuerdos hacía mucho tiempo que la habían despojado de cualquier cosa de valor. Los asientos habían desaparecido. Unas cuencas vacías miraban desde el panel de control, de donde habían quitado todos los instrumentos. Detrás, donde probablemente los contrabandistas llevaban sujetas con correas las pacas de hierba, había más latas oxidadas cubiertas de polvo.

Continuamos más allá del morro hasta una zona vacía. Trehorn señaló el borrón negro donde había estado su fogata, y luego hizo un gesto amplio hacia un hueco entre los arbustos.

—Aparcamos ahí, pusimos algo de música e hicimos fuego. ¿Ve esa leña? La gente sale por ahí y coge arbustos, pero el fuego que se hace con eso es una birria. Chuck trajo leña de verdad. Aquí hace frío.

—¿Todavía ardía el fuego cuando os fuisteis Chuck y tú?

—Brasas a lo mejor, nada más. Se había apagado casi del todo.

Di la vuelta a la avioneta, pero no encontré nada. Ya estaba pensando que había acudido allí para nada cuando vi un reflejo dorado entre el polvo, a unos tres metros. Volví y lo recogí.

—¿Qué es eso?

—Un casquillo de bala de nueve milímetros.

Brillaba mucho, cosa que indicaba que no llevaba el tiempo suficiente expuesto a los elementos como para haberse empañado. Lo sujeté en alto, pero el chico no pareció impresionado.

—La gente suele venir aquí a disparar. Esa avioneta tiene más agujeros que un queso suizo.

Encontré dos casquillos más a unos metros de distancia, y luego un cartucho de escopeta del calibre 12 gastado, tan nuevo que parecía que acababa de salir de la caja.

Trehorn anduvo por allí buscando conmigo. Al poco me llamó desde el centro del claro.

—Mierda. Este es un hijo de puta muy grande.

—¿Cómo?

Señaló el suelo.

—Neumáticos. Yo, en mi Silverado, llevo neumáticos 255 con llantas de 16 pulgadas. Estos deben de ser 570. Es un pedazo de camión.

Yo era incapaz de distinguir los neumáticos 255 de los 570, pero aquellas huellas eran de un vehículo muy grande, con dos enormes neumáticos montados a cada lado. Los neumáticos dobles sugerían un camión grande y pesado, pero ¿por qué iba a

haber un camión grande y pesado allí, en medio de la nada?

—¿Estaban aquí la noche que estuvisteis vosotros?

Trehorn hizo una mueca y se encogió de hombros.

—No sé. Estaba oscuro.

Un revoltijo de huellas de pies y de neumáticos pequeños se entrecruzaba en el polvo. Algunas parecían más recientes que otras, pero no se podía saber con precisión de cuándo eran.

—¿Qué piensa?

—Creo que aquí hubo mucha gente. ¿Qué huellas son de tu Silverado?

—Junto a la avioneta, por el otro lado de nuestro fuego. Yo no vine por aquí. Ni tampoco Chuck.

Trehorn siguió las huellas más grandes hacia la carretera, pero yo fui en la dirección opuesta, junto al fuego, hacia las huellas de neumático que él había dejado aquella noche. Cuando encontré un ejemplo claro, dibujé una «E» grande en la arena, y luego anoté la situación relativa con respecto al fuego y a la avioneta. Fui caminando junto al aparato y continué investigando en el claro; de repente vi un objeto blanco atrapado en un chaparro. Busqué entre las ramas llenas de pinchos y encontré un permiso de conducir de California. La foto era de un chico blanco con el pelo rojo y corto, mejillas chupadas y dos espinillas muy gordas en la frente. Su nombre era M. Jack Berman.

—Bien —dije.

Trehorn todavía estaba al otro lado de la avioneta, de modo que aparté las ramas. Entre las ramas inferiores vi tres tarjetas de crédito con el nombre de Berman y una cartera de piel muy gastada. La cartera contenía trescientos cuarenta y dos dólares en efectivo.

Miré de nuevo a Trehorn, preguntándome si Jack Berman habría dejado su cartera en el arbusto, y por qué. No entendía por qué estaban allí la cartera y el dinero tirados. Si Krista y Jack se hubieran ido voluntariamente, no habrían abandonado el dinero. Si los hubiesen obligado a punta de pistola, la persona que los retenía se habría quedado con el dinero. Bueno, malo, indiferente..., cualquiera habría arrojado la cartera y se habría quedado el dinero en efectivo.

Me metí más aún entre las ramas. Entonces vi un trocito de papel con una nota escrita a mano, sujeto en una ramita, en la parte más baja del arbusto. En la nota ponía: Q COY SANCHEZ. Junto a las raíces del arbusto, en el suelo, vi un segundo permiso de conducir, el de una mujer joven y guapa con la piel dorada y el pelo como el ala de un cuervo. Se llamaba Krista Louise Morales.

Miré su foto y luego examiné la nota. Q COY SANCHEZ, escrito con tinta azul, con mano temblorosa. Las letras habían quedado desiguales.

Trehorn estaba lejos, investigando por el terreno como si esperase encontrar el Santo Grial. Se preocupaba mucho por su amigo. Era mejor no contarle lo que había encontrado entre los arbustos. Volví a leer la nota:

Q COY SANCHEZ.

—¡Danny!

El chico me miró mientras yo me guardaba la nota y los permisos de conducir.

—Vámonos. Aquí no hay nada.

Primero quería hablar con Nita Morales; luego, con un hombre llamado Joe Pike.

Tres minutos después de que Danny Trehorn me dejara junto a mi coche, entré en un frío Burger King y pedí un té helado. Quería pensar en lo que había encontrado antes de llamar a Nita Morales, porque no estaba seguro de lo que significaba ni de lo que podía recomendarle. Y además tenía mucho calor. Palm Springs es así.

Aquí es donde el detective (*moi*) ensaya su informe al cliente: Krista Morales y Jack Berman llegaron a salvo a Palm Springs. Fueron vistos el pasado viernes por la noche, en un lugar remoto pero muy conocido del desierto. Habían acudido a aquel lugar con el vehículo del chico, y, siguiendo su propia petición, se quedaron solos cuando sus compañeros volvieron a la ciudad. No los habían vuelto a ver ni a oír, excepto por dos posibles llamadas de extorsión, durante las cuales se pidieron unas sumas de dinero ridículas. Seis días después de ese viernes por la noche, el detective se aventuró («aventurarse» siempre es una buena palabra para usarla con los clientes) en dicho lugar remoto, donde encontró artículos pertenecientes tanto a Morales como a Berman, incluidos los permisos de conducir de ambos, aunque sin limitarse a ellos, trescientos cuarenta y dos dólares en efectivo y una nota incomprensible: «Q Coy Sanchez». El vehículo de Berman no se encontraba en el escenario, ni tampoco había señales claras de actos delictivos. («Actos delictivos» es otro concepto bueno).

La persona que me sirvió el té era un joven latino muy gordo, quizá de unos diecinueve o veinte años. En la etiqueta de su nombre ponía «Johnny». Cuando me dio el cambio y las gracias le enseñé la nota.

—Espero que no te importe que te pregunte, pero ¿sabes leer en español?

—No, tío. Lo siento. A lo mejor Imelda...

Llamó a una joven regordeta que estaba sentada ante una ventanilla. Desde allí atendía a los coches que hacían su pedido.

—¡Imelda! ¿Tú sabes leer en español?

Ella me miró con suspicacia, antes de responder.

—Un poco.

Se acercó y echó un vistazo a la nota.

—¿Qué significa «q coy»?

—Esperaba que me lo pudieras traducir.

—Sanchez es un apellido.

—Ya.

La chica se encogió de hombros.

—No sé lo que significa «q coy». A lo mejor está mal escrito.

—¿Se te ocurre a qué podrían referirse?

—Pues no, la verdad.

Apareció un cliente ante la ventanilla, y ella volvió a su sitio.

Otros clientes ya estaban formando cola detrás de mí, así que cogí el té frío y me senté a una mesa, lo más lejos que pude de todo el mundo. Dos hombres que llevaban camisa de Union 76 llegaron unos minutos más tarde, pero tampoco sabían traducir la nota, ni una mujer delgada que entró con dos niños redonditos.

La mujer y los críos se sentaron a una mesa cercana a la mía. Los niños, juntos en un lado; ella, en el otro. Ante ellos, yogur de vainilla y patatas fritas. No hay nada como una dieta equilibrada. Los chicos se iban empujando y molestando el uno al otro mientras cogían la comida, y se reían tan fuerte que la gente los miraba. La mujer les dijo que parasen, pero ellos no le hicieron ni caso. Parecía exhausta pero feliz por la interrupción cuando le pregunté si sabía leer en español.

Examinó la nota y me la devolvió.

—Sanchez es un apellido. Las otras palabras no las conozco.

—Vale, gracias por mirarlo.

—«Coy» me suena, pero no sé, igual lo confundo con otra cosa.

—Si se acuerda...

—Creo que no es español.

—Vale.

Los chicos no paraban de empujarse y pegarse. Cuando volvió a decirles que se estuvieran quietos, se rieron más fuerte para ahogar su voz, como si ella no existiera.

La mujer los miró con los ojos vacíos. Luego se inclinó hacia mí y bajó la voz.

—Los odio. ¿Está mal? Los odio de verdad.

Los niños se rieron más fuerte todavía.

Todavía estaban riéndose cuando sonó mi teléfono. No reconocí el número.

—Elvis Cole.

—Mary Sue Osborne.

Cogí el teléfono y el té y me los llevé a una mesa lejos de los niños risueños. Veía mi coche en el aparcamiento, y eso me daba un motivo para no mirar a la mujer que odiaba a sus niñitos horribles.

—Hola.

—Hola. He visto tu artículo *on-line*. Era chulo. Parecías guay.

—¿Solo lo parecía?

—Mira qué mala soy: he *hackeado* la contraseña de Krista. He intentado un montón de cosas y nada funcionaba, así que me he puesto a probar a lo tonto y he escrito «ábrete». Y va y encuentro la dirección de Jack.

—Me has hecho feliz.

—Ojalá fuese verdad. Tendrías que pagarme.

—¿Y cuál es su dirección?

Ella recitó de un tirón una dirección de Tigertail Road, en Brentwood. Tigertail estaba en un cañón de gente acomodada, en las colinas, al oeste del paso Sepúlveda. A los padres de Jack se ve que les iba bien.

—Ahora que te tengo aquí, déjame que te pregunte una cosa...: ¿hablas español?

—Sí, *amigo*. Bueno, un *poquito*. Hablo bien francés e italiano, pero en español solo me defiendo.

—Te voy a leer una cosa. Creo que es español.

Se lo leí y se lo deletreé: «Q coy Sanchez».

—No es español.

—Es lo que me dice todo el mundo.

—¿Lo escribió Kris?

—¿Acaso importa? Digamos que sí.

Ella se quedó callada un momento.

—Bueno, solo es una suposición, pero creo que dice que hay que preguntar por un coyote llamado Sanchez.

—¿Ah, sí?

—La Q es una abreviatura que usamos en el periódico para decir «preguntar», por *query* o *question*... Coy..., si escribes rápido, abrevias. Supongo que será «coyote», porque todos los artículos que tenía en su escritorio hablan de coyotes que pasan gente de contrabando por la frontera. Así que... soy genial.

—Me gustan las chicas listas.

—Ya sabía que verías la luz. Todo el mundo lo hace.

—Vale, una cosa más.

—Ya lo sé. Quieres que lea todos esos artículos para ver si se menciona a algún coyote llamado Sanchez.

—Afirmativo.

Ella suspiró teatralmente.

—Ay, qué fácil soy. No deberías aprovecharte de mí.

—Gracias, colega. Es una gran ayuda.

—Colega. El sueño de toda chica, ser la colega de un tío bueno.

—Soy lo bastante viejo para ser tu padre. Más o menos.

—Solo las mentes pequeñas se ven limitadas por los convencionalismos sociales.

Todavía sonreía cuando colgué y llamé a Nita Morales. Estaba en una reunión, pero contestó enseguida. Le dije dónde estaba y me lancé a hacer un resumen de lo que había averiguado. Empezaba a coger carrerilla cuando ella me sorprendió.

—¿Krista fue a la avioneta?

—¿Cómo sabe eso?

—Porque así fue como entré yo. Ella quería saber cómo era llegar al norte, así que se lo conté. Por aquel entonces, era habitual encontrarse allí, si subías por el valle Imperial. Nuestro guía lo llamaba el aeropuerto. Era un lugar seguro donde reunirse, fácil de encontrar. Él decía: «Mañana vamos a aterrizar en el aeropuerto, y cogeréis otro avión. Espero que el piloto sepa llevarlo bien». Le parecía divertido...

—¿Cómo se llamaba su coyote?

—No los llamábamos coyotes. Eran nuestros guías.

—Vale. ¿Quién era?

—Creo que nunca lo supe. Yo tenía siete años.

—¿Ha oído hablar de un coyote llamado Sanchez?

Ella pareció molestarse.

—Yo no conozco a gente de esa. Las personas de mi posición no pertenecemos a ninguna sociedad secreta. ¿Cree usted que nos reunimos, que celebramos fiestas típicas y que nos reímos de cómo engañamos al Tío Sam? Yo tenía siete años. Es algo que intentas dejar atrás. Esas cosas no forman parte de mi vida.

Le conté lo que había encontrado en el arbusto, incluido lo de la nota manuscrita.

—Mary Sue cree que significa: «Preguntar a un coyote llamado Sanchez».

—¿Preguntar el qué?

—No lo sé. Quizá no tenga nada que ver con el sitio donde está, o con por qué está desaparecida, pero si ella quería preguntarle algo a Sanchez, entonces yo también quiero hacerle preguntas.

—El abogado al que vi sabe de estas cosas.

—¿El abogado al que vio cuando quiso cambiar su situación?

—Sí. Es un abogado dedicado a casos de inmigración que simpatiza con estos asuntos. Sé que representa a gente indocumentada cuando los arrestan. Tengo su número.

—Vale.

—Thomas Locano. Fue muy agradable. Aquí...

Me dio un número con el prefijo de Pasadena. Le pedí que le llamara. Como fue abogado suyo en aquella época, necesitaría el permiso de ella para darme información.

—¿Señor Cole? Llamaré a la policía si cree usted que es lo mejor.

—Llevo implicado en esto menos de cinco horas. Veamos cómo evoluciona.

—Lo daría todo por ella, señor Cole. Sin duda alguna. Quiero que lo sepa.

—Ya sé que lo haría, pero no tiene por qué. Nada de lo que ocurre tiene que ver con usted. Se trata de encontrar a Krista y de traerla a casa. La policía no le preguntará cuál es su situación legal, ni le importará.

—¿Seguro?

Fuera, un todoterreno Cherokee rojo aparcó junto a mi coche. El hombre que iba dentro no salió. Esperé sin moverse, con gafas oscuras y mirando al frente fijamente, tan inmóvil como una estatua.

Miré la hora.

—Sí. Estoy seguro. Por eso soy el mejor detective del mundo.

—Está usted intentando hacerme sonreír otra vez.

—Sí.

—Pues no ha servido de nada.

—Ya lo sé. Pero tenía que intentarlo.

Colgué y fui hacia el todoterreno. El hombre que estaba al volante me miró

mientras yo me subía al asiento del pasajero, pero no dijo nada. La conversación no era su fuerte.

Pike, Joseph, sin inicial en medio, aprendió el arte del rastreo cuando era niño, ya que se crio en las afueras de una ciudad maderera. Más tarde perfeccionó ese arte cuando cazaba hombres, primero como marine de combate, y luego como agente de policía de Los Ángeles y militar contratado en África, Centroamérica y Oriente Medio. Si yo era buen cazador, Pike era mucho mejor. También había sido mi socio en la agencia desde que la compramos. Y era amigo mío desde hacía mucho más.

—Gracias por venir.

Su cabeza se inclinó una sola vez. Dos horas de viaje en coche, pero él había venido sin preguntar por qué y sin explicación alguna.

Entonces le hablé de Krista Morales, de que estaba el viernes por la noche en la avioneta accidentada y de lo que encontré cuando llegué a la escena. Le di los casquillos de latón de nueve milímetros y el cartucho de escopeta gastado.

—He encontrado esto. Trehorn dice que la gente va a disparar allí, o sea, que igual no sirven para nada.

Pike olisqueó el latón como si su olor pudiera decirle algo y luego me lo devolvió. Quizá pudiera seguir su aroma.

—He marcado el rastro de Trehorn con una «E». El camión más grande es un cuatro ejes. Quiero que interpretes lo que ocurrió.

Pike asintió de nuevo.

—¿Quieres que te lleve allí?

Él negó con la cabeza. Yo ya le había enviado un mensaje desde mi iPhone con las coordenadas de longitud y latitud.

—¿Quieres a Trehorn?

—Me va bien solo.

—Vale. Voy a ver a su abogado. Hazme saber lo que averigües.

Era la 1.32 de la tarde cuando dejé a Pike en el desierto y me fui a ver a Thomas Locano.

Thomas Locano tenía una bonita serie de despachos en el segundo piso de un edificio de dos plantas que daba a Mission Street, en el sur de Pasadena. El suyo era un edificio antiguo, con tejado de tejas rojas, paredes de yeso y pesadas puertas de madera. Como el edificio, Locano era un hombre agradable, de sesenta y pocos años. Trabajaba con dos socios más jóvenes, y su ayudante era también su mujer. Cuando me condujo a su despacho me dijo que se llamaba Elisabeth.

Locano sonrió cuando se levantó a saludarme, pero parecía incómodo.

—¿Quiere usted tomar un café, señor Cole? ¿O alguna otra cosa? —dijo la mujer.

—No, gracias, señora.

Ella no cerró la puerta al irse.

El señor Locano salió de detrás de su escritorio y nos sentamos juntos en unas butacas cómodas, tapizadas. Me ofreció una mano firme y seca.

—Nita me ha dicho que está usted trabajando para ella y que es consciente de cuál es su situación personal.

—Sí, señor, lo soy. ¿Le ha contado por qué estoy aquí?

—Su hija ha desaparecido. Ella cree que tiene algo que ver con su situación, así que me ha pedido que hable libremente con usted de esos asuntos.

Le pasé la nota que había encontrado en la avioneta.

—Estaba a treinta kilómetros de Palm Springs, en el lugar donde se estrelló la avioneta de un traficante de drogas hace tiempo. Creo que lo escribió la hija de Nita.

Él frunció el ceño al leerla, luego intentó devolvérmela, pero yo no la cogí.

—Esto no está en español.

—No, señor. Creemos que significa «preguntar a un coyote llamado Sanchez», o «preguntar por un coyote llamado Sanchez». Así que eso es lo que estoy haciendo. ¿Conoce usted a un coyote llamado Sanchez que lleva a gente al norte por el valle Imperial?

El señor Locano bajó la nota. Su expresión fría me dijo que le había insultado.

—Me dedico a la ley de inmigración. Ayudo a mis clientes a obtener visados y permisos de residencia, y lucho contra la deportación y las órdenes de expulsión. Si cree que estoy implicado en algo ilegal, es que no ha comprendido bien la naturaleza de mi trabajo.

—No quería sugerir nada de eso, señor Locano. Si le ha parecido que era así, me disculpo.

No pareció ablandarse.

—Nita me ha contado que usted es el abogado al que hay que acudir cuando se arresta a extranjeros no documentados, de modo que me pregunto si está familiarizado con la forma que tienen sus clientes de entrar en este país, y con quién

los trae.

—No pienso hablar de este tema con usted.

Señalé la nota.

—Preguntar al coyote Sanchez. Nita Morales vio el lugar donde se estrelló la avioneta cuando tenía siete años y la trajeron de contrabando a este país. Dice que era un lugar de transferencia habitual, donde se entregaba a la gente que llevaban al norte. Krista visitó aquel mismo sitio el pasado viernes por la noche, y fue la última vez que alguien la vio. Hoy, seis días más tarde, he encontrado esta nota y su permiso de conducir a diez metros del lugar del accidente.

Echó una mirada a la nota y frunció el ceño. Esta vez, cuando me la devolvió, sí que la cogí.

—¿Cree que ella ha tenido contacto con esa persona, con ese Sanchez?

—Quizá, pero no lo sé. Sea como sea, escribió esa nota por un motivo, de modo que quiero preguntárselo. Necesito un nombre de pila para encontrarlo.

Locano asintió, pero más bien para sí que para mí.

—Me gustaría ayudarle, señor Cole, pero el asunto del que usted habla no es lo que era.

—¿Quiere decir que ya no viene nadie al norte?

—Claro que viene gente, pero los guías a los que yo conocía han desaparecido. Los antiguos guías eran un primo que venía a trabajar en las cosechas de temporada, o alguien de la familia política que venía a visitar a unos parientes. Si les dabas unos dólares te ayudaban, más por amistad que por el dinero, pero los carteles y sus matones han cambiado todo eso. Patrullan las carreteras como un ejército para controlar el movimiento de armas y drogas, y ahora no pasa nadie sin su permiso.

—¿Incluidos los coyotes?

—Ahora transportar gente es un buen negocio. Grupos de Asia, Europa y Oriente Medio pasan a través de Centroamérica, y los llevan al norte por México en grandes grupos. Los nuevos coyotes ni siquiera hablan de ellos como si fueran personas. Son *pollos*. No son humanos.

—Coyotes que comen pollos.

—No solo pollos, sino entre sí, y a los pollos del otro. ¿Sabe lo que es un *bajador*?

—¿Un bandido?

—Un bandido que roba a los otros bandidos. Normalmente son miembros de distintos carteles: un *baja* roba a un zeta, un miembro del cartel de Tijuana roba a uno del de Sinaloa o de la Familia. Se roban entre sí drogas, armas y *pollos*..., todo lo que se pueda vender. Incluso se roban unos a otros.

—Vendidos. ¿Como esclavos?

—Pagando un rescate. Esa pobre gente ya ha dado todo su dinero al coyote, y luego los secuestran los *bajadores*. No tienen nada, así que los *bajadores* piden rescate a sus familias. No conozco a gente así. Cuando los arrestan, yo no los

represento.

Sentí la boca seca mientras intentaba asimilar lo que me estaba diciendo.

—Nita recibió dos llamadas de Krista y de un individuo. El hombre pedía un rescate por el regreso de Krista. Nita transfirió el dinero, pero la chica sigue desaparecida.

Los ojos de Locano se oscurecieron.

—Nita no me había dicho que se trataba de un secuestro.

—Cree que es una broma o una travesura. Solo le pidieron quinientos dólares.

Locano pareció más alterado aún.

—Es poco para usted o para una mujer con un negocio próspero, pero es una fortuna para una familia que cuenta hasta el último céntimo. Estamos hablando de gente pobre. Unos pocos centenares, luego mil, otros quinientos más. Los *bajadores* saben con quién están tratando.

—Pero parece muy poco.

—Multiplíquelo hasta mil, dos mil... El número de personas secuestradas le asombraría, pero tales secuestros son raros en suelo estadounidense. Esperemos que Nita tenga razón.

Permanecimos en silencio unos instantes, sin movernos. Escuché unas voces fuera de su despacho: su mujer hablaba con uno de los abogados más jóvenes.

—Señor Locano, quizá no conozca usted a ese hombre, pero puede saber de alguien que le conozca, o que pueda encontrarle. Por favor, pregunte.

Él me miró, y yo adiviné lo que estaba pensando. Dio unos golpecitos en el brazo de su butaca y llamó a su mujer.

—Liz. ¿Podrías enseñarle el lavabo al señor Cole, por favor?

Cuando su esposa apareció en la puerta, ambos nos levantamos.

—Tómese el tiempo que necesite. Lávese bien. Es importante ir bien limpio, ¿no le parece?

—Es importante ir bien limpio.

—Tómese su tiempo.

Elizabeth Locano me llevó amablemente hasta los lavabos, donde me tomé mi tiempo. Era un lavabo muy bonito, con fotos grandes enmarcadas de la ciudad prehispánica de Teotihuacán, en el sur de México, lo que los aztecas llamaban Ciudad de los Dioses. Era y sigue siendo una de las ciudades más bellas que jamás se construyeron. Siempre he querido verla. Me preguntaba si las fotos las habría hecho el señor Locano o su mujer.

Me lavé bien, y luego me volví a lavar, porque la limpieza es algo muy bueno, y está bien ser bueno. El señor Locano estaba al otro lado de la puerta hablando de mi petición con su mujer, y quizás haciendo las llamadas que yo le había pedido que hiciese. Eso esperaba.

Estaba mirando la pirámide del Sol cuando sonó mi teléfono.

—Aquí tu futura esposa —dijo Mary Sue Osborne.

¿Ven como no me dejan en paz?

—¿Qué pasa?

—Vale, he revisado la investigación de Krista. No he visto nada de nadie llamado Sanchez, ni coyote ni nada parecido. Lo siento, tío.

Eso significaba que dependía del señor Locano. Si no podía o no quería ayudarme, la pista de «Q coy Sanchez» no me llevaría a ninguna parte.

Le estaba dando las gracias cuando mi teléfono vibró con una nueva llamada entrante. Era Pike.

—Tengo que dejarte, Mary Sue. Gracias.

—¿Sin conversación? ¿Sin tontear un poco?

Cambié de llamada.

—Agencia de detectives Elvis Cole, el tío más limpio del universo.

—Es peor de lo que pensabas.

Miré la avenida de los Muertos mientras Pike me lo contaba.

JOE PIKE: SEIS DÍAS DESPUÉS DE QUE FUERAN SECUESTRADOS

Joe Pike vio a su amigo Elvis Cole abandonar el aparcamiento del Burger King, y luego introdujo la longitud y latitud en su GPS. Pike no usaba un GPS civil. Llevaba uno militar, conocido como Defense Advanced GPS Receiver, o receptor de GPS avanzado de defensa; también lo llamaban *dagger*. Tenía una precisión tal que permitía guiar misiles, no se podía interferir y contenía la criptografía necesaria para usar el sistema de satélites del Ejército y las Fuerzas Aéreas. Era ilegal que un civil poseyera uno, pero Pike lo había usado en lugares remotos de toda África, Oriente Medio y partes de América del sur y del centro. Lo tenía desde que trabajaba como experto militar contratado por empresas multinacionales, sobre todo, pero también para el Gobierno de Estados Unidos, que era precisamente quien se lo entregó, aunque era delito que lo tuviera. Los Gobiernos hacen esas cosas.

Treinta y dos minutos más tarde, salió de su todoterreno en una carretera de tierra a cien metros de la avioneta destrozada y de la pista de aterrizaje abandonada tras ella. Pike examinó el aparato, luego la tierra de alrededor. La pista de aterrizaje era muy visible. Los contrabandistas habían despejado un trozo de desierto de doce metros por siete, apartando las piedras hasta un arcén bajo a lo largo de la pista. Ahora, muchos años después, aunque habían vuelto a salir chaparros y otros matojos, la pista de aterrizaje había creado una zona antinaturalmente lisa de tierra, con un borde antinaturalmente recto.

Pike cogió aliento con fuerza y esperó en el silencio del desierto. El todoterreno chasqueaba y crujía, pero aquel lugar se tragó esos sonidos como hacen siempre los desiertos, enmudeciéndolos con su vacío. Dentro de sí tienen una vacuidad que no se puede llenar. Cuando el metal se fue enfriando, los chasquidos y los crujidos fueron amortiguándose como un reloj que se va parando, hasta que el desierto quedó en silencio.

Pike cogió aliento de nuevo, expandiendo aún más sus pulmones, y bajó el ritmo de su corazón. Cuarenta y cuatro latidos por minuto. Cuarenta y dos. Cuarenta. Deseaba quedarse tan quieto y tan en silencio como el desierto. Los mejores cazadores se hacen uno con el medio.

Avanzó entre chollas y chaparros, y rápidamente localizó los restos del fuego que le había descrito Cole y las huellas de neumático que llevaban marcada una «E». Ese debía de ser el recorrido de Trehorn, con el de su amigo al lado. Pike pensó en esas huellas como «amistosas»; debía ignorarlas si las veía por la zona.

Una vez identificadas, buscó las enormes huellas del cuatro ejes que le había descrito Cole. Esas señales no eran fáciles de encontrar, no eran como las huellas que podrían verse en una playa arenosa. El suelo firme del desierto estaba hecho de placas

de pizarra salpicadas de arena, rocas y tierra cocida por el sol. Aunque algún trozo ocasional de suelo arenoso pudiera contener una huella clara, las señales que encontró Pike eran sobre todo unos centímetros de una línea fina en una roca, o una sombra que había quedado impresa en la arena.

Pike trabajaba con mucho cuidado, sin prisa. Se colocaba en una postura como si hiciera una flexión, bajaba la cabeza, luego cambiaba de postura y se volvía a agachar. Durante sus años como mercenario, a menudo le habían contratado para proteger a pueblos africanos y granjeros de atracadores y furtivos. Esas misiones implicaban seguir a hombres peligrosos a través de vastas superficies de arbustos mopanes o sabana árida. Pike contrataba a guerreros masáis para que les siguieran la pista. Eran hombres enjutos, místicos, que estudiaban la inclinación de un junco durante una hora o tocaban un árbol como si pudieran sentir el calor dejado a su paso por un bantú. Aseguraban que los árboles y la hierba hablaban con ellos, e intentaban enseñar a Pike lo que veían: «Sé uno con esas cosas, y verás sin ver». Él jamás oyó voces ni vio lo que ellos veían, pero aprendió qué era lo que había que buscar, y que un hombre necesitaba paciencia para encontrarlo. Joe Pike tenía paciencia.

Halló tres casquillos de nueve milímetros de una sola vez, brillando como espejitos de cobre. Encontró huellas nítidas que habían dejado dos vehículos del tamaño de una camioneta, fragmentos de tres zapatos distintos, y luego encontró el cuatro ejes. Cole tenía razón: dos ruedas grandes, montadas juntas, cada una quizá de unos veinticinco centímetros de ancho. Allí había estado un camión grande, en un lugar donde no tienen que estar los camiones grandes. Examinó las huellas dobles y observó que estaban alineadas en el centro de la pista de aterrizaje. Las siguió, observando más fragmentos de huellas pequeñas, algunas aplastadas por las del cuatro ejes, otras atravesándolas. Las huellas más pequeñas no seguían un rumbo recto, sino que giraban y se curvaban hacia los arbustos. Algunas de esas huellas mostraban una inclinación hacia un lado, como si el vehículo se hubiese movido muy deprisa. Pike se preguntó por qué habrían girado tan repentinamente entre los arbustos, pero fue siguiendo el cuatro ejes.

Se había alejado unos treinta metros del lugar del accidente cuando, de pronto, el claro se llenó de huellas de zapatos; sobre todo fragmentos: parte de un tacón, el borde de una suela, pero lo suficiente para ver diferencias en sus tamaños y sus suelas. Las huellas de pisadas se confundían, como si muchas personas hubiesen estado allí de pie en grupo. Pike se agachó para examinarlas más de cerca: las huellas de pies cubrían por completo las del cuatro ejes. Eso significaba que la gente estuvo allí después que el camión.

Algo en esa constatación le preocupaba, de modo que retrocedió unos pocos pies por donde había venido y descubrió que las huellas que conducían a la carretera eran claras. A unos pocos metros de allí, unas huellas de pisadas superpuestas cubrían las de neumáticos. La línea entre las huellas de pies y donde no había, en la marca del cuatro ejes, era muy clara.

Así pues, el camión había llegado desde el sur, había subido por el centro de la línea hasta aquel punto, junto a la avioneta estrellada, y se había detenido. Un grupo de personas salió, o se reunió junto a la parte trasera del camión, después de lo cual el camión partió hacia la carretera, donde ahora estaba aparcado el todoterreno.

—Mmm.

Pike buscó una depresión donde el peso del camión, al aparcar, hubiese podido quedar marcado en el suelo. Localizó la primera depresión, luego dos de las tres que quedaban. Recorrió a zancadas iguales la distancia entre los neumáticos traseros y los delanteros, cosa que le dio la base real de las ruedas. El camión era de unos seis metros de largo con una caja de cuatro metros. Era más o menos del tamaño usado para las entregas de carne locales, o de esos camiones que se alquilan para hacerte la mudanza tú mismo.

Pike estaba pensando en el tamaño del camión cuando notó un largo derrape en arco en un lugar donde uno de los vehículos más pequeños había aplastado una serie de cactus cholla muy peludos, al correr entre los arbustos. Abandonó el cuatro ejes para echar un vistazo más de cerca, y vio un sendero de ocotillos y chaparros rotos. Los chaparros son plantas grandes y pesadas, y seguramente habían dañado el vehículo, pero el conductor no se preocupó. Vio otros cinco casquillos de nueve milímetros esparcidos a lo largo del terreno compacto.

La huella más pequeña era más fácil de seguir. Arbustos rotos y profundas rodadas donde los neumáticos agarraban para ganar tracción conducían a un arco curvado a través de los arbustos. A cuarenta metros de la pista de aterrizaje, Pike encontró cuatro derrapes profundos que iban hacia un lado, donde el vehículo se había acabado por detener, deslizándose con fuerza. A unos pocos metros, vio siete casquillos de nueve milímetros y tres cartuchos amarillos de escopeta. Alguien había llegado a aquel lugar a toda velocidad, había pisado el freno y luego había disparado. Dos armas. Supuso que se trataba de dos hombres. Que perseguían a alguien. Y lo atraparon. Y lo mataron.

Pike rodeó la zona, pero no tuvo que ir demasiado lejos. A unos seis metros de distancia, sobre el suelo polvoriento de pizarra, encontró una mancha marrón irregular en forma de ameba, de casi sesenta centímetros de diámetro. El marrón se había ido desvaneciendo y ya era casi del color del polvo, pero Pike había visto manchas similares en desiertos parecidos de todo el mundo, y sabía muy bien que en tiempos había sido roja.

Allí había ocurrido algo.

Allí había muerto alguien.

Y los que le dispararon se llevaron el cuerpo.

Pike llevaba en la escena una hora y doce minutos. Eran casi las tres. Marcó el lugar y luego corrió a su todoterreno para llamar a Elvis Cole.

ELVIS COLE: CUATRO DÍAS ANTES DE SER SECUESTRADO

El cuarto de baño me pareció un lugar muy frío cuando Pike me contó lo que había encontrado.

—Un grupo grande. No sé cuántos, pero más de diez. Dos o tres vehículos más pequeños llegaron rápidamente hasta el cuatro ejes. Parecían tres, pero no puedo confirmarlo.

—¿Y el cuatro ejes llegó antes? ¿Los otros aparecieron después?

—El cuatro ejes no corría. Probablemente estaba parado cuando llegaron los otros.

—¿Y lo siguieron?

—O bien sabían que iba a llegar y esperaban cerca. Aparcó, la gente salió y esos chicos atacaron.

—O sea, que todo el mundo se echó a correr, pero los persiguieron y los volvieron a meter, ¿no?

—Eso parece. Pero al menos uno cayó. Por la cantidad de sangre, muerto.

—Madre mía...

—Ajá.

—¿Algo sobre los chicos?

—No, pero puedo quedarme más rato.

En ese momento, un hombre de unos treinta años y con el pelo rubio muy bien cortado abrió la puerta y me dijo que el señor Locano ya estaba listo. Tenía un ligero acento ruso y llevaba un anillo de la UCLA. Uno de los socios de Locano. Le dije a Pike que ya le llamaría y seguí a aquel hombre hasta el despacho del abogado. Como antes, estaba detrás de su escritorio. Se dio la vuelta para hablar conmigo, pero esta vez no nos sentamos.

—Hay un hombre.

—Siempre hay alguno, ¿no?

—Rudy Sanchez. Rodolfo. El señor Sanchez está bien establecido y se sabe que trata con grupos.

—Gracias, señor Locano. Esto no le afectará.

—Espere. Querrá su dirección.

Me entregó una tarjeta blanca en la cual había escrito «Grúas de vehículos Sanchez & Hijos», junto con una dirección de Coachella. Tanto la dirección como el tipo de negocio me sorprendieron.

—¿Vive en Coachella?

—Me dicen que es estadounidense y que el negocio es auténtico.

Me guardé la tarjeta. Quizás un hombre que se dedicara al negocio de las grúas

sabría conducir un camión grande por un terreno difícil, pero a lo mejor lo del negocio de las grúas y los camiones grandes era solo una coincidencia. Quizás el Sanchez de Krista y Rudy Sanchez no fuesen el mismo coyote, y tal vez Mary Sue estaba equivocada con lo de Q COY SANCHEZ, y el Sanchez de la nota no era un coyote, sino un pretendiente tímido que iba tras el novio de Krista. Puede que Rudy Sanchez no hubiera oído hablar de Krista Morales, y quizás ella no supiera nada de él.

—He hablado con mi socio mientras esperaba. Parece que hay pruebas de que, en el lugar del accidente, se produjo un secuestro.

—¿Pruebas de que la chica fue raptada?

—Nada apunta de manera específica a Krista Morales, señor, pero lo que ha encontrado no es bueno.

—Entonces esperemos lo mejor. —Frunció los labios como si no supiera si contar algo o no, y finalmente me dijo—: ¿Ha visto usted las noticias de fosas comunes encontradas al sur de la frontera?

Asentí. A veces se encontraban fosas comunes que contenían una enorme cantidad de víctimas de asesinato, y eran tan horrorosas que salían en las noticias nacionales de Estados Unidos.

—Eran inmigrantes secuestrados para pedir rescate, señor Cole. Los *bajadores* no dejan testigos. Pero mantengamos la esperanza hasta que sepamos más.

Le di las gracias al señor Locano por su ayuda y me fui a mi coche. Quería hablar con Pike de lo que había encontrado, pero Starkey llamó mientras entraba en el coche.

—Tengo el registro de aquel Mustang. ¿Puedes hablar?

—Sí.

—No es de nadie.

—¿Cómo que no es de nadie?

—No pertenece a una persona. Según los archivos es propiedad de Arrowhead Trust. Eso significa que su propietario no compró el coche como individuo, sino a través de una fundación, o que transfirió su propiedad a esta. La gente rica hace esas cosas por los impuestos.

—Ya lo sé, Starkey. Gracias.

—Ya sé que lo sabes. Solo te lo digo. ¿Quieres la dirección?

—Sí.

Ella no me dio la dirección que Mary Sue encontró en el ordenador de Krista. Me dio una de Wilshire Boulevard, no lejos de UCLA, en un tramo de Wilshire rodeado a ambos lados de enormes edificios de oficinas.

—Uno, cero, ocho, ocho, seis, Wilshire Boulevard, décimo piso, Westwood, nueve, cero, cero, dos, cuatro.

Me lo repitió sin que tuviera que pedírselo. Aunque las fundaciones pueden poseer, y de hecho poseen, cosas, un Mustang no es el tipo de vehículo que suelen

tener. Las fundaciones se usan para evitar pagar el derecho sucesorio de artículos de alta gama como yates, Ferraris y casas lujosas.

—Starkey, ¿estás en el despacho?

—Sí. Ya he acabado por hoy. ¿Quieres pasar a recogerme?

—No. Quiero que me busques un nombre. Rodolfo o Rudy Sanchez. Tiene un negocio en Coachella que se llama Servicio de Grúas Sanchez e Hijos.

Le di la dirección y le expliqué a qué se dedicaban. Si Sanchez había sido arrestado alguna vez en California, su historial aparecería en los archivos del Departamento de Justicia del estado. Oí a Starkey soltar tacos mientras tecleaba, y no la culpé. Los oficiales de policía no podían entrar en los archivos y buscar algo cada vez que quisieran sin motivo alguno. Ella tenía que poner un número de búsqueda, y su número de placa, y eso significaba que a su supervisor le podían notificar su petición, y tendría que justificar la búsqueda. Inventarse un motivo para buscar a Rodolfo Sanchez no era demasiado difícil, pero el papeleo era molesto.

Luego dejó de soltar tacos y bajó la voz.

—¿Para qué buscas a ese tipo, Sanchez?

—Si es el Sanchez adecuado, puede que haya tenido contacto con una mujer a la que estoy intentando encontrar. Pero quizá no sea ese. No lo sabré hasta que hable con él.

—Pues buena suerte.

—¿Le has encontrado?

—Le he encontrado. No tiene antecedentes penales. Ni una multa.

—Entonces, ¿por qué aparece en los archivos?

—Porque lo encontraron asesinado por disparo de arma de fuego el sábado por la tarde. Lo sacaron del lago Salton.

Me vino esa sensación de náusea que notas cuando tu estómago se llena de ácido.

—¿Es el mismo Sanchez?

—Sí, Cole, estoy segura. Rodolfo Sanchez, de Coachella.

—¿Del Servicio de Grúas Sanchez e Hijos?

—Sí, Cole, ese mismo; lo tengo delante ahora. Propietario del Servicio de Grúas Sanchez e Hijos, Coachella, California. Ese es «tu» Rodolfo Sanchez. Lo encontraron nadando de espaldas el sábado por la tarde.

El sábado. Krista Morales y Jack Berman desaparecieron el viernes por la noche.

Starkey siguió leyendo en su ordenador.

—Por el momento no hay sospechosos, y cualquiera que tenga información debe contactar con el sargento Mike Bowers, del Departamento de Policía de Coachella, bla, bla, bla.

Pensé en Pike en el desierto, en lo que habíamos encontrado allí.

—¿Qué tipo de arma?

—Nueve milímetros. Le dispararon cinco veces y le cargaron bien de perdigones. Una nueve milímetros y una escopeta. ¿Sabías algo de esto?

—Solo lo que te he contado.

—¿Quién es la mujer?

—Una estudiante universitaria.

—¿Algo que yo tenga que saber?

—Es lo que te he dicho, Starkey. Ni siquiera estoy seguro de que ese sea el Sanchez correcto. ¿Sabes cuántos Sanchez hay por ahí?

—Sé que es el octavo apellido hispano más corriente de América. Hay muchísimos Sanchez.

—Sí. Será mejor que vuelvas a tu trabajo.

—Y será mejor que no me dejes colgada con esto. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Colgué y miré mi teléfono. Entonces comprobé la dirección de Coachella. Sanchez e Hijos. Eran las cuatro y tres minutos. Llamé a Joe Pike.

—¿Aún estás ahí?

—Sí.

—Voy para allá.

La I-10 circulaba a través de Covina camino de Pomona, pero yo estaba al teléfono con la operadora de información de Ontario. Según Información, había treinta y dos Sanchez en las comunidades del desierto. Uno se llamaba Rodolfo júnior; otro, Rudy. La dirección de este era la misma que la de su negocio. La de Rodolfo júnior parecía ser un piso o apartamento en Coachella.

Copié su dirección y su número de teléfono, y luego pregunté el de Servicio de Grúas Sanchez e Hijos.

—¿Emergencias o la oficina?

—La oficina.

Me puso con ella. Una voz masculina contestó al tercer timbrazo.

—Grúas.

—Ah, hola, me llamo Billy Dale. No sabía si estaría abierto...

—Sí, está abierto.

—Ah, ¿es Rudy júnior?

—No, soy Eddie. Espere, le paso con él.

—Vale. Pensaba que podría ser usted uno de los hijos. Quería presentarle mis respetos. He oído comentar lo que ha pasado y me he quedado de piedra.

Eddie dudó un momento y luego pareció relajarse un poco.

—Gracias. Soy el hermano mediano, Eddie. Esto ha sido muy duro.

Lo de mediano indicaba que había tres. Al menos otro estaba en el local.

—¿Y han cogido al que lo ha hecho? Quiero decir que no pueden dejar sencillamente que el hijo de puta se salga con la suya. Rudy era un tío estupendo.

—No. No, aún no han arrestado a nadie. Gracias por preguntar.

—Ah, escuche, yo tenía negocios con su padre. ¿Podría acercarme un momento?

—Tenemos abierto hasta las seis.

—Vale, estupendo. Gracias.

Fenomenal.

Tenía cincuenta y dos minutos hasta las seis.

Llamé a Pike mientras corría por Fontana hacia Redlands, donde la 10 caía hacia el sur, hacia Banning Pass. Pike, ya en el desierto, había ido directo.

—Llegaré dentro de treinta minutos. ¿Estás ahí?

—Estoy a una manzana, al lado de un edificio comercial, en el otro lado de la calle. No estoy solo.

—¿Y qué significa eso?

—Un puesto de tacos en la esquina de enfrente. Un hombre asiático en un Subaru marrón. Las ventanillas levantadas por el aire acondicionado. La segunda vez que he pasado, le he visto con unos prismáticos.

—¿Vigilancia policial?

—No lo sé. Pero está vigilando, sí.

Me pregunté si la policía se habría enterado de que Rudy Sanchez era un coyote, o a lo mejor siempre lo habían sabido. Eso haría más difícil tratar con los hermanos, pero no imposible.

—Vale. ¿Y qué es lo que ve?

—Cinco hombres en el patio, uno acaba de salir con una grúa. Muchos camiones. Un despacho pequeño atrás. Parece un negocio auténtico.

—Locano decía que es de verdad. He hablado con uno de los hermanos.

—¿Y crees que saben algo?

—Ya veremos. Cierran a las seis. Llegaré dentro de veinticinco minutos. Si entro en el patio podemos averiguarlo.

—Hay un supermercado Ralphs a pocas manzanas al oeste, al otro lado de la autopista. Me verás allí.

Pike colgó y yo seguí avanzando.

Coachella era baja, plana y gris, a pesar del excesivo riego. Los edificios parecían estar contruidos todos con bloques de cemento o de estuco, y la mayoría eran preciosos; parecían almacenes. Unos árboles sedientos luchaban contra la arremetida del calor seco, y el césped estaba agostado a trozos; en ningún lugar se veía verde del todo, como si su color verdadero se encontrase oculto por una fina película de polvo que los habitantes de la zona podían barrer, pero nunca derrotar. Una brisa suave procedente del desierto depositaba arena polvorienta desde el cielo, como polvo de hada. Coachella entera parecía un centro comercial de saldos.

Pike ya se había ido cuando llegué a Sanchez e Hijos, pero el hombre del Subaru estaba a un coche de distancia de un diminuto puesto de tacos con buena vista del solar de las grúas, al otro lado de la calle. Estaba recostado encima del volante, tal y como me lo había descrito Pike, con gafas de sol, como si estas le hicieran invisible, y un sombrero de copa baja gris muy moderno. Tres hombres desaliñados y polvorientos que parecía que trabajaban muy duro hacían cola para comprar tacos. Ignoraban al hombre del sombrero, y él los ignoraba a ellos. Él solo vigilaba el sitio de las grúas.

Servicio de Grúas Sanchez e Hijos tenía una zona de carga grande en el lado equivocado de la autopista. Una valla de tela metálica rodeaba el perímetro; detrás había un pequeño edificio donde estaba la oficina, que antes era una gasolinera. En la verja, unos letreros en mayúsculas rezaban: ¡SAQUE DINERO DE SU BASURA! COMPRAMOS COCHES VIEJOS. ¡SERVICIO LAS 24 HORAS! GRÚAS LOCALES Y A LARGA DISTANCIA. Había seis camiones grúa blancos, todos con el logo de Sanchez e Hijos, aparcados detrás de los letreros. Los camiones iban desde ligeras grúas de percha, pasando por otras medianas y azules de horquilla, hasta un par de grúas enormes de camilla lo bastante grandes para llevar a cuestas una caravana. La puerta deslizante para que entraran y salieran los camiones estaba

abierta; de ella colgaba un lazo negro de luto por la muerte de Sanchez. Un joven que llevaba una grasienta camisa de trabajo azul estaba lavando con una manguera uno de los camiones. Otro hombre, mayor, trabajaba bajo el capó de un camión. Ninguno parecía armado ni especialmente peligroso, pero yo no había esperado bandidos. Estaba más preocupado por el tío del sombrero, el del Subaru. Seguramente el día que se identificó el cuerpo de Sanchez acudió la policía. Según lo que supieran, habrían informado a la familia y luego habrían interrogado tanto a su familia como a sus empleados sobre qué había hecho los días anteriores a su asesinato. Que mantuvieran la vigilancia significaba que conocían las actividades «extracurriculares» de Rudy (o que sospechaban), cosa que podía hacer más difícil que yo obtuviera información sobre Krista Morales. Tres minutos más tarde aparqué junto a Pike y salí del coche. Nos quedamos entre los dos autos, hablando.

—¿El del sombrero? —preguntó Pike.

—Sigue ahí, frente al puesto de tacos, como has dicho.

—Mmm.

—Creo que iré solo, mientras tú vigilas al tío del sombrero.

—¿Y los hermanos?

—Les sonsacaré. A lo mejor ni siquiera saben lo que hacía su padre.

Pike se alejó sin una palabra más, se metió en su todoterreno y se fue. Poco hablador, el hombre.

Sesenta y cinco segundos más tarde aparcaba en la calle frente a la verja. Nadie, excepto el hombre del sombrero, me prestó atención cuando me dirigí a la pequeña oficina. El hombre más joven, que estaba lavando la grúa mediana, siguió con su trabajo, mientras un hombre mayor al que no había visto antes subía a bordo de una grúa ligera y retrocedía hasta la calle, pasando por mi lado. Se iba a ayudar a algún motorista que había sufrido una avería. No veía a Pike ni sabía dónde estaba, pero ellos tampoco. Especialmente el del sombrero y el Subaru.

El aire frío me golpeó como si me metiera en una cámara frigorífica cuando entré en el despacho. Había dos hombres sentados junto a un escritorio: uno tras él, con la silla echada hacia atrás; el otro, a un lado, con las piernas estiradas. Cuando entré, se dieron la vuelta. El más joven tendría veintitantos años, y el que estaba detrás del escritorio, treinta y pocos. El más joven vestía una camisa de trabajo azul con la palabra «Eddie» bordada a la izquierda, en la pechera. El mayor llevaba una camisa hawaiana de un verde intenso decorada con palmeras amarillas y flamencos rosa. Probablemente era Rudy júnior. Ambos tenían los ojos morados, bultos en las mejillas. El labio superior de Rudy estaba hinchado. Vi el parecido, a pesar de las contusiones.

—Hola.

—Hola. ¿Qué se le ofrece? —respondió el mayor de los dos tipos.

—He hablado antes con Eddie. ¿Es usted Rudy júnior?

Rudy arqueó las cejas a su hermano, que reconoció mi voz.

—Es el tipo que ha llamado. Conocía al viejo.

Miré al hermano de Eddie.

—Le acompañó en el sentimiento.

—Eddie dice que tenía negocios con nuestro padre...

—Eso es. Busco a Krista Morales. ¿Alguno de ustedes dos la conoce?

Se miraron el uno al otro. Eddie negó con la cabeza.

—Lo siento, amigo. ¿Deberíamos conocerla? —dijo Rudy júnior.

—Creo que su padre sí que la conocía, o al menos había hablado con ella.

Esperaba que uno de ustedes supiera de qué habían hablado. Ella escribió esto...

Saqué la nota y se la tendí para que pudieran verla. Mientras la miraban me fijé en una foto en blanco y negro de la pared en la que se veía a Eddie y Rudy júnior con el tipo más joven que estaba lavando la grúa fuera, y con un hombre mucho mayor. El viejo debía de ser su padre. Todos sonreían.

Eddie leyó la nota en voz alta.

—Q Coy Sanchez. ¿Y qué significa esto?

—Significa que pregunte al coyote Sanchez. Ella quería saber algo de los que traen a gente del sur. ¿Dijo algo de esto su padre?

Miraba a Rudy J. mientras se lo decía, intentando captar su reacción. Eddie fue el que se puso de pie en primer lugar, y Rudy júnior le siguió, con calculada lentitud.

—¿Quién es usted?

—El hombre que busca a Krista Morales. Ella es lo único que me interesa. Nada más.

—Es un puto agente federal —dijo Eddie.

Rudy júnior se encogió de hombros.

—No importa quién sea. Busca a otro Sanchez. Hay muchos. Somos como Smith y Jones, pero morenos.

—¿Por qué no preguntan a su otro hermano? A lo mejor él sabe algo...

Rudy júnior señaló un reloj redondo en la pared. No era de Pinocho.

—Son las seis. Está cerrado. Se va o llamo a la policía.

—Gilipollas de federal —soltó Eddie.

Los dos me miraban furiosos cuando, de repente, Eddie se fijó en algo que estaba detrás de mí. Su rostro mudó de gesto.

—Ay, mierda.

Me volví mientras Rudy J. sacaba un bate de béisbol de debajo de su escritorio, y luego se abrió la puerta.

Un hombre asiático de aspecto duro, con un bonito traje y gafas de sol, entró con aire arrogante. Había nacido con el cuello muy ancho y los huesos grandes, pero el tiempo pasado en el gimnasio le había conferido unos bordes recortados y ángulos duros. Sonrió cuando vio el bate de béisbol, y luego se hizo a un lado mientras dos asiáticos más empujaban al tercer hermano hacia dentro, ante ellos. El hermano no podía tener más de diecinueve años. Los hombres eran enjutos y duros, con expresión

de no andarse con contemplaciones, y algo me dijo que no eran oficiales de policía.

El segundo hombre cogió al hermano más joven por el brazo, y habló a Rudy J. como si yo no estuviera presente, aunque solo estaba a un metro de distancia de él.

—Te hemos dado mucho tiempo. Ahora, paga.

Ladró las palabras con un acento muy espeso, cada palabra como una explosión separada.

Rudy J. señaló con la cabeza hacia mí. Tenía miedo, pero temía mucho más lo que pudieran hacerle a su hermano que lo que yo pudiera oír.

—Dile que se vaya al Infierno. ¿No ves que tenemos gente aquí? Estamos atendiendo a un cliente.

Los tres hombres me miraron como si yo hubiera sido invisible hasta aquel momento, y luego el tipo que sujetaba al chico ladró una orden en un inglés roto.

—Váyase. Vuelva mañana.

Lo miré, y luego a los hermanos, y me pregunté qué pasaría entre ellos. No me gustaba cómo sujetaban al muchacho, ni la forma que tenían de asumir que yo me iría sin más, ni los trajes que llevaban, con aquel calor de treinta y siete grados.

El hombre volvió a ladrar más fuerte.

—Váyase, ya.

—Soy del Gobierno. Estoy aquí para estropearles el día —dije.

Entonces él ladró en un idioma que no entendí, y el hombretón grande fue a cogerme del brazo. Era mucho más pesado y probablemente más fuerte, pero no tuvo tiempo de usar su peso ni su fuerza. Le aparté la mano, di un paso hacia él con el pie izquierdo y le metí la rodilla derecha en el hígado. Él cayó mientras Joe Pike entraba por la puerta, le daba una patada en las piernas al último hombre y le tumbaba de cara al suelo. Al momento, el arma de Pike estaba fuera, arriba y apuntando al que hablaba, y también la mía. De principio a fin, tres cuartos de segundo.

Sonreí al tipo que hablaba.

—Bonito traje.

Él soltó al chico, que se fue corriendo hacia sus hermanos. Luego el hombre dijo algo más que no entendí.

—Coreano —soltó.

El coreano no parecía asustado.

—Deben irse. Ahora.

Pike cogió las pequeñas pistolas de cada uno de ellos y se las metió en los bolsillos.

Miré a los hermanos que estaban detrás del escritorio. No parecían bandidos ni coyotes criminales. Parecían tres conejos deslumbrados por los faros de un coche.

Apunté con mi arma hacia los tíos con traje.

—¿Quién es esta gente?

Rudy J. se humedeció los labios y negó con la cabeza. Tenía demasiado miedo para hablar.

—¿Quieren que llame a la policía? —pregunté.

Rudy J. meneó la cabeza de nuevo, pero eso no bastó para el coreano.

—Nos deben dinero. Usted no debería meterse.

—No, tío, no te debemos nada. Ya te lo he dicho. El Sirio se los llevó. No sé qué más decir.

Estaba suplicando.

El tipo grande se movía como si quisiera levantarse. Yo amartillé mi revólver, apunté a su cabeza, pero me dirigí al que hablaba.

—Si se levanta demasiado rápido, le haré pupa.

El que hablaba me miró como si decidiera si continuar o no, y luego dio una fuerte patada al hombre grande en la espalda, gritando algo en coreano. Le dio dos patadas más, y luego oímos un fuerte zumbido. El que hablaba buscó en su bolsillo, sacó su móvil y miró al exterior por el cristal. Los demás hicimos lo mismo.

Tres hombres bajaban de un sedán gris oscuro de cuatro puertas. Vestían camisas Arrow de manga corta y corbata, y llevaban las chaquetas en la mano, como si no quisieran ponérselas. Un afroamericano desgarrado y un blanco calvo y pálido salieron de la parte de delante. De la parte de atrás emergió otro hombre, esbelto, fornido, con el cabello pelirrojo cortado al rape. Se movían despacio, mirando a su alrededor como si estuvieran controlando qué terreno pisaban, o quizá para asegurarse de que nadie iba a dispararles. Resultaba obvio que eran policías antes incluso de que el negro sacara un arma corta con su funda y se la sujetara al cinturón junto a una insignia.

—Es la policía. El negro es el detective Spurlow —anunció Rudy J.

El coreano jefe me miró y luego puso en pie a sus dos amigos, mientras Rudy J. continuaba.

—El calvo es Lance. Son los que nos dijeron lo del viejo. No conozco al otro tío.

—Lange. Era Lange, no Lance —apuntó Eddie.

Fuera, los oficiales se pusieron las chaquetas, sacudiéndose un poco porque la tela se les pegaba a la piel.

El coreano jefe se acercó más; parecía que quisiera arrancarme el corazón.

—Tiene nuestras armas. Devuélvanoslas ahora.

—No las tiene él. Las tengo yo —dijo Pike.

El que hablaba lo miró un momento, luego sonrió como perdonándole la vida y salió por la puerta. Sus compinches le siguieron. Los tres sonreían al pasar ante los policías, se subieron a un BMW sedán negro y salieron del patio.

—Mira —dijo Pike.

Mientras pasaban ante el Subaru, el hombre del sombrero hizo una seña a los que iban en el BMW. Un momento después, se sentó más erguido y puso en marcha el coche.

Pike pasó trotando junto a los hermanos y salió por atrás.

Los policías se habían reunido y venían hacia nosotros. No se daban prisa, pero

tampoco tenían que ir muy lejos.

Rudy me miraba. Su boca se movía como si tuviera miedo de lo que yo pudiera hacer.

—¿Quiénes eran esos tipos?

—No lo sé, tío. Andaban mucho con mi padre.

Se humedeció los labios y ambos miramos a los policías que se acercaban.

—Ya volveré.

Me fui por la puerta delantera, igual que los coreanos; al pasar hice una seña a los policías, como cualquier desconocido, y murmuré algo sobre el calor. Spurlow me devolvió el saludo y Lange me ignoró, pero el hombre pelirrojo clavó los ojos en mí y no los apartó.

Seguí andando como un hombre que se va con su coche al acabar la jornada, pero no era así. Cada paso que daba era cuidadoso y medido, y a cada paso que daba esperaba que no me detuvieran.

Cuando atravesé la verja, Spurlow y Lange ya estaban dentro, pero el tipo pelirrojo se encontraba en la puerta. Me miraba con unos ojos tan guiñados que parecían dos rendijas.

Joe Pike me llamó mientras yo llegaba al coche.

—El Subaru ha subido por la primera rampa. El BMW va un poco detrás.

—¿En qué dirección?

—Los Ángeles.

—Sigue al BMW. Yo me quedaré con los hermanos.

Di la vuelta a la esquina, aparqué detrás del puesto de tacos y esperé a que la policía se fuera.

JACK Y KRISTA: NUEVE HORAS DESPUÉS DE SER SECUESTRADOS

Los empujaron desde la negrura a través de un mundo rojo sangre y luego hacia una luz tan intensa que Krista cerró los ojos. Cuando los abrió, guiñando para evitar el resplandor, caminaban por una casa pequeña, con Jack justo detrás de ella. Ahora, con aquella luz tan intensa, era la primera vez que se veían unos a otros con claridad. Sobre todo eran asiáticos, pero también había unos pocos latinos y gente que podía ser de Oriente Medio o de la India. Uno a uno, los registraron mientras iban andando. Les quitaron los cinturones y los zapatos, y los arrojaron a una pila creciente. Seis u ocho hombres con picanas para ganado y porras empujaron a la multitud hacia la casa. Krista no los miró. Mantenía los ojos bajos, temiendo hacer contacto.

La casa estaba destartalada y vacía de muebles. La áspera luz procedía de unas bombillas de cien vatios, de unas lámparas sin pantalla. La línea que avanzaba arrastrando los pies se paró un poco. Los empujaron a una habitación pequeña.

—Estamos atrapados, joder —susurró Jack, detrás de ella.

Habían atornillado unos pesados paneles de contrachapado ante las ventanas, cubriéndolas por completo. El suelo era una moqueta de pared a pared, muy manchada, y una estrecha puerta revelaba un armario vacío. Las paredes de un azul enfermizo tenían marcas de lápices y agujeros en los lugares donde habían quitado cinta adhesiva y clavos. Un cubo de plástico vacío, un rollo de papel higiénico y una caja de botellas de agua de plástico esperaban en el rincón.

Krista se imaginó que aquel podía ser el dormitorio de un niño. La habitación era pequeña y se llenó enseguida. Luego cerraron la puerta.

Nadie se movió. La gente que ahora llenaba la atestada habitación se quedó de pie, como si esperase que ocurriera algo más, como si estuvieran demasiado conmocionados o asustados para moverse.

Krista y Jack tampoco se movieron. Ella se volvió hacia su novio, que la abrazó, y se quedaron de pie, mientras la gente que tenían a su alrededor lloraba.

Krista también lloró, y oyó sollozar a Jack mientras la abrazaba.

—Soy Samuel Rojas. Puedes llamarme Sam —dijo el hombre.

Al ver que era latina, le habló en español, y ella le respondió de la misma manera, fingiendo que era mexicana.

Iban sacando a la gente de la habitación en un orden cualquiera. La puerta se abría, entraba un hombre, señalaba a alguien y se llevaba a esa persona. Siempre volvían unos minutos más tarde y nadie parecía herido, de modo que Krista no sintió miedo cuando el guardia al que pronto conocería como señor Rojas le hizo señas de que se acercara. Jack la sujetó más rato del debido, pero ella le quitó la mano suavemente y le dijo que todo iría bien.

El hombre la llevó a la cocina. Se sentaron uno frente al otro en el sucio suelo de vinilo. Siguiendo a Rojas a la cocina vio a otros guardias que conversaban con prisioneros en el salón y en el comedor. Krista observó que en aquellas habitaciones las ventanas estaban cubiertas con el mismo contrachapado pesado, y la puerta principal estaba sellada de la misma forma. Notó una sensación de angustia y de hueco en el estómago cuando se dio cuenta de que la casa entera era una prisión. De repente, le pareció que en aquella cocina hacía mucho calor, aunque estaba puesto el aire acondicionado.

En cuanto se sentaron, Rojas abrió un cuaderno de espiral. La cubierta mostraba un unicornio levantado sobre las patas traseras.

—¿Cómo te llamas?

—Krista Morales.

—¿De dónde eres, Krista?

—De Hermosillo. En Sonora.

—Es un sitio muy bonito. Siempre he querido ir a verlo. Yo soy de Torreón, en Coahuila. No es tan bonito.

Rojas tomaba notas en el cuaderno de espiral mientras hablaban. Tenía una sonrisa tranquilizadora y una voz amable.

Krista oyó hablar en una lengua asiática en la habitación contigua, y una frustrada conversación en español entre dos de los guardias. Ninguno de ellos hablaba aquella lengua, de modo que no tenían forma de comunicarse con el prisionero.

—¿Tienes familia allí, en Hermosillo?

—No, soy la última. La tía con la que vivía murió.

—Qué mala noticia. ¿Por eso has viajado hacia el norte?

—Sí. En casa ya no me queda nada.

—¿Tienes familia en el norte, o trabajo?

—Mi madre.

Rojas sonrió, y Krista supo que había acertado al decir aquello. Intentaba recordar desesperadamente todo lo que sabía de la forma de trabajar de los *bajadores*, y lo que le había contado la gente de Guatemala.

—Ah, pues muy bien. Tu madre en tu nuevo hogar. ¿Y dónde está ella?

—En Los Ángeles. En un sitio llamado Eagle Rock.

—Ah, bien. ¿Te está esperando?

—Sí. Mandó al hijo de una amiga suya a que me recogiera. Ahora Rojas inclinó la cabeza.

—¿Y qué amigo es ese?

—El hijo de su amiga, Jack Berman. El chico blanco que va conmigo. Me esperaba en la avioneta cuando vosotros nos cogisteis.

Rojas se humedeció los labios y miró hacia el salón antes de continuar.

—Ese chico, ¿está aquí?

—Sí. En la habitación.

Rojas fue a la entrada e hizo un gesto a alguien que estaba en el salón. Un momento más tarde, un hombre moreno con el pelo largo y unos ojos diminutos color azabache se reunió con él. El hombre miró a Krista mientras Rojas susurraba a su oído. Mantuvieron una conversación en voz baja, y luego el tipo se alejó y Rojas volvió a su conversación.

—¿Y tiene trabajo, tu madre?

—Es ama de llaves.

—Eso es bueno, trabajo fijo. ¿Tienes más familia? ¿Tías, tíos, primos?

—No. Solo mi madre.

Rojas escribió rápidamente.

—¿Y cómo se llama y cuál es su número de teléfono?

—¿Para qué quieres saberlo?

—Tendrá que pagar nuestros gastos para que te soltemos. Es una lástima, pero, una vez que haya pagado, te dejaremos ir a casa.

—Ella es ama de llaves.

—Es un buen trabajo, trabajo fijo, de modo que probablemente tendrá ahorros, y quizás un amo generoso. Te dejaremos que la llames. Ahora no, más tarde.

Krista le dio el nombre y el número de móvil de su madre. Mientras Rojas consignaba aquellas cosas en su libreta, dos hombres llegaron desde el lavadero, por la misma puerta por la que Krista y los demás había entrado en la casa. El primer hombre era alto y moreno, con las mejillas chupadas y la cara de halcón. Krista pensó que era un blanco muy bronceado, pero luego se dio cuenta de que era árabe. El otro era un latino más bajo y robusto, con anchos hombros y el vientre redondo. El hombre alto la miró, pero no le prestó atención. Vestía unos pantalones muy ajustados de diseño y una camisa de punto que resaltaba sus brazos y sus hombros, muy musculados. Llevaba el pelo, negro y largo, sujeto detrás con una coleta. Le lanzó una mirada. El hombre alto pasó por la cocina, hacia la entrada, y llamó a un tal Vasco. El tipo de los ojos diminutos reapareció casi al instante, sonriendo ampliamente mientras saludaba al nuevo. Krista vio que tenía los dientes desiguales y rotos, como si se hubiera peleado mucho y nunca se los hubiesen arreglado. Los dos hombres entraron en la casa y desaparecieron.

El más robusto dio un golpecito a Rojas con el pie.

—He traído la comida —dijo—. Vamos, el Sirio no quiere perder toda la noche.

Rojas respondió en inglés.

—Que te jodan, Orlato. Yo no soy tu puta.

—Puedes decírselo al «hombre» cuando yo le diga por qué ha tenido que esperar. Entonces veremos de quién eres la puta.

Orlato le dio otra vez con el pie.

—Vamos, hombre, que te ayude esta *puta* de aquí. Son solo unas cuantas *pizzas*. ¿Cuántas has cogido?

—Treinta y dos.

—Bien.

Rojas cambió al español cuando le dijo a Krista que le siguiera. La hizo salir de la cocina y dirigirse al lavadero, y luego al garaje. El lavadero tenía una lavadora y una secadora. Había una puerta, que probablemente se abría a un costado de la casa, cubierta de contrachapado, igual que las ventanas. No había forma de abrirla sin quitar el contrachapado; una docena de tornillos la mantenían bien fija.

Antes, cuando habían llegado a la casa, el camión grande había entrado hacia atrás en el garaje, con un plástico negro colgado para ocultar su carga mientras iban descargándola. Ahora, el camión y las débiles luces rojas que iluminaban el garaje habían desaparecido. Allí había un Lexus SUV gris antracita y un BMW sedán largo de color azul.

—Huele a pepperoni. ¡Ñam! —dijo Rojas.

Tres pilas de cajas de *pizza* gigantes, a cinco cajas por pila, llenaban el asiento de atrás del BMW. Rojas tendió cinco cajas a Krista, cogió diez él mismo, y también unas bolsas de plástico con alimentos. Cuando ella le siguió al interior, entre los coches, al lavadero, vio un interruptor montado en la pared, junto a la puerta interior del garaje. Por la pared, desde el interruptor y a lo largo del techo del garaje, corrían unos cables. Luego bajaban hasta el motor por encima de la puerta. Krista comprendió que era un interruptor para abrir y cerrar la puerta del garaje.

Su corazón se puso a latir más deprisa al pensar en el interruptor. Seguramente, la puerta haría mucho ruido, y tardaría unos segundos preciosos en levantarse, pero con un solo empujón ella podía fugarse.

Luego pasaron por la puerta hacia el interior del lavadero. Como el resto de la casa, era pequeña y estaba atestada. Rojas se tropezó con la lavadora. Las dos cajas de *pizza* de la parte superior se le cayeron; intentó cogerlas, y entonces tres cajas más cayeron al suelo con estrépito. Lanzó un taco y le dijo que le ayudara a recoger la comida. Cuando colocó las *pizzas* que llevaba encima de la lavadora para ayudarle, Krista observó una portezuela cuadrada de acceso que se encontraba en el techo. No estaba bloqueada ni atornillada; seguramente conduciría al desván, de modo que se pudiera acceder a los conductos de aire acondicionado, las tuberías o lo que hubiera en aquel pequeño espacio.

Estaba muy arriba, pero podía llegar allí subiéndose a la lavadora. Krista Morales, que era una chica lista y de recursos, empezó a tramar un plan.

Cinco segundos después de que se la llevaran, Jack empujó la puerta e intentó abrir el picaporte, pero estaba cerrado. Lo retorció todo lo que pudo, empujó, fue forzándolo a un lado y a otro, pero no sirvió de nada. Aquellos no eran picaportes y cierres normales y corrientes. Habían cambiado los picaportes para que las puertas se pudieran cerrar solo desde el exterior, y los cierres eran con cerrojo. Jack aporreó la puerta lleno de frustración, y pasó entre la multitud, intentando dejar a un lado su miedo, pero no había sitio para moverse. Finalmente se dirigió a un lugar junto al contrachapado y se apoyó de espaldas a la pared, examinando a los demás prisioneros.

La pequeña habitación parecía una sauna. Un ráfaga de aire frío soplaba desde una salida de aire acondicionado en el techo, pero quedaba devorado de inmediato por el calor de tantos cuerpos amontonados en el diminuto espacio. El olor de la gente le estaba poniendo enfermo, y se preguntó cuántos días llevarían viajando.

Había trece personas apelotonadas en aquella habitación. Con Jack y Krista, quince. Nueve eran asiáticos que parecían tener de veintitantos a treinta años, aunque había tres mucho mayores. También había dos latinos y la pareja de Guatemala. Todos parecían hambrientos, cansados y pobres. Su ropa, muy gastada y manchada de sudor, era demasiado fina o demasiado gruesa, y en sus ojos se podía intuir el terror. Unos pocos se habían aferrado a pequeñas bolsas de ropa, pero se las habían saqueado cuando los habían atrapado.

Los asiáticos se habían agrupado en el rincón opuesto; la mayoría eran hombres y mujeres jóvenes y muy flacos, sentados sobre sus talones, con expresión vacua, pero uno de ellos estaba sentado a un lado, solo. También era joven, pero no se parecía a los demás: musculoso, en buena forma, con ropa bonita y el pelo brillante, corto por los lados y levantado por la parte superior. Tenía los ojos duros y furiosos, y su rostro se contraía al apretar y soltar la mandíbula. Debió de notar la mirada de Jack, porque, de repente, miró fijamente a los ojos de Jack, que apartó la vista.

—¿Alguien habla inglés? ¿Alguien que sepa hablar inglés? —preguntó Jack.

El hombre de Guatemala respondió:

—Yo hablo un poco poquito.

Una chica asiática muy delgada levantó una mano delicada.

—Yo entiendo algo. No hablo bien.

—¿De dónde eres?

—Corea. ¿Estamos cerca de Olympic Boulevard? Vamos a Olympic Boulevard.

Su acento era tan malo que al principio Jack no la entendía. Tras hacer un esfuerzo entendió que estaba diciendo «Olympic Boulevard». Se habían establecido tantos coreanos entre Olympic y Wilshire, en esa zona de la ciudad, que el barrio se

conocía ahora como Coreatown. Jack y Krista habían ido allí dos veces, una a comer *galbi* y otra a un bar con karaoke. Ninguno de los dos cantaba, pero les resultó divertido mirar.

En ese momento, la puerta se abrió y entraron dos guardias. El primero era un afroamericano bajo y musculoso. Paseó los ojos por la habitación y luego señaló al chico coreano de aspecto duro.

—Tú. Sí, tú, vamos, levántate.

Hablaba un inglés perfecto, pero Jack no sabía si el chico coreano entendía el inglés o no. El guardia le hizo señas de que se levantara, de modo que él se puso de pie despacio. Le indicó que se acercara, y él obedeció. Sin embargo, avanzó arrastrando los pies y con los ojos bajos, como los demás. Se mantenía erguido y mirando a los ojos al guardia, que lo cogió del brazo y se lo llevó.

Dos minutos más tarde, la puerta volvió a abrirse. Jack notó un enorme alivio al ver a Krista. Los ojos de la chica le dijeron que no hiciera nada, de modo que no dejó entrever emoción alguna cuando se acercó.

El guardia que se la había llevado entró, miró a Jack y le hizo señas de que se acercara.

—¿Jack Berman?

—Sí, ese soy yo.

Mientras Jack se abría paso entre la multitud, Krista le interceptó un segundo de espaldas al guardia, lo suficiente para susurrarle:

—Recuerda lo que te he dicho.

Luego se apartó y se sentó con los guatemaltecos, mientras Jack seguía al guardia, intentando recordar lo que Krista le había dicho.

El hombre lo condujo a la sala grande, al otro lado de la entrada de la casa, junto a la cocina. En tiempos, aquello había sido un salón, pero ahora era una caja con las puertas y las ventanas cubiertas por gruesos tableros de contrachapado. Jack notó un fuerte olor a *pizza* que hizo que sintiera hambre.

El hombre señaló un lugar en el suelo, junto a la entrada, y le dijo a Jack que se sentara. El duro chico coreano estaba con dos guardias en la esquina más alejada, y otro guardia hablaba con una mujer latina en el otro rincón. El coreano miró a Jack y luego a su guardián.

—Me llamo Samuel Rojas. Puedes llamarme Sam.

Jack asintió, pero no dijo nada. Rojas tenía un cuaderno de espiral y un lápiz.

—Había un Mustang plateado. ¿Era tuyo el coche?

—Sí. ¿Dónde está?

—¿Eres ciudadano estadounidense?

—Sí. ¿Qué habéis hecho con mi coche?

—¿Cómo conociste a Krista?

—No la conozco. Conozco a su madre. Ella y mi madre son amigas. ¿Qué coño está pasando aquí? ¿Quiénes sois?

—Dame el nombre y el número de teléfono de tu madre. Nos gustaría llamarla.

—Pues que tengas suerte. Está en China.

Rojas parecía dubitativo.

—¿Vive en China?

—No, está haciendo un viaje. Se ha ido con el grupo de nuestra parroquia. ¿Por qué me preguntas todo esto?

—¿Y tu padre?

—Murió el año pasado. ¿Por qué estamos en esta casa cerrada con tablas?

Mientras hablaban, un hombre alto con coleta y otro más bajo con los dientes estropeados salieron del salón y se detuvieron en la entrada. Hablaban en voz baja en español, pero el hombre alto no parecía latino.

—¿Tienes hermanos o hermanas?

—No, soy hijo único.

—¿Cuándo volverá tu madre?

—Dentro de un par de semanas. Dos semanas.

Rojas estudió a Jack, que se preguntó qué estaría pensando. Luego Rojas echó una mirada a su libreta, volvió una página y levantó la vista.

—El Mustang es un vehículo muy bonito. ¿Cómo lo has pagado?

—Me lo compró mi madre. ¿Por qué os importa eso? ¿Por qué estamos hablando de eso?

—No llevabas carné de conducir. ¿No tienes carné de conducir?

—Lo dejé en el coche.

Rojas negó con la cabeza.

—No había nada en el coche.

—Tío, lo dejé en el coche con mi cartera. La cartera, la tarjeta de crédito, el dinero... ¿Qué ha pasado con todo eso?

Rojas le dijo a Jack que se quedara donde estaba y se reunió con el hombre alto y el tipo de los dientes estropeados. No comprendía lo que decían, pero el hombre alto frunció el ceño en su dirección, y parecía que era quien llevaba la voz cantante. Rojas asentía todo el rato, como si estuviera recibiendo instrucciones.

Cuando Jack los estaba mirando, el chico coreano de antes gritó, y sus palabras explotaron como disparos rápidos. Estaba de pie cuando Jack se dio la vuelta. Dos guardias le golpeaban con los hombros bajos, acorralándolo en un rincón. Un tercer guardia se unió a ellos, y le lanzó un picotazo con la picana en las costillas: resonó tan fuerte cuando la corriente dio en el blanco que Jack lo oyó desde el otro lado de la sala. Apareció una segunda picana, y el tercer guardia hizo oscilar una porra. El coreano cayó, pero la porra siguió dándole, y las picanas chasqueaban y resonaban mientras el coreano se enroscaba formando un ovillo. Las patadas, los puñetazos y los picotazos eléctricos seguían sin parar, hasta que Jack se puso en pie.

—¡Parad! ¡Se ha caído!

Jack dio un paso, pero algo le golpeó con fuerza por atrás, y se tambaleó hacia

delante. Un brazo le envolvió la garganta y le levantó del suelo, dejándole los pies en el aire.

—¿Tú también quieres un poco?

Cayó de bruces al suelo. El hombre de los dientes estropeados estaba encima de él. Jack pudo sentir su voz rasposa en el oído.

—¿Quieres un poco de lo mismo? Si quieres, te lo puedo dar.

En ese momento, Jack vio al coreano. Estaban los dos boca abajo en la moqueta. El coreano le miraba. Los tres hombres que tenía detrás le estaban atando las manos a la espalda.

El hombre de los dientes estropeados le dio varios puñetazos a Jack en el costado, la espalda y la nuca. El chico apretó los ojos. Le levantaron de un tirón, le hicieron girar. Entonces, le propinó una bofetada. Jack intentó cubrirse la cara, pero el hombre le volvió a abofetear, y luego le bajó las manos.

—¿Quieres que te ate las manos? Si te ato las manos, te cagarás en los pantalones. ¿Eso es lo que quieres?

—No.

—¿Qué has dicho?

—No, señor.

—¿Me vas a dar problemas?

—No, ningún problema.

El hombre sujetó a Jack por la nuca haciendo una presión fuerte, como si tuviera unos alicates. Empujó a Jack fuera del salón, por el vestíbulo y hacia el dormitorio. Se detuvo ante la puerta, sujetando a Jack mientras miraba a Krista. Estaba muy cerca. Tenía los dientes tan estropeados y rotos que parecían los dientes que se tallan en una calabaza. Miró a Krista y luego a Jack, y se acercó tanto al chico que el calor de su aliento le cosquilleó la oreja.

—Le he echado el ojo a ella. Si vuelves a hacer cualquier tontería, ya veremos lo que pasa, ¿vale?

El hombre empujó a Jack hacia el interior de la habitación y cerró la puerta de golpe. El cerrojo que volvía a su sitio sonaba como el ruido del hacha de un verdugo cayendo sobre el tajo.

Jack intentó llegar al cubo para vomitar, pero no lo consiguió.

ELVIS COLE: CUATRO DÍAS ANTES DE SER SECUESTRADO

La policía se quedó con los hermanos Sanchez mientras el día se convertía en oscuridad y el aire refrigerado se iba volviendo más sedoso. Me compré una Coca-Cola *light* y dos tacos de pollo mientras esperaba. Los tacos eran al estilo mexicano. Dos pequeñas tortillas de maíz enrolladas y con un relleno de pollo, cebolla y cilantro, con una generosa ración de jalapeños y gustosa salsa de tomatillo verde. Ni judías ni queso. Las judías y el queso son para nenazas. Los tacos estaban picantes y jugosos, y el calor fue aumentando mientras yo comía. Estaban tan buenos que pedí dos más. Deliciosos.

Observaba movimiento en la oficina de vez en cuando, pero mi ángulo era malo y no podía ver nada más. Dieciocho minutos después de comerme el último taco, el policía pelirrojo salió para ir hasta su coche. Cogió un maletín del asiento de atrás, sacó un expediente y luego volvió a dejar el maletín. Se dirigió de nuevo hacia la oficina, pero de repente se detuvo y examinó la calle, como si notase que alguien le estaba vigilando. Me metí un poco más a la sombra del puesto de tacos, contemplándole por el pequeño espacio que quedaba entre el puesto y un poste telefónico.

El teléfono me vibraba en el bolsillo, pero no me moví.

Él dio lentamente una vuelta completa hasta que sus ojos se clavaron en el puesto de tacos. Una mujer latina de mediana edad estaba encargando comida. El policía pelirrojo estaba a unos cuarenta metros de distancia, pero, aun así, pude ver las arrugas que rodeaban sus ojos como una telaraña.

Mi móvil zumbaba como un insistente reloj despertador. Me preocupaba que la mujer lo oyera y volviera la cara desde la ventanilla para mirar. Cubrí el teléfono con la mano y esperé.

El hombre se quedó mirando el puesto de tacos ocho o diez años, y luego de repente volvió a entrar en el despacho.

Comprobé la llamada y encontré un mensaje de Carol Starkey: «Tío. ¿Qué cojones pasa? Llámame».

Starkey habla así.

Le devolví la llamada.

—Soy yo.

—¿Qué hostias estás haciendo, gilipollas?

No parecía feliz.

—¿Qué pasa?

—Que han venido los federales, tío. La ICE. La policía de inmigración, nada menos. Han pillado mi búsqueda de tu chico, Sanchez. Querían saber por qué coño

me interesaba.

—¿Y qué les has contado?

—Ah, ¿ahora te preocupas? ¿Qué pasa, que tienes miedo de que me haya chivado?

—Ya sé que tú nunca te chivarías de mí, Starkey. ¿Qué ha pasado al final? ¿Qué les has dicho?

—Que ese nombre apareció en un golpe de Luz Verde en el que estoy trabajando, en Hollywood. Les he dicho que había comprobado el nombre para hacer las debidas diligencias, pero que mi Rudy Sanchez vive en Venice y no en Coachella. Que no era el mismo hombre.

Con Luz Verde se refería a la mafia mexicana. *La Eme*. Dejando caer ese nombre daba credibilidad a su búsqueda.

—Buen truco.

—¿Sabías que era un coyote?

—Sí.

—Qué cabrón.

—Quería encontrarle, Starkey. ¿Qué importa el tipo de criminal que sea?

—Sí, ya. Pues el ICE estaba encima de ese criminal. Estaba implicado en el cartel de Sinaloa. ¿Hay algo más que debas decirme?

—¿Quién le mató?

—Si lo sabían, no me lo han dicho. ¿Tienes alguna idea?

—¿Mencionaron algo de Corea o de gánsteres de Corea?

—Pero ¿de qué estamos hablando ahora, de las Naciones Unidas, joder? ¿Sabes algo de eso?

—No, todavía no. Tengo que dejarte, Starkey. Gracias.

—No me dejes colgada...

—Nos vemos.

Los tres oficiales salieron hacia su coche mientras yo apartaba el teléfono. Pensé que sacarían a uno o más de los hermanos esposados, pero no fue así. Doce minutos más tarde, el hermano más joven, James, salió, se subió a una motocicleta que estaba aparcada junto al despacho y se fue por la puerta. Ocho minutos después, Eddie y Rudy júnior salieron juntos, pero en coches separados. Eddie fue el primero que se alejó. Rudy J. se detuvo en la calle, cerró la puerta y le colocó un candado. Cuando volvió a subirse a su coche, yo ya había salido por un lado del puesto de tacos. Fui tras él.

Poco más de un kilómetro después, Rudy Sanchez júnior aparcó en Ralphs, donde Pike me había esperado. Coincidencias.

Estaba saliendo de su coche y dirigiéndose al interior cuando aparqué a su lado.

—Entre.

Empezó a rodearme, así que yo apreté el acelerador, cortándole el paso.

—Estaré aquí cuando salga, Rudy. Entre.

—No voy a entrar ahí con usted.

—Solo vamos a hablar.

Él se dirigió al otro lado, pero yo hice girar la parte trasera del coche y le volví a cortar el paso.

—Hablar, Rudy. No voy a darle un puñetazo ni arrestarle. Incluso podría ayudarle.

Él me examinó.

—¿No es usted agente federal?

—Estoy buscando a Krista Morales.

—No sé quién es.

—Me parece muy bien. Basta con que la conozca yo. Vamos. Entre en el coche.

Rudy me miró durante cinco largos latidos del corazón, luego pasó por delante de mi coche y entró. Me dirigí hacia el extremo más alejado de Ralphs, y aparqué en una sombra. Él se quedó sentado tranquilamente, mirando al frente, como si un enorme peso le estuviera aplastando y no supiera cómo quitárselo de encima.

—¿Sus hermanos forman parte de esto?

Él negó con la cabeza.

—No. El viejo nos mantenía fuera. Era una cosa de él, no nuestra. No quería que nos implicásemos.

—Llevar gente al norte.

—Sí. Al norte. Empezó cuando era muy joven, llevando a sus primos. Él nació aquí. Ellos no. Supongo que le gustaba hacerlo.

—¿Quiénes eran los tipos coreanos?

—Gente con armas.

—¿Gánsteres?

—Dios mío, tiene que creerme. No sé quiénes son. Nunca había visto a esos tíos hasta hace unos días.

—¿Mataron a su padre?

—No fueron ellos. Ellos pagaron para que subieran a una gente, y su gente no llegó. Doscientos mil dólares. Doscientos mil. Ahora quieren su dinero o a su gente, y, desde luego, no piensan pagar rescate para que se los entreguen.

Recordé la petición de rescate que había recibido Nita Morales.

—¿La gente que trajo su padre aquella noche fue secuestrada?

—Eso es lo que hacen los *bajadores*. Roban gente, y luego exprimen a sus familias. Secuestraron al viejo.

—¿Cómo sabe que se los llevaron los *bajadores*?

—Algunos gilipollas del cartel vinieron a vernos. Nos dijeron que unos *bajadores* les quitaron a los *pollos*.

Los federales le habían dicho a Starkey que el padre de Rudy J. estaba implicado en el cartel de Sinaloa.

—¿Él trabajaba para el cartel de Sinaloa?

—¿Cómo lo sabe?

—Sé cosas. Soy adivino.

—Pero no lo eligió él, tío. Esos cabrones de Sinaloa le robaron su negocio. Eso encajaba con lo que me había contado Thomas Locano.

—¿Así que no era un coyote por libre? ¿Los coreanos le dieron su dinero a los de Sinaloa?

—Sí, joder. Mierda, nosotros ni siquiera sabíamos que el viejo iba a salir aquella noche. Entonces unos chicos lo encontraron en el lago. Y luego vinieron a vernos Spurlow y Lange. Y así fue como nos enteramos. Más tarde aparecieron los de Sinaloa y nos dijeron que fueron los *bajadores* quienes se lo cargaron... Un tío al que llaman el Sirio.

Starkey tenía razón. Aquello empezaba a parecer las Naciones Unidas.

—¿Un sirio de Siria?

Rudy J. se frotó la cara con ambas manos.

—¿Y yo qué sé? Por lo que ellos decían, parecía que ese tío les está robando todo el tiempo. Insistieron en que nos matarían si hablábamos con la policía.

—¿Y dejaron que se las arreglasen con los coreanos?

Rudy J. parecía abatido y meneó la cabeza.

—Dijeron que se ocuparían ellos, pero ya ha visto... Creo que los de Sinaloa tienen miedo de esos tíos, pero no les devuelven el dinero.

—De modo que los coreanos van a por vosotros.

Rudy parpadeó con fuerza y comprendí que estaba conteniendo las lágrimas. De repente gritó:

—¡Mierda!

Le creí. Rudy J. y sus hermanos no sabían lo que su padre estaba haciendo aquella noche, no formaban parte del negocio, pero ahora eran rehenes debido a lo que había pasado aquella noche, como Nita y Krista Morales.

—¿Conoce el lugar del antiguo accidente, donde cayó una avioneta de unos traficantes de drogas, al sur, en el desierto?

Rudy J. se volvió a mirarme despacio.

—Iba allí mucho cuando era un crío. Todos íbamos.

—¿Lo usaba su padre como punto de transferencia?

Rudy J frunció el ceño, pero vi que estaba pensando.

—A veces. Coyotes y contrabandistas usaban mucho ese sitio, pero luego nadie fue allí durante años. Recuerdo que él decía: «¿Por qué perder un buen sitio?».

—¿Y qué pasó la noche que le mataron?

—No lo sé. Él no nos contaba nada de sus rutas ni nada por el estilo, pero le gustaba ese sitio. Decía que era fácil de encontrar.

Quizá demasiado fácil.

Ya veía el enorme camión de Rudy sénior traqueteando por el desierto, y a un hombre a quien llamaban el Sirio moviéndose rápidamente para secuestrar su carga

humana. Era fácil ver a Krista y a Jack atrapados en la red del Sirio.

—Quizá podamos ayudarnos el uno al otro, Rudy. Los de Sinaloa que vinieron a verle, ¿puede contactar con ellos, si tiene que hacerlo?

—¿No es usted federal?

—¿Importaría si lo fuera?

Me examinó un momento más y luego miró a otro lado, como si le avergonzara admitir la verdad.

—No; en este momento, no. No. Solo quiero salir de esta pesadilla.

—Si tengo que hablar con ellos, ¿lo arreglará?

—Sí. Sí, claro, lo arreglaré. Me dieron un número.

Le volví a llevar junto a su coche, le dejé allí y luego me fui a casa, a la ciudad. Todo el mundo tenía una historia que contar, y las historias cuadraban bien, pero necesitaba más, y lo quería rápidamente.

Krista y Jack habían sido secuestrados. Se los había llevado un *bajador* al que el cartel de Sinaloa llamaba «el Sirio». Aquel día había hecho los deberes.

Examiné el paisaje negro que se extendía más allá de las luces de la autopista. En algún sitio de aquella oscuridad habían escondido a Krista y a Jack. Si encontraba al Sirio, los encontraría a ellos.

Conduje con las ventanillas bajadas. Aquel viento limpio y rugiente no paraba de soplar. Finalmente, me libré del desierto y llamé a Joe Pike.

Mientras conducía hacia el oeste, hacia Los Ángeles, noté que el sedoso aire nocturno era frío. El fuerte aullido del viento confería a todo una sensación de paz. Joe respondió a mi llamada.

—¿Estás siguiendo al del sombrero?

—El del sombrero se ha unido al del BMW y lo ha seguido hasta un bar de *soju* en Vermont, al norte de Olympic. El del sombrero y los del traje han entrado, de modo que estoy vigilando el bar.

El *soju* es un licor coreano.

—¿Está en Creatown?

—Sí. El Blue Raccoon.

Anoté el nombre.

—¿Qué están haciendo?

—No lo sé. Están dentro, yo estoy a una manzana. El bar está en un centro comercial de dos pisos. Un asador. Unos cuantos estudios de *noraebang*. Un par de empresas. Portero aparcacoches. Un sitio pijo.

Resumí lo que había sabido por Rudy J. de los coreanos y de los de Sinaloa, y le dije que los hermanos se vieron atrapados en el fuego cruzado.

—¿Está diciendo la verdad?

—Yo creo que sí. La policía está encima de ellos, los coreanos los están achuchando por los doscientos mil y los de Sinaloa los han dejado colgados. Todo eso puede ser bueno para nosotros. Si los de Sinaloa han contado la verdad sobre ese tipo al que llaman «el Sirio», es posible que este se llevara a Krista y a Berman junto con los secuestrados. Rudy ha confirmado que su padre usaba a veces el lugar del accidente aéreo como punto de transferencia.

Pike gruñó.

—¿Y el Sirio se los llevará al sur?

Si estaban al sur de la frontera, sería mucho más difícil encontrarlos y llegar hasta ellos.

—No lo sé. No sé nada del Sirio, ni tampoco los hermanos. Lo único que saben es lo que les contaron los de Sinaloa.

—¿Podrás averiguarlo?

—En ello estoy. Voy a llamar a Locano en cuanto colguemos. Si no puede ayudarme, ya encontraremos otra vía. Si es necesario iremos directamente a los de Sinaloa.

Pike gruñó una vez más, y esta vez supe que le gustaba. Es una persona muy directa.

—Además necesitamos información de los coreanos —dije—. ¿Puedes conseguir la matrícula del Subaru y del BMW?

—Espera.

Pike recitó las dos matrículas y las copié.

—¿Cuánto tiempo puedes estar con esa gente?

—Lo que sea necesario.

—Sigue al del BMW. Si se va a casa, coge la dirección.

Pike colgó sin decir una sola palabra más, y yo llamé a Thomas Locano. Ya no era horario de oficina, pero, aun así, primero llamé a su despacho: le dejé un mensaje largo y divagatorio. Quería darle tiempo para contestar, por si estaba trabajando hasta tarde, pero no fue así. Busqué el teléfono de su casa, que no estaba en el listín, y ahí sí que le encontré.

El señor Locano parecía alterado.

—No salimos en la guía. ¿Cómo ha conseguido este número?

—Soy detective, señor Locano. Lo he conseguido con dos llamadas telefónicas.

Aun así, no le gustaba nada, y parecía impaciente.

—Bueno, ¿qué desea? Tengo invitados. Estábamos a punto de sentarnos a la mesa.

—Rodolfo Sanchez está muerto. Fue asesinado la misma noche en que Krista Morales y su novio desaparecieron.

—Ay, Dios mío... Espere. Tengo que ir a otra habitación.

Oí movimiento, luego él volvió a la línea, hablando mientras caminaba, aunque su voz sonaba baja y reservada.

—Vale, ya puedo hablar. ¿Están conectadas esas dos cosas?

—Eso creo. Sanchez no iba por libre, como le dijeron a usted. Era así antes, pero luego lo cogió un cartel.

—¿Qué cartel? ¿Los Bajos, Tijuana, el Beltrán-Leyva, cuál? Hay muchos.

—Llevaba gente al norte para los de Sinaloa. Creen que fue secuestrado por un *bajador* al que llaman «el Sirio».

—¿Y cómo sabe usted esas cosas?

Le hablé de Rudy hijo y de sus hermanos, y de que Rudy padre había usado a veces el lugar del accidente aéreo como punto de transferencia para entregar a la gente que llevaba al norte.

—Sabemos que Krista y Berman permanecieron en el lugar del accidente después de que sus amigos volvieran a la ciudad. Si cuando llegó Sanchez estaban allí, es posible que los metieran también en el secuestro.

—¿Cree que los tienen los *bajadores*?

—Sí.

Describí los cartuchos y las huellas que Pike y yo encontramos en el desierto, y que indicaban que tres vehículos más pequeños habían asaltado a un vehículo de mayor tamaño. Le hablé de la mancha marrón que Pike había encontrado, y de las

huellas de pisadas que señalaban que un gran número de personas se agolpaba en la parte de atrás de un camión grande.

—Eso explicaría las llamadas pidiendo rescate que Nita recibió de su hija. Así es como trabajan sus secuestros los *bajadores*, ¿no? Obligan a las víctimas a llamar a sus familias.

—Sí, así es como lo hacen.

—¿Ha oído hablar de ese tipo antes, el Sirio?

—Nunca. ¿Es de Siria?

—Ni idea. No dijeron su nombre, ni por qué le llaman el Sirio, y Rudy no lo preguntó. Él solo quería que se fueran.

Locano se quedó callado y luego volvió a hablar.

—¿Estaban implicados los hijos?

—Rudy dice que no, y yo le creo. Están asustados. Están atrapados entre el cartel, la policía y los gánsteres coreanos. Necesito una pista que me conduzca a ese tío, señor Locano. Si tiene a Krista Morales, tengo que encontrarlo.

El señor Locano permaneció en silencio un largo rato, pero yo sabía que estaba pensando, y estaba seguro de que me ayudaría.

—He ayudado a personas que están con los de Sinaloa. Déjeme que hable con ellos.

—Eso sería estupendo.

—¿Puede darme el teléfono de su casa? Podría llamarle esta noche o mañana por la mañana temprano.

Le di mi móvil y el de casa, y luego le pedí un segundo favor.

—Voy a llamar a Nita, pero me gustaría que la llamase usted también. Necesita que la tranquilicen un poco.

—¿Porque no tiene papeles?

—Sí, señor. Ya tiene bastantes cosas en la cabeza para preocuparse además por perder su casa y su negocio.

—No perderá ninguna de las dos cosas. El Tribunal de Inmigración está abarrotado de criminales violentos a los que no pueden deportar con la suficiente rapidez. Una mujer como Nita, con un negocio establecido y empleados, puede conseguir con cierta facilidad que se le suspenda la deportación. Esas cosas son a discreción del juez. Lo vemos constantemente.

—¿Se lo explicará a ella?

—Si llega el caso, yo la representaré.

—Gracias, señor Locano. Por esto y por todo. Cualquier cosa que pueda averiguar sobre el Sirio será de mucha ayuda.

—Le llamaré en cuanto pueda.

Colgué el teléfono y cogí aliento con fuerza. Quería llamar a Nita Morales, pero no estaba seguro de lo que iba a decirle, ni de cómo decírselo. Bajé la ventanilla y el coche se llenó del estruendo del aire rugiente. Las luces de freno que tenía delante

eran como ojos rojos y congelados; los faros que se cruzaban conmigo eran balas blancas que pasaban aullando. Llevaba todo el día corriendo por ahí, quizá demasiado, quizá tanto que necesitaba aminorar un poco antes de cometer un error que le costara la vida a Krista Morales.

Pike me había dado las matrículas del Subaru y del BMW. Subí la ventanilla, encontré el papelito con los números y llamé a la *sheriff* del condado de Los Ángeles que sabía que trabajaba en el turno nocturno de West Hollywood. Era rápida, eficiente y estaría encantada de colaborar a cambio de dos asientos Dugout Club para un partido Dodgers-Giants.

En el Departamento de Vehículos de Motor constaba que el Subaru estaba registrado a nombre de un tal Paul Andrew Willets, de Northridge, California. Yo no era experto en Subarus, pero el registro mostraba que el señor Willets tenía un Subaru azul, y, en cambio, el coche de aquel hombre era marrón. Eso me dijo que el hombre podía conducir un coche robado, y que había cambiado la matrícula con el vehículo del señor Willet.

El BMW en cambio era una historia totalmente distinta. Estaba registrado a nombre de algo llamado Yook Yune Entertainment, con una dirección de Wilshire Boulevard con un número de *suite*. La *suite* podía ser una oficina de verdad, pero yo sospechaba que era un simple buzón de correos. Con el iPhone busqué en Google «Yook Yune Entertainment», pero no encontré ni página web, ni dirección comercial, ni mención alguna.

Joe Pike seguía a una manzana del centro comercial cuando le llamé para informarlo. Ni el BMW ni el Subaru se habían movido. Eran las diez y siete minutos de la noche.

—Yook es un apellido. Lo de Yune, no sé —dijo Pike.

—Olvida al tío del sombrero. Sigue al BMW cuando se vaya. Saber dónde vive puede ayudarnos a averiguar quién es.

—¿Recuerdas a Jon Stone?

—Claro.

—Jon habla coreano. Ahora está aquí. A lo mejor nos puede ayudar.

—Buena idea. Llámale.

Pike colgó sin esperar respuesta, y me dejó a solas con mi teléfono y Nita Morales. Repasé lo que iba a decirle y marqué el número. Había mucho que contar, y la mayor parte era malo. Hasta a los detectives duros nos desagrada dar malas noticias.

Cuando ella respondió a mi llamada, noté que su voz era seca como un pergamino, y mi ensayo resultó inútil. Ya había oído algo mucho peor que lo que yo mismo le iba a contar.

—Es verdad, ¿no? Krista ha sido secuestrada.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha llamado esta tarde, con esa voz extraña, con acento. Cuando el hombre ha

cogido el teléfono, ha pedido más dinero. Le he dicho que ya me había sacado hasta el último céntimo... —Se le rompió la voz al decir aquello, pero consiguió sobreponerse al sollozo—. La hicieron chillar.

—¿Les ha transferido el dinero?

—Todavía no.

—Págueles, siga pagando, y la mantendrán con vida.

—¿Sabía usted que esto era de verdad?

—Sí. Sí, he averiguado lo que ocurrió, y cómo, y sé quién se la llevó.

—¿Quién ha hecho esto?

—Un *bajador* llamado «el Sirio». ¿Sabe lo que es un *bajador*?

—Sí, sí, claro. ¿Y dónde está ella?

—Con el Sirio. Lo estoy buscando. Cuando lo encuentre, encontraré a Krista.

—¿Y qué va a hacer?

—Llevarla de vuelta a casa.

—¿Cómo? ¿Cómo va a conseguirlo?

—Yo se la llevaré. Confíe en mí, señora Morales. La encontraré, la sacaré y se la llevaré de vuelta a casa.

—Por favor. Por favor, señor Cole...

Se le rompió la voz, que quedó ahogada por las lágrimas.

—Llore, Nita. Llore si quiere. Hable. Estoy con usted. No la voy a dejar.

Seguí en la oscuridad, susurrando a Nita Morales hasta que su señal se perdió en aquella noche rugiente y negra, preguntándome qué le habrían hecho a Krista para que chillase.

JACK Y KRISTA: CUATRO DÍAS DESPUÉS DE SER SECUESTRADOS

Jack habló más fuerte de lo necesario cuando pidió jabón.

—¿Puedes darme un poco de jabón? Tengo un buen lío aquí.

La respuesta de ella fue igual de formal.

—Claro, pero devuélvemelo. Tengo muchos cacharros.

—Te lo devolveré. Te lo prometo.

Estaban en la cocina, a plena vista de los guardias, uno sentado en una silla plegable en la entrada, y el otro apoyado en la pared del comedor, en el extremo opuesto de la cocina.

Jack se aseguró de que los guardias no los veían y bajó la voz.

—¿Has visto? Pan comido. Me han dejado venir.

—Sssh.

Krista le tendió a Jack la botella de Dawn, el lavavajillas líquido. Él se apartó y luego volvió.

—¿Me podrías dejar también un poco de papel de cocina? Voy a necesitar algo más que papel de váter para limpiar esta mierda.

—Vale. Sí. Coge el rollo.

Le tendió a Jack el rollo de papel de cocina y le vio volver al baño, en el extremo opuesto de la casa. Krista trabajaba en la cocina. El trabajo de Jack consistía en vaciar el cubo de orina de su habitación. Era un trabajo repugnante, y el contenido del cubo no siempre era líquido. A Jack se le permitía llevar el cubo al baño tres o cuatro veces al día, y allí tiraba el contenido al váter y limpiaba el cubo en la bañera. Unos pocos minutos antes había derramado parte del contenido en el asiento del excusado y el suelo para poder ir a pedirle el jabón y el papel de cocina a Krista. Lo había hecho a propósito para ver si el guardia del baño le seguía a la cocina o le dejaba ir solo. El guardia le dejó ir solo.

Tener el jabón y el papel de cocina le permitía volver, cosa que formaba parte de su plan. Krista quería que pasara unos minutos solo en el lavadero. Había sido incapaz de abrir la trampilla de servicio en el techo, de modo que ahora lo intentaría Jack, pero necesitaba un motivo para estar en el lavadero.

Krista volvió al fregadero y continuó lavando los cacharros.

Los guardias habían asignado trabajos a los que hablaban español e inglés. Solo dos de los coreanos hablaban inglés, y ninguno de ellos hablaba español, así que los coreanos seguían en las habitaciones. Krista todavía no sabía cuánta gente había en la casa, aunque ella y otras mujeres cocinaban para ellos. Raramente veía al segundo grupo de prisioneros, y el número de guardias iba cambiando; a veces eran seis, a veces ocho. Supuso que el número total de personas que vivían en la casa era de más de cuarenta.

A los prisioneros se les daba una comida al día, a última hora de la tarde. Krista y otras dos mujeres que hablaban español preparaban la comida, la servían y limpiaban después. Eso era bueno, porque Krista tenía más libertad que Jack y la mayoría de los otros. Cocinaban grandes ollas de judías o sopa con enormes cantidades de arroz o fideos. Había poca carne, aunque a veces un guardia traía un poco de buey o pollo para él y para los demás guardias, y a menudo traía *pizza* o tamales para llevar. Nunca compartían.

A las cocineras les dieron tres grandes ollas llenas de abolladuras, una sartén enorme, dos pelapatatas y un cubo lleno de espátulas, cucharones y cucharas maltrechas. No tenían ni un solo cuchillo. Si había que cortar col o cebollas, los cortaba un guardia, o dejaba que las mujeres usaran su cuchillo vigilándolas muy de cerca. Era el guardia de la silla plegable: Miguel. Para limpiar, les daban una caja de estropajos jabonosos *sos* y la botella grande de lavavajillas Dawn. Azul.

Las tareas de Krista duraban de tres a cuatro horas, desde el principio hasta el final. Ese rato estaba en la cocina y en el lavadero, con su trampilla en el techo y la puerta del garaje. Miguel había metido un enorme cubo de basura de plástico en el lavadero a petición de Krista; así era más fácil tirar las enormes cantidades de peladuras, basura y restos. También era mucho más fácil controlar las idas y venidas de los guardias, y enterarse de cómo se movían por la casa, y echar algún vistazo al garaje cuando abrían la puerta.

En aquel momento, Miguel ocupaba la silla plegable. Un guardia delgado como un junco, al que ella llamaba Mantis Religiosa, holgazaneaba en el comedor; un tercer guardia dormía en un futón, en el suelo del salón. Miguel dormitaba después de comer, cada tarde. Ella le había visto. Cerraba los ojos, bajaba la barbilla y se quedaba dormido.

Ver cómo seesteaba Miguel la hacía sonreír.

El resto de los guardas estaban en la parte de atrás de la casa junto a los prisioneros. Uno normalmente estaba en el salón vigilando las puertas de los dormitorios, y llevando a la gente al baño. Si un prisionero necesitaba el baño para hacer lo otro, no se les permitía cerrar la puerta. Había que hacerlo mientras el guardia vigilaba desde el vestíbulo. A veces, dos o tres guardias se reunían en la puerta y miraban lascivamente a las mujeres. Era humillante, escalofriante, y algunas de las mujeres ahora hacían sus cosas en el cubo del dormitorio; otras sujetaban unas camisas que les habían dado los hombres, y que empleaban a modo de cortina, para lograr un patético asomo de privacidad.

Durante el día, la única vez que se cerraba la puerta del baño era cuando llevaban a alguien dentro para que llamase y pidiese dinero. Samuel Rojas había llevado dos veces al baño a Krista. La primera vez ella se asustó mucho, cuando Rojas cerró la puerta, pero él le explicó que lo hacía para que no los interrumpiesen ni los molestasen. Ambas llamadas fueron discretas y tranquilas. Fueron llamando al resto de la gente a lo largo de todo el día, de modo que la puerta se cerró mucho.

Krista puso la última olla a un lado para que se secase y guardó unas judías que habían sobrado en el refrigerador. Desde el frigorífico podía ver más allá de Miguel, a través del vestíbulo, hasta el baño. No veía a Jack, pero sabía que estaba dentro limpiando el desastre. Mientras ella miraba, Rojas y el guardia de los dientes estropeados se acercaron al baño. El guardia de los dientes feos le ponía los pelos de punta. Su nombre era Vasco Medina, y era el que estaba al mando. Pasaba por la casa diciéndoles a los guardias lo que debían hacer, o dándoles patadas cuando se quedaban dormidos. Era horripilante: nunca sabía cuándo aparecería. Se daba la vuelta para mirar algo y lo encontraba mirándola como si sus pensamientos estuviesen a mil kilómetros de distancia, o lanzando miradas lascivas como si sus fantasías le estuvieran lamiendo la piel. Le daba escalofríos.

Medina le dijo algo a Jack. Luego él y Rojas se apartaron mientras el chico salía con el cubo. Medina miró en el cubo y dejó pasar a Jack.

De momento, bien.

Krista se entretuvo mucho con las ollas hasta que el chico llegó a la cocina, donde hizo muchos aspavientos apartando el cubo de ella.

—No toques esto. Da mucho asco.

Ella retrocedió teatralmente y señaló hacia el lavadero.

—Uf. Qué porquería. Tíralo allí. Hay un cubo de basura.

Miguel se levantó lo suficiente para entrecerrar los ojos.

—¿Qué llevas ahí?

—Papel de cocina empapado de pis y mierda. Lo voy a tirar. Atascaría el retrete.

Miguel no hizo movimiento alguno para levantarse.

—Ponlo en una bolsa de plástico, tío. Si no, lo vamos a oler toda la noche. Átala bien fuerte. Ya la sacaré más tarde.

—Hay un rollo de bolsas de basura en la lavadora. Justo encima —apuntó Krista.

Jack se llevó el apestoso cubo al lavadero, y ella volvió al fregadero. Miguel no se movió de su silla, pero el Mantis Religiosa había desaparecido.

El tiempo que pasara Jack en el lavadero tenía que ser breve, de modo que ella volvió al frigorífico para hacer guardia. Miguel hizo una seña de nuevo, pero Rojas había abierto la puerta del dormitorio del otro grupo, y llamó a una joven latina al vestíbulo. Era una de las mujeres de Guatemala. Medina se unió a ellas, y él y Rojas hablaron un momento. Rojas le tendió el teléfono a Medina, y luego este cogió a la mujer por el brazo y la llevó al baño. La puerta se cerró y Rojas se alejó.

Krista no había visto nunca a Medina llevar a alguien al baño.

De repente, Miguel bufó, un solo bufido breve, y se despertó.

—¿Dónde está el chico?

—Ya viene. No encontraba las bolsas. He tenido que enseñarle dónde era.

Lo dijo lo bastante fuerte para que Jack lo oyera y saliera de allí a toda velocidad.

Krista volvió al fregadero justo cuando Jack salía del lavadero, con aire deprimido. Cruzó la mirada con ella, meneó la cabeza una sola vez y susurró:

—No he podido hacerlo. Empezaba a ceder, pero necesito más tiempo.

—Sssh. En la habitación.

—Un minuto más y lo consigo...

—Sssh.

Jack puso la botella de detergente en el mostrador, se lavó las manos, luego volvió a llevarse el cubo a la habitación. Krista vigilaba mientras el guardia del salón le dejaba entrar y luego cerraba la puerta tras él.

Prisión.

Ella ladeó la última olla y luego se volvió a Miguel.

—Ya he terminado.

—¿Has guardado las judías?

—En el frigorífico. No queda mucho.

—A lo mejor me las como luego. Estaban bastante buenas.

—¿Puedo irme?

—Claro. Las has hecho muy bien, las judías.

Miguel se puso de pie para estirar las piernas mientras Krista volvía a su habitación. Estaba a dos pasos de la puerta cuando oyó la súplica ahogada de la mujer desde el baño:

—¡Por favor!

«Por favor».

Krista se detuvo, clavada en su sitio, como si hubiera visto una serpiente.

—¡Oh, Dios mío, por favor, pare!

La súplica acabó en un agudo chillido ahogado, solo uno, solo un terrible grito enmudecido.

Krista no podía moverse. Miró hacia la puerta como si fuera una pintura del personal y torturado infierno del Bosco.

Luego la puerta se abrió y Medina sacó a la mujer. Estaba doblada en dos y gemía.

Rojas apareció cuando Medina vio a Krista. La miró a los ojos y le enseñó sus dientes destrozados. Empujó a la mujer hacia Rojas, le dio el teléfono y le tendió un par de alicates con la empuñadura de plástico rojo.

Levantó los alicates y los abrió al dárselos a Rojas, mostrándoselos a Krista mientras sonreía con aquella sonrisa horrible de calabaza.

Rojas apartó a la mujer y se la llevó a la habitación.

Krista no se movió. Quería moverse, pero no podía. Su cuerpo no respondía.

Medina sonrió más ampliamente. Se pasó la lengua por los dientes rotos y podridos, luego se besó el dedo y apuntó a Krista Morales.

Entonces movió el dedo hacia ella, como diciéndole «adiós»..., y desapareció en el dormitorio de los guardias.

Krista dio un paso. Y otro más. Fue poniendo un pie delante de otro hasta que llegó a su puerta. Rojas ya había vuelto, pero ella miraba fijamente la puerta.

—Me gustaría entrar ahora, por favor.

Samuel Rojas la dejó pasar a aquella atestada y húmeda habitación, y cerró la puerta tras ella.

Jack volvió a la habitación furioso consigo mismo. Había estado así de cerca de abrir la trampilla, pero habían pintado la madera alabeada por encima tantas y tantas veces que la trampilla estaba firmemente cerrada y atascada en su marco. Podría haber empujado más fuerte, pero temía hacer ruido, y al final se acobardó, de modo que seguían donde estaban. Atascados.

Puso el cubo en el rincón, luego se fue a la pared más alejada y se desplomó bajo la ventana tapada con tablas. Un joven coreano corrió al cubo y orinó como si llevase horas aguantándose. Sus ojos estaban bajos, avergonzados, e intentó apartarse de la vista de los demás, pero allí estaba, meando en un cubo en una habitación llena de gente. Nadie miraba. Todo el mundo tuvo la delicadeza de ignorarle. La próxima vez les tocaría a ellos.

Jack intentó no oír y cerró los ojos. Intentó no oler el hedor de toda aquella gente sin lavar. Se concentró en la trampilla. Si hubiera sido más fuerte o más valiente, estaría bajando por la pared lateral de la casa en ese momento. Quizás estuviese haciendo señas a un coche, o usando el teléfono de algún vecino para llamar a la policía. Podrían ser libres.

Cuando abrió los ojos, el duro chico coreano le estaba observando. Jack estaba en su sitio habitual, bajo la ventana claveteada; el coreano en su lugar, contra la pared adyacente. Al cabo de cuatro días, todo el mundo tenía su espacio personal en la habitación. Usaban el baño, comían, iban con Rojas a hacer una llamada... Y después volvían a su sitio, el mismo sitio, y nadie ocupaba nunca el espacio de otra persona. Su espacio era su hogar.

Una de las chicas coreanas que hablaba inglés le dijo a Jack que el chico duro se llamaba Kwan. No sabía más, aunque llevaban un tiempo viajando juntos, desde que su grupo abordó un avión en Seúl con dirección a Bogotá, Colombia. Kwan se mantenía apartado, decía muy poca cosa, y no tenía nada que ver con los demás.

Jack se encontró con los ojos de Kwan, apartó la vista y volvió a mirarle. Asintió una vez, como diciendo «hola», pero Kwan no le respondió. Su delgado rostro era todo aristas y ángulos, tan cálido como una máscara de granito. También tenía el labio partido y una magulladura de un intenso color morado en la mejilla, por obra de los guardias.

Jack apartó la vista, y entonces fue cuando entró Krista. Sabía que algo iba mal cuando la vio. Andaba muy tiesa, como si llevara una bandeja encima de la cabeza, y tenía la piel blanca como el papel. Se levantó y la miró cuando se acercó, y se puso de pie cuando llegó hasta él, pues pensó que se iba a caer. Temblaba como una hoja al viento, cerró los ojos muy fuerte y apretó la frente contra su pecho.

Jack notó una oleada de auténtico pánico.

—¿Qué ha pasado? Kris, ¿estás bien?

La chica se dejó caer al suelo, y él con ella, agarrados el uno al otro, en su sitio.

—¿Krissy?

Ella se apartó lo justo para mirarle, manteniendo la voz baja y de espaldas a los demás.

—Tenemos que irnos. Tenemos que salir de aquí.

El pánico de Jack creció en espiral, como un tornado que le hiciera estallar la cabeza.

—¿Te han hecho daño?

—A mí no, a la otra chica. ¿No la has oído?

—¿Qué ha pasado?

—Se la ha llevado al baño. ¿No la has oído?

—Nada. No he oído nada.

—Le ha hecho algo con unos alicates. Le ha hecho daño con unos alicates. Estaba llorando cuando ha salido, doblada hacia un costado.

—¿Rojas?

—El de los dientes. Medina.

El latido punzante en la cabeza de Jack fue aflojando.

—Nos vamos a ir. Saldremos de aquí muy pronto. Intentaré lo de la trampilla otra vez.

—Es mejor lo del garaje. Vayamos por el garaje.

—Que no te entre el pánico, Krissy, vamos. Hemos pasado por esto cien veces.

Quizá doscientas. Desde el primer día, cuando Krista le dijo lo de la puerta del garaje en el lavadero y lo de la trampilla de servicio en el techo, habían planeado una y otra vez cómo escaparían, y habían elaborado dos posibles planes. En uno se metían en el garaje y levantaban la puerta; en el otro, Jack trepaba al desván y se escapaban por un conducto de la ventilación. Lo de la puerta del garaje era más lento y más arriesgado, así que a Jack no le gustaba. La puerta del lavadero estaba cerrada, excepto cuando los guardias la usaban para sacar la basura o entrar comida, o ir y venir para sus asuntos. Eso significaba que Jack y Krista tendrían que estar en la cocina cuando los guardias usaran la puerta. Sabían que el tiempo que transcurría desde que un guardia dejaba la puerta sin cerrar con llave hasta que entraba en otra habitación era escaso. Era el tiempo suficiente para que Jack o Krista, o los dos, entrasen en el garaje, pero es que luego tenían que abrir la puerta. La puerta del garaje hacía mucho ruido. Krista la oía abrirse y cerrarse cuando estaba en la cocina. Apretabas el botón y la puerta iba subiendo con un traqueteo. El pequeño motor eléctrico gemía mientras la puerta traqueteante iba subiendo poco a poco por sus chirriantes carriles. Solo tenían que esperar a que la puerta se elevase un palmo, más o menos, y meterse por debajo. Sin embargo, esos pocos segundos de espera podían resultar eternos si los guardias oían la puerta. Y aunque consiguieran pasar por debajo de la puerta, Jack no estaba seguro de que pudieran correr lo bastante rápido y lo

bastante lejos antes de que los guardias empezaran a perseguirlos. Especialmente Krista.

Jack pensaba que la trampilla de servicio era más segura. El calor en aquellos desvanes del desierto era horripilante, así que había que expulsarlo de alguna manera. Los espacios entre las vigas estarían cubiertos de un grueso aislante, y los conductos del aire acondicionado irían serpenteando por todo el desván, pero Jack sabía que esas viejas casas del desierto tenían grandes respiraderos cortados en los gabletes. Si podía llegar al desván, sería capaz de empujar hacia fuera la tapa de rejilla de un respiradero, dejarse caer hasta el suelo y correr a una casa vecina, donde podría llamar a la policía.

El desván era más seguro, más rápido que usar el garaje; el único problema era que no podía abrir la trampilla.

—Mañana por la mañana —dijo Krista.

—¿Cómo?

Jack estaba pensando en el desván.

—Cuando vacíes el cubo, mañana por la mañana. Miguel me ha dicho que van a traer más papel higiénico, aceite para cocinar y otras cosas, por la mañana. Vendrá a buscarme para que lo saquemos todo. Puedes vaciar el cubo y venir a buscar más jabón. Si nos dejan solos cuando la puerta esté sin cerrar, nos vamos.

—Quiero intentar otra vez lo de la trampilla.

—Tenemos que irnos.

—Y nos iremos. Es que quiero probar lo de la trampilla otra vez.

Krissy se echó a llorar.

—Tenemos que irnos cuanto antes. No podemos quedarnos aquí.

—Nos iremos. Nos iremos en cuanto podamos, como podamos, pero es que quiero probar otra vez lo de la trampilla. Si no puedo abrirla, de todos modos tenemos lo del garaje. ¿Vale?

—No quiero esperar, Jack. Le ha hecho daño a esa chica con los alicates. Me los ha enseñado. Ha señalado hacia mí.

Tenía los ojos rojos y húmedos, y las lágrimas caían libremente por su hermoso rostro.

Él la cogió por los brazos y asintió, mientras intentaba calmarla.

—Aprovecharemos la primera oportunidad. Si podemos meternos en el garaje, saldremos corriendo por esa puerta. ¿Vale? Lo haremos, Kris. A la primera oportunidad que tengamos.

—Quiero irme.

—Si puedes entrar en el garaje sin mí, vete. No me esperes, ¿vale? Si estás en la cocina y dejan la puerta sin cerrar, sales y te vas. Vete. Lo digo en serio.

La chica lloró más fuerte aún, y asintió. Jack notó que ella se estaba viniendo abajo.

La sujetó con fuerza y le acarició el pelo. Tenía el cabello más suave del mundo.

Más suave que ningún pelo que hubiese existido jamás en toda la historia del mundo.

—¿Necesitáis excusa? —dijo Kwan.

Jack levantó la vista. Kwan le estaba mirando. Su rostro de granito era impenetrable.

Jack no lo entendió y negó con la cabeza.

—Para guardias. ¿Queréis ir cocina?

Miró hacia la cocina, y luego volvió a mirar a Jack, que se preguntó qué habría oído Kwan, y si lo habría entendido.

—Sí. Tengo que volver a la cocina.

Kwan lo miró como si las palabras de Jack estuviesen atravesando unas aguas profundas hasta llegar a él.

—*Okay*.

Su rostro se cerró como una trampa de acero. Se puso de pie. Un hombre coreano de mediana edad estaba usando el cubo en aquel momento, pero Kwan atravesó la habitación, lo apartó de un golpe y cogió el cubo. Lo llevó a la puerta y golpeó fuerte con el puño, gritando agresivamente. Cuando el guardia abrió la puerta, Kwan le arrojó la orina, tiró a un lado el cubo y gritó a los guardias en coreano. Todos se echaron encima de él como habían hecho antes, echándole hacia atrás a la habitación y hacia la gente que estaba acurrucada en el centro de la habitación.

Los guardias entraron con fuerza y abatieron a Kwan. Tuvieron que someterlo entre cuatro, y cuando acabó, Medina miró el suelo, cubierto de orina.

—Cogeré el papel de cocina y una bolsa de plástico. Y un poco de jabón —dijo Jack.

Medina le hizo una seña para que pasara. Luego se volvió hacia Kwan y le dio una fuerte patada en el costado, mientras los otros guardias lo sujetaban. Le soltó otras tres patadas. El chico cayó de rodillas. Medina le propinó un puñetazo. Le dio puñetazos tan fuertes que cada vez lanzaba un grito, pero Kwan se limitó a mirar hacia el suelo y recibirlos. Aquel chico parecía aguantarlo todo.

Jack miró a Krista a los ojos, y luego corrió por el vestíbulo hacia la cocina.

Cogió el lavavajillas y un rollo de papel de cocina. Después entró en el lavadero.

El corazón de Jack latía con fuerza. No quería abandonar a Krista, pero si podía meterse en el garaje, apretaría el botón para abrir la enorme puerta y saldría corriendo como alma que lleva el diablo... Se metería bajo la puerta cuando se abriese, saldría por allí e iría corriendo por la calle chillando y agitando los brazos, pararía un coche si podía, o correría hasta la casa más cercana.

La puerta del garaje estaba cerrada. Sacudió el picaporte y lo retorció, pero los guardias habían echado el cierre.

Jack miró la trampilla y se subió a la lavadora. Hizo una pausa, escuchando por ver si venía alguien, se agachó debajo de la trampilla y puso allí el hombro. Empujó con las piernas con toda la fuerza que pudo. Empujó tan fuerte que la lavadora se balanceó y se deslizó un par de centímetros con un chirrido.

El corazón de Jack se encogió al oír el ruido, y una vez más se puso a escuchar.

Nada.

Puso el hombro en la trampilla y lo intentó otra vez. Pronto vendrían a buscarle, pero tenía que intentarlo. No podía abandonar sin más.

Empujó todo lo que pudo. Empujó más fuerte y siguió empujando. Empujó tanto que se le nubló la vista y la cabeza le empezó a doler con fuerza. De repente, la lavadora chirrió y se desplazó a un lado. Jack perdió el equilibrio, se tambaleó y cayó al suelo.

La lavadora se había desplazado un palmo fuera de su sitio.

La voz de Miguel llegó desde la entrada.

—Limpia esta mierda de una vez. ¿Dónde está el papel de cocina?

Jack le respondió con un grito:

—¡Estoy cogiendo las bolsas de plástico!

Empujó la lavadora con todo su peso, frenético, intentando volver a colocarla en su sitio. En ese momento, vio algo oculto por el polvo de años.

Jack lo sacó de detrás de la lavadora: era un antiguo cuchillo de pescador, con su mango de plástico negro. Tenía un poco de filo en la parte inferior de la hoja y un borde aserrado en la parte superior, para desescamar el pescado.

La voz de Miguel se acercaba.

—Las bolsas están justo en la lavadora.

Jack empujó la lavadora, la colocó en su sitio y cogió la caja de las bolsas de basura justo cuando Miguel aparecía en la puerta.

Jack levantó la caja.

—Ya las tengo. Pensaba que estaban en la cocina.

—Vamos, limpia esa porquería. Toda la puta casa huele a meados. No te olvides del jabón.

Miguel ya se había alejado.

Jack se metió el cuchillo en los pantalones y siguió a Miguel de vuelta al infierno.

JON STONE: TRES DÍAS ANTES DE QUE COLE FUERA SECUESTRADO

En aquel momento de la mañana, cuando faltaba todavía más de una hora para que saliera el sol, Jon Stone veía la ciudad de Los Ángeles volviéndose dorada desde su hogar en las colinas, por encima del Sunset Strip. El mar, a la derecha, era un borrón oscuro que se disolvía en un opaco cielo nocturno, mientras el resplandor de las primeras horas del día teñía el horizonte. Pronto la cara oriental de los rascacielos del centro de la ciudad captaría la luz y, mientras Jon miraba, su fuego dorado saltaría hasta los bloques de pisos de Wilshire Corridor, a los edificios a lo largo de Hollywood Boulevard y las torres gemelas de Century City.

Jon, que estaba desnudo en la terraza embaldosada junto al borde de la piscina, levantó los brazos hacia la ciudad y gritó, todo lo fuerte que pudo:

—¡A tomar por culo! —Al poco gritó aún más fuerte—: ¡A tomar por culo!

Adoraba Los Ángeles, le encantaba su casa y le encantaba estar en casa. Era genial estar de vuelta.

Luego bajó los brazos y habló bajito, con voz suave.

—Lo habéis conseguido otra vez, perros.

Saltó hacia la piscina, se arqueó dando un rápido giro, entró en el agua fría, tocó el fondo, volvió a subir y salió del agua con un solo movimiento, de vuelta a la terraza, como quien no quiere la cosa, chorreando. Era una piscina pequeña, pero, aun así... Jon tenía cuerpo de saltador, pero nunca se había dedicado al salto ni a la natación de competición. Jugó al fútbol y al béisbol en la universidad, saltó con pértiga los cuatro años y era capitán de los equipos de judo y de esgrima. Mientras estudiaba se dedicó a hacer de gorila a tiempo parcial. Jon Stone movía muy bien su cuerpo y disfrutaba del ejercicio físico.

Entró en la casa y se dirigió a la barra que tenía en el salón, pasó alrededor y buscó en el frigorífico un cartón de zumo de manzana. Toda su casa era oscura, excepto la tira de *leds* color azul intenso que había bajo la barra y los armarios de debajo. Iluminación atmosférica, para realzar las baldosas aceradas y el mostrador de mármol. Antes, había abierto las cuatro gruesas puertas de cristal, para unir de ese modo el terrazo interior con la terraza embaldosada, abriendo su casa a la piscina y a la ciudad que estaba detrás.

Jon había comprado aquella casa al principio de un bajón en el mercado: una casa para reformar de ciento diez metros cuadrados y dos dormitorios en una parcela diminuta de una calle pequeña, saliendo de Sunset Plaza Drive, con una vista maravillosa y una privacidad increíble. Jon se ganaba bien la vida, pero aquella casa estaba por encima de sus posibilidades, entonces y ahora, de modo que encauzaba casi todas sus ganancias a su rehabilitación. Puertas de cristal correderas del suelo al techo, suelos de terrazo, una terraza embaldosada de estilo italiano y una piscina gris

francesa. Los dos dormitorios diminutos se habían transformado en una extraordinaria *suite* principal con vistas a la ciudad, piscina con *jacuzzi*, una enorme ducha con vapor y un vestidor integrado de nogal de seis metros de largo, en el cual apenas tenía ropa. Hagamos un repaso de «Casa Stone»: encimeras de mármol negro, instalaciones alemanas, lavabos japoneses y una cocina profesional completa. Audio, vídeo, climatización y alarmas de último modelo controlados por ordenador. Jon invertía todo su dinero en la casa. Era su pasión. Una obra de arte en proceso. Una obsesión por una casa en la que en realidad no vivía.

Sus armas las guardaba en otros sitios.

Casi todas.

Cogió el cartón de zumo y volvió a la terraza, donde se dejó caer en una tumbona, todavía mojado. La piscina estaba fría, y el aire de antes del amanecer más frío aún, pero no le importaba. Había pasado veinte de los últimos veintiún días por encima de los tres mil seiscientos metros en el Hindu Kush de Afganistán, no lejos del paso del Khyber, junto a la frontera de Pakistán. Hacía muchísimo más frío que en aquella bonita casa, muy por encima del Sunset Strip. Desde allí veía el *Whisky*. Veía los grandes edificios rojos, azules y verdes del Pacific Design Center, en Melrose, donde había comprado la mayor parte de sus muebles pagando en efectivo.

Jon Stone era militar profesional, PMC se les llamaba, también conocidos como «mercenarios». En aquellos momentos hacía la mayor parte de su dinero colocando a otros profesionales en distintos trabajos a cambio de una comisión de un quince por ciento, aunque de vez en cuando todavía trabajaba como «conseguidor» de equipos especiales para determinadas empresas y gobiernos, sobre todo los Estados Unidos de América de toda la vida.

Stone tenía credenciales para hacerlo, y, como sucedía con muchos soldados de élite, sus credenciales eran sorprendentes. Había asistido a la Universidad de Princeton con una beca al mérito nacional, donde estudió Historia y Filosofía, aunque la mayor parte del tiempo lo pasó bebiendo cerveza y practicando deportes. Sus trabajos de curso los hizo en el último momento, pero completó los estudios con buenas notas, después de lo cual se alistó en el Ejército. Algo facilito. Su pasión eran las grandes guerras, los generales, las campañas monumentales por tierra y mar que moldearon la historia mundial y elevaron a algunos hombres a la grandeza.

¡Maldita sea, a Jon le encantaba todo eso!

La academia de oficiales. La aerotransportada. Las tropas de asalto. Las fuerzas especiales. El Delta. El Delta era una mierda, pero todo lo demás había sido bastante fácil. Asaltos rápidos. Explosivos. Rescate de rehenes. Jon se lo merendaba todo. Le encantaba ser soldado; le encantaba la compañía de hombres que pensaban como él; le encantaba el ruido, la habilidad, la aventura salvaje y desatada que provocaba el pavor en hombres de menor valía.

Menor.

Valía.

Eso le hacía sonreír, mirando desde arriba su ciudad.

Trece años de servicio, los cuatro últimos con Delta. Y Jon se pasó al negocio privado. Ya era hora de ver y hacer otras cosas. De dar un poco de diversidad a su vida. Jon se había casado seis veces. Los compromisos de larga duración no eran lo más importante de su lista. Le encantaba tener una misión, completarla. Y si tenía que dar algunas patadas en el culo entre tanto y hacer unos cuantos dólares, pues se hacía. Si las cosas se ponían mal y se le aceleraba demasiado el pulso..., bueno, eso era mejor que tener las arterias obstruidas.

Ahora, tras dieciocho horas de vuelo desde Afganistán, Jon ya estaba pensando en lo que vendría después, allí en aquella terraza, mientras la ciudad parpadeaba y sus vecinos comodones aún dormían.

Su teléfono móvil vibró. Un lejano zumbido en las baldosas, bajo la tumbona.

Comprobó el identificador de llamadas y reconoció el número de Pike. Respondió al momento. Jon había contratado a Joe Pike en el pasado, y había trabajado también con él. Sabía que Pike podía contratarle por dos mil al día, veinte mil mínimo, por adelantado y garantizado. Operaciones especiales: el cielo era el límite. Y Pike era muy muy especial.

—Vamos a hacer algo de dinero, hermano. Huelo a verde.

La baja voz de Pike le respondió.

—Tú hablas coreano, ¿verdad?

—*Juh nun han gook mal ul mae woo jal hap ni da, moo aht ul al go ship eu sae yo?*

Sí, hablaba coreano perfectamente: ¿qué quería saber?

—¿Qué sabes del crimen organizado coreano?

Jon había pasado algo de tiempo tanto en Corea del Norte como en Corea del Sur, y sabía leer hangul, la escritura moderna coreana. Pero aquella pregunta que le soltaban de repente le hizo vacilar.

—Depende. ¿Aquí o en Corea?

—Estoy vigilando un sitio en Olympic. La gente a la que vigilo podrían ser de la mafia.

Stone intentó responder con evasivas. Conocía bien Corea-town. Le gustaban las mujeres. Le gustaba el karaoke. A los coreanos se les daba muy bien el *noraebang*.

—Podría saber algo. Tendríamos que verlo.

—¿Sabes algo o no?

—Quizá.

—¿Y el árabe, se te da bien?

¡Bam! De buenas a primeras, Stone sonreía. Había muchos dialectos árabes, desde el árabe de Marruecos con palabras bereberes que a menudo no sonaban en absoluto como árabes, al árabe aristocrático hablado por la familia real saudí, que era totalmente distinto del árabe que se hablaba en las calles.

—*Enta bethahraf aina be naifham huiais. Eish auzanee le olak bel logha arabeia.*

Jon respondió en árabe callejero, diciéndole a Pike que ya sabía que lo hablaba con fluidez, y preguntándole qué quería que le tradujese.

Jon Stone hablaba con fluidez inglés, árabe, coreano, chino, español, ruso y francés. Se las arreglaba bien en farsi, japonés, alemán y tres dialectos de África. En el colegio solo había estudiado inglés y francés.

—Copia esta dirección. Ven y veremos.

—No he oído el clin-clin de la registradora.

—Ven.

—He estado fuera, tío, vamos...

Pike no respondió. Stone supo que le esperaba.

—Veinte de los últimos veintiuno. Todavía huelo a camello.

—Ya lo echas de menos.

Stone miró la débil luz que entraba en la casa y admitió que Pike le había pillado. Dieciocho horas allí y ya quería irse de nuevo.

—¿Y qué hay del dinero?

—No hay dinero. Es Cole.

—Ese tonto del culo trabaja a cambio de una mierda. ¿Por qué pierdes el tiempo con ese tío?

—Si no me puedes ayudar, te vas, y te deberé un favor.

Entonces Stone se animó. Los favores de Pike significaban dinero. Suspiró aparatosamente, como si sufriera un fastidio increíble, pero ya estaba decidido.

—Vale. De acuerdo. ¿Dónde estás?

Pike le dio una dirección.

Stone no se molestó en escribirla; no la olvidaría. Él nunca olvidaba nada, y nunca lo había hecho. Todavía podía recitar de memoria los libros de texto que tenía de pequeño, así como los manuales de funcionamiento y mantenimiento de la ametralladora ligera M249 SAW y de veintisiete armas personales más, y los dos volúmenes del *El arte de la cocina francesa*, de Julia Child. Hasta la última palabra.

Hasta la última palabra del último documento, libro, periódico y artículo que había leído en su vida. El colegio fue fácil. El Delta sí que era duro. A Jon le gustaba que fuese duro.

—Estaré allí dentro de treinta minutos.

Stone se volvió a colocar el teléfono encima del vientre. Lejos, hacia el sur, una línea de luces brillantes descendía hacia el aeropuerto de Los Ángeles. Dieciocho horas antes, él se encontraba atrapado en una de esas luces.

Jon hizo bocina con las manos en torno a la boca y gritó tan fuerte como pudo:

—¡A tomar por culo!

Lejos, en el cañón de abajo, otra voz le respondió:

—¡Cierra la puta boca, gilipollas!

Jon Stone se echó a reír, desnudo, allí, en su jardín, mirando hacia la ciudad lejana. Luego entró en casa para vestirse y empezar la jornada.

SEGUNDA PARTE

ELVIS COLE: TRES DÍAS ANTES DE SER SECUESTRADO

Thomas Locano me llamó a las seis de la mañana del día siguiente, tan temprano que el cañón de detrás de mi casa todavía contenía los hilillos que se iban desvaneciendo de la niebla del día anterior. Yo había dormido en el sofá.

—No esperaba saber nada de usted tan pronto. ¿Va todo bien?

—Discúlpeme por la hora, pero le dije que le llamaría temprano.

—Sí, señor, es verdad. No hay problema.

—¿Puede usted reunirse conmigo en el Echo Park hacia las siete?

Me levanté del sofá y fui a la cocina. El gato negro que vive conmigo me esperaba junto a su plato, pero no aguardaba a que yo le alimentase. Había traído su propia comida. Había un trozo de serpiente falsa coral de treinta centímetros de largo en el suelo, junto al cuenco. Todavía se retorció. Quizá quería compartirla conmigo.

—¿Ha averiguado algo del Sirio?

—He encontrado a alguien que conoce a ese hombre. Iremos a verle los dos juntos, si viene usted a reunirse conmigo, pero tiene que ser ahora mismo. Él tiene otras obligaciones.

Cogí la serpiente y la tiré por encima de la barandilla. El gato dejó escapar un largo gruñido belicoso y luego saltó de la terraza detrás de su presa. Aquello me lo echaría en cara.

Miré la hora.

—Salgo por la puerta dentro de quince minutos. ¿Dónde nos reunimos?

—En el lado este del lago, donde alquilan botes de remos. Ya me verá.

Me afeité, me cambié de camisa y estaba preparándome una taza de café instantáneo cuando me llamó Joe Pike.

—Jon está con nosotros. Conoce a esa gente. Ven, nos informará.

—Me ha llamado Locano. Salgo ahora mismo. Quizá tenga un contacto con el Sirio.

—Estaremos con el del BMW. Ven cuando puedas.

Arrojé el teléfono al sofá, cerré la puerta y seguí la autopista de Hollywood hacia el sur, hacia el centro de Los Ángeles. Era exactamente la misma ruta que hice cuando conocí a Nita Morales, pero esta vez salí de la autopista en Echo Park, una comunidad antigua y muy arraigada, situada en torno a un lago decorativo. El lago está rodeado por una zona verde estrecha, dividida por un carril de bicicleta. En los primeros tiempos de Los Ángeles, la industria del cine mudo tuvo su centro en Echo Park, antes de trasladarse a Hollywood, y los barrios cercanos de Elysian Hills y Angelino Heights eran donde vivían los ricos y famosos. El aspecto de aquella zona fue cambiando lentamente desde que se fue la gente del cine, y ahora más que nada

alberga a inmigrantes de clase trabajadora de Asia y Centroamérica.

Me dirigí hacia el lado este del Echo Lake, aparqué en una calle cercana y me apresuré hacia el edificio de los botes. Aunque era temprano, caminantes y gente que corría rodeaban el lago, y mujeres bajitas y morenas empujaban cochecitos de bebé como bancos de pececillos, o permanecían de pie hablando con sus amigas con los cochecitos aparcados como autos en una carrera de demolición.

Thomas Locano estaba de pie entre dos palmeras, a la orilla del agua, y no se encontraba solo. Le acompañaba un chico latino muy delgado que llevaba unos pantalones blancos y una camiseta del mismo color. Iba rapado, medía más o menos metro sesenta y cinco y no debía de pesar más de cincuenta kilos. También llevaba tatuajes de banda que le cubrían brazos y cuello, y no tendría más de quince años. Vieron que me acercaba. El señor Locano fue el primero que habló.

—Señor Cole, este es mi amigo Alfredo Muñoz. Fredo, este es el señor Cole, un buen amigo. Es también amigo de una buena amiga, Nita Morales.

—Hola, Fredo. Encantado de conocerte.

—Ajá, sí, yo también.

El chico me miró a los ojos y luego apartó la vista mientras me ofrecía la mano. Esta permaneció flácida, como si él se sintiera algo violento. De cerca vi una fina capa de polvo blanco sobre su rostro, cuello y brazos. Era harina. Tenía las manos y los antebrazos limpios, pero no se había lavado por encima de los codos. Locano siguió con la presentación.

—Fredo trabaja como aprendiz de panadero aquí, en la manzana de al lado. Cada mañana de cinco a siete, y luego va a la escuela a las ocho.

Asentí, intentando dar ánimos.

—Vaya, qué temprano. Un horario apretado el tuyo, Fredo.

Él apartó la vista.

—Ajá. Bueno, está bien. El señor Locano me lo arregló.

Miré a Locano, preguntándole con mi expresión por qué estábamos allí con aquel chico, pero entonces el chaval habló de nuevo; cuando volví la vista hacia él, me miraba fijamente.

—Ese tío, el Sirio, mató a Raoul. Sé cosas de ese tío. Le contaré lo que sé.

Parpadeé y volví a mirar a Locano.

—Raoul era el hermano de Fredo. Raoul y Fredo nacieron aquí, pero sus padres no. Yo les representé en la audiencia para la deportación.

—Uno de dos, no estuvo mal.

Locano parecía algo violento.

—Su padre fue deportado, pero logramos que su madre se quedara.

—Él le consiguió un visado de trabajo. No está mal.

El señor Locano se aclaró la garganta.

—Raoul trabajaba con los de Sinaloa aquí, en Los Ángeles, y en San Diego. Y también Fredo.

—Ajá. Eastside Kings —apuntó Fredo.

Los Eastside Kings eran una banda latina con vínculos con la mafia mexicana. Examiné a Fredo.

—¿Cuántos años tienes?

—Bah. Que no le engañe eso, pero yo ya he acabado con todo aquello. Miro hacia el futuro.

Locano me contó los detalles otra vez.

—Los diferentes carteles tienen miembros en todo Estados Unidos. Forman sociedad con bandas locales para el personal y los contactos. Una de esas sociedades eran los Eastside Kings de aquí, y una filial de los Kings en San Diego. Raoul y los otros Kings eran conductores. Traían marihuana y cocaína al norte, a través de San Diego.

—Yo hice ese mismo viaje montones de veces. Podía haber estado con él ese día. Ajá.

Miré a Fredo y me pareció que tenía un millón de años.

—¿Y conocías al Sirio?

—No, no. Uf. Sí que quise conocerle, vaya, eso sí que es verdad, pero ahora quiero hacerlo todo bien.

—Entonces, ¿cómo sabes cosas de él?

—Los jefes de la banda nos dijeron lo que ocurrió. Aparecieron esos mexicanos de Sinaloa. Dos de nuestros chicos se escaparon, y los de Sinaloa querían oírlo de primera mano. Dijeron que había sido él, el tío ese sirio y su gente. Mataron a Raoul y a su colega Hector, dos balas aquí... —Fredo se tocó la cabeza, sin bajar el ritmo —, y se llevaron el camión, y había cien kilos de cocaína; eso es lo que dijeron, pero yo nunca la vi. Jesús y Ocho se escaparon. Esos gilipollas de Sinaloa pensaban que Jesús y Ocho estaban en el ajo, o no sé que mierda, que le habían dicho al Sirio dónde encontrar el camión, o no sé que mierdas, y esos de Sinaloa los jodieron bien jodidos. Le cortaron los dedos a Ocho. Esos de Sinaloa dijeron que cómo sabía él qué camión era. Él tuvo que sacar la información de algún sitio, y le cargaron el muerto a Ocho. Y yo vi lo que hicieron, vaya mierda. Entonces me fui, tío. No quiero que ningún perro me pegue un tiro por la espalda. Mi mamá llamó al señor L, aquí, y él me ayuda mucho. Está intentando traer a mi padre. No está mal.

Locano asintió cuando Fredo terminó, y cruzó los brazos, pensativo.

—Cuando usted mencionó la conexión con Sinaloa, me acordé de Fredo y Raoul.

Miré a Fredo, luego a Locano, luego de nuevo a Fredo, que parecía un niño.

—¿Jesús y Ocho conocían personalmente al Sirio? ¿Le reconocieron?

—Los mexicanos tenían esa foto...

Levantó la mano como si me fuera a enseñar una foto, y señaló al aire, como si pudiera verla.

—¿Es este? ¿Este es el tío que os la jugó? Jesús y Ocho, los dos, dijeron que sí; era él. ¿Quién demonios es el tío ese? Esos mexicanos de Sinaloa dijeron su nombre,

dijeron que trabajaba con ellos.

—¿Trabajaba para los de Sinaloa?

—Con ellos, no para ellos. Era un coyote..., bueno, como lo llamen en Siria, allí, al otro lado del mundo. Trajo gente de ahí a México, y los llevaba adonde ellos querían ir, pero ya me imagino lo que pasó... Ellos le quitaron el puto negocio, y él dijo: «Jodeos, yo no trabajo para vosotros». Así que empezó a robarles su mierda. No solo a ellos. A los Bajos también. Al cartel del Pacífico. A todos los que mueven las cosas. El de Sinaloa dijo: «Lo que tenemos aquí es un coyote falso, vamos a darle para el pelo».

Pensé en todo aquello, y me pregunté si los de Sinaloa habrían tenido razón con lo de Ocho y Jesús.

—¿Y cómo sabía él dónde encontrar el camión de tu hermano?

Fredo miró a Locano, después a mí, y sonrió.

—Solo puede ser de una manera. Compraría la información. Los de Sinaloa ya lo habían pensado bien todo eso, lo que pasa es que se equivocaron con lo de Ocho y Jesús.

—¿El Sirio paga por la información?

—Eso es lo que hacen los *bajadores*. No se puede robar nada si no sabes dónde está, ¿no? Pues pagan. Yo conozco a un tío, Wander, que dice que el Sirio paga mejor que nadie.

Locano clavó sus ojos en mí y asintió.

—Eso fue no hace mucho tiempo, después de que Fredo dejase los Kings. Es información reciente.

Fredo asintió, pendiente de cada palabra de Locano.

—Ese tío, Wander, trabaja por aquí. Antes era de los Latin Blades, pero también se salió. Cuando oyó que yo era King, supo que estábamos con los de Sinaloa. Dijo que podía conseguir algo de pasta, ¿sabe? No dije que yo estaba enemistado, no. Le dejé hablar, me lo guardé, pensando en Raoul. Dije: «Tío, tú estás loco. ¿No sabes que los de Sinaloa quieren matar a ese perro del Sirio?». Pero Wander contestó que él vende informes a todos esos *bajadores* del cartel y que se van matando unos a otros a diestro y siniestro. Dijo que el Sirio paga mucho más. Que, si tenía algo para vender, él lo podía arreglar, y que así nos meteríamos en el bolsillo un buen dinero.

Observé a Fredo.

—¿Crees que es cierto que Wander vende cosas al Sirio?

Fredo se encogió de hombros.

—Lleva un coche muy chulo. Tiene una hebilla de plata grande como un plato, y un pedrusco gordo aquí en el pulgar. He preguntado. Paga a la gente por información, eso sí que es verdad. Saca dinero de algún sitio, así que puede que lo demás también sea verdad.

—Cuando aparecieron los de Sinaloa..., has dicho que dijeron el nombre del Sirio —dijo Locano.

—Sí. Ghazi al-Diri. Es difícil de decir, pero practiqué para decirlo bien. Ghazi al-Diri mató a mi hermano, Raoul; le disparó dos balas aquí. —Y se volvió a tocar la cabeza.

—Si quisiera ver a Wander, ¿podrías encontrarle? —le pregunté.

Fredo me miró y no apartó la vista.

—¿Y qué le diría?

—Que quizá tenga algo para el Sirio. Que me gustaría reunirme con él.

Fredo asintió lentamente, sin apartar sus ojos de los míos.

—¿Por qué iba él a querer verle a usted?

No supe qué decir, así que Fredo se encogió de hombros.

—Mucha gente quiere verle, pero no pueden. Solo porque usted diga que quiere verle..., bueno, eso no significa una mierda. ¿Por qué iba a querer verle? Tiene que darle una razón.

—Ya encontraré una razón.

—Y tiene que ser buena. No le gusta ir por ahí tonteando.

—Encontraré una buena razón. Lo que te pregunto es: ¿puedes ponerme en contacto con Wander?

Fredo dio una patada al suelo, luego miró al lago.

—He estado pensando en eso que me dijo Wander, eso de que andaba con ese Ghazi al-Diri, intentando pensar qué hacer. Podría haberle entregado a los Kings, a los de Sinaloa... Todos quieren muerto al cerdo ese. Pero estoy intentando hacer las cosas bien. Tengo que dejar atrás toda esa mierda.

Asentí. Ya me imaginé adónde iba a parar.

Él miró a Locano.

—El señor L dice que está intentando encontrar a una chica que se llevó ese tío, ¿no?

—Sí. Eso es.

—Vale, le ayudaré a hacer eso. Raoul y yo podemos ayudar. Si le ayudo a recuperarla, a lo mejor eso me ayuda a estar mejor conmigo mismo. ¿Lo ve?

—Lo veo, Fredo. Lo entiendo, de verdad.

Entonces pareció darse cuenta de que tenía harina en los brazos. Se los sacudió, como el cuello y la cara.

—Parezco un payaso.

—No, Fredo —repuso Locano—. Con esa harina haces pan, y el pan nos da vida. No es el maquillaje de un payaso.

Fredo se sacudió el pelo y me guiñó los ojos entre el polvo.

—Tengo que ir al colegio. Encuentre usted un buen motivo. Encuentre un motivo tan bueno que el Sirio no pueda dejarlo de lado, y yo le pongo en contacto con Wander.

—Te lo haré saber.

Fredo me ofreció de nuevo la mano, estrechó la del señor Locano y se alejó

trotando a lo largo del lago. Me quedé mirándole hasta que hubo desaparecido, y luego miré a Locano.

Este también había observado cómo se había ido, y suspiró.

—Ese chico tiene catorce años. Solo catorce.

Le dije que pronto le diría algo, y luego me dirigí al otro lado de la ciudad para reunirme con Pike y Jon Stone. Esperaba que fuéramos capaces de encontrar alguna cosa tan buena que el Sirio no pudiera dejarla de lado.

Jon Stone se inclinó hacia delante, entre nosotros, y señaló con un palillo a los dos hombres que subían al BMW. Estaba comiendo *bulgogi* con *kimchee*. El *bulgogi* es buey a la brasa cortado a finas lonchas que se disponen en un cuenco, que Stone había cubierto con un montículo de col en vinagre dulce y muy picante. Conocía los mejores restaurantes de barbacoa de Coreatown. También los mejores bares, clubes de karaoke, restaurantes y mercados. Me había pedido un cuenco de *galbi* lleno de costillas a la brasa, y para Pike, hortalizas a la parrilla y arroz. Jon Stone era habitual en Coreatown, y había pasado la mañana, antes de que me reuniera con ellos, hablando con amigos suyos.

Stone señaló en el aire con la punta de su palillo como si estuviera poniendo el punto sobre la «i» con una pluma de ave.

—El que habla, ahí, es Sang Ki Park. No dirige la banda. Es su tío, Young Min Park. Sang es el segundo al mando. Son del Ssang Yong Pa (la banda del Doble Dragón), recién salidos de la RDC. Duros y desagradables.

RDC era República de Corea.

Miré a aquellos hombres mientras él hablaba. El tipo más alto, al que tiré al suelo en el desierto, abrió la puerta del BMW para que entrara el más joven y duro, que era el que hablaba, y luego se metió detrás del volante.

—¿Duros y desagradables quiere decir violentos?

—Afirmativo. Todas las bandas asiáticas son malas, pero las coreanas son las peores. Es China. Si uno se cría mirando fijamente a China, se le jode el cerebro.

—Por favor —dijo Pike.

—¿Por favor qué? ¿Recuerdas a aquellos soldados de la RDC en África? ¿Por qué los mandaste a casa?

Stone se volvió hacia mí antes de que Pike pudiera responder.

—La compañía nos mandó a esos tres cerdos de las Fuerzas Especiales de la antigua RDC, que no hacían otra cosa que pelear. Y no me refiero a pelear con la gente a la que nos pagaban por combatir, sino con nuestra propia gente, con sus amigos, incluso unos con otros. A esos cabrones les gustaba pelearse. Pike casi mata a dos de ellos antes de mandarlos a casa.

Stone miró a Pike.

—Que me muera si miento. ¿No tengo razón?

Pike se limitó a mirar al frente, mientras seguíamos al BMW, de modo que Stone se volvió hacia mí.

—¿Lo ves? Él sabe que es verdad. Esos cabrones son agresivos como pitbulls. ¿Quieres un poco más de este *kimchee*? Es de lo mejor.

Levanté mi cuenco y me quedé pensativo mientras Jon me ponía un poco de *kimchee*. Tenía razón en lo del *kimchee*. Era espectacular.

—Sanchez me dijo que pagaban a los de Sinaloa doscientos de los grandes para que subieran a su gente. ¿Crees que pagarán el rescate del Sirio?

—No está en su naturaleza. Tu sirio se va a quedar ahí colgado con veinte o treinta personas por las que nadie pagará. Y los de Sinaloa tampoco van a tener mucha suerte, porque si esos chicos no consiguen su dinero o recuperar a su gente, va a estallar la Tercera Guerra Mundial.

Rudy Sanchez ya me había contado que los de Sinaloa estaban preocupados, y la preocupación no era algo que se asociase normalmente con el cartel de la droga de Sinaloa.

Pike miró a Stone por el retrovisor.

—¿Por qué traer tanta gente?

—Los necesitan.

—¿Para qué? —pregunté.

—Personal. Los Dragones han comprado muchos bares y restaurantes como tapadera para temas de droga y de mujeres. Sirven a hombres de negocios coreanos, de modo que quieren gente que hable el idioma, y también gente en la que puedan confiar. Es lo mismo que los Tong en Chinatown. Traen a gente de su país que tienen un miedo mortal a la policía, y así dependen completamente de la banda para comer, tener refugio y protección. Para un tío como Park, la gente de su país es mucho más fiable que los norteamericanos, y puedes estar seguro de que ninguno de ellos es agente federal.

Pike echó una mirada a Stone por el retrovisor.

—¿De dónde sacas todo eso?

Stone tomó un poco más de *kimchee*.

—Un par de paracaidistas de la antigua RDC en un bar *soju* hace unas semanas. Los Dobles Dragones llevan esos dragones gemelos tatuados en los brazos, y los dos gilipollas querían impresionarme con sus tatuajes. Y de ahí que cantaran.

Stone sonrió.

—Demasiado *soju*. Como aquellos cabrones de África.

Seguimos al BMW solo seis manzanas, hasta que giró a la izquierda, continuó dos manzanas más y paró justo enfrente de un bar *soju*.

Stone esbozó una sonrisa mucho más fea aún.

—¡Perfecto! Ese lugar de ahí... es donde yo hablé con los de la RDC.

El tipo grandote se quedó en el coche, y Park entró. Pasaron casi veinte minutos hasta que él y otro hombre salieron. El otro era mucho mayor que él, con la cara curtida, el pelo de un gris acero y los ojos casi ocultos por las arrugas. No parecía demasiado feliz, ni tampoco Sang Ki Park.

Stone apuñaló el aire con sus palillos.

—Ese debe de ser el tío: Young Min Park.

—¿El jefe?

—Eso es. Este fue el primer bar que cogieron los Dragones. Es suyo.

Me di la vuelta y le miré. Stone se encogió de hombros.

—Esos tíos de la RDC no se callaban, hermano. Es que no paraban de hablar. Si oyes contar cosas te las vas quedando, nunca se sabe.

Volví a mirar el BMW.

Jon Stone parecía un surfista demente, con su pelo descolorido de punta y la oreja perforada, pero yo conocía su procedencia del Delta. A veces uno se olvida de lo que eso significa. La mayoría de la gente que piensa en el Delta está pensando en Rambo, con un arma enorme y unos músculos más grandes todavía. Los chicos D son guerreros mortales, desde luego, pero no se encuentran muchos que tengan un aspecto como el de Rambo. Y eso se debe a que no se pueden rescatar rehenes o apoderarse de objetivos de alto valor en pueblos hostiles a menos que uno los encuentre, de modo que a los chicos D también los eligen para recoger información. Son extraordinariamente listos, con aspecto corriente, y están entrenados para mezclarse en cualquier parte con cualquiera. Por eso se llama a los chicos D «conseguidores». Jon Stone se había trabajado a los dos gánsteres de la ex-RDC borrachos por la sencilla razón de que recoger datos estaba en su naturaleza.

Mientras mirábamos, el hombre de mayor edad sacudió el dedo furioso bajo la nariz de Sang Ki Park. A Park no le gustó, pero se calló. El viejo cada vez estaba más furioso, hasta que no le bastó con el dedo. Le dio una fuerte bofetada a Park en la cara, y volvió a entrar lleno de rabia en el bar.

—Al viejo no le cae demasiado bien su sobrino, en estos momentos —dijo Stone.

—¿Qué decían? —preguntó Pike.

—No lo he podido oír bien, pero es fácil adivinarlo. El sobrino acaba de perder doscientos mil dólares en un cargamento de trabajadores. Probablemente no estaban hablando de un ascenso.

Su siguiente parada fue en un gran centro comercial de dos pisos en Vermont. Estaba en la última fase de remodelación; un club y un restaurante ocupaban gran parte del piso superior, y lo que parecía otro bar y un karaoke en el inferior. Un enorme letrero en escritura coreana e inglesa colgaba frente al karaoke: PRÓXIMA APERTURA.

—¿Veis? —soltó Stone—. De eso os hablaba. No se puede abrir un negocio si no tienes el personal adecuado.

Me gustó. Que estuviera en construcción me parecía bien. Que la inauguración estuviera próxima me parecía bien. Cuanta más presión sintiera Park por recuperar a su gente, más desesperadamente buscaría formas de hacerlo.

Nos detuvimos en dos centros comerciales más y en un edificio comercial enorme en Western Avenue. Park se reunía con gente en cada sitio, y recorría las propiedades como si estuviera comprobando su progreso, pero nadie parecía feliz, y menos que nadie Park.

Una hora y treinta y seis minutos más tarde, seguimos su BMW once manzanas al norte hasta una casa estilo Arts and Crafts entre Beverly y Melrose, no lejos de los estudios Paramount. La casa y el jardín delantero eran pequeños, pero cuidados y limpios, con un atractivo arriate de flores rodeando un árbol de Júpiter. Había un Porsche Cabriolet negro aparcado ante la casa. El BMW se metió detrás. El caminito era tan corto que la parte trasera del BMW sobresalía por encima de la acera.

Park salió, fue a la puerta principal y entró sin llave. El hombre grande bajó ambas ventanillas delanteras y se quedó en el coche. Estaría allí un rato.

—Vamos allá —dije.

Pike se detuvo ante la casa vecina, y los tres salimos rápido y en silencio. Atravesamos el caminito del vecino y fuimos directamente hacia el BMW: Stone por el lado del pasajero; Pike y yo por el del conductor.

El hombre grandote vio movimiento y se volvió, pero entonces yo ya había sacado la pistola.

—¿Te acuerdas de mí?

Él se movió a un lado, pero se quedó muy quieto al ver el arma.

Desde el otro lado del coche, Stone le habló en coreano. El hombre grande se agarró al volante con ambas manos, a las dos menos diez. Stone se metió en el asiento del pasajero, sujetando una pistola automática del calibre 45. Tuvieron una breve conversación que Jon nos explicó.

—Viene a ver a una novia. Yo me quedo aquí. Adelante.

—¿Tiene niños?

Stone habló de nuevo.

—No hay niños. Adelante.

Pike y yo fuimos a la puerta de entrada delantera y nos introdujimos silenciosamente en un típico salón estilo Arts and Crafts. Los suelos de madera, las puertas y los adornos en torno a las ventanas eran tan oscuros que la madera era casinegra. Seguimos sus voces. Yo pensé que los encontraríamos en el dormitorio, pero estaban en una galería que había al final del salón.

Sang Ki Park y una joven estaban sentados a una mesa pequeña y redonda, enmarcada en una ventana saliente de cristal desde la cual se veía un aguacate. La mujer era esbelta, asiática y probablemente de veintitantos años. Park se había quitado la americana del traje y se había remangado. Ella se reía de algo que le decía, y Park sonreía. Entonces me acerqué y sus risas se detuvieron. La chica dio un respingo, sorprendida, y Park se puso de pie. Era lo bastante listo para no buscar el arma, pero se puso furioso, se irguió y lanzó una sarta de improperios en coreano. Yo mantuve mi arma en el costado, sin apuntarle.

—Tranquilo. Hemos venido a hablar.

Pike entró y se desplazó hacia la derecha. Me dirigí a la izquierda y apunté con mi arma al techo. Luego dejé que el arma cayera sobre mi índice y colgara boca abajo, como para decirle que no tenía nada que temer.

—Te debemos tres armas. Venimos a devolvértelas.

Pike colocó las tres pistolas en un pequeño confidente de mimbre.

Sang Ki Park miró hacia allí, y luego a mi pistola. Me la metí bajo la camisa y le enseñé las manos vacías.

—¿Vale?

Su rabia se había convertido en suspicacia. Pareció vigilante, pero curioso.

—¿Por qué están aquí?

—Perdió doscientos mil dólares con el cartel de Sinaloa.

Él se quedó mirando, pero no dijo nada.

—Los hermanos Sanchez no los tienen, o sea, que no podrá sacárselos. Los tienen los de Sinaloa, pero tendrá que luchar para recuperarlos.

—Sí.

—Probablemente negociarán algún acuerdo con usted, mitad y mitad, pero seguirá sin tener su dinero y a su gente. Creo que lo que quiere es a su gente.

Park asintió una vez, un gesto tan nimio que su cabeza apenas se movió, de modo que seguí.

—Los tiene un hombre llamado Ghazi al-Diri. Pide rescate.

—No pagaremos.

—Pues morirán.

—No pagaremos.

Se mostraba duro e inmutable, y eso era bueno.

—Es igual. Le irían exprimiendo hasta que se acabase el dinero, y luego los matarían. Eso es lo que hacen. No los liberarán.

Su ojo izquierdo parpadeó, la primera señal de tensión que se escapaba de su fortaleza. Quería a aquella gente. Los necesitaba a ellos más que al dinero, y me pregunté si alguno de ellos sería algo más que simple personal contratado.

—Él tiene también a alguien que yo quiero. Le voy a enseñar algo. Lo sacaré de mi bolsillo, ¿vale?

Él asintió.

Saqué la foto de Krista Morales de mi bolsillo. Él la examinó largo rato y luego levantó la vista.

—¿Es su mujer?

Me guardé la foto sin responder.

—El Sirio los tiene a ella y a un chico. Quiero recuperarlos.

—¿Sin pagar?

—Sin pagar. Nada de pagar. Voy a recuperarlos.

—¿Dónde están?

—Con el Sirio. Los tiene en lo que llamamos una casa escondite. Prisioneros. ¿A cuánta gente trae?

Pensó un momento, probablemente cómo decirlo en inglés.

—Veintiséis.

—Su gente estará allí también.

—¿Dónde está esa casa?

—No lo sé, pero me enteraré.

—¿Y cómo lo hará?

—Con su ayuda, el Sirio me llevará a su gente, y a la mía, y usted y yo tendremos lo que queremos. Puedo hacerlo, pero necesito su ayuda.

—¿Por qué?

—Tengo una manera de contactar con el Sirio, pero él no me conoce. No me llevará a una casa llena de víctimas de secuestro solo porque me ofrezca a comprarlos. Primero me investigará. Tendrá que creer que puede confiar en mí, y que soy quien digo que soy. Y por eso necesitamos a los de Sinaloa. Si ellos creen que soy un comprador legítimo, él creerá que soy un comprador legítimo. Necesito que hable usted con los de Sinaloa.

Él asintió de nuevo, pero no me miraba a mí, ni me decía que sí a mí.

—Discutiré esto con mi tío.

—Lo entiendo.

—No, no lo entiende. Una de las personas a las que traemos es mi sobrino. El nieto más joven de mi tío.

—Ahora sí que lo entiendo.

—Sí. Ahora lo comprende mejor.

Sang Ki Park dio un paso atrás y habló bajito a la mujer. Ella se puso de pie de inmediato y se dirigió al rincón más alejado de la habitación. Él hizo un gesto hacia la silla donde había estado sentada la mujer.

—Siéntese ahora. Hablaremos.

Me senté.

Hablamos.

Ideamos una oferta para el Sirio y un plan de juego para el cartel, y luego hicimos las llamadas. Estaba trabajando con una banda coreana conocida por practicar la extorsión, por su brutalidad y violencia, y a punto de depositar mi confianza en un cartel de la droga conocido por sus torturas y asesinatos en masa. Me dije que valía la pena. Me dije que no tenía elección. Me mentí a mí mismo, y supe que me estaba mintiendo, pero decidí creer aquellas mentiras.

Park habló primero con su tío; luego con Winston Ramos, que controlaba el transporte de drogas y carga humana al norte a través de las zonas de la frontera entre Tijuana y el estado de Arizona controladas por Sinaloa. Fue Ramos quien aceptó los doscientos mil dólares de Sang Ki Park para transportar a su gente a Estados Unidos, y era Ramos quien acabaría muerto si se perdían su dinero y su gente. Probablemente era consciente de ello.

Ramos ofreció un arreglo en el asunto de los doscientos mil, pero Park explicó que un segundo grupo retrasado estaba a punto de llegar a Acapulco, y le pidió a Ramos que discutiera su transporte a Estados Unidos con el traficante que los iba a traer. Si todo iba bien, Park sugería que estaría dispuesto a negociar el asunto de los doscientos mil. Winston Ramos accedió. El traficante en cuestión era yo.

Tres horas más tarde, en Coachella se había levantado un viento que llevaba consigo arena del desierto: rascaba el cristal como metralla cocida por el sol. El patio de Servicio de Grúas Sanchez e Hijos estaba tranquilo. Rudy había enviado a casa a sus empleados. Él y sus dos hermanos se habían ido. Sang Ki Park y yo estábamos sentados en el despacho, y esperamos hasta que Ramos y otros dos hombres entraron por la verja con un Chevy Impala verde con matrícula de California. Salimos a recibirlos.

Winston Ramos era bajo y fofo, con la cabeza y el cuerpo redondos. Su camiseta de manga corta color marrón caía sobre su vientre como una tienda de campaña, y los pantalones chinos le hacían bolsas. Lo primero que hizo cuando salió del coche fue abrocharse el cinturón.

Los otros dos hombres eran más o menos de su misma edad. El más grueso llevaba botas de vaquero, y el más delgado parecía un peso pesado de artes marciales mixtas retirado tras una carrera poco afortunada. El vaquero llevaba un aparato corto y negro, un poco más largo y más grueso que un mando a distancia de televisión.

Ramos no se entretuvo con cortesías. Me miraba a mí, pero se dirigió a Park.

—¿Es este tu transportista?

Yo le tendí la mano.

—Harlan Green.

Le hizo un gesto al vaquero, señalándome a mí, sin estrecharme la mano.

—Este le va a registrar. ¿Sabe lo que tienes que hacer?

—Lo sé.

Me puse de pie con los pies separados y los brazos extendidos.

La varita parecía como las que usan en la seguridad de los aeropuertos, pero esta no detectaba metal. Me la pasaron por pecho, espalda, brazos y piernas, buscando señales de radio o infrarrojos emitidas por transmisores, grabadoras y dispositivos de

escucha. Supongo que pasé la prueba, porque el vaquero hizo una seña afirmativa a Ramos.

—Vale, ahora este.

Cuando el vaquero se acercó a Park, este dio un manotazo al aparato y lo apartó con un rápido giro de la mano izquierda, y le dio un solo puñetazo en el plexo solar y dos en la cara con el puño derecho. El vaquero se tambaleó hacia atrás y cayó de rodillas. Cuando cayó, Park miró tranquilamente a Ramos.

—Si quieres registrarme, hazlo tú mismo.

El luchador de artes marciales mixtas se quedó un par de segundos cortado, luego buscó bajo su camisa y sacó una pequeña y chillona Llama 380.

Ni Park ni yo nos movimos para detenerle, pero cuando hubo sacado el arma, Ramos vio que los hombres de Park venían desde detrás de los camiones. Una docena de bateadores del Doble Dragón con gafas oscuras y trajes buenos.

—Esa gente sabe vestir bien, ¿verdad? —dije.

Ramos me echó una mirada y luego le dijo al boxeador de la UFC que bajara el arma e hizo que el vaquero se pusiera de pie. No parecía asustado.

—He venido a hacer negocios, ¿y me vienes con esta mierda?

Park le tocó el brazo.

—Ven. Hablaremos en otro sitio.

—Que te jodan. Yo no voy a ninguna parte.

Se quitó de encima la mano de Park, pero este le volvió a agarrar.

—No estás aquí para morir. Yo tampoco estoy aquí para amenazar. Nos alejamos de tus hombres para que nadie nos oiga.

Park le llevó a través del patio hasta un camión de plataforma. Yo los seguí. Los hombres de Park se colocaron en sus nuevas posiciones sin que se lo indicaran, asegurando la zona y aislando a los matones de Ramos para darnos un poco de privacidad. Telepatía. O quizás es que hacían bien su trabajo.

Estábamos al sol y hacía calor, pero solos entre los grandes camiones, con sus hombres lejos del alcance de nuestras palabras. Ramos se soltó de la mano de Park otra vez, y se retorció como si creyera que alguien iba a apuñalarle.

—Pero ¿qué cojones estás haciendo trayendo armas? ¿Crees que puedes asustarme y que te devuelva tu dinero?

—Puedo entregarte al Sirio —dije.

Así mismo. A la cara.

Aquello le cogió desprevenido, y tardó un momento en recuperarse. Miró a Park, luego por encima de los hombros de los dos, como si esperase que un agente federal fuese a salir de entre los camiones.

—¿De qué estás hablando?

—Ghazi al-Diri. El *bajador* al que llamáis «el Sirio». El tío que ha estado matando a tu gente y robándote los *pollos*.

—Ya sé quién es. ¿Y tú quién eres?

—Ya te lo he dicho. Harlan Green.

—Una mierda. ¿Eres policía?

Miró a Park, furioso.

—¿Te has chivado a los federales?

—Le debes al señor Park doscientos mil dólares.

Él seguía hablando con Park.

—Te lo he dicho, ya llegaremos a un acuerdo con el dinero.

—Ese tío os está robando vuestra propiedad y matando a tu gente, y tú no eres capaz de pararle los pies —dije.

Al final se volvió a mí.

—¿Y a ti qué te importa?

Park, tranquilo, redirigió la conversación.

—Este hombre tiene acceso a Ghazi al-Diri. ¿Le quieres escuchar o te vas?

Park señaló con la mano hacia el coche de Ramos, como si le enseñara el camino.

—Escucha, y luego vete. Tú decides, pero este hombre ofrece una forma de que los tres nos beneficiemos.

Ramos frunció los labios. Sospechaba de que Park le diera la opción de irse. Intentaba imaginar cuál era el truco, pero quería al Sirio, de modo que me examinó de nuevo.

—Harlan Green.

—Suministro trabajadores no cualificados para grandes empresas, explotaciones agrícolas y negocios pequeños y grandes, aquí y en el extranjero. Esperaba treinta trabajadores del campo de Indonesia, pero el ICE los cogió en San Diego cuando su barco se hundió. Estoy atrapado, mi agricultor ya está pensando en hablar con otra persona, y necesito gente de recambio lo antes posible.

Me examinó un momento más y luego meneó la cabeza.

—No te creo.

—No tienes que creerme. Solo tienes que convencer al Sirio.

Fui enumerando todos los pasos, igual que había hecho con Park.

—El señor Park quiere a su gente. El Sirio también tiene a alguien que yo quiero, de modo que el señor Park y yo estamos en el mismo barco. Tú tienes los doscientos mil que él te pagó, y deseas conservarlos, pero probablemente quieres al Sirio más que el dinero. Los tres deseamos cosas, pero el Sirio también quiere algo.

—¿El qué?

—Dinero. Quiere dinero a cambio de la gente que ha cogido.

—Park no pagará.

—No me refiero a Park. Puedo hacer una oferta que le interese.

—¿Qué oferta?

—Comprárselos. Park no le paga. Yo le ofreceré quitárselos de las manos. Una tarifa plana. Una compra al por mayor.

Ahora Ramos se humedeció los labios. Me escuchaba y me prestaba atención por

primera vez.

—¿Cómo podrás ponerte en contacto con él?

—Una conexión confirmada con alguien que trabaja para él. Confirmada. Si hago una oferta, llegará al Sirio.

—No va a hablar contigo, tío. No te conoce, ¿por qué iba a hablar contigo? Podrías ser un agente federal. No eres nadie.

—No si los de Sinaloa le dicen que soy alguien.

—Por eso hablamos —intervino Park—. Tú harás que sea alguien.

Ramos meneó la cabeza, pero yo veía que se lo estaba pensando.

—Una posibilidad remota.

—Sí. Una posibilidad muy remota.

—No va a dejar que te acerques. No hay forma humana. ¿Cómo puedo ayudarte yo en eso?

—Él no me conoce. Pero si le tienta la oferta, me investigará. Preguntará.

—Sabe que yo quiero su cabeza en una bandeja. ¿Crees que me va a llamar y me va a preguntar de qué vas tú?

—Preguntará a la gente con la que trabajaba él antes de que tú le sacaras del negocio. Preguntará, pero ellos no habrán oído hablar de mí tampoco, así que tendrá que hacer sus averiguaciones, y al final le preguntará a alguien que esté con los de Sinaloa.

Ramos me examinó con atención.

—Harlan Green.

—Harlan Green.

Miró a Park.

—¿Dejarás pasar el asunto del dinero?

—Si recupero a mi gente, tu contrato queda cancelado. Ramos asintió, y luego me miró. Sus ojos eran duros y brillantes, como los de un perro asilvestrado del desierto que huele la sangre.

—Harlan Green.

—Sí.

—Muy bien, señor Green. Si me entregas al Sirio, tú y yo seremos amigos, creo.

Le miré sin responder. Al cabo de un rato, él hizo señas a sus hombres y los tres volvieron a su coche.

—Qué pelotas tienes —dijo Park.

Me fui directamente a mi coche y me largué.

JOE PIKE

Pike miraba a Cole, que estaba con Park y Ramos, junto a la cabina del largo camión de plataforma. Stone estaba a su lado, vigilando a los soldados de Park. Pike seguía controlando a Cole.

Estaban al otro lado de la calle, en un almacén situado encima de la tienda de transmisiones, junto al puesto de tacos. Cerca, por si se iban hacia el sur.

Stone contemplaba la escena subido a un antiguo escritorio con una M4 atravesada sobre las piernas. Pike estaba en el escritorio de al lado, haciendo guardia con su sistema de mira telescópica Zeiss montado en un rifle de montaña Remington 700 con Magnum de 7 milímetros en la recámara. Con esa mira y ese rifle, podía darle a un melón a ochocientos metros.

Junto a él sonó la voz de Stone.

—Esto es una puta mierda.

Pike no apartó la vista de la mira. Cole, Ramos, Park. La Zeiss estaba equipada con una lente rastreadora por láser que mostraba el alcance con números rojos diminutos en el cuadrante superior derecho de la mira. Elvis Cole estaba a cuarenta y dos metros de distancia. Presa fácil.

—Sabes que tengo razón —dijo Stone—. ¿Va a jugársela con esos dos cabrones? Que me muera si miento. Yo no lo haría, eso lo tengo claro.

Ramos se alejó.

—Dos.

—Ya lo tengo.

Pike se ocupó de Cole y Parker, y dejó que Stone se encargara de Ramos. Habían designado a Park como Blanco Uno, y a Ramos como Blanco Dos. Jon estaba con el Dos. Si las cosas iban mal, Jon abatiría a Ramos y Pike haría caer a Park. Luego realizarían fuego de cobertura para que Cole pudiera escapar. Si este moría o resultaba herido, acabarían con todo el que estuviese en el patio de las grúas.

—Lo que digo es que ya sé que el tiempo es esencial y todo eso, pero confiar en que esa gente lo meta dentro y mantenga el pico cerrado es lo que en nuestro negocio llamamos «algo dudoso». Dos y sus chicos subiendo. Hasta luego, cabrones.

—Entendido.

—Por la puerta. Se ha ido.

—Entendido.

Park y Cole acabaron su conversación y se separaron. Pike se encargó de Park.

—Uno.

—En ello. Cole va al coche. Uno se reúne con sus hombres.

Pike pudo comprobar que así era. Park se reunió con dos de sus hombres, habló brevemente con ellos y se fueron a su BMW negro. Si Jon daba la voz de alarma, Pike podía acabar con los tres en menos de dos segundos.

—Lo que digo es... ¿Me estás escuchando? Ese gilipollas sirio ha sacado su información interna sobre el camión de «algún sitio», lo que significa que alguien de la gente de Ramos o de la gente de Park los está vendiendo. Mierda, nadie nos asegura que toda la gente de esos dos no se estén vendiendo los unos a los otros... Ese puto sirio puede estar nadando en información. ¿No has pensado en eso?

El BMW de Park se alejó. Pike movió su rifle y vio que Cole se acercaba a su Corvette amarillo, que necesitaba un buen lavado.

Pike bajó el rifle y se puso de pie.

—Sí. Eso no me gusta.

Recogieron sus cosas y bajaron deprisa para seguirle.

JACK Y KRISTA: SEIS DÍAS DESPUÉS DE SER SECUESTRADOS

Jack estaba apoyado en la pared, encorvado, rodeando con el brazo a Krista, cuando el chillido ahogado del hombre penetró a través de las paredes. Ella cerró los ojos y se tapó los oídos. Kwan se despertó de golpe, parpadeando mientras se incorporaba. Dos de las mujeres coreanas estaban llorando, y un chico de El Salvador rezaba, pero todos oyeron gritar al hombre, alto y claro, hasta que el grito se cortó de repente.

Kwan corrió hacia la puerta. Estaba lleno de moratones, pero golpeó la puerta con una rabia lívida. Los guardias no contestaron.

Rojas y Medina habían abierto la puerta solo unos minutos antes. El primero consultó algo en su libreta y luego señaló a un coreano de mediana edad, que estaba agachado junto a dos mujeres. Era barrigón, con los dientes superiores muy salidos y unas gafas de montura metálica rotas. Medina se lo llevó para que hiciera una llamada. Tres minutos después el hombre chilló mucho más fuerte de lo que habían chillado ninguno de ellos, y muchos habían chillado en los últimos días.

Jack mantenía a Krista apretada contra su hombro mientras Kwan dejaba escapar su ira, y buscó el cuchillo que estaba bajo el borde de la moqueta. Tocar lo hacía que se sintiera seguro. Temía que los guardias se dieran cuenta si llevaba el cuchillo metido en los pantalones, de modo que tiró de la raída moqueta y la soltó de la base en el lugar donde la ventana creaba un espacio y formaba un escondite. Se lo había enseñado a Krista, pero no a Kwan.

Aquel chico le daba un poco de miedo, aunque los dos se mostraban amistosos desde que había tirado el cubo a un guardia. Le habían dado una buena paliza, pero él se la había tomado como si fuera una recompensa. Y después no se acobardó ni se mostró temeroso. Los miraba a los ojos, como desafiándolos a que le dieran más. Jack pensaba que Kwan o bien era intrépido, o bien estaba loco, pero que era increíblemente duro.

Sin camisa, los duros músculos de Kwan bailaban mientras golpeaba la puerta. Unos hematomas borrosos moteaban su piel junto con quemaduras que parecían mordeduras de serpiente, producidas por la picana eléctrica, pero a Jack le llamaban más la atención las antiguas cicatrices del hombre. El vientre y la espalda del coreano mostraban tres o cuatro líneas largas arrugadas, que podrían haber sido heridas, y un hueco grande y nudoso que a Jack le parecía una herida de escopeta. Y en la parte superior de la espalda tenía un increíble tatuaje de dos dragones feroces, uno enfrente del otro, como si se dispusieran a entrar en combate.

Kwan golpeó la puerta por última vez y volvió a su lugar contra la pared. Cruzó los ojos con Jack una vez solamente, y luego cayó al suelo.

Estaban asustados porque el trato que les daban los guardias había cambiado.

Medina usaba los alicates cada vez más. Si no enviaban dinero, el tranquilo y razonable Rojas se ponía muy desagradable en las llamadas siguientes. Amenazaba con cosas terribles, y algunos de los hombres y mujeres volvían deshechos en lágrimas, e informaban de que Rojas o Medina les habían retorcido los dedos o habían usado la picana con ellos cuando estaban al teléfono, para que sus familiares les oyeran gritar.

Jack se preguntaba qué le habrían hecho los guardias al hombre barrigón para que gritase tan fuerte. Todo el mundo estaba deseando averiguarlo. Cuando finalmente la puerta volvió a abrirse, Rojas pronunció un breve discurso, que la joven coreana tradujo a los demás coreanos.

—Seguro que os alegraréis de saber que el señor Chun ya está camino de su casa. Su familia ha sido generosa hoy. Deberíais decir a vuestras familias que hagan lo mismo. Han transferido el dinero que necesitábamos, y ahora el señor Chun se dirige ya hacia los brazos de sus seres queridos. Si vuestra familia también coopera, pronto estaréis en casa. Si no es así, no.

Rojas se quedó allí hasta que la chica acabó de traducir, y luego se fue. La gente de la habitación no paraba de comentar aquellas noticias, pero Jack notó que Kwan sonreía.

—Es una buena noticia —dijo Jack—. Uno de nosotros ha salido.

Kwan bufó y se apoyó en la pared.

—No tiene familia. La gente a la que llamó no paga.

—¿Rojas ha mentado?

—No paga.

Jack notó un escalofrío al darse cuenta de lo que Kwan estaba diciendo, y tocó de nuevo el cuchillo. Besó la cabeza de Krista y le susurró junto al oído:

—Vamos a hacerlo, Krissy, ¿vale? Simplemente nos vamos, eso es todo, hagámoslo sin más.

Ella asintió. Todavía tenía su cara en el hombro.

Cada día buscaban una oportunidad para escapar, pero o bien la puerta del lavadero estaba cerrada cuando los guardias estaban lejos, o bien había demasiados guardias alrededor cuando la puerta estaba abierta. Siempre fallaba algo, pero lo intentarían pronto. Miguel iba a aparecer al cabo de pocos minutos para llevar a Krista y a la otra cocinera a la cocina. Cada vez que Kris estaba en la cocina, se encontraba cerca de la puerta. Jack creía que solo era cuestión de tiempo que tuviera una oportunidad de escapar.

Jack la volvió a besar en el pelo, con suavidad.

—Quiero que me prometas algo.

—¿Qué?

—Vamos a salir de aquí, ¿vale? Alguien tiene que salir, aunque sea solo uno de los dos.

—Nos vamos los dos.

—Sí, ya lo sé, nos vamos los dos, pero escucha, ¿vale? Si tienes la oportunidad cuando yo no esté cerca, vete. Sal de aquí, vete. Y si estamos en el garaje juntos pero los guardias vienen antes de que podamos salir, quiero que tú te vayas, ¿de acuerdo?

Ella se incorporó.

—No lo entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Estoy diciendo que no me esperes. Si puedes salir, vete, y yo los mantendré ocupados.

Ella le miró y al final asintió.

—¿Ella nos encontrará?

—Sí, ella nos encontrará, pero no vamos a esperar. Si tienes la oportunidad, vete.

La puerta se abrió de nuevo y puso fin a su conversación. Miguel le dijo a Krista que fuera cagando leches a la cocina.

Dos minutos después de que ella se fuera, Rojas volvió y señaló a Jack.

—Ven aquí, limpiamierdas. Mientras esperamos a que tu mamáita vuelva de viaje, tienes que ganarte el pan. Tienes que hacer un trabajito.

—¿Quieres que vacíe el cubo?

—Deja eso. Tengo otra cosa.

Jack cruzó la mirada con Kwan un momento, luego siguió a Rojas al baño. Una lata de polvos Comet, un bote en *spray* de desinfectante Don Limpio y un cepillo de plástico le esperaban sobre una pila de toallas muy desgastadas.

—Limpia la bañera. Usa todas esas cosas, pero no tires las toallas. Las lavaremos después. Cuando hayas terminado lleva las toallas a la cocina y se las das a Miguel. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

—Sí. Lo entiendo.

—¿Cuándo volverá tu mamá?

—No lo sé. Dentro de diez días, igual. He perdido la noción del tiempo.

—Será mejor que no se haya gastado todo su dinero.

Rojas le explicó al guardia del vestíbulo lo que iba a hacer Jack, y luego se fue. El guardia del vestíbulo se apoyó en la pared, aburrido.

Jack se preguntó qué habría querido decir Rojas. Fue a coger los artículos de limpieza y examinó la bañera. El olor a heces y a orina era muy fuerte en toda la casa, pero allí era mucho más intenso.

Una salpicadura roja y fina manchaba la pared de baldosas como pintura que hubiese salpicado de un pincel. Unas manchas rojas más pálidas veteaban el esmalte de la bañera; una espuma rosa, aclarada por un líquido amarillo, se encharcaba alrededor del desagüe. Una solitaria isla de pelo negro flotaba junto al desagüe, sujeta por algo del color del hígado; en el fondo de la bañera pudo ver tres manchas largas de algo marrón y flojo. Al principio Jack no comprendía lo que estaba viendo, pero luego sí: el señor Chun había muerto allí. Le habían matado en la bañera, mientras sus gritos traspasaban las paredes. Le habían cortado el cuello o le habían apuñalado; se había desangrado hasta morir. Había muerto allí. Le habían matado allí mismo.

Los iban a matar.

«Nos van a matar».

A Jack le temblaban las manos, y el temblor se le extendió hasta el pecho. Todo su cuerpo temblaba como un junco azotado por un fuerte viento.

Observó al guardia, que le miraba con ojos soñolientos, de lagarto. Cogió el Don Limpio y se roció la mano con desinfectante. Lo olió y aspiró profundamente el fuerte olor, intentando bloquear así el espantoso hedor atrapado en el pequeño cuarto de baño. Fue rociando con el *spray* la bañera, las paredes y el aire, y lo aspiró hondamente, para que los productos químicos le bloquearon la nariz. Lo limpió todo con las toallas. Salpicó el Comet como si fuera nieve azul, y lo humedeció con Don Limpio y empapó la sangre, la orina y el detergente hasta que las toallas quedaron espantosamente sucias. Quería empaparlas de muerte, que quedaran tan asquerosas que Miguel se negase a tocarlas y le ordenase a Jack que las metiera en la lavadora.

En el lavadero.

Con la puerta que daba al garaje.

Jack frotó y secó hasta que la bañera quedó limpia, luego recogió las toallas ensangrentadas y empapadas de orina y mierda, y se volvió al guardia.

—Ya está limpio. Samuel me ha dicho que le llevase las toallas a Miguel.

El guardia, que había oído a Samuel Rojas decir aquello mismo, se encogió de hombros señalando hacia la cocina y lo dejó pasar.

—Gracias —dijo Jack.

Se llevó los últimos restos del señor Chun en sus brazos como si fuera un niño muy gordo. Cada paso le acercaba más a la cocina, y a Miguel y a Kris, pero se sentía mareado y separado de su cuerpo.

«¡Nos van a matar!».

De repente comprendió el comentario que soltó Rojas cuando dijo que sería mejor que su madre no se hubiese gastado todo el dinero. Habían matado al señor Chun porque su familia no podía o no quería pagar. Así sería como morirían todos. Uno por uno, el dinero dejaría de llegar, y los desangrarían hasta la muerte en la bañera.

Tenían que irse. Ya. Enseguida. De inmediato. Tenía que lograrlo. Buscaba un plan frenéticamente, pero, si volvía a su habitación a por el cuchillo, el guardia quizá no le volviese a dejar salir. Quería decírselo a Kwan; alistarlo como aliado, pero estaba en la habitación, lo cual le llevaba al mismo problema. En cuanto volviese allí, ya no podría volver a salir mientras Krista estaba en la cocina.

Jack dejó que se le cayeran unas toallas, para ganar más tiempo, para pensar. Tenía que hacerlo ahora mismo, solo, sin el cuchillo. «Vale, pues bien. Aspira hondo y hazlo. ¡Piensa!».

Miguel tendría una llave, si la puerta del garaje estaba cerrada. Miguel era más grande y más fuerte, pero también era perezoso y estúpido, y daba la espalda a Jack todo el tiempo. Una pesada sartén sería una buena arma, o las latas de tomate grande que usaba Krista para la sopa. Esas latas tenían que pesar un kilo, por lo menos.

Jack podía llevar a Miguel al lavadero con bastante facilidad fingiendo que la lavadora estaba estropeada. Si conseguía coger la sartén o una de las latas grandes, solo tenía que colocarse un segundo detrás de Miguel. Haría lo que fuera necesario para abrir la puerta.

Estaba tan asustado que los ojos se le llenaron de lágrimas. Parpadeó con fuerza, recogió en los brazos las toallas empapadas y continuó hacia la cocina.

Normalmente Miguel aposentaba su gordo culo en una silla plegable en la entrada de la cocina. Ahí se quedaba dormido, pero ahora mismo la silla estaba vacía.

Esperaba que eso significase que Miguel estaba en el lavadero o en el garaje, que sería la mejor situación de todas, de modo que aceleró el paso.

Su corazón latía con fuerza. El pulso resonaba en sus oídos al cruzar la entrada hacia la cocina, esperando la batalla por venir...

Pero Miguel no estaba en la cocina, y nada era como Jack había esperado.

Medina estaba agachado encima de Krissy. Ella estaba tirada en el suelo. Tenía las manos levantadas para protegerse; la cara, manchada de sangre.

El mundo de Jack se redujo hasta un túnel rojo en el que la electricidad estática sonaba como un rugido. Vio a Krista caída, con Medina encima de ella. Entonces, aquel tipo vio a Jack y sus labios se separaron para mostrar aquellos dientes horriblemente irregulares.

El chico dejó caer las toallas empapadas de sangre y se abalanzó sobre el guardia, decidido, sin vacilación alguna.

Cuando Miguel y Krista llegaron a la cocina se encontraron con Marisol. El guardia delgado al que ella llamaba Mantis Religiosa estaba apoyado en el mostrador, pero se fue hacia el salón en cuanto llegó Miguel.

Miguel tocó con la punta del pie una caja de cartón llena de artículos enlatados y bolsas de plástico que estaban en el suelo, junto al frigorífico.

—Judías y arroz. Haz los frijoles rojos. Tenemos dos bolsas de dos kilos aquí. He traído hojas de laurel y chiles. ¿Ves? Así serán mejores.

Marisol miró en la caja, pero Krista no hizo caso. Llevó la olla más grande desde el fogón al fregadero y abrió el grifo para llenarla.

Marisol puso las bolsas de judías y arroz en el mostrador, y luego sacó la segunda olla y los utensilios, y esperó su turno en el grifo. Una olla grande para preparar las judías; la otra, para el arroz.

Miguel se acercó a la entrada, se dejó caer en la silla y desplegó una revista de coches.

Krista le miró para asegurarse de que no la observaba. Krista no era alta, pero miró hacia abajo a su amiga, más menuda, mientras susurraba:

—Creía que no sabía leer.

—Y no sabe. Solo mira las fotos.

Compartieron una breve sonrisa y luego se concentraron en llenar las ollas. A Krista le gustaba Marisol. Era un chica diminuta, de Ecuador; tenía unos primos que vivían en Anaheim. Había viajado casi dos meses subiendo a lo largo de todo México para llegar a Estados Unidos. Su sueño era trabajar como criada para una señora rica de Beverly Hills y sacar a pasear sus caniches blancos todos los días.

Marisol le hizo una seña.

—¿Qué tal por vuestro lado?

La chica vivía en la otra habitación, con el otro grupo de prisioneros, muchos de los cuales eran de Centroamérica. Krista miró a Miguel antes de responder.

—No demasiado bien. Están haciendo daño a la gente.

—En nuestro lado también. Si no consiguen dinero, hacen gritar a la gente. Esa chica de Chile... —Marisol echó un vistazo a Miguel y bajó la voz más aún—. El de los dientes feos la tocó ahí abajo. Su mamá estaba al teléfono, y él le hacía cosas con los dedos. Él le dijo a su mamá lo que le estaba haciendo.

Krista no volvió a hablar hasta que hubieron llevado la primera olla al fogón. Estaban llenando ya la segunda olla. Había que lavar las judías, de modo que las echó en la cazuela y pasó los dedos por el agua para lavarlas.

Lo que Marisol le había dicho le puso los pelos de punta; por un momento, recordó los alicates y la forma en que Medina la miró. Tuvo ganas de chillar. Sin

embargo, por el contrario, intentó ofrecer alguna información que las animase.

—Un hombre de nuestro lado se ha ido a casa hoy. Le hicieron chillar. Todos le oímos, pero su familia debe de haber pagado. Le han mandado a casa.

Los ojos de Marisol se abrieron como platos.

—¿Le han dejado ir?

—Hace solo unos minutos. Ya está de camino.

Lentamente, Marisol negó con la cabeza.

—No, Krista, no. Ellos no nos dejan ir.

—Se ha ido. Rojas nos lo ha dicho.

Marisol la miró y la voz de la chica sonó urgente.

—Ellos no nos dejan ir. Simplemente, siguen cogiendo el dinero. Nunca hay bastante dinero. Si nuestra familia no nos encuentra, debemos escapar. ¿No lo sabías?

Krista se estaba preguntando cómo responder cuando se abrió la puerta del lavadero. Inmediatamente, Miguel se puso de pie, mientras Medina entraba desde el garaje. Sus manos y antebrazos estaban sucios con algo grasiento, y tenía la camisa llena de manchas.

Miguel sonreía como un chihuahua.

—¿Necesitas que haga algo?

Medina le ignoró y se desabrochó la camisa despacio. Miró a Marisol de arriba abajo, luego desvió su mirada hacia Krista. Se quitó la camisa como una serpiente se despoja de su piel y la dejó caer al suelo.

Miró a Krista, aunque le hablaba a Marisol.

—Lava esto. Con agua caliente, y usa lejía.

Marisol corrió a recoger la camisa y se la llevó al lavadero.

Krista oyó voces débiles, la portezuela de un coche y un motor que se ponía en marcha en el garaje. Luego la puerta del garaje traqueteó al abrirse.

Miguel lo intentó de nuevo, como un idiota sonriente.

—Todo va bien, supongo, ¿no? ¿Quieres que me haga cargo de algo?

Krista se volvió hacia la olla; odiaba el peso de los ojos de Medina. Su cuerpo era ancho y lampiño. Estaba lleno de músculos, pero no era joven, y no iba limpio. La piel flácida se estiraba y se doblaba con unos pliegues pálidos que ella encontraba obscenos.

Finalmente, Medina le dio una orden a Miguel.

—Ve a comprobar el garaje. Asegúrate de que Orlatto no haya dejado caer nada al suelo. Usa lejía.

Miguel pasó corriendo junto a Marisol, camino del garaje.

Krista miró la olla mientras se llenaba. Notó que Medina se le acercaba. Sintió el calor de su cuerpo. Él se detuvo directamente detrás de ella.

—Apártate.

Con su propio cuerpo él la apartó a un lado, se aclaró las manos y los antebrazos bajo el agua corriente, depositando toda su mierda en las judías.

—Dame el jabón.

Se puso un hilo de jabón azul en los antebrazos y las manos, y frotó hasta conseguir una espuma intensa. Se aclaró la espuma jabonosa encima de las judías, cerró el grifo y se enfrentó a ella. El agua caía de sus brazos al suelo.

—Sécame.

Ella levantó la vista en busca de Marisol, del Mantis o de Miguel, pero estaban solos.

—Sécame. ¿No ves que estoy mojado?

Se acercó, y ella se alejó un poco más. No podía ni mirarle a los ojos.

—Debes ser amable conmigo, chica.

Ella se alejó un paso, pero él la agarró por el cuello tan rápido que Krista cayó hacia él; al levantar la vista vio sus dientes destrozados. Ella le dio una bofetada e intentó soltarse, pero él se echó a reír. Luego dejó de reír y le dio un puñetazo con fuerza en la cara.

Krista cayó sin darse cuenta. Rebotó contra el mostrador, dio en el suelo y levantó los ojos hacia él entre una neblina chispeante. Él le parecía muy alto, con las piernas largas y los brazos más largos aún. Su voz hacía eco desde muy lejos.

—Ya verás qué bien, pequeña puta.

Medina alzó un brazo de goma desde el techo. Krista levantó las manos para protegerse. Y, entonces, como salido de la nada, apareció Jack. Se arrojó hacia ellos y atacó a Medina como un perro callejero.

Medina cayó hacia atrás. Rodaron por la cocina, abrazados, todo brazos y piernas. Jack emitía gruñidos. Por un momento, sus ojos y los de Krista se encontraron.

—Garaje.

Krista intentó ponerse en pie, pero no corrió hacia el garaje. Cogió la olla que estaba en el fogón y la balanceó hacia Medina; en ese momento, el Mantis entró corriendo y la levantó del suelo. Entonces entraron Miguel y los demás guardias, y se apelotonaron en la cocina, mirando.

Medina apretó a Jack contra el suelo y empezó a darle puñetazos una y otra vez. Su puño se levantaba y caía como un pistón.

Krista luchó por soltarse, pero el Mantis la sujetaba bien fuerte.

—¡Para! ¡Lo estás matando!

Ella suplicaba e intentaba ayudar, pero la paliza continuaba.

—¡Para!

Entonces se abrió la puerta del garaje y entró el hombre de la coleta.

Miguel y el Mantis levantaron a Medina y lo pusieron de pie. Jack luchó hasta que vio al tipo de la coleta. Entonces dejó de resistirse.

Krista suplicó.

—¡Está herido! ¡Necesita ayuda! ¡Mírele, por favor!

Jack estaba boca abajo en el suelo. La sangre le salía de los dos oídos y le corría por los lados del rostro.

—¡Necesita un médico! ¿Es que no lo ve? ¡Por favor!

El hombre nuevo miró a Jack, y luego frunció el ceño hacia Medina.

—Me estás costando dinero.

—Es un problema de disciplina. Hay que mantenerlos a raya.

El hombre alto miró uno por uno a los hombres, y luego observó a Krista. Su expresión era tan pensativa que ella se sintió animada y pensó que la iba a ayudar, pero entonces el hombre se volvió a Medina:

—Los muertos no valen nada. ¿No lo ves? Libraos de él antes de que los otros lo vean, y limpiad este desastre.

Krista no se dio cuenta de lo que significaba la orden del hombre alto hasta que él y Rojas se apartaron. Jack estaba herido, no tenían ningún médico, así que iban a matarlo y deshacerse de su cuerpo.

Krista balbució la única cosa que imaginó que podía salvarle la vida.

—¡Es rico! ¡Son ricos! ¡Por eso su madre lleva tanto tiempo de viaje!

El hombre alto miró a Rojas, que le contó lo que sabía.

—Su madre está en China. No tiene a quien llamar hasta que vuelva.

Krista seguía insistiendo.

—Siempre está haciendo esos viajes. Mi mamá dice que tienen mucho dinero. Si se muere, no tendrán nada.

El hombre alto pensó un momento, y luego hizo una seña a Medina.

—Ya veremos. Haced lo que podáis por él.

El hombre alto y Rojas desaparecieron por el vestíbulo mientras Miguel y otro guardia se inclinaban hacia Jack. El Mantis cogió a Krista por el brazo, pero Medina se acercó con su cara de calabaza de Halloween.

—En cuanto se haya ido, tú harás la primera llamada. Vas a llamar a tu mamá. Y te haré chillar de verdad.

Le dirigió otra sonrisa lasciva y luego le dijo al Mantis que se la llevara a la habitación.

Krista estaba asustada, pero aliviada. Les había contado un secreto de Jack, y así lo había salvado. Pero había estado peligrosamente a punto de decirles con quién estaba relacionado el chico, y el ejército de gente que le estaría buscando. Jack y Krista habían acordado la noche que los secuestraron que no podían decirles a los *bajadores* con quién estaba emparentado él. Si esos hombres lo averiguaban, le matarían. Solo podían rogar que «los encontrasen» rápidamente.

El Mantis llevó a Krista de vuelta a la habitación.

El hombre alto con la coleta se fue una hora más tarde.

Medina cumplió su palabra.

Krista hizo la primera llamada.

Usó aquellos dientes terribles, y la hizo chillar.

NANCIE STENDAHL

Stendahl bajó las ventanillas de su coche de alquiler para que entrase el aroma nocturno de los jazmines. Sin parar desde D. C. a Los Ángeles: cuatro horas en avión, aterrizar y a correr, y cuarenta minutos más tarde iba en coche por Kenter Canyon, en Brentwood, California. En casa. Había vuelto tras recibir una llamada del jefe del departamento de policía de Coachella cuatro días antes.

A Nancie le encantaba conducir por Kenter de noche; era cuando más se percibía el olor a jazmín, hinojo y eucalipto, y sus faros enfocaban coyotes y ciervos. La calle estrecha empezaba en Sunset Boulevard, pero trepaba muy empinada a través de densas arboledas y ricas casas hasta ver los campos estrellados que eran la ciudad que se extendía por el sur y el este hasta el horizonte. Nancie Stendahl echaba de menos aquel trayecto desde que la trasladaron dos años antes al cuartel general de la oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego en Washington, pero no echaba de menos la mierdosa cobertura del teléfono móvil.

—Te pierdo, Tone. Voy de camino hacia casa de Bonnie.

—¿Me oyes?

—Sí, por ahora.

La subdirectora adjunta Nancie Stendahl representaba a la ATF en un grupo de trabajo del Congreso que incluía a FBI, ICE, DEA y a las agencias de la ley locales y estatales que se apelotonaban en la frontera entre Estados Unidos y México. Ese grupo de trabajo se encargaba de contener la actividad de las bandas y carteles del lado mexicano de la frontera. Tony Nakamura era su enlace oficial con el comité. Normalmente, la Oficina proporcionaba un coche oficial a alguien del rango de Nancie, pero aquel viaje era de carácter personal.

Nakamura siguió hablando.

—Decía que el jefe de personal del senador se ha quejado porque te has ido de la ciudad cuando se acerca la auditoría.

—Estaré disponible por teléfono para el senador las veinticuatro horas.

—Eso me ha dicho.

—Diles que estoy en una investigación, algo inaplazable, si quieren un informe completo.

Esperó, pero Nakamura había desaparecido. Volvería a haber cobertura cuando llegase a la cima, pero no le pareció mal perderle. Tenía la mente en otras cosas.

Nancie tomó la última curva por Hanley Park, y aparcó junto a una casa moderna

de líneas elegantes y depuradas con una espectacular vista del Pacífico. Era la casa de su hermana pequeña, que Nancie heredó en fideicomiso cuando Bonnie y Mel se mataron en un accidente de tráfico en la autopista del Pacífico. Eso fue cuatro años antes, cuando Nancie estaba entre dos maridos y servía como agente especial a cargo de la división de campo de la ATF en Los Ángeles. Ahora, cuatro años después, con un nuevo marido, nuevo trabajo y nueva vida en D. C., volvía siempre que podía, pero por otros motivos, no por la casa.

Sacó del portaequipajes la maleta con ruedas, se colgó el bolso del hombro y fue a la puerta principal. La casa parecía normal. Las luces exteriores estaban encendidas. El suave resplandor que brillaba detrás de las luces piloto esmeriladas le dijo que la luz interior también estaba encendida, pero aquellas luces tenían temporizador.

La alarma pareció volverse loca cuando entró, aullando que tenía seis segundos para apagarla antes de que el departamento de policía de Los Ángeles irrumpiera con toda su fuerza. Marcó el código de cuatro dígitos (el año de nacimiento de su sobrino) y la alarma cesó.

—¡Eh, chico! ¿Estás en casa? ¡Soy yo, Nancie!

Siguió entrando hacia la gran sala, que daba a la reluciente piscina (también luces con temporizador), tan clara y limpia que parecía estar llena de aire, y volvió a llamar:

—¡Eh, colega!

La casa estaba despejada, ordenada y limpia. Camino del dormitorio sonó su teléfono. Supuso que sería Tony, que le devolvía la llamada, pero vio en la pantalla un prefijo de zona 760. El prefijo 760 era de Palm Springs.

—Stendahl.

—Ah, hola, soy el sargento Conner Hartley, del departamento de policía de Palm Springs. Busco a la señora Nancie Stendahl.

—Sí, soy yo.

Ella no reconocía la voz, pero no importaba. Había recibido muchas llamadas del desierto durante los últimos cuatro días.

—Ah, ¿la subdirectora Nancie Stendahl? ¿De la ATF en Washington?

Como si no se lo pudiera creer.

—Subdirectora adjunta, sargento, pero gracias por ascenderme. ¿Han encontrado a mi sobrino?

—Pues no, señora, no, lo siento. Mi jefe me ha dicho que la llame. Quiere que sepa que hemos confirmado que las piezas de Ford Mustang encontradas en Coachella procedían de un vehículo registrado del...

Ella lo acabó por él.

—El Arrowhead Trust, fideicomisarios, Nancie Stendahl y Jack Berman.

—Sí, eso es, señora. No se denunció su robo, ni aquí ni en Los Ángeles. Lo comprobamos con la policía de Los Ángeles y los *sheriffs*, por si se había colado por alguna rendija, pero no; no hubo denuncia alguna.

La policía de Coachella y los *sheriffs* del condado de Riverside habían localizado un coche robado en un desguace en Coachella, California, no lejos de Palm Springs. Durante la consiguiente comprobación de los números de identificación del vehículo y de los de serie parciales, descubrieron que el propietario registrado del Mustang era alguien que se llamaba Arrowhead Trust, cuya dirección postal era el cuartel general de la ATF en Washington D. C., a cargo de la subdirectora adjunta Nancie Stendahl. El jefe de policía de Coachella contactó inmediatamente con ella para preguntarle si el coche era suyo.

—La gente que ustedes cogieron en el desguace, ¿de dónde sacaron mi coche?

—Bueno, pues esto es cosa de los detectives de Coachella. Ellos fueron los que hicieron los arrestos. Yo no lo sé.

—¿Y todavía están en custodia de Coachella?

—Bueno, tengo que comprobarlo.

La voz de ella sonaba fría.

—¿Podría pasarles mi número y pedir a su jefe que me llame directamente? Agradecería muchísimo que me llamasen esta misma noche, a la hora que sea.

—Sí, claro, señora.

—Una cosa más. ¿Han investigado ustedes mi casa en Palm Springs?

El Arrowhead Trust tenía una casa en Kenter, la casa de Palm Springs y el resto de las propiedades de Bonnie y Mel. Todas ellas pertenecían a Jack; Nancie era la fideicomisaria.

—Sí, señora. El jefe envió a un par de investigadores. Todo parecía correcto.

—Gracias, sargento. Por favor, pídale al jefe que me llame.

—Sí, señora.

Colgó y se quedó mirando el resplandor color aguamarina de la piscina, preguntándose dónde estaría Jack y cómo era posible que su Mustang hubiera acabado desguazado sin que él hubiese denunciado el robo. Se preguntaba aquello mismo desde que el jefe de Coachella contactó con ella, y no le gustaba ninguna de las posibles explicaciones. Después de que el jefe la informara, Nancie llamó y envió mensajes y correos electrónicos a Jack, y lo intentaba cada día, pero no había recibido ninguna noticia. Un par de colegas de la ATF de la oficina de Los Ángeles habían ido a la casa, pero no habían observado nada fuera de lo normal.

—Maldita sea, Jack.

Dejó su bolso en el sofá, se quitó el abrigo, abrió la puerta de cristal deslizante y salió a la piscina.

Cuando murieron Bonnie y Mel, Jack todavía era menor de edad. A su hermana y a su cuñado les había ido muy bien, ya que ambos eran abogados, y tenían la casa de Kenter y una segunda residencia en Palm Springs. Y además, por si esto fuera poco, el seguro del borracho que los mató había aportado unaindemnización enorme. Nancie creó un fideicomiso poniéndose a sí misma como responsable, y a Jack como cofideicomisario y beneficiario. Por entonces, Nancie estaba entre dos maridos y

vivía sola, así que se trasladó a la casa de Kenter como su tutora, hasta que él empezó a ir a la universidad. Entonces la promocionaron y se trasladó a D. C. Desde un punto de vista económico, Jack estaba cubierto para toda la vida... Sin embargo, ahora había desaparecido.

Recorrió su lista de contactos y llamó al agente especial a cargo del departamento de Los Ángeles, que le contestó de inmediato.

—Eh, JT. ¿Es demasiado tarde?

—Para ti no, jefa. Nunca. ¿Estás aquí?

—En casa de Bonnie. He llegado hace cinco minutos.

—¿No está Jack?

—No.

Jon Taylor era agente especial del FBI cuando Nancie llevaba la oficina de Los Ángeles. Era inteligente y duro, con una carrera estelar y unas extraordinarias habilidades de mando. Cuando la promovieron a Washington, JT, fue él quien, con todo derecho, cogió las riendas.

—¿Qué quieres? Dímelo y te lo consigo.

—Policía de Coachella, policía de Palm Springs, *sheriffs* del condado de Riverside. Quiero todo lo que tengan del desguace.

—Hecho.

Ella se apartó de la piscina y volvió a entrar en la casa.

—Convoca en cuanto puedas, mañana por la mañana, a los policías que están investigando allí.

—Eso haré.

—Quiero un careo con los gilipollas a los que pillaron. Antes de que salgan bajo fianza, quiero sacarles bien el jugo.

—Hecho. ¿Qué más?

Se detuvo en el salón. Comprobó el teléfono inalámbrico del mostrador de la cocina y el monitor de seguridad en la pared.

—Necesito que un agente compruebe mis números de teléfono. El móvil de Jack. Tenemos dos líneas de teléfono fijo aquí, en Brentwood, y una línea en Palm Springs. Están en tus archivos.

—Están en mi teléfono. Identificaremos las llamadas entrantes y salientes de las dos últimas semanas y haremos una lista.

—Aquí tenemos un sistema de seguridad por vídeo. Funciona las veinticuatro horas del día, y se vacía cada dos semanas. Necesito revisar las últimas dos semanas completas, con fotos fijas de cualquiera que entrase o saliese de la casa.

—¿Puedes acceder por Internet?

—Sí. Miraré los códigos.

—Hecho también. ¿Qué más?

Ella volvió a la piscina y pensó con intensidad, contemplando el resplandeciente color aguamarina.

—Nada más. No, creo que eso es suficiente, por ahora. Gracias, JT.

—¿Cuándo quieres empezar?

—Lo antes posible.

—Pondré a Mo y Roach con tu teléfono dentro de dos horas. Dame el código de acceso para tu digital, lo mirarán desde sus portátiles. Si no pueden, irán a tu casa. Simplemente, diles cuándo tienen que aparecer.

—Gracias.

—Lo encontraremos, Nance. Confía en mí.

—Siempre lo he hecho, y siempre lo haré.

Colgó y paseó por la casa. La casa de Bonnie. De su hermana pequeña.

Nancie habría querido tener hijos, pero no pudo. Adoraba a Jack, le quería tanto como si fuera hijo suyo. Quizá más incluso. Cuando enterraron a Bonnie y Mel, Nancie estaba ante la tumba, abrazando muy fuerte a Jack, mojándole con sus lágrimas. Le prometió en silencio a Bonnie que se ocuparía de su chico, para siempre jamás, igual que hubiese hecho su hermana.

Y lo había cumplido, hasta el momento.

—Le encontraré, Bon. Sabes que lo haré.

TERCERA PARTE

DANNY TREHORN

Danny salió de la ducha a las 6.21 aquella mañana, se secó la cabeza con la toalla, y luego se la pasó por la espalda y el trasero como si fuera un trapo para lustrar zapatos. Iba rápido para ocuparse de un partido de golf a las siete de la mañana, con esos cuatro abogados de Los Ángeles que no tenían ni idea de jugar, pero que se divertían y no cogían una rabieta cuando fallaban un golpe. Los que armaban dramas también solían dar pocas propinas, pero esos tíos se portaban.

Arrojó la toalla por encima de la barra de la cortina, se aplicó descuidadamente el desodorante y miró la hora. Si salía por la puerta a las 6.30, llegaría al club a las 6.45, ficharía, recogería el carrito, llenaría su nevera con agua y refrescos, y estaría preparado y esperando a aquellos cuatro a las siete.

Perfecto.

Pantalones cortos, polo del club, calcetines. Dispuesto para salir y muy elegante.

Danny se estaba atando los zapatos cuando alguien dio unos golpes en su puerta con tanta fuerza que casi se caga en los pantalones.

¡BUM, BUM, BUM!

Y exactamente al mismo tiempo sonó su móvil.

¡BUM, BUM, BUM!

Danny comprobó el identificador de llamadas: era la ATF. Una voz masculina en el exterior de su puerta gritaba:

—¡Daniel Trehorn! ¡Policía! Por favor, abra la puerta.

¿Qué cojones...? Parecía una broma.

Con un zapato puesto y el otro en la mano, fue saltando hasta la puerta y observó por la mirilla. Un hombre con el ceño fruncido, pelirrojo y con el pelo corto le miraba directamente, sujetando una insignia.

Abrió la puerta y encontró a cinco personas esperándole. Dos policías uniformados, y dos hombres y una mujer con traje.

El pelirrojo bajó la placa.

—¿Daniel Trehorn?

Danny estaba asustado.

—Sí... ¿Qué he hecho?

—Me llamo Nancie Stendahl, de la oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. Déjenos pasar.

No se lo pidió. Se lo ordenó.

Danny no pensó siquiera en avisar al club de que llegaría tarde hasta bien pasado el momento de su cita, cuando se fueron los agentes del Gobierno. No importaba, no le preocupaba lo más mínimo. Buscaban a Jack. Y Danny quería ayudar.

ELVIS COLE: CUARENTA Y DOS MINUTOS ANTES DE SER SECUESTRADO

Wander Lawrence Gomez tenía un Audi cupé azul medianoche con las ventanas tintadas y llantas de aleación de magnesio, y eso era lo que les había dicho a Pike y Jon Stone que esperasen. Sin embargo, aparcó a mi lado en el Burger King Cathedral City con una camioneta gris desvaída por el sol. Ningún plan de acción sobrevive jamás al primer contacto con el enemigo.

Wander me miró con su terrible ojo giratorio. Una sonrisa retorció su rostro como una serpiente que cruzase una carretera.

—Vamos. No les hagamos esperar.

—¿Y mi coche?

—No vamos tan lejos.

Pike y Stone estaban en vehículos separados en algún lugar cercano, pero yo no sabía dónde, y no los busqué. Había llegado al Burger King una hora antes que Wander. Pike y Stone se habían situado allí una hora antes que yo.

Fui andando hacia la camioneta y entré. Aquel vehículo era un desastre desértico rodante, pero el aire acondicionado funcionaba bien.

—¿Qué le ha pasado al Audi?

—El hombre me ha dado esto. Para que no puedas ver adónde vamos. ¿Has dejado el teléfono en tu coche?

—Sí. Como me dijiste.

No pensaba llevar teléfono, reloj, busca ni nada electrónico. Me había advertido de que me registrarían. Ese hombre tenía sus normas, y no había excepciones.

—Si encuentro algo, lo tiramos o vuelves a casa.

—Ya te oí. Presté atención.

—Vale. Si el trato se estropea, será culpa tuya.

Wander Gomez medía metro ochenta y siete, en parte salvadoreño y en parte afroamericano. Tenía la piel del color de un café fuerte con leche, excepto en la mejilla derecha, donde su padre le había pegado con un bloque de hormigón cuando tenía doce años. Los huesos orbitales que rodeaban su ojo derecho quedaron aplastados, con lo cual le quedó la mejilla hundida y la piel que la rodeaba salpicada de puntos negros y rosa. El ojo parecía un huevo duro. Había quedado libre para seguir su propio camino, y vagaba interminablemente mirando sin ver, furibundo. De ahí había sacado el nombre, «Wander» («dar un paseo»). Decía que era su ojo mágico. Decía que podía ver la verdad.

Dos días antes, Fredo le señaló, apoyado en el Audi, en el exterior de un bar no lejos de Echo Lake. Era un lugar de reunión para salvadoreños indocumentados, que compartían noticias e información de su país. También lo frecuentaban coyotes recién llegados, que conseguían negocios antes de dirigirse al sur repartiendo información

de contacto a cualquiera que tuviera amigos o parientes en casa. Wander usaba su entorno salvadoreño y su ojo mágico para recoger información sobre *pollos* que llegaban, que luego vendía al Sirio o a otros *bajadores*. Por su cuenta y riesgo.

Me acerqué a él, le largué mi historia y no mencioné al Sirio ni sugerí dónde podía encontrar Wander más trabajadores dispuestos. Mi única regla era no hacer negocios con los de Sinaloa. Sugiriendo que había mala sangre entre el cartel y yo, daba al Sirio algo que comprobar. Lo hizo, y me dio el visto bueno para llegar a acuerdos conmigo.

Dos días más tarde, Wander y yo nos reuníamos en el Burger King. Unos tres kilómetros después de haberme subido a su furgoneta, salimos de la autopista hacia una zona sin urbanizar junto al Rancho Mirage. Nos detuvimos en la estación de servicio.

—Sal. Es mejor hacerlo aquí.

—¿Aquí mismo?

—Sí, aquí mismo. Esa gente no ve una mierda.

Estábamos a plena vista de los coches que pasaban, pero Wander me pasó un aparato de radiofrecuencia por todo el cuerpo. Hizo un trabajo muy profesional, cosa que sugería que ya había revisado a otras personas antes.

—Vale. Vuelve a subir, que comprobaré los zapatos.

Me subí a mi asiento y empecé a quitarme los zapatos, pero Wander me detuvo.

—Detrás. Súbete entre los asientos, aquí, antes de quitarte los zapatos. De todos modos tienes que ir atrás.

Me metí entre los asientos, me quité los zapatos y se los tendí hacia delante.

Las furgonetas con caja cerrada son herramientas de trabajo. No había ventanillas detrás de los asientos delanteros, y la parte de atrás era una caja de metal sucia, que olía a pesticida y a grasa. Angelo Bruno y Kenneth Bianchi habían usado una furgoneta idéntica como lugar para torturar y asesinar a sus víctimas, y grabar sus gritos.

Wander comprobó mis zapatos exhaustivamente, tal y como me había escaneado, buscó dentro, quitó las plantillas y examinó suelas y cordones. Examinó cada zapato a mano, y también metió el aparato dentro. Luego me los devolvió y me tendió una funda de almohada negra.

—Ponte esto.

Cuando me había llamado aquella mañana, me había dicho que tendría que llevar una bolsa en la cabeza, para no ver adónde nos dirigíamos. Yo acepté, pero ahora estaba en una furgoneta a oscuras, con olor a pesticida, y recordando a los estranguladores de Hillside.

—¿Y si nos olvidamos de la bolsa? Aquí detrás no puedo ver nada.

—No me jodas, ¿ahora me vienes con esas?

El ojo furioso me miró intensamente y luego se apartó, y volvió, pero empezó a rodar en su órbita. El ojo parecía muy furioso cuando iba y venía, y me pregunté qué

vería a través de su rabia.

Wander sacudió la funda de almohada.

—Ponte la bolsa. Te lo advertí y tú dijiste que estabas de acuerdo. Ponte la bolsa; si no, volvemos al Burger King.

Cogí la funda y me la metí en la cabeza. Olía a limpio y quizá fuese de algodón egipcio.

—¿Qué tal me queda?

—Tendrá que gustarte, porque la vas a llevar un par de veces hoy.

—¿Cómo que un par de veces?

—Nunca vamos en línea recta hacia el tipo. Así se mantiene a salvo. Primero tendrás que hacer un par de viajesitos, antes de que te lleve al sitio adonde vamos.

Wander puso en marcha el motor y volvió a la autopista. Incluso con la bolsa encima de la cabeza yo notaba su ojo clavado en mí, furioso. Su ojo mágico.

Me sentía atrapado en aquella bolsa. Era fácil de matar. Esperaba que Joe y Jon Stone anduviesen por allí cerca.

JOE PIKE: EL DÍA QUE ELVIS COLE FUE SECUESTRADO

JOE PIKE

Pike vigilaba el Corvette de Elvis Cole desde una gasolinera Shell situada al otro lado de la autopista, a unos cuatrocientos metros del Burger King. El Rover negro de Jon Stone se encontraba en el lado de la autopista donde estaba Cole, cuatrocientos metros más allá del Burger King. Tomase la dirección que tomase Cole, o bien Pike, o bien Stone estarían en el lado adecuado para mantenerle a la vista.

La voz de Stone llegó al oído de Pike.

—Movimiento.

Se comunicaban con teléfonos móviles, cada uno con un dispositivo *bluetooth* en el oído. Tenían teléfonos por satélite, pero los móviles normales eran más fáciles de usar, mientras tuvieran señal y unidades de GPS militares.

—Sin suerte.

Quería decir que Pike no veía los vehículos. Stone tenía una visión mejor, y usaba prismáticos.

—Una furgoneta que retrocede... —dijo Stone.

El mugriento vehículo se puso a la vista de Pike. Puso en marcha el todoterreno y se dirigió a la calle.

—Los tengo. ¿Cole a bordo?

—Afirmativo. Tienes que ver al que conduce. Qué tío más feo.

La furgoneta salió del Burger King y dobló hacia la autopista, dirigiéndose hacia Pike.

—Va hacia ti.

Pike aceleró su todoterreno al salir de la gasolinera Shell, y dio la vuelta hacia la autopista en la primera intersección. Perdió de vista la furgoneta cuando aminoró, pues venían coches, pero fue haciendo eses entre el tráfico y rápidamente la cogió.

—A ocho largos de distancia. Voy al lado de uno de dieciocho ruedas, amarillo.

—Mirando.

Pike todavía estaba situándose en un bosquecillo cuando la luz de la derecha de la furgoneta relampagueó. Habían recorrido un kilómetro y medio.

—Intermitente.

—Mierda, no te tengo.

—Las Palmas. Lado oeste.

—Buscando.

Pike disminuyó para poner distancia entre sí y la furgoneta. Sonó un claxon detrás

de él, luego otro, pero Pike frenó incluso un poco más. Se quedó atrás mientras la furgoneta giraba hacia una calle entre grandes solares vacíos. Se detuvo a plena vista de la autopista.

Pike dejó la autopista, pero giró en la dirección opuesta, vigilando la furgoneta por el retrovisor. Cien metros más tarde giró hacia un aparcamiento que rodeaba una tienda de suministros para el hogar.

—Se han detenido en un solar vacío.

—Los veo. Salen de la furgoneta. El tío le cachea. Mierda, ahí, a plena vista.

—Estoy al norte. Voy hacia el sur.

—Entendido. Voy.

Pike sabía que el cacheo no tardaría mucho rato, y así fue. Cole y Wander volvieron a subir a la furgoneta, y una vez más se dirigieron hacia el sur por la autopista, y luego al este, dejando atrás las zonas adineradas de Rancho Mirage y Palm Desert. Se dirigían hacia el barrio de Indio, de clase trabajadora.

Pike y Stone cambiaban de posición frecuentemente, para que Wander no notara que un vehículo permanecía siempre en su retrovisor. Pike se había replegado cuando la voz de Jon Stone resonó en su oído.

—Intermitente.

Pike estaba siete cuerpos por detrás del Rover de Stone. Cinco sedanes, dos furgonetas y un motorista con una Harley Chopper se interponían entre ellos. El intermitente izquierdo de Stone parpadeó.

—Giro a la izquierda en Taco Bell —dijo Stone.

—Sí.

—Voy más despacio. Apura más.

Pike llevó suavemente el todoterreno más cerca.

La furgoneta pasó junto al Taco Bell en una zona mixta, con edificaciones residenciales pequeñas y negocios minúsculos. Era más difícil seguirlos, porque había menos tráfico, de modo que Stone se quedó mucho más atrás. Pike seguía dos manzanas por detrás, observando las calles paralelas en su GPS, por si tenía que maniobrar.

—Intermitente —dijo Stone—. Se para. Tres manzanas. Yo también me paro.

Pike giró a la derecha de inmediato, pisó el acelerador y chirrió hacia la izquierda por la calle paralela, vigilando que no salieran niños ni coches. A cinco manzanas pisó el freno, giró dos veces a la izquierda y acabó en la calle del principio, que recorrió despacio en la dirección opuesta. La furgoneta gris estaba en la entrada de una casa, tres residencias por delante y a la izquierda, esperando a que se abriera la puerta del garaje.

—Estuco amarillo a tu derecha. Dirección: tres, seis, dos —dijo Pike.

Las casas de toda la calle tenían tejados de colores claros por encima del estuco, con respiraderos para el desván en los gabletes, garaje para dos coches y unas vallas de tela metálica oxidadas. La mayoría tenía árboles y vegetación, pero el jardín de la

casa amarilla era todo arena y piedras.

Stone «avanzó» mientras Pike pasaba junto a la casa. La puerta del garaje estaba abierta, pero un todoterreno grande y verde llenaba el aparcamiento y no dejaba espacio para la furgoneta. Pike vio a Cole, que salía del asiento del pasajero mientras él pasaba.

—Garaje abierto. Están entrando.

—Ya los tenemos. Wander y Elvis. Están en el garaje. La puerta se cierra. Espera...

Pike dobló a la derecha en la primera calle transversal, e hizo un giro rápido de tres cuartos de vuelta. Se detuvo junto a la intersección, con la casa a la vista. Stone había hecho lo mismo en el cruce siguiente.

La posición que tenía Pike le permitía ver la puerta del garaje, la puerta delantera, dos ventanas delanteras y dos ventanas laterales. Las ventanas estaban cerradas; las persianas, bajadas. Todas las persianas de todas las ventanas. Ninguna dejaba asomar ni un hueco de un centímetro por debajo.

Pike bajó la ventanilla y recordó a los cazadores masáis que conoció en África. Se preguntó si ellos serían capaces de oír hablar a la casa. Miró y escuchó.

Pike llevaba en su posición menos de cinco minutos cuando la puerta del garaje se movió.

—Jon.

—Sí.

La puerta aún estaba subiendo cuando Wander se metió debajo y volvió a la furgoneta.

—¿Ves al del ojo chungo? —preguntó Stone.

—¿Ves a Elvis?

—Solo al tuerto.

La puerta bajó con estrépito.

—¿Había alguien en el garaje?

—Negativo. Solo el tuerto.

Wander retrocedió por el camino y pasó junto a Pike, saliendo por donde había llegado.

—¿Qué coño...? —dijo Stone.

Esperaron. Un minuto. Dos minutos.

—¿Crees que habrá rehenes ahí dentro?

Pike no respondió.

—¿Crees que Al-Diri estará ahí dentro?

—Sssh.

Tres minutos después de que Wander saliera, la puerta del garaje volvió a la vida, y una vez más subió por sus raíles. Cuando quedó abierta, un Ford Explorer verde oscuro salió reculando con cuidado. Las ventanillas estaban tan oscuras que parecían negras.

—De excursión. ¿Qué hacemos ahora, los seguimos o nos quedamos? —preguntó Stone.

La puerta del garaje se cerró. Ahora estaba vacío, pero eso no significaba que no hubiese nadie en la casa.

El Explorer retrocedió hasta la calle y pasó junto a Jon.

—¿Ves a alguien? —preguntó Pike.

—No, tío. Con ese cristal, no. ¿Crees que irá ahí dentro? Elvis.

—No lo sé.

—Repito, ¿qué hacemos?

Pike miró la casa. No había forma de saber si Elvis estaba dentro o lo habían sacado.

—Vete con el Explorer. Yo me quedo en la casa.

—Voy.

Pike observó la casa y se esforzó por oír voces que nadie más podía oír.

JON STONE

El Explorer se dirigió al sur de Indio, a través de Coachella y hacia el desierto. Se quedó en el carril de la derecha, sin variar su velocidad, integrado en el tráfico normal de la carretera. A Jon aquello le pareció bastante sospechoso.

Se quedó tan atrás que, de vez en cuando, debía emplear los prismáticos Zeiss que llevaba entre las piernas. Cada pocos minutos echaba un vistazo rápido para asegurarse de que el Explorer estaba donde se suponía que debía estar, y sí, allí estaba.

Pasaron Thermal, que tenía el nombre más guay que se podía imaginar para una ciudad en medio del desierto. Jon pensó que quizá fuesen hasta México, pero poco después de la terminal del aeropuerto de Thermal, el Explorer giró hacia el este.

Lo fue siguiendo con bastante facilidad, ya que su enorme Rover negro tenía un motor Miller con supercargador. Circularon por la parte superior del Salton Sea, hacia un pequeño barrio residencial rodeado por granjas. Entonces llamó a Pike.

—Parece que vamos a otra casa. Estoy en una ciudad pequeña llamada Mecca, al norte del final del Salton.

Pike no respondió, muy típico en él.

—¿Has visto algún movimiento ahí?

—No.

—¿Ha vuelto el tuerto?

—No.

No. Respuestas monosilábicas. Algo clásico de la «no conversación» de Joe Pike.

—Vale. Te mantendré informado.

—Jon.

—¿Sí?

—He hecho trescientos sesenta a la casa.

Eso significaba que Pike había dado la vuelta completa a la casa, examinándola. Eso significaba que estaba preocupado. Pike era el mejor rastreador que había conocido jamás, pero rodear una casa que estaba circundada únicamente por arena y polvo era exponerse a que le vieran. Pike sabía aquello, desde luego, y comprendía el riesgo.

—Las persianas no están bajadas sin más. Están clavadas. Esta casa está tapiada.

—¿Has oído algo?

—No.

—¿Funciona el aire acondicionado?

—Sí.

—Si quieres entrar, volveré contigo. Abriremos esa mierda.

—No. Quédate con el Explorer.

—Entendido.

Stone redujo la marcha cuando el intermitente del Explorer parpadeó. Debía tener mucho más cuidado en aquellas estrechas calles residenciales. Su Rover de ochenta mil dólares destacaba en aquella zona tan pobre como un diamante negro y reluciente, aunque eso no le preocupaba. Era otro desafío, y a él le encantaban los desafíos. Hacían de la vida algo más interesante.

Comprobó su GPS y vio que el barrio, a su alrededor, formaba una cuadrícula rectangular. Superfácil.

Tres manzanas por delante, el Explorer giró a la derecha. Stone le dio un par de segundos para que desapareciera, y luego dobló en el mismo sentido y metió el supercargador. El Rover salió disparado como un F18 catapultándose desde un portaaviones. Cuando alcanzó el primer cruce, Stone pisó el freno, se asomó un poco y vio que el Explorer cruzaba la intersección paralela, a tres manzanas de distancia.

Dejó atrás el Explorer otras tres manzanas más, pero no apareció en el cuarto cruce. Jon giró hacia la izquierda, por la calle del Explorer, y luego a la izquierda de nuevo, y sonrió.

—Eres hombre muerto, cabrón.

Al lado derecho, a cuatro casas de distancia, el Explorer se metía en un garaje abierto. Otro vehículo estaba ya en el garaje, pero Jon no era capaz de distinguir la marca ni el modelo. Esperó hasta que se cerró la puerta del garaje y luego pasó por delante de la casa.

El Explorer desapareció en una casa rosa desvaída con un tejado de tejas planas rojas. Stone pasó junto a ella, dio la vuelta y luego retrocedió hacia un punto que estaba al otro lado de la calle, tres casas más abajo. Aparcó entre una furgoneta Dodge y un Toyota Cruiser, esperando que el camión y el todoterreno ayudaran a que el Rover pasara desapercibido.

Jon examinó la casa, y prestó especial atención a las ventanas. Las persianas estaban bajadas y muy cerradas, como en la casa de Indio, y no había sonido alguno ni señal de movimiento en la propiedad. Los respiraderos del desván bajo los gabletes estaban enmarcados para que pareciesen pequeñas puertas, y una de ellas estaba abierta de par en par, como si colgara de sus bisagras. A diferencia de la casa anterior, con su jardín yermo, esta tenía dos robles desgredados en la parte delantera, una línea discontinua de cedros a lo largo de un lateral y un tablero de baloncesto montado en el tejado, por encima del garaje. El tablero estaba descascarillado y la red había desaparecido hacía tiempo.

Stone se estaba preguntando cuánto tiempo habría pasado desde que alguien metió por última vez un balón a través del aro cuando, de pronto, la puerta del garaje cobró vida y se movió, dejando ver el Explorer verde oscuro y un Escalade negro. Jon

se agachó detrás del volante.

El Escalade retrocedió y luego pasó justo por delante del Rover. Jon vio un segundo al conductor y atisbó una forma en el asiento del pasajero, pero este no era más que una sombra.

Stone no sabía si seguir al Escalade o si quedarse con el Explorer, pero decidió quedarse. Uno baila con la chica que ha llevado a la fiesta.

Stone se agazapó en el asiento de atrás y abrió la cremallera de una bolsa de deportes verde de nailon. Buscó en el interior, sacó una caja de plástico duro Pelican y examinó su contenido.

El trabajo de seguridad de Jon a menudo requería que usara varios artilugios y dispositivos con monitores para obtener datos. Estaba pensando en echar un vistazo en el interior de la casa. Lo haría perforando un agujero de dos milímetros y medio de diámetro en la pared, e insertando una cámara y un micrófono con un alambre del tamaño de una mina de lápiz del 2.

Estaba decidiendo qué broca del taladro usar cuando la puerta del garaje se abrió una vez más. Cerró la caja.

Vio que el Explorer salía del garaje. Allí no había ninguna de esas cosas diversas que la gente va acumulando en sus garajes. No había cajas, ni bicicletas, ni máquinas para cortar el césped ni adornos de Navidad amontonados junto a las paredes o colgando de las vigas. Jon recordó que en el garaje de Indio tampoco había nada.

El Explorer le condujo hacia el norte, pasado el aeropuerto de Therman, camino de Coachella. Al parecer estaban volviendo a la casa de Indio, pero dieron la vuelta hacia el oeste por La Quinta e Indian Wells, y luego al sur, hacia el desierto.

Comprobó su GPS: la autopista se apartaba de las comunidades del desierto y se internaba en la nada más profunda del desierto de Anza-Borrego, al oeste del lago Salton. El tráfico se hacía menos denso, de modo que fue quedándose cada vez más atrás, hasta que necesitó los prismáticos para ver el Explorer. Mantuvieron una velocidad fija de ciento diez kilómetros por hora durante casi veinte minutos, antes de que se encendieran las luces de sus frenos. Inmediatamente Jon bajó la velocidad y miró el GPS, esperando ver una carretera, pero no vio nada. Cambió del mapa a una vista por satélite, y aumentó la imagen hasta que vio un filamento muy fino que se apartaba en ángulo de la autopista. Debía de ser un camino rural sin pavimentar, o la pista que conducía a un rancho.

El Explorer se apartó de la autopista e inmediatamente levantó una nubecilla de polvo que Jon vio sin necesidad de prismáticos.

—Mierda.

Dejó que el espacio entre ellos fuera aumentando. No le preocupaba perder al Explorer porque su rastro de polvo era muy obvio, pero seguirlo sería un problema. Si él veía el Explorer, el Explorer podía verle a él.

Cuando llegó al giro, se apartó de la autopista y comparó el rastro de polvo que se iba perdiendo con la imagen en su GPS. Las pocas carreteras sin asfaltar aparecían

como finas líneas grises que corrían durante kilómetros antes de hacer intersección con otra línea fina. Ahora el Explorer estaba en una carretera que salía en ángulo de la autopista, y pronto se uniría a otra que avanzaba en paralelo a la autopista durante varios kilómetros. Esta segunda carretera se cruzaba con una tercera que volvía a la autopista. Jon sonrió cuando vio aquello, volvió con el Rover a la autopista y pisó a fondo el acelerador.

Siete kilómetros y medio más tarde, a ciento setenta y cinco kilómetros por hora, salió de la autopista en la tercera carretera, muy por delante del Explorer. El polvo estaba muy por detrás de él, y en ángulo. Comprobó de nuevo su GPS y fue tras ellos, despacio. Los siguió por el desierto durante tres kilómetros setecientos metros, hasta que la nubecilla de polvo desapareció, lo que significaba que se habían detenido.

Paró el Rover y buscó con los prismáticos la punta de la nubecilla que se desvanecía, hasta que captó un brillo entre el calor que ondulaba. Volvió a la bolsa de nailon y buscó un telescopio Zeiss portátil 60x montado en un trípode pequeño. El Zeiss había resultado ideal para localizar a ciertos hijos de puta en las rocosas colinas de Afganistán. Lo colocó en el capó del Rover, ajustó el foco y vio el Explorer.

Estaba aparcado en una elevación junto a lo que parecía un muro bajo de piedra. Dos figuras pequeñas llevaban algo grande hacia los arbustos. Unos momentos después volvieron al Explorer y cargaron otra cosa larga y la trasladaron. Jon tuvo la horrible intuición de que una de esas cosas podía ser el cadáver de Elvis Cole.

Hicieron dos viajes más al otro lado de los muros, luego se subieron al Explorer y se fueron. Jon no sabía si seguir al Explorer o mirar a ver si allí estaba Cole, pero realmente solo se podía tomar una decisión.

Se quedó mirando hasta que la nubecilla de polvo se desvaneció y ajustó la suspensión del Rover para avanzar por un terreno desigual. Se abrió camino a través del desierto. Se detuvo a sesenta metros de los muros medio caídos, salió con su M4 y quitó el seguro. Le picaba el cuero cabelludo como si tuviera hormigas debajo de la piel. Se puso en modo de combate total, dispuesto a disparar treinta balas del 5,56.

Se abrió camino entre los arbustos hasta que encontró las huellas del Explorer, y luego siguió las huellas más allá del muro, hasta una quebrada poco honda. Sabía lo que iba a encontrar antes de llegar al borde erosionado de la oquedad.

El zumbido furioso de los moscones del desierto y de los avispones que comen carne se lo dijo. El hedor a gambas podridas y a carne le contó el resto.

Los cuerpos estaban amontonados en la quebrada unos encima de otros, un revoltijo de carne envuelta en plástico. Habían salpicado gran cantidad de polvo blanco encima de los cuerpos, pero eso no había conseguido eliminar el olor o apartar a las moscas, que se arremolinaban como una nube furiosa, y se metían por debajo del plástico.

Ocho. Luego contó hasta nueve cuerpos, de hombres y mujeres, pero no los veía lo bastante bien a través del plástico para saber si Elvis Cole estaba entre ellos.

Se colgó la M4, fotografió todos los cuerpos con su iPhone y luego volvió a su

Rover. Se quitó las gafas de sol, se frotó la cara y gritó, mirando al horizonte:

—¡Son personas, hijos de puta! ¡¡¡Por el amor de Dios, son personas, hostia!!!

Se quedó mirando hacia la oscuridad y guardó el M4. Se quitó la camisa y se la ató por encima de la nariz y la boca para ahuyentar a las moscas.

Volvió al hueco y bajó entre los muertos. Fue apartando el plástico, buscando a Elvis Cole.

Sabía que Pike le preguntaría.

JOE PIKE

Wander no había vuelto, ni tampoco el Explorer. Pasaron papás y mamás jóvenes con sus niños sujetos a los asientos del coche, y también tres chavales en monopatines. Pike se preguntaba si Cole estaría dentro con Ghazi al-Diri, y si todo estaría saliendo de acuerdo con el plan.

Una mujer con pantalones de deporte negros y camiseta de tirantes del mismo color salió de la casa de al lado con un enorme pastor alemán. Tenía los hombros anchos, aunque era pequeña, y los brazos robustos. Parecía parte de un comando, toda de negro. Desde lejos no estaba nada contenta.

La mujer y el perro pasaron junto al todoterreno como si hubieran hecho ese mismo recorrido mil veces, y ya no pudiera aportarles nada nuevo. El animal tiraba de la correa y ella le decía que se estuviera quieto. Parecía muy enfadada, pero Pike pensó que probablemente no lo estuviera. Habían caminado juntos mil veces, y cada vez que el perro tiraba, la mujer se quejaba, y sus brazos y su rostro mostraban el esfuerzo. Se preguntaba por qué no cambiaría la rutina. Cambias un elemento y todo lo demás cambia. Lo único que tenía que hacer era hablar con el perro.

El teléfono de Pike vibró. Miró la pantalla. Era Stone.

—Dime.

—Están tirando cadáveres. He seguido al Explorer hasta el desierto y los he visto. Están matando gente en esas casas.

Pike examinó la casa, y se preguntó si estaría muriendo alguien dentro.

—¿Elvis?

—No. No, tío, lo he comprobado. Han tirado cuatro hoy, pero he contado nueve. Es horrible y grotesco.

Pike se imaginó que sería la gente de Park.

—¿Coreanos?

—Era lo que me había imaginado, pero no. Eran indios o paquistaníes. ¿Cuánta gente ha secuestrado ese tío?

A Pike aquello le sorprendió. Se preguntaba si los habrían llevado a la casa que estaba mirando, o a la casa de Mecca, o a otra, y cuántos más tendrían como prisioneros.

—¿Cuánto tiempo llevan muertos?

—Los cuatro de hoy no más de cinco o seis horas. Los otros llevan allí días.

—¿Dónde estás ahora?

—Llegando, pero los cuerpos están a treinta al sur de Palm Desert. He fijado unas

coordenadas. ¿Qué está ocurriendo allí?

—Nada.

Stone no hizo ningún comentario, cosa que significaba que aquello no le gustaba. A Pike tampoco. Se suponía que Cole estaba en la casa, pero Wander no había vuelto a sacarle con su coche, y no había llegado nadie más. Si se habían llevado a Cole en el Explorer, ahora no tenía respaldo alguno. Y eso a Pike le gustaba mucho menos aún.

Stone le leyó la mente.

—No tenemos motivo alguno para pensar que estuviera en el Explorer.

—Ya.

—Pero si el Sirio estaba en Mecca, quizás han dejado a Cole de camino, mientras llevaban los muertos.

Pike pensó que Stone podía tener razón acerca de la reunión en una ubicación secundaria, pero solo había una forma de averiguarlo.

—Voy a ir.

—Espera. Estoy a quince minutos. Llegaré dentro de doce.

—No voy a esperar.

Pike dejó el teléfono y se fue a la parte de atrás del coche. Se quitó la sudadera, se puso un chaleco antibalas y luego se volvió a poner la sudadera encima. Se sujetó una Kimber 45 semiautomática a la espalda. Estaba a punto de sujetar también su Python 357 cuando el perro corrió ante él arrastrando la correa. Pike dio un paso hacia el extremo más alejado del todoterreno para tapar sus armas.

El animal corrió directamente hacia su puerta y la rascó para entrar. Pike supuso que la mujer se había cansado de que la arrastraran. La vio acercarse por la calle unos segundos más tarde, frunciendo el ceño y gritándole al perro que parase. Este no paró. Pike apartó la vista cuando ella miró hacia el todoterreno.

Cuando la mujer y el perro estaban ya dentro de su casa, Pike se sujetó la 357 a la cintura y condujo hacia la casa. Sacó un mazo de siete kilos y no se molestó en llamar.

Golpeó la puerta justo en la cerradura. La madera crujió, pero la puerta no cedió. Cogió impulso de nuevo y rompió más madera, pero había algo que bloqueaba la puerta.

Se apartó a un lado. Escuchó a través del agujero, pero no oyó nada. Dentro no había voces ni movimiento ni hombres que buscasen sus armas.

Pike corrió hacia su todoterreno y lo llevó hacia delante, hasta que el guardabarros quedó apretado contra la puerta del garaje. La madera barata cedió y entró en el garaje.

Con el mazo echó abajo la puerta del lavadero.

Examinó la casa rápidamente, con el arma empuñada, sin seguro y preparada para disparar. Estaba vacía. No encontró cuerpos, posesiones, comida o ropas. El único resto que quedaba de que algo terrible había ocurrido allí eran las gruesas hojas de

contrachapado que cubrían puertas y ventanas. Aquella casa había sido una prisión.

Después de haberla registrado de arriba abajo, se quedó de pie en el salón, respirando con fuerza. Intentó escuchar lo que podía decirle la casa, pero solo oía el latido insistente de su corazón.

Pike había hecho guardia desde que el camión gris llevó a Cole a aquella casa, pero ahora su amigo había desaparecido.

Lo habían secuestrado.

Corrió a su todoterreno, salió del garaje y le dijo a Stone que se reuniese con él en Mecca.

JOE PIKE

La casa de Mecca contenía menos cosas aún. Habían quitado el contrachapado y los agujeros de los tornillos estaban tapados con masilla. No quedaba ni rastro de Cole ni de nadie más.

—¿Y ahora qué? —dijo Stone.

—Su coche.

—¿Qué?

—No podemos dejar su coche en el Burger King.

—Quería decir que adónde vamos ahora.

—Ya sé lo que querías decir.

Dejaron el todoterreno de Pike en el aeropuerto de Palm Springs. Stone condujo al Burger King, donde Pike recogió el Corvette de Cole. Tenía una llave. Se llevarían el Corvette a casa, dormirían un poco y Stone los llevaría a los dos en su coche por la mañana. Recogerían el todoterreno de Pike y comprobarían los cuerpos. Si habían tirado allí nueve cadáveres, es posible que hubiese un décimo.

Dos horas y cuarenta y seis minutos más tarde, Pike doblaba la última curva hacia la casa de Elvis y metía el viejo Corvette en la cochera.

Estaba oscuro, pero Pike conocía la casa de Elvis tan bien como la suya propia. Dio la luz de la cocina y luego la de una mesita en el salón; después, abrió las puertas de cristal que conducían a la terraza de Cole.

El cañón por debajo estaba moteado de luces. Algunas de las casas estaban tan cerca que Pike veía parpadear los colores de los televisores, mientras otras luces tenían las ondulaciones azul celeste de las piscinas. A Pike le gustaba mucho la terraza de Cole. Lo había ayudado a reconstruirla cuando las termitas atacaron la madera, y también le ayudaba a barnizar la madera cada tres años. El aire nocturno era muy frío y olía a hinojo silvestre.

—Te estoy oyendo —dijo Pike.

Se oyó el clic-clic-clic de unas garras que se aproximaban, y luego el gato de Cole saltó hacia sus piernas.

Pike miró al gato, que levantó la vista hacia él. Era un animal desaliñado, con unas cicatrices pálidas que marcaban su rostro negro y sus orejas rotas.

Se agachó y le pasó la palma desde la cabeza hasta el final de la espina dorsal. El gato se regodeó un momento, pero luego se apartó. El pelo que cubría su lomo se erizó. Dobló las orejas y luego las levantó. Su cara de guerrero adquirió un aire feroz.

—No, él no está —dijo Pike.

Entró. Encontró una lata de comida de gato abierta y una botella de cerveza Abita en el frigorífico. Echó el resto de la lata con un tenedor en un plato limpio, le puso agua fresca, la comida y un platillo con cerveza.

El gato se quedó junto a la comida, pero no comió.

Pike se bebió casi toda la cerveza que quedaba, encendió la luz de la cochera y examinó el coche de Cole. Estaba asqueroso. Pike lavaba su todoterreno cada día, y lo enceraba entero cada dos meses. La casa estaba limpia y ordenada, y su amigo era muy maniático con la limpieza cuando cocinaba, pero su coche era un desastre. Pike no lo entendía, aunque a menudo se preguntaba si no revelaría algo que él era incapaz de comprender.

Encontró un cubo de fregona y unos trapos en el lavadero, echó un poco de lavavajillas en el cubo y lo llevó junto a unos trapos al coche. Un ejército de bichos revoloteaban y daban vueltas en torno a la luz en el techo de la cochera.

Pike tiró de la manguera situada a un lado de la casa, llenó el cubo de agua jabonosa y lavó el coche. Empezó por el morro, frotando el coche con la mano para quitar la suciedad. El gato acudió a mirar. El agua salpicó su pelaje con metralla líquida, pero el animal no se movió.

Pike quitó la suciedad del capó, de los lados y de la parte de atrás. Luego empapó un trapo en el agua jabonosa y empezó otra vez. Frotó con fuerza. Cuando la carrocería estuvo limpia, trabajó en los neumáticos y las ruedas, y luego le dio de nuevo a la carrocería. Secó el coche con los trapos que quedaban y luego limpió también el interior.

Cuando acabó, intentó recordar cuándo había visto por última vez aquel coche así de limpio. No pudo, y no le importó. Ahora estaba limpio. Cuando Cole volviera, lo tendría listo para revista.

Pike vació el cubo y se fue al interior. Se quitó la ropa, la metió en la lavadora con los trapos y luego se duchó en el baño de invitados. El gato le fue siguiendo por toda la casa, y volvió otra vez cuando puso su ropa en la secadora.

Mientras la ropa se secaba, fue al piso de arriba a buscar el material para limpiar armas. Lo llevó abajo, a la mesa del comedor. El lubricante de limpieza, los parches de algodón, un cepillo especial, un rodillo limpiador y un paño suave de algodón.

Descargó las pistolas y desmontó la Kimber. Podía desmontarla y montarla con los ojos vendados, a oscuras y en cualquier condición. No tenía que pensar lo que estaba haciendo. Sus manos lo sabían.

El gato estaba en el extremo de la mesa. Pike metió unos parches de algodón humedecidos con lubricante limpiador por el cañón, el bastidor, la corredera, el resorte de retroceso y la recámara. Miró al gato. El animal no le observaba a él, sino que se fijaba en las piezas que estaba limpiando y secando.

Metió el resorte del retroceso en el interior del bastidor de la Kimber, colocó la corredera y encajó el pasador del seguro en su lugar. Cuando la tuvo montada de nuevo, la dejó a un lado y trabajó en el revólver Python. Miró de nuevo al gato. Sus

ojos se habían entrecerrado formando unas rendijas ardientes; su rabo se agitaba como una serpiente peligrosa.

Dio unos toquecitos con lubricante en las recámaras del tambor del Python y del cañón, y luego por encima de la placa del retroceso y bajo la estrella del tambor. Pasó el cepillo por el interior del cañón y las recámaras. Limpió bien el acero, pero no miró el arma mientras la limpiaba. Miraba al gato.

Este caminaba por el extremo más alejado de la mesa, mirando de un lado a otro, asestando fuertes golpes con el rabo que hendían el aire, mientras el pelo de su lomo se erizaba.

Pike recargó la Kimber. Introdujo varias gruesas balas ACP del 45 de punta hueca en la recámara del Kimber hasta que estuvo llena. Luego la cerró. Accionó la corredera para cargar el arma y puso el seguro.

El gato iba hacia él, se alejaba, volvía. Su cara oscura era tan orgullosa como la de un maorí. El pelo de su lomo estaba erecto, como el de un guerrero mohawk.

Pike dejó a un lado la Kimber y cargó el Python. Abrió el cilindro y deslizó un largo cartucho Magnum 357 en una de las recámaras del tambor.

El gato se acercó aún más.

Pike metió un segundo cartucho, luego un tercero. El gato se quedó solo a unos centímetros de distancia, pero ya no miraba el arma. Lo observaba. Su cara negra y deshecha estaba furiosa.

Acabó de cargar el Python. Seis recámaras, seis cartuchos. Cerró el tambor, pero mantuvo agarrado el revólver. Miró al gato de Cole. El gato de Elvis Cole.

Este se lamió los salvajes labios y lanzó un largo gruñido.

Pike asintió.

—Sí. Voy a traerle.

Metió las armas en sus fundas, se bebió una botella de agua y llamó a Jon Stone.

—Ven a buscarme. No pienso esperar hasta mañana.

Stone le recogió unos minutos después.

JACK Y KRISTA: SIETE DÍAS DESPUÉS DE SER SECUESTRADOS

Un día después de la paliza, Jack abrió los ojos, parpadeó y la miró. Tenía las pupilas dilatadas.

—¿Qué dan por la tele?

—¿Me ves? Estoy aquí.

Él puso los ojos en blanco y al final la miró.

—Nancie. Mamá está en casa.

Krista le tocó los labios. Una punzada de terror la atravesaba cada vez que él mencionaba a su tía.

—Sssh, cariño. No hables de Nancie.

Él volvió a poner los ojos en blanco, los abrió mucho y luego los cerró.

Jack estaba echado a lo largo de la pared, en su sitio, debajo de la ventana. Los guardias lo habían metido otra vez en la habitación y le habían colocado junto al cubo de orina. A ella le dieron hielo envuelto en una toalla, para que se lo pusiera en la cabeza. Hasta ahí llegó su ayuda. Kwan le fue arrastrando hasta dejarlo en su sitio, bajo la ventana. El hielo se había fundido, de modo que ella dobló la toalla húmeda y se la puso a Jack bajo la cabeza, como cojín.

Kwan se sentó cerca. Nadie más en la habitación se había acercado. Como si temieran que los guardias les dieran el mismo tratamiento.

—Habla más. Bueno.

Jack había pasado casi todo el día anterior inconsciente, después de la paliza. Krista había pensado que se iba a morir. Tenía la piel muy pálida y sudorosa, y temblaba violentamente entre periodos de calma. Empezó a murmurar a primera hora de aquella mañana. Ella pensaba que era buena señal, pero no lo sabía. Estaba muy malherido. Esperaba que fuera solo una conmoción, pero no paraba de darle vueltas a la idea de hemorragias y daños cerebrales, imágenes de monitores con una línea plana.

—¿Qué tal tú? —preguntó Kwan.

Cuando levantó la vista, él señaló hacia su hombro. Había llamado a su madre el día anterior. Medina la sujetaba mientras Rojas hacía la llamada. Cuando su madre estuvo al teléfono, Medina le mordió el hombro para hacerla chillar. Le mordió fuerte y rechinó los dientes contra su carne.

Ella respondió rápidamente y apartó aquel recuerdo.

—Estoy bien. No es nada.

Kwan gruñó, como aprobando su valentía.

—Yo mato.

Ella lo miró y Kwan sonrió, pero era una sonrisa oscura, sombría.

—Pronto.

Se apoyó en la pared y cerró los ojos, pero la sonrisa siguió.

Dos coreanos más fueron liberados en las horas que siguieron a la paliza de Jack. Rojas les hizo el mismo discurso, asegurando que los habían soltado para que volvieran con sus amantes y generosas familias, pero Kwan sonrió una vez más.

—No pagar.

—¿Crees que los han matado?

—No pagar, tú mueres.

—Tú todavía estás vivo. ¿Quién paga por ti?

Kwan se limitó a sonreír, y no dijo nada más.

Veinte minutos después, Rojas y Medina la obligaron a hablar con su madre. Medina la hizo chillar.

Ella tocó la cabeza de su novio y se concentró en él para intentar apartar aquel recuerdo. Se concentró en Jack. Tenía que mantenerlo con vida hasta que los rescataran.

Estaba totalmente centrada en lo que podía hacer para ayudarle cuando se abrió la puerta y entraron Medina, Rojas y Miguel. Pensó que Medina venía a buscarla de nuevo, pero los tres hombres empezaron a pegar patadas a la gente que estaba tumbada en medio de la habitación, echándolos a los lados. El hombre alto de la coleta esperó en la puerta hasta que despejaron la habitación, y luego fue directamente a Krista. Ella estaba segura de que había venido a llevarse a Jack. Se puso en pie de un salto.

—¡No le hagan daño! ¡Necesita un médico!

El hombre alto la apartó y se agachó junto a Jack. Examinó un ojo, luego el otro, y le tocó la frente. Luego se puso de pie y se volvió a Krista. Hablaba un español excelente.

—Es fuerte. ¿Cuánto tiempo falta para que vuelva su madre?

Krista intentó tranquilizarse. Estaba tan asustada que quería vomitar, pero su pánico fue cediendo. Si el hombre le hacía preguntas, todavía se le podía convencer.

—Me dijo que una semana, pero no estoy segura. Él no habla bien español, y yo no hablo bien inglés.

—¿Eres de Sonora?

—Sí. Hermosillo.

—¿Cómo sabes que tiene dinero?

—Me lo dijo mi mamá. Ella trabajaba en su casa.

—¿Dice que son ricos?

Krista intentó responder como lo haría una chica de pueblo.

—Tienen muchas casas y coches. Su madre hace viajes a sitios maravillosos. El chico no trabaja. Ninguno trabaja. Por eso le pidió a él que me llevara. —Intentó adoptar un aire tímido y un poco violento—. Espera que yo le guste.

El hombre alto esbozó una sonrisa diminuta. Krista notó una repentina sensación de poder.

—¿Qué tipo de coches? ¿Mercedes? ¿Porsches? ¿Bentleys?

Ella se quedó mirándole como si hablara un idioma extranjero y meneó la cabeza.

—No sé qué es todo eso.

El hombre sonrió de nuevo, pero esta vez al ver lo estúpida que era aquella chica. Y ella se animó más aún.

—Pero dice que son ricos.

Sabía que él se estaba tragando sus mentiras porque quería creerla; tenía que darle algo creíble que no sonara demasiado extraño.

—Me dijo que su padre murió en un accidente. Sacaron mucho dinero del seguro. Tanto que ahora son ricos.

El hombre alto gruñó como si todo aquello tuviera sentido; luego miró a Jack y gruñó otra vez:

—Es fuerte. Vivirá.

—Necesita un médico.

El hombre alto sonrió, pero ahora la sonrisa era cruel.

—Tú eres su médico. Sálvalo y quizá puedas casarte con su dinero. Te traeré más hielo.

El hombre alto se volvió y se fue. Cuando se cerró la puerta, Krista se sentó junto a Jack y le tocó la frente. Estaba vivo. Había sobrevivido otro día más. Habría gente buscándolos.

Se apoyó contra la pared y pensó en la codicia del hombre alto.

«Soy más lista que tú. Te derrotaré», se dijo.

Entonces Kwan murmuró algo que ella no comprendió.

—No te he oído.

Él la miró.

—Morirán pronto. Morirán muy pronto.

—¿Cómo lo sabes?

—Mi gente vendrá.

Krista tocó la cabeza de Jack e intentó agarrarse a su esperanza.

—La mía también vendrá. Ya están de camino.

Jack Berman gimió y tiritó con un frío que nadie más sentía.

ELVIS COLE: SECUESTRADO

Wander Lawrence Gomez me dijo que estábamos a punto de parar, pero que me dejara puesta la capucha. Fuimos aminorando, dimos una vuelta, se oyó ruido de grava y luego frenamos otra vez.

Una puerta traqueteó al ir subiendo, la furgoneta avanzó y la puerta volvió a traquetear. Wander apartó la funda de almohada mientras se abrían la puerta delantera del pasajero de la furgoneta y la lateral. Un hombre negro me apuntaba con un arma. Un latino en el asiento del pasajero tenía una pistola empuñada y la sujetaba con las dos manos.

Parpadeé mirando al hombre negro.

—¿Es el Sirio?

—Chico, yo soy de Compton. Ese hombre no está aquí. Vamos a registrarte otra vez, y saldremos de nuevo a la carretera.

—¿Por qué tienen que registrarme de nuevo?

—Porque así es como hacemos las cosas. Saca el culo de ahí.

Wander me dirigió una sonrisa horrible, que probablemente pensó que me animaría.

—Lo has registrado bien, tío. Fantástico.

El hombre negro retrocedió para que yo pudiera pasar por el estrecho espacio entre la furgoneta y un Ford Explorer verde oscuro. Me llevaron a una casa vacía para registrarme, pero Wander se quedó en la furgoneta. Fue la última vez que le vi.

Unos minutos más tarde me metieron en el asiento de atrás del Explorer, me taparon otra vez la cabeza y me llevaron a otra casa. El hombre de Compton conducía. Esa vez, cuando me quitaron la capucha, estábamos en un garaje donde había un Cadillac Escalade negro.

Vi que había dos hombres latinos de pie al lado de una puerta abierta, al principio del garaje. Nos miraban. Uno era muy robusto y fuerte; el otro tenía un labio leporino muy mal arreglado. Intenté parecer hastiado, como si estuviera tan familiarizado con el mundo del tráfico humano que ese tipo de cosas fueran rutinarias para mí.

—Esa gente no es siria. ¿Está el tío aquí o no? Si no vamos a hacer negocios, que os jodan.

—Está aquí. Vas a verle ahora.

Los dos hombres se echaron a un lado para dejarnos pasar y luego continuaron hacia el garaje. Se reunieron con el tío que iba como guardia armado en el Explorer.

Mi conductor me llevó a través de un lavadero y una cocina, y luego a un salón. La casa olía a una mezcla de col agria y lavabo de hombres de una estación de autobuses. Al pasar, dos guardias me miraron desde un vestíbulo, y otro desde un futón que había en la sala. Los únicos muebles eran dos futones, un par de sillas

plegables y tres lamparitas de mesa. Vi pasar a uno de los guardias del vestíbulo.

—Bonita choza —dije.

Unos pesados tableros de contrachapado atornillados tapaban todas las ventanas y la puerta exterior, como si la casa estuviera blindada. Incluso la puerta de la calle y las correderas. Por lo que podía ver, la única forma de entrar era a través del garaje. La casa se había convertido en un búnker.

Ghazi al-Diri y otro hombre salieron de la parte trasera de la casa. Al-Diri era un tipo alto y musculoso con la piel oscura, los ojos negros y una línea marcada entre las cejas. Llevaba el pelo negro recogido en una coleta muy tirante. Vestía unos vaqueros lavados a la piedra, un jersey de punto color lima y llevaba tres anillos finos de oro en la mano izquierda. El otro era más bajo, con los ojos muy pequeños y la cara picada de viruela.

Al-Diri me sonrió cordialmente y me ofreció la mano.

—Bienvenido, señor Green. Soy Ghazi. Este es mi asociado, Vasco Medina.

Medina enseñó unos dientes que parecían propios de un personaje de una película de terror.

—Harlan. Tengo entendido que usted puede ayudarme.

—Es cierto. Perdóneme; le ofrecería un asiento, pero no hay asientos que ofrecer.

—No se preocupe. ¿Puedo inspeccionar a los trabajadores?

Mi corazón latía bastante rápido, pero intentaba parecer calmado. Si los coreanos estaban allí, era probable que la gente capturada con ellos también estuviese allí, pero no había certeza alguna de ello.

Me mostraba muy profesional y dispuesto a ir al grano, pero Al-Diri no estaba tan ansioso como yo. Llevaba los pulgares metidos en los bolsillos e ignoró mi pregunta.

—Me han dicho que usted suministra trabajadores. ¿Está interesado en el negocio agrícola?

Le expliqué el mismo cuento que a Winston Ramos.

—Ofrezco oportunidades de prosperar a personas de naciones emergentes, suministrando mano de obra agrícola a empresas dispuestas a dar ocupación a trabajadores sin credenciales comprobadas.

Al-Diri frunció el ceño, como si no supiera si me estaba burlando de él o no. Así pues, continué.

—Explotaciones agrícolas. Sí. Por eso tengo que inspeccionar a la gente. La edad y la salud son importantes. El género, no tanto. ¿Hablamos de jóvenes robustos o de viejecitos frágiles? Tengo que verlos antes de darle un precio.

Finalmente Al-Diri asintió, como si aquello le pareciera correcto, e hizo un gesto hacia el vestíbulo.

—Los trabajadores que usted busca están ahí.

—Perfecto.

Manteníamos una conversación cordial, como si no estuviéramos en una casa escondite que apestaba a orina y donde se torturaba y se asesinaba a gente.

—Tengo entendido que no quiere trabajar con los de Sinaloa —dijo.

—Tuvimos un malentendido.

—Tienen malentendidos con mucha gente.

—¿Con usted también?

Él me dio una palmada en la espalda.

—El enemigo de mi enemigo es mi amigo. Venga, vea lo que tengo para usted.

Un guardia que estaba apostado ante una puerta cerrada la abrió cuando nos aproximamos. Al-Diri la abrió, pero Medina entró el primero. El hedor a orina, heces y gente sin lavar salió de la habitación como una neblina ácida. Se me llenaron los ojos de lágrimas, pero Al-Diri y Medina no parecieron notarlo.

—Aquí tenemos veintitrés trabajadores para vender. Catorce hombres y nueve mujeres. Tres de los hombres son mayores, pero están sanos y todavía son fuertes. Tres hablan español; cuatro, algo de inglés, pero no con fluidez. La mayoría de ellos solo hablan coreano. ¿Quiere tocarlos para ver si son fuertes? Algunas de las mujeres son atractivas.

La habitación estaba atestada de gente sentada, echada o tirada en el suelo, pero allí no estaban ni Krista Morales ni Jack Berman. La mayoría eran asiáticos, aunque había algunos latinos. Todos me miraban con ojos de desesperación. Estaban sucios; los hombres, sin afeitarse. Intenté no respirar.

—¿Hablamos de los coreanos?

—Sí. Solo los coreanos.

—No hay veintitrés.

—Hay más en otra habitación. Se los enseño.

—Me dijeron que había veintiséis.

Medina enseñó un momento los dientes estropeados.

—Siempre se pierde alguno. Pasan cosas.

Cuando Medina abrió la segunda puerta, Krista Morales y Jack Berman fueron las primeras personas a las que vi. Estaban echados en el suelo junto a la pared del fondo. Berman parecía dormido. Los vi y los ignoré. Le eché una mirada rutinaria a la habitación. Luego me volví a Ghazi al-Diri.

—Necesito treinta.

Al-Diri meneó la cabeza.

—Solo veintitrés están a la venta.

—Ya lo entiendo, pero necesito treinta. He perdido treinta campesinos en San Diego. Mi comprador espera treinta. Servirá con esos otros *pollos*.

Eché una mirada por la habitación, como si estuviera comprobando que eran aceptables. Miré a Krista y a Jack, y me di cuenta de que Berman no estaba dormido. Parpadeaba, abría los ojos, los movía descontroladamente y los cerraba. Alrededor del oído se le había formado una costra oscura.

—¿Qué coño le pasa a ese?

—¿Es usted estadounidense? ¿Puede ayudarlo? Está herido.

La chica estaba muy asustada. Tan asustada que su voz sonaba completamente distinta de cuando la había oído al teléfono.

Me agaché como si estuviera mirando más de cerca a Berman, pero en lugar de eso la miré a ella y bajé mucho la voz.

—No olvides el acento. Se supone que eres mexicana.

Ella me miró como si le hubiese dado una bofetada, pero me incorporé antes de que pudiera responder y me volví a Al-Diri.

—¿Qué demonios es esto? ¿Esta gente está herida y enferma?

—No está enfermo —replicó Medina—. Le he dado una patada en el culo. De vez en cuando hay que hacerlo.

Lo miré y sonreí.

—Sí. Algunas personas necesitan que les den una patada en el culo.

Me volví a Al-Diri.

—Me ocupo de heridas muchas veces. ¿Quieren que le eche un vistazo?

Al-Diri salió hacia el vestíbulo y me hizo señas de que le siguiera.

—No tiene importancia. Tenemos negocios. Venga.

Eché un vistazo a Krista y vi que ella me miraba. Quise decirle que solo faltaban unos minutos para que saliera de aquel infierno, pero me fui con Al-Diri al salón.

El hombre robusto del garaje y el blanco con las manos grandes estaban en la cocina cuando llegué a la entrada. El primero de ellos hizo unas señas a Medina. Al-Diri me dijo que esperase en el salón y se unió a su conversación. Los cuatro hombres hablaron en voz baja. Me sentí muy solo.

Al cabo de un rato Medina vino y se quedó cerca de mí, con los brazos cruzados.

—¿Qué ocurre?

—Ese maldito Orlato siempre tiene un problema u otro.

Orlato era el hombre barrigón.

Al-Diri siguió a Orlato a la cocina. El blanco vino y se situó detrás de mí. Intenté vigilarle e ignorarle al mismo tiempo.

Treinta segundos más tarde, Al-Diri volvía a la cocina. Llevaba un arma colgando junto a la pierna.

—¿Qué problema hay?

Al-Diri levantó el arma.

—Usted.

El blanco dio un paso alejándose de mí y me apuntó con su arma.

Orlato volvió de la cocina con un hombre bajito que parecía un luchador de artes marciales mixtas con cara de perdedor. Era el guardaespaldas de Winston Ramos, y había estado con nosotros en el negocio de grúas de Rudy Sanchez.

El Sirio le miró y agitó su arma.

—¿Es este el hombre?

—Sí, es él. No es quien dice que es. Es amigo de Ramos.

Vasco Medina me enseñó los dientes y me dio un puñetazo en la cara.

El blanco gritó por encima de la punta de su pistola:
—¡Abajo! ¡Al puto suelo, ahora mismo!

Medina me ató las muñecas con una brida de plástico, cuando ya estaba en el suelo. Me dio dos puñetazos en la espalda y uno en un lado del cuello; luego un par de hombres me levantaron hasta que quedé de rodillas.

Al-Diri se acercó y apartó su pistola.

—¿Quién eres?

—Harlan Green. Pero ¿qué estáis haciendo?

—Creo que eres un agente federal.

Miré al luchador de artes marciales mixtas.

—¿Estás loco? ¿Por qué le haces caso a ese idiota? Ya me habrás investigado. ¿Por qué me has traído aquí, si no me habías investigado?

Al-Diri miró al luchador y dijo algo en español. Orlando cogió del brazo al luchador y se lo llevó fuera, a través de la cocina. Me pregunté si Pike le habría visto llegar o si le vería irse y se daría cuenta de que algo iba mal.

Al-Diri se volvió hacia mí.

—Ya sé lo que he oído, pero ahora me han dicho que eres amigo de mis enemigos, alguien que sabe de qué habla. Eso me hace pensar que a lo mejor no he oído bien.

—Te han engañado. Ese tío no sabe qué dice.

—Nunca se ha equivocado.

—Pues ahora desde luego que se ha equivocado, y te está costando dinero.

Procuré que mi voz sonase calmada. Krista Morales y Jack Berman estaban a unos metros de distancia y me necesitaban. La calma es buena cuando uno intenta fingir que tiene más control del que tiene en realidad.

—Tu chivato me vio con Winston Ramos y con Sang Ki Park, de la banda del Doble Dragón. Winston Ramos es el gilipollas que me quiere muerto. Los Dragones venían como seguridad mía, ¿o acaso no te ha mencionado tu chivato que Park le dio una buena paliza a su compañero y le humilló delante de su jefe?

El Sirio arqueó las cejas, sorprendido al ver que yo lo admitía.

—¿Te reuniste con un hombre que te quiere ver muerto?

—Desde luego que sí. No quiero que mi cabeza tenga precio. Preparé ese encuentro para arreglar nuestras diferencias. El Dragón se apuntó porque tampoco les gusta Ramos, gracias a ti. Esos coreanos que tienes son gente de Park. Al oír hablar a Park y a Ramos se me ocurrió la idea de comprártelos a ti directamente. Tú ya no estás sacando dinero de ellos. Si me los dejas baratos, los dos hacemos dinero.

Ghazi al-Diri me miró. Si había hablado con gente de dentro del grupo de Sinaloa

que sabía por qué se había reunido Ramos con Park, lo que le dijeron daría credibilidad a mi versión.

—Documéntate. Busca a alguien que sepa lo que hablamos Ramos y yo en nuestra reunión.

El Sirio se pasó la mano por la cabeza y por la coleta. Aquello revelaba su ansiedad, cosa que significaba que me creía lo suficiente como para dejarse llevar por la posibilidad de sacar un beneficio de aquello.

—¿Comprarías esos trabajadores, si yo los vendo?

—Treinta. Necesito treinta para que mi comprador esté contento. Pero después de esta mierda, solo te voy a pagar la mitad de lo que iba a pagarte.

Sus ojos se achicaron.

—Tengo muchos compradores.

—Pues véndeles tus *pollos* a ellos y déjame en paz, joder. Tengo que encontrar treinta para mi comprador.

La arruga de preocupación entre sus ojos se hizo aún más honda. Orlato volvió corriendo de la cocina. Llevaba un teléfono y parecía más frenético que antes. Ambos tuvieron una breve conversación en español, pero ninguno de los dos hablaba bajito. Al-Diri se dio la vuelta y le gritó unas órdenes a Medina y los demás hombres. Se alejaron corriendo en todas direcciones, chillándose los unos a los otros.

Al-Diri se volvió hacia mí abruptamente.

—Investigaré más esto, y entonces decidiré si se puede confiar en ti o no. Ahora tenemos que irnos. Hay que trasladar a los *pollos*.

—Vale. Llámame cuando decidas qué hacer, pero no esperes demasiado.

El Sirio esbozó una sonrisa de lagarto.

—Nada de llamar. Tú serás mi huésped hasta que se solucione todo este asunto.

Soltó una rápida serie de órdenes a Medina y luego se alejó. Medina y el blanco enorme me pusieron de pie, me empujaron hacia el garaje y me pusieron una bolsa en la cabeza otra vez.

Veinticinco minutos más tarde me quitaron la bolsa y me sacaron de otro garaje, y pasamos a una cocina distinta. Allí una mujer india, muy nerviosa y con un *bindi* rojo en la frente, removía una olla de sopa. Olía a nabos.

Me dejaron en el suelo del salón. Medina le dijo a un hombre con el labio leporino muy mal arreglado que el Sirio vendría a buscarme más tarde. Le dijo que me vigilara de una manera especial. Le dijo que el Sirio quería matarme.

Luego le enseñó los dientes podridos, y él y el blanco se largaron.

Los guardias siguieron con sus asuntos. Ninguno de ellos me molestó. Quince o veinte minutos más tarde, la mujer india me trajo un vaso con agua y me lo acercó a los labios. Tenía los ojos grandes, húmedos y asustados.

Mientras yo bebía, me susurró:

—Solo quedamos cuatro. Nos están matando.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Puede ayudarme?

—Lo siento...

Ella dejó que me acabara el agua y volvió a la cocina. Las lágrimas corrían por mi rostro. Aquello me rompía el corazón. Quería ayudarla. Deseaba ayudarlos a todos ellos. Quería ayudarme a mí mismo, pero no sabía si sería capaz.

CUARTA PARTE

PRISIÓN DEL CONDADO DE RIVERSIDE
INDIO, CALIFORNIA
HERMANO PINETTA

Dos ayudantes del *sheriff* del condado de Riverside condujeron a Hermano Pinetta desde su celda a una pequeña sala de interrogatorios en la prisión del condado de Riverside. Hermano vestía un mono azul de la prisión, tenía cuarenta años y había cometido dos delitos graves. Si le declaraban culpable de lo que se le acusaba tras su reciente arresto, le esperaba una larga condena.

El abogado de Hermano estaba en el vestíbulo, junto a la puerta. Oscar Castaneda era un hombre nervioso, de mediana edad, con el pelo largo, que se tocaba la cara constantemente y con unos ojos que parpadeaban como mariposillas nerviosas.

Miró al ayudante del *sheriff*, que iba en cabeza, como si le avergonzase cruzar la mirada con él.

—¿Me permiten un segundo, por favor?

Los guardias se detuvieron y dejaron que hablara con su cliente. El abogado bajó la voz.

—Te van a preguntar por un coche. Ahí tienes una oportunidad. Si quieres volver a casa antes de morir, responde las preguntas de esta señora.

—¿Qué señora? ¿De qué estás hablando?

El ayudante del *sheriff* tiró del brazo de Hermano antes de que Oscar pudiera responder y lo metió en la habitación. Había estado en aquella sala de interrogatorios tres veces desde su arresto, pero solo con una pareja de detectives locales a los que conocía por el nombre de pila. Ahora, aquel cuarto estaba lleno de hombres ceñudos con traje, que le miraban con ojos hambrientos. La mujer, sola, estaba sentada ante la mesa; unos hombres la rodeaban, como si fuera un coro de ángeles. Sus manos descansaban en un sobre marrón y tenía los dedos entrecruzados.

Los ayudantes del *sheriff* empujaron a Hermano hasta sentarlo en una silla frente a la mujer. Luego unieron sus esposas a una varilla de acero soldada a la mesa.

—Hermano Pinetta —dijo ella.

—Sí, señora.

—Usted fue arrestado y encausado por llevar un desguace y recibir objetos robados. A saber: veintisiete cargos con relación a diversos coches robados y piezas de automóviles. Esos son crímenes estatales. Actualmente, no está usted acusado de ningún crimen federal. ¿Entiende la diferencia?

Oscar se inclinó y susurró al oído de Hermano.

—Di que sí.

—Sí, señora —respondió Hermano.

—La acusación contra usted la llevará la oficina del fiscal del condado de Riverside. Esas acusaciones son lo que nosotros llamamos «híbridos», es decir, que Riverside tiene potestad para calificarlos de delitos graves, de faltas o de nada en

absoluto. ¿Comprende usted lo que eso significa?

Oscar susurró de nuevo:

—Si te condenan por otro delito grave, sería el tercero, y te meten a la sombra para el resto de tu vida. Di que sí lo entiendes.

—Sí, señora.

—Me llamo Nancie Stendahl. Soy subdirectora adjunta de la Oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego. De Washington. ¿Le gustaría que le ayudase aquí en Riverside?

Hermano se sintió mareado. Miró a Oscar, cuyos ojos bailoteaban y formaban espirales como mariposillas moribundas.

—Sí, señora. Desde luego que agradecería mucho su ayuda.

La mujer abrió el sobre, sacó una foto y la puso en la mesa, para que Hermano la pudiera ver. En ella aparecían un par de chicos blancos y delgados de pie junto a un Mustang plateado.

—Encontramos algunas piezas de este coche en su negocio. ¿Lo reconoce?

—No.

La mujer y todos los demás que estaban en la habitación se quedaron esperando. Oscar, una vez más, le sopló algo al oído.

—Di la verdad, gilipollas hijo de puta.

Hermano se aclaró la garganta.

—Sí, sí que he visto ese coche. Claro.

La mujer se inclinó hacia delante.

—¿De dónde lo sacó?

Hermano dudó, pero la voz de Oscar volvió a flotar en su oído.

—O le das un nombre a esta señora, o nadie en el mundo te va a ayudar una mierda.

—Mi primo, Luis Pinetta.

La mujer sonrió por primera vez, pero no era una sonrisa agradable.

JOE PIKE: UN DÍA DESPUÉS DE QUE ELVIS COLE FUERA SECUESTRADO

Cuando Pike comprendió que Washington y Pinetta volverían a por sus pertenencias personales, empujó a Haddad hacia la puerta.

—Muévete. Vamos, ahora, Jon. Muévete.

Salieron de la casa donde habían asesinado a los indios tan rápido como habían entrado. Stone metió a Haddad en el asiento de atrás del todoterreno, de cabeza. Pike aceleró el *jeep* y se alejó. Despejaron el escenario antes de que Washington y Pinetta volvieran. La puerta del garaje todavía se estaba cerrando cuando aparcaron detrás de una furgoneta Dodge a menos de una manzana de distancia, con el motor al ralentí.

Pike se inclinó tras el volante, pero no vio ni a Stone ni a Haddad por el retrovisor.

—¿Está abajo?

La voz de Stone llegó desde atrás, desde la oscuridad.

—Está tan abajo que el siguiente paso sería la puta tumba.

Todo cambió cuando dejaron a Orlato y a Ruiz en el desierto. Había enviado a Orlato y a Haddad a librarse de los cuerpos, pero no habían vuelto ni habían llamado. El Sirio podía mandar a alguien para ver si se les había estropeado el Escalade en el desierto, pero a Pike le parecía más probable que asumiese que sus hombres habían sido arrestados y que todo lo que sabían ahora estaría en conocimiento de la policía. Enviaría a Washington y a Pinetta a limpiar la casa de toda prueba, lo más rápidamente posible.

—No vamos a coger a esos tipos, ¿no? —dijo Stone—. ¿Los seguiremos?

—Sí.

—Genial.

Stone no añadió nada más. Tampoco Pike.

El móvil de este último zumbó dieciocho minutos más tarde. Miró la pantalla: el que llamaba era un hombre que regentaba una tienda de armas que pertenecía al propio Pike.

—¿Sí?

—Hola, tío —saludó Ronnie—. Pensaba que querías saberlo. Hoy ha venido por aquí la ATF.

—Vale.

A Pike no le pareció raro. Su tienda tenía licencia del Gobierno para vender armas de fuego. Un agente de la oficina de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego se dejaba caer por allí una vez al año para comprobar sus licencias y hacer alguna pregunta. Una simple formalidad.

—No preguntaron por la tienda. Decían que intentaban contactar con Elvis, y

pensaron que a lo mejor tú sabías dónde estaba. Dijeron que los llamaras y dejaron su tarjeta.

—¿Por qué están buscando a Elvis?

—Quieren preguntarle por un antiguo cliente o algo así.

Ronnie todavía estaba hablando cuando Stone tocó el hombro de Pike, que cortó la conversación:

—Tengo que colgar.

Pike dejó el teléfono cuando un todoterreno Toyota oscuro se acercó a la casa desde el extremo más lejano de la calle.

Stone incorporó a Haddad. El Toyota dio la vuelta hacia la entrada. La ventanilla del pasajero estaba bajada; dentro iba un hombre afroamericano con el pelo afro.

—Ese es Washington —dijo Haddad—. Pinetta es el que conduce.

El garaje se tragó el Toyota y se cerró.

—¿Esos dos son siempre los que cierran las casas? —preguntó Pike.

—Sí. Preparan las casas antes, y las limpian después. Todo el mundo tiene su trabajo.

Pike recordó los pesados contrachapados atornillados en las ventanas, con los agujeros de los tornillos rellenos con masilla que habían quedado en la casa de Mecca.

—¿Quitarán también los tableros?

—Sí.

—¿Y cuál es tu trabajo? —dijo Stone.

—¿Perdón?

—Todo el mundo tiene un trabajo. ¿Cuál es el tuyo?

—Hablar con gente de mi parte del mundo. Traemos *pollos* que no hablan ningún otro idioma.

—O sea, que tu trabajo consiste en joder a tu propia gente —le soltó Stone.

Haddad se quedó callado.

Pike miró por el retrovisor, pero no vio a ninguno de los dos hombres. Pensaba en las casas.

—¿Usáis una casa distinta para cada grupo de *pollos*?

—Sí. A veces más de una, si tenemos que cambiar.

—Son un montón de casas. ¿Adónde los lleváis? —preguntó Stone.

—No lo sé. Orlato nos da la dirección y nosotros vamos.

Aún estaban hablando cuando se abrió la puerta del garaje y el Toyota retrocedió. Pike comprobó la hora. Washington y Pinetta habían estado dentro de la casa solo dieciséis minutos.

—Vaya mierda —soltó Stone—. No han limpiado demasiado, desde luego.

Haddad se encogió de hombros, parecía confuso.

—No lo sé. A lo mejor necesitan algo. Puede que vayan al desierto a buscarnos. Orlato podría haber hablado con el Sirio. Debe de saber que algo no va bien.

Pike esperó hasta que el Toyota dobló la esquina y luego los siguió hacia el sur, a través del tráfico nocturno de Coachella a Mecca, hacia la vacía oscuridad de las tierras de regadío cultivadas al oeste del lago Salton. El tráfico fue menguando hasta que Pike se dio cuenta de que sus faros eran los únicos en el retrovisor del Toyota, de modo que se fue quedando atrás y apagó las luces.

Llegaron a una zona pequeña de tiendas de alimentación, gasolineras y comercios locales. Las luces de freno del Toyota se encendieron. Pararon en un aparcamiento pequeño que rodeaba un bar.

Pike pasó junto al bar, giró bruscamente y dio la vuelta para aparcar en el lado opuesto. Había salido antes de que el todoterreno dejase de balancearse.

—Conduce tú. Prepárate para salir corriendo.

—Siempre.

Pike entró por una puerta lateral y se dirigió a un teléfono público.

El bar estaba brillantemente iluminado. Había unas diez personas repartidas entre la barra y unas pocas mesas muy desgastadas. Pinetta estaba en el bar, pero Washington se había quedado en el coche. Pinetta y el barman hablaban como si se conociesen. El camarero metió una botella de Crown Royal en una bolsa marrón, la puso encima de la barra y Pinetta pagó. Entonces se metió la bolsa debajo del brazo como si fuera una pelota de fútbol americano. De camino hacia la puerta, sonrió.

Pike salió corriendo por el lateral, donde Stone le recogió de paso. El Toyota pasó cinco segundos más tarde. Stone le dio otros cinco segundos más y salió a la carretera.

—¿Qué ha pasado?

—Ha comprado bebida.

—¿Qué bebida?

—Crown Royal.

El Toyota los llevó hasta una zona residencial mixta, con casitas pequeñas y bloques de apartamentos, donde Stone se vio obligado a apagar los faros.

—Aquí puede ser donde vive Pinetta —dijo Haddad—. Le he oído decir que tiene una mujer en la costa oeste del lago.

Stone miró el retrovisor.

—¿Me estás tomando el pelo?

—¿Por qué te iba a engañar con algo así?

El Toyota estaba cuatro largas manzanas por delante cuando sus luces de freno se encendieron de nuevo. Dio la vuelta hacia el aparcamiento mal iluminado de un pequeño edificio de apartamentos de dos pisos. Stone salió al momento a la calle y se cobijó a la sombra de un edificio.

El Toyota aparcó al lado de las escaleras. La luz interior se encendió cuando Pinetta salió, y se apagó cuando cerró la puerta. Washington seguía en el vehículo.

Jon gruñó.

—¡No me jodas! ¿Vamos siguiendo a ese gilipollas por todo el desierto para que

haga una puta visita conyugal?

Pinetta y su Crown Royal estaban a mitad de camino en las escaleras cuando desde detrás de un edificio que se encontraba a una manzana de distancia de ellos relampaguearon unas luces azules. El coche patrulla salió de la nada y pasó a toda velocidad hacia el Toyota, y más relámpagos azules convergieron desde todas las direcciones posibles. Pike comprendió que era una operación táctica importante y que se habían metido en un buen lío.

—Retrocede, Jon. Despacio. Sin luces.

—Estoy reculando.

Los coches patrulla frenaron con un chirrido en el aparcamiento y bloquearon el Toyota, mientras una voz que sonaba por un megáfono se identificaba como la policía.

Cogieron a Pinetta en la escalera. Dejó caer la botella y se quedó inmóvil, con las manos abiertas y apartadas del cuerpo, pero algo brillante relampagueó dos veces en el interior del Toyota. Stone murmuró una sola palabra:

—Pringado.

Relámpagos de luz y estampidos sordos surgieron de los coches patrulla que los rodeaban, moteando las ventanillas y guardabarros del Toyota como martillos furiosos. La pistola de Washington brilló dos veces más, luego tres veces muy rápido (pam, pam, pam), pero el fuego de los policías agujereó el Toyota hasta que la voz amplificadora ordenó que dejaran de disparar.

Pike vio un enorme todoterreno en el extremo más alejado del aparcamiento. No era un vehículo policial corriente. Las letras azules y la insignia en un costado eran difíciles de ver con tan poca luz, pero resultaban visibles: ATF. EQUIPO DE RESPUESTAS ESPECIALES. Aquel equipo era la versión de la ATF del SWAT.

—Jon, ¿ves el camión?

—Sí. Los niños grandes han venido a jugar.

Iban retrocediendo poco a poco en la oscuridad, y ya casi habían alcanzado la calle transversal cuando la parte trasera del todoterreno quedó salpicada repentinamente de una luz blanca. Sonó una sirena y más coches patrulla cortaron la calle tras ellos.

Estaban atrapados. Cuando los policías vieran a Haddad y el M4 de Stone, su búsqueda de Cole habría concluido.

—A pie. Lo haremos a pie —dijo Pike.

—Te oigo.

Stone dio un giro agudo, siempre yendo hacia atrás, y luego puso la marcha y pisó a fondo el acelerador, agarrándose fuerte con los cuatro neumáticos hacia el espacio estrecho entre las dos casas más cercanas.

Pike se preparó.

—Demasiado estrecho.

—No, justo —replicó Stone.

Tiró del freno de emergencia para bloquear las ruedas de atrás e hizo girar el todoterreno completamente entre las dos casas, bloqueando el camino con la puerta de Pike.

—Ve a por él. Yo me encargo de esto. ¡Vete!

Stone no miró hacia atrás. Abrió la puerta del lado del conductor y salió con las manos arriba, de frente a la policía que venía, gritándoles que no disparasen y entregándose así para cubrir la huida de Pike, que se escabulló y corrió entre las casas, ayudado por la oscuridad.

Pike saltó traqueteantes vallas de tela metálica entre lóbregos patios traseros y paredes de bloques de cemento abovedados, en las sombras negras entre casa y casa. Dos veces tuvo que sortear verjas con algún perro a sus talones; en una ocasión, un pitbull suelto le persiguió por una calle vacía. Pike se volvió y le dio con fuerza en el morro al pitbull con su 357. El perro dejó de perseguirle y él siguió corriendo a toda velocidad hacia el lago, alejándose de la autopista.

Se detuvo dos veces a escuchar, pero no oyó que lo persiguieran. Los sonidos de la policía habían desaparecido. No se oía disparo alguno, de modo que parecía que Jon estaba bien.

Giró hacia el sur del lago, y recorrió casi otro kilómetro antes de volver a la autopista. El conductor de un camión enganchado al Ritalin le llevó durante un rato hacia el norte. Treinta y ocho minutos después del asalto policial, llegó al aeropuerto de Palm Springs, usó la llave del servicio de aparcamiento que llevaba y subió al Rover de Stone.

Respiró un poco.

Cerró los ojos y se llenó los pulmones, luego empujó con el diafragma. Respiró hondo otra vez. Respiración *pranayama*, del *hatha yoga*. Pike se perdió en un claro del bosque fresco, con la luz del sol filtrándose a través de unas hojas de un verde lima. Cuando aspiró, olió a musgo y a zumaque. Su pulso aminoró su velocidad. Se calmó. Se centró.

Pike puso en marcha el Rover y entonces se dio cuenta de que no sabía qué hacer. Apagó el motor. Su instinto le decía que siguiera adelante, pero Haddad, Washington y Pinetta habían desaparecido. Jon, también. Cole y los dos chicos seguían perdidos. La policía estaba implicada. Y cuando Ghazi al-Diri supiera que habían arrestado a Pinetta, se alteraría y le entraría miedo.

Eso era bueno. El Sirio se vería sobrepasado por tanta información, pero no dispondría de la suficiente para responder a sus interrogantes. Se quedaría inmóvil, buscando respuestas, y cada vez sentiría más pánico. El pánico es bueno, cuando el que lo sufre es el otro.

Pike se concentró en lo que sabía. La ATF había visitado su tienda de armas buscando a Elvis Cole, y se estaba llevando a cabo una operación táctica importante, en la que estaba implicada la ATF, contra Pinetta y Washington. Pike no tenía ni idea de cómo estaban relacionados entre sí ambos acontecimientos, pero la ATF era una agencia pequeña, de élite. Ellos no tenían personal suficiente para inundar de agentes la zona, de modo que Pike creía que aquello no era una coincidencia. Cogió su teléfono y volvió a llamar a Ronnie.

—¿Cuándo ha aparecido la ATF?

—Esta mañana. Un poco antes de las once.

—¿Y qué han dicho?

—Solo querían preguntarle a Elvis por un antiguo cliente. ¿Es mentira?

—Sí.

—Me han dicho que él no estaba metido en ningún lío. Que se lo dijera, si era por eso por lo que no les había devuelto las llamadas.

Aquello le pareció interesante. Se preguntó cuántas veces habrían llamado y cuánto tiempo llevarían intentando localizar a Cole.

—¿Y yo?

—Esperaban que pudieras decirles dónde estaba. Es lo único que me han dicho de ti.

—¿Un agente o dos?

—Dos.

—Y te han dejado una tarjeta.

—La tengo aquí mismo. Agente Especial Jason Kaufman, Departamento Territorial de Los Ángeles, en Glendale.

—El número.

Pike copió nombre y número. Luego llamó a su propia casa en Culver City. Pike tenía un número que no estaba en el listín, pero encontró un mensaje de un agente de la ATF que se identificaba como agente especial Kim Stanley Robinson. Le contaba una historia similar a la de Kaufman, pero no idéntica. Quería hablar con Cole por unas declaraciones que había hecho un antiguo cliente suyo que ahora estaba en custodia federal, y esperaba que pudiera ayudarlos a localizar a Cole. Robinson dejó un número también, pero ese número era de Washington. El marcador de tiempo de la grabación demostraba que el mensaje se había dejado dieciséis minutos antes de que Kaufman visitara la tienda de Pike.

A continuación llamó al despacho de Elvis Cole. No tenía forma de comprobar su buzón de voz, pero conocía el código de rellamada de su despacho. Encontró dos mensajes más de la ATF. El más reciente lo había dejado el día anterior por la mañana el agente Kaufman. Los más antiguos eran de una mujer que se identificaba como Nancie Stendahl, de la ATF, que pedía al señor Cole que la llamase lo antes posible. Dejaba un número de D. C., pero no había más información.

Copió la información de contacto igual que había hecho con los otros y colgó. La ATF estaba tan desesperada por encontrar a Cole que trabajaba desde Washington y desde Los Ángeles. Pike estaba convencido de que aquello tenía que ver con el Sirio, pero no veía cómo saber eso podía ayudarle a encontrar a Cole.

Se centró en las tres casas escondites, incluida la casa donde habían asesinado a los hindúes. El número de casas al que tenía acceso el Sirio le preocupaba, y también lo del contrachapado. Pike comprendía que enviase a unos hombres a eliminar pruebas de ADN y forenses, pero perder tiempo quitando el contrachapado le parecía

arriesgado e innecesario. Cuanto más tiempo permaneciese un criminal en la escena del crimen, mayores eran las posibilidades de que le cogieran. El Sirio, obviamente, creía que aquel riesgo era necesario. Se preguntó si tal cosa tendría que ver con la procedencia de aquellas casas.

Puso en marcha el Rover y condujo hacia el sur, hacia la casa de Indio.

El vecindario parecía muy tranquilo. Era tarde. La casa estaba oscura. Su garaje era una caverna negra con la puerta bajada. Si alguien había acudido allí a examinar los daños, ya no estaba.

Pasó lentamente para ver si alguien miraba, luego aparcó una calle más allá y se acercó a la casa a pie, por detrás. Comprobó las casas vecinas, los jardines, los tejados y vehículos. Cuando estuvo seguro de que nadie vigilaba la casa, volvió al Rover, dio de nuevo la vuelta a la manzana y aparcó frente a la casa de la señora del perro.

Las ventanas de esa casa estaban iluminadas, así que Pike se dirigió a la puerta. Era tarde y sabía que ella se resistiría a abrir la puerta, de modo que se quitó las gafas de sol, para resultar menos amenazador, y se quitó el polvo de los vaqueros y la sudadera.

El enorme pastor alemán ladró cuando Pike estaba a medio camino de la entrada, y siguió haciéndolo cuando la mujer le gritó que se callara. Un patrón de conducta, como lo de ir tirando cuando salían a pasear.

Pike llamó al timbre y los ladridos se volvieron frenéticos.

—¡Calla! ¡Que te calles de una vez! ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer contigo?

Por tal y como sonaba su voz, dedujo que estaba observando por la mirilla.

—Es muy tarde. ¿Qué quiere?

—Me llamo Pike. Me gustaría preguntarle algo sobre la casa de al lado.

—¿El qué? Dios mío, ¿te quieres callar de una vez, que no puedo ni oír a este hombre? Lo siento, ¿qué me decía de la casa?

Pike se apartó de la puerta y esperó. Unos segundos más tarde se abrió una rendija de la puerta y el perro ladró todavía más fuerte.

La mujer miró por la rendija, agachada, porque estaba sujetando el collar del perro. El ojo de la mujer era castaño. El del perro, dorado.

—No podía oírle. Lo siento. Es muy protectora.

Pike examinó el ojo dorado.

—Está asustada. Se quedará más tranquila si abre usted la puerta.

—No bromeo. Muerde.

—No, no pasará nada.

La mujer abrió la puerta lo suficiente para que saliera la cabeza del pastor alemán, pero la perra no dejó de ladrar. Era muy bonita, con una máscara negra que se aclaraba hasta el color dorado, entre unos ojos de un dorado oscuro. La mujer bloqueó la puerta con la cadera, para que la perra no pudiera escapar. Volvió a gritarle que se callara.

—Buena perra —dijo Pike.

El animal bajó las orejas y dejó de ladrar.

Pike le acercó los nudillos al morro. Ella olisqueó y luego le lanzó un gemido a través de la puerta.

—Oh, Dios mío, nunca había visto nada igual.

—Es una perra muy buena.

La mujer abrió la puerta y salió, sujetando a la perra por el collar. El animal luchaba por acercarse a Pike, y daba con la cola en el porche.

—Joanie Fryman —se presentó la mujer—. ¿Es usted de la policía?

—No, señora. Quiero preguntarle por la casa.

—Pensaba que era usted de la policía. Es que he llamado por esa casa.

—¿Hoy?

—Hace cuatro o cinco días. Pasaba algo muy raro ahí. Esos coches que entran y salían, pero nunca se veía a nadie, y me pareció oír quejarse a alguien.

Ella frunció el ceño hacia la casa, como si fuera el lugar más desagradable de toda la Tierra. Entonces se fijó en el garaje.

—Dios mío, ¿qué le ha pasado al garaje?

—Parecía vacío, y he llamado. ¿Conocía a la gente que vivía ahí?

—Solo coches que salían y entraban. Es de alquiler. Dios mío, espero que se hayan ido.

—¿Cuánto tiempo hace que la tienen?

—Solo un par de semanas. Antes vivía ahí una familia que se llamaba Simmons. Eran agradables.

Joanie Fryman le miró de repente.

—¿Le interesa a usted alquilarla?

—A lo mejor.

Ella le sonrió.

—Quizá no esté tan mal vivir de alquiler.

—¿Conoce al propietario?

—Es el señor Castro, pero vive en Idaho. Tiene una agente inmobiliaria. La conocí. Tengo su tarjeta por aquí...

Joanie se volvió para ir a buscar la tarjeta, pero el pastor alemán se quedó con Pike.

—Venga, ¿vienes o qué?

—Déjela conmigo.

Joanie Fryman levantó los ojos al cielo y soltó el collar de la perra. El animal fue hacia Pike, con las orejas gachas, agitando el rabo mientras le lamía las manos y le empujaba con el hocico.

—Ay, Dios mío, qué locura...

La señora Fryman abrió más aún los ojos y corrió hacia el interior de su casa.

Pike se agachó ante la perra. Le pasó los dedos por el espeso pelaje por encima de

los hombros y el cuello, y le rascó los lados de la cabeza. Era una perra fuerte y poderosa, con los instintos adecuados, pero sin normas que la pudieran guiar. Un buen perro necesita normas, igual que un hombre.

Pike examinó sus ojos dorados. Había visto que algunos entrenadores de perros, cuando estaba con los marines y cuando era policía de Los Ángeles, habían matado a hombres para proteger a sus perros. Y esos mismos hombres, tan duros, habían dimitido tras perder un perro, como si le hubieran fallado a su compañero y no pudieran vivir con los remordimientos.

—Cuídala mucho. Haz tu trabajo.

Le rascó las orejas a la perra hasta que Joanie Fryman volvió con una tarjeta de visita color beis.

—Es esta.

Pike examinó la tarjeta. Inmobiliaria Desert Gold. Alquiler de fincas residenciales y comerciales. La agente inmobiliaria era Megan Orlato.

La comisura de los labios de Pike se curvó cuando vio aquel nombre. Orlato. Debía de ser la hermana o la esposa de Dennis Orlato, o quizá su madre. Orlato le suministraba casas al Sirio.

—Creo que está disponible. Sería usted una buena adquisición para el vecindario.

Pike le dio la gracias, pero no supo qué más decir. Dejó que la perra le lamiese la mano y luego le dio palmaditas en la cabeza.

—Son perros de guerra. Ella moriría por usted.

Pike dejó a Joanie Fryman con su perra y se volvió al Rover. La oficina de Desert Gold estaba en Palm Desert, no lejos de allí. Introdujo la dirección en el GPS, se puso las gafas de sol y llegó allí diez minutos después.

JON STONE

Jon Stone estaba sentado en una sala de interrogatorios limpia y bien iluminada, en la comisaría del *sheriff* del condado de Riverside, en Indio. Permanecía esposado a la mesa, en silencio. Los detectives que le habían atado se habían ido sin darle explicación alguna y sin hacerle preguntas. Aquello era interesante. Tal vez estuvieran siguiendo órdenes, pero ¿de quién?

Se quedó allí sentado casi una hora. Entonces entró una mujer de pelo castaño y corto, con aire profesional. Él sonrió cuando la vio. Llevaba un traje de chaqueta negro y arrugado. Parecía cansada.

—¿Qué tal le va, señor Stone?

—Estupendamente, señora. ¿Y a usted?

Jon se puso de pie como pudo, con el impedimento de las esposas. Ella le hizo señas de que se volviera a sentar.

—Por favor, siéntese. He tenido momentos mejores, pero sospecho que usted podría decir lo mismo.

—Algunos mejores, otros peores. Son gajes del oficio.

Ella se sentó delante.

—¿Y qué oficio es ese?

Jon le dedicó una sonrisa radiante.

—Soy consultor militar contratado por el Gobierno y por algunas empresas multinacionales que cuentan con el consentimiento de los Estados Unidos para que empleen a alguien como yo.

Ella le devolvió la sonrisa y arqueó las cejas, como si él fuera imbécil.

—¿De verdad?

—Verdad de la buena.

La mujer entrelazó los dedos y se presentó. Nancie Stendahl. ATF. Subdirectora adjunta, en Washington. Jon estaba impresionado. Era obvio que estaba detrás del arresto de Pinetta, y ahora estaba en la sala de interrogatorios. Sola. Interesante.

Se aclaró la garganta y lo hizo aún más interesante.

—¿Conoce y está usted asociado con un hombre llamado Elvis Cole?

Le cogió desprevenido, pero respondió sin dudar.

—Me suena. ¿Es cantante?

—Estoy intentando encontrarle.

—Ojalá pudiese ayudarla.

—El señor Haddad dice que usted también está intentando encontrarle.

—No conozco a ningún señor Haddad.

—¿Conoce a un hombre llamado Joe Pike?

Jon le dedicó aquella sonrisa que le hacía parecer un tiburón tigre.

—Me gustaría que viniera mi abogado, si vamos a hablar. He pedido a los detectives que le llamen, pero me han dicho una palabrota muy fea.

El rostro de ella se tensó por primera vez. La había irritado.

—Usted les dio un número de teléfono de Washington, y les dijo que llamaran al subdirector de la Agencia Nacional de Seguridad.

—Sí, señora. Le cogerá la llamada si le dice mi nombre. Tiene mi número en marcación rápida.

Ella le ignoró por completo, cosa que lo impresionó aún más. Todo aquel asunto del «derecho a un abogado» se esfumó, sin más.

—El señor Haddad asegura que usted y el señor Pike mataron a un hombre llamado Dennis Orlato y a un ciudadano colombiano llamado Pedro Ruiz, no lejos de aquí, en el desierto.

Jon amplió más aún la sonrisa de tiburón.

—Qué absurdo. ¿Han sacado algo de mis huellas con el Live Scan?

Habían escaneado digitalmente sus huellas cuando le detuvieron. Automáticamente las habían enviado al Departamento de Justicia para buscar la ficha policial y la identificación. Jon sabía que su expediente llamaría la atención. Esperaba a ver cómo reaccionaba aquella mujer.

—Sí, así es. No tiene usted antecedentes criminales, pero sí un historial militar muy interesante.

—¿Ponía «interesante»?

—Estaba en blanco, excepto por una nota en la que se indicaba que nos pusiéramos en contacto con el Departamento de Defensa para obtener más detalles.

—Ajá. A veces lo hacen. Para gente con trabajos especiales, no sé si me explico.

Jon arqueó las cejas y volvió a sonreír.

—Ya sé por qué lo hicieron, señor Stone. El señor Haddad también asegura que el señor Pike disparó a Orlato en la cabeza a bocajarro.

—Otra mentira exagerada. ¿Ha visto los dientes tan verdes que tiene? Drogadicto.

—¿Dónde está ahora el señor Pike?

—Ni idea.

—El señor Haddad dice que el señor Pike estaba con usted en el todoterreno, y que salió huyendo segundos antes de que usted fuera arrestado.

—No sé qué decirle. Si se cree una mentira, se las creerá todas.

Ella se miró los dedos entrelazados. Los tenía así porque intentaba no desmoronarse. Nancie levantó la vista y se humedeció los labios.

—Esto no es mentira. Una mujer llamada Nita Morales contrató al señor Cole para que encontrara a su hija, una chica que se llama Krista Morales. Ella contrató al

señor Cole porque pensó que Krista se había fugado con un chico llamado Jack Berman. Jack Berman es mi sobrino.

Jon asintió una sola vez. A pesar de todo su entrenamiento y disciplina, le costó muchísimo no demostrar nada más.

—El señor Pike y el señor Cole trabajan juntos, y ahora le encontramos a usted conduciendo el todoterreno del señor Pike con un hombre atado y un rifle de combate M4 automático. Todo va cuadrando, ¿no?

Stone sonrió, pero esta vez no parecía un tiburón.

—Es curioso que las mentiras empiecen a parecer verdades, ¿verdad?

—Así que, ¿sabe?, he intentado encontrar al señor Cole para ofrecerle mi ayuda, pero él no me devuelve las llamadas, y ahora parece que está desaparecido.

Stone asintió. Se preguntó qué sabría exactamente ella de la situación de su sobrino.

—Quizá no pueda devolverle la llamada.

—¿Usted y el señor Pike han intentado encontrarle?

—Uno de nosotros sigue intentándolo.

—Muy bien. Tiene que comprender una cosa. Mi interés es salvar a mi sobrino y a cualquier otra persona que haya sido secuestrada. Me respalda toda la fuerza y autoridad del Gobierno de los Estados Unidos. Ayúdeme a usar esa fuerza, señor Stone. Déjeme que los ayude.

—Estoy en prisión.

—Y aquí es donde se va a quedar. Voy a buscar a mi sobrino, pero no puedo tener civiles por ahí dando vueltas con armas ilegales, matando a gente.

—Lo entiendo.

—¿Me ayudará?

Stone sabía que a ella no le iba a gustar su respuesta, pero lo creía de todo corazón.

—La mejor oportunidad de su sobrino ya está de caza. Deje que el señor Pike haga su trabajo.

—No puedo hacer eso.

—Señora Stendahl, no puede detenerle. —Stone le dedicó su mejor sonrisa asesina—. Ahora hágale un favor a su sobrino y llame a mi abogado, se lo ruego. Voy a intentar facilitarle las cosas.

Ella se fue sin decir una sola palabra más. Jon supo que volvería.

JOE PIKE

La Inmobiliaria Desert Gold estaba en un local con la fachada estrecha, más cerca de Cathedral City que de Palm Desert, encajado entre una tienda de regalos y otra de ropa femenina. Las tiendas y oficinas estaban cerradas, cosa que a Pike le venía de perlas, porque las calles de los alrededores estaban desiertas.

La inmobiliaria tenía un escaparate lleno de papelitos de colores con anuncios de propiedades disponibles pegados al cristal. Los anuncios sugerían que el principal negocio de Megan Orlato era el alquiler de inmuebles para vacaciones, fines de semana y para los que pasan el invierno en el sur. El interior estaba oscuro. La única luz procedía de un ordenador situado en un escritorio de la parte trasera. Delante se encontraba una mesa redonda pequeña, con sillas para los clientes, pero detrás solo había un escritorio con unos carteles pegados encima y un estrecho archivador al fondo. Pike buscó la reveladora luz roja de un panel de alarma junto a la puerta trasera, pero no vio nada.

Pike dio la vuelta alrededor de la zona de aparcamiento, detrás de la oficina. La puerta trasera era la típica de tienda a prueba de incendios, con un solo cerrojo de los que se encuentran en los comercios. Examinó la cerradura y luego se fue en coche hasta una gasolinera Chevron que estaba a tres manzanas de distancia para buscar entre el equipo de Stone. Encontró una pistola eléctrica de cerrajero y unos tensores. Tecnología punta para descerrajar puertas.

Tras poner gasolina en el Rover, Pike volvió a la oficina, forzó la cerradura y abrió la puerta. Esperaba que hubiese una alarma, pero no ocurrió nada. Supuso que la alarma era silenciosa.

Tenía al menos cuatro minutos para estar dentro, si la intrusión la registraba alguna empresa de seguridad privada de categoría. El monitor de guardia pondría en marcha un diagnóstico del sistema para asegurarse de que la alarma no se había disparado por algún fallo, y luego llamaría al suscriptor. Si no lo localizaban, el monitor alertaría a una unidad móvil de la policía, que respondería después de acabar el servicio en curso. Cuatro minutos era el tiempo mínimo de respuesta, pero Pike sabía que, en el mundo real, se tardaba muchísimo más.

Pike dio la luz. Los carteles que veía desde la calle eran anuncios de la Inmobiliaria Desert Gold: «¡Servimos a las comunidades del desierto desde hace 13 dorados años!».

Fue directamente hasta los archivadores e ignoró el ordenador. Buscar en un ordenador puede costar una eternidad, pero el archivador solo tenía tres cajones. El

primero contenía unos expedientes con etiquetas como «Visa», «Amex», «Licencias e impuestos», «Servicios», «Coches» y «médicos». Pike pensó que eran asuntos personales, de modo que pasó al siguiente cajón, que estaba dispuesto en orden alfabético por nombre de calle y dirección. Rápidamente, comprobó las tres direcciones que había usado el Sirio, pero no se encontraban entre los archivos. Sacó dos expedientes al azar y comprobó el contenido; descubrió contratos de arrendamiento firmados. Los expedientes del segundo cajón eran de propiedades alquiladas.

El tercer cajón contenía una caja amarilla con la etiqueta: «Propiedades disponibles». La tres direcciones que usaba el Sirio estaban allí. Cada uno de los tres expedientes contenía un acuerdo entre los propietarios y la Inmobiliaria Desert Gold. Pike comprobó si las propiedades eran de la misma persona, pero vio que tenía propietarios distintos. Los tres vivían fuera del estado, cosa que significaba que probablemente no tendrían ni idea del uso que se estaba haciendo de su propiedad. Así pues, la Inmobiliaria Desert Gold figuraba como la encargada. Eso significaba que Desert Gold supervisaba el mantenimiento, la jardinería y las reparaciones. Eso permitía a los Orlato mantener alejados a los visitantes no deseados durante las dos o tres semanas que el Sirio usaba cada propiedad.

Había treinta o cuarenta expedientes en el archivador amarillo, incluidos aquellos tres. Así pues, Cole debía de estar en una de las ubicaciones que quedaban con dueño ausente. Pike cogió los expedientes y cerró el cajón. Estaba a punto de irse cuando vio la foto.

En el escritorio había una foto enmarcada: una mujer con Dennis Orlato. Él llevaba un traje azul; ella un vestido muy ceñido, floreado. Los dos sonreían y posaban con muchas rosas blancas alrededor bajo un letrero de neón que decía: CAPILLA DE BODAS LA BENDICIÓN, LAS VEGAS. Megan Orlato no era su hermana ni su madre, era su mujer.

Pike comprobó la hora. Llevaba cuatro minutos y veinte segundos en la oficina.

Miró la foto. No había niños. Megan Orlato era más joven que Dennis, pero él parecía solo unos pocos años más joven que cuando Pike le había disparado. La foto se habría tomado hacía unos seis u ocho años como máximo, cosa que significaba que el matrimonio era reciente.

Megan Orlato era una mujer atractiva. Era más alta que su marido, delgada, con los pómulos altos, la nariz larga y los ojos almendrados. En aquel momento, Pike recordó algo que Orlato había dicho antes de morir: «El Sirio me intercambiará. Estoy casado con su hermana».

Comprobó de nuevo su reloj. Cuatro minutos cincuenta segundos.

En aquel momento, no le había creído, pero ahora se preguntaba si no sería verdad.

Miró los carteles. «Inmobiliaria Desert Gold. Servimos a las comunidades del desierto desde hace 13 dorados años». Mucho más que su matrimonio con Dennis

Orlato.

Pike volvió a observar el primer cajón y sacó el expediente que llevaba la etiqueta «Licencias e Impuestos». Los dos primeros documentos del expediente eran la copia de su licencia inmobiliaria y de la licencia comercial. Databan de mucho tiempo antes de que apareciera Dennis Orlato, e incluían el nombre de ella. Ambas llevaban el nombre de Maysan al-Diri.

Pike sacó el expediente rotulado como «Coches y médicos». El expediente de coches contenía recibos de reparaciones, dos de los cuales habían sido enviados por correo a Megan Orlato, avenida Croydon número 2717, Indio. El expediente médico contenía formularios de seguros enviados a la misma Megan Orlato y a la misma dirección, a su casa.

Las comisuras de los labios de Pike se levantaron por segunda vez aquel día. Tenía algo mejor que una lista de posibles lugares donde encontrar a su amigo.

Tenía a la hermana de Ghazi al-Diri.

LA GRANJA DE DÁTILES

ELVIS COLE

Dos hombres llevaron un cuerpo envuelto en un plástico grueso y cinta adhesiva al garaje. Yo los vi desde el suelo, con las muñecas unidas por las bridas de plástico a la espalda.

Cuando pasaron con el segundo cuerpo me puse de pie y cargué con la cabeza como un toro. Se les iluminaron las caras por la sorpresa cuando dejaron caer el cadáver. Di una patada al primer hombre en el centro del pecho, luego giré hacia abajo y embestí al segundo tipo con un movimiento amplio y giratorio que le golpeó las piernas, pero el hombre del labio leporino mal arreglado me dio desde atrás.

Me desperté en mi sitio junto a la lámpara, soñando que Krista Morales me miraba a través de una mirilla y se reía con el Sirio, porque yo era un detective de mierda. En cinco minutos la había encontrado y la había perdido, un tiempo récord. Ahora no sabía dónde estaba ella ni dónde estaba yo, ni siquiera si seguía viva o no. Intenté levantarme, pero alguien me había atado también los tobillos.

Salió el tercer cuerpo. Era pequeño. La mujer del *bindi*. Intenté recordar si le había dado las gracias por el agua. No lo recordaba. ¿Le había dado las gracias? ¿Su último recuerdo sería el de mi grosería?

Me caían lágrimas de la nariz. Miré hacia abajo, y vi que las lágrimas eran de sangre. Conseguí sacar el Pepito Grillo que me había dado Nita Morales de mi bolsillo y lo escondí debajo de la lámpara.

—Migas de pan —dije.

En algún lugar entre el Burger King y aquel sitio, el sistema de seguridad de prestidigitación del Sirio había funcionado. Pike no estaba allí. No dudaba, ni por un solo instante, que acabaría por encontrarme. Mi tarea era mantenerme vivo hasta que apareciera, o hasta que yo mismo pudiera arreglármelas para escapar. El ejército de Estados Unidos me envió a un sitio llamado Ranger School. El lema de los Ranger era: *Sua sponte*. Significaba: «Arréglatelas como puedas, gilipollas».

Vale.

Eso hacemos.

No abandonamos.

Cuatro horas después, Washington y Pinetta me quitaron la brida de los tobillos, me taparon la cabeza con una bolsa y me llevaron a dar otra vuelta en coche. El pavimento se convirtió en grava, fuimos aminorando, entramos en otro garaje y nos detuvimos. Solo que esta vez, cuando Washington me quitó la capucha, estábamos en una habitación grande y sucia, del tamaño de seis garajes. Una puerta deslizante en la

mitad de la pared estaba abierta, para que pudiéramos entrar con el coche. Vi aparcados a nuestro alrededor tres *jeeps* y cinco furgonetas todoterreno, con los neumáticos con mucho relieve. Unas furgonetas como aquellas habían dejado marcas de derrape y huellas en el lugar del accidente aéreo, donde persiguieron a Sanchez.

—¿Qué es este sitio?

—Una antigua granja de dátiles. Aquí es donde los guardaban en cajas; luego los cargaban en camiones.

A través de la puerta se veían hileras de palmeras datileras muertas hacía mucho tiempo. Los troncos eran anchos y altos, y forrados de escamas en forma de rombo. El sol se estaba poniendo y teñía los troncos de una luz cobriza. Seguramente habrían sido bonitos cuando estaban llenos de hojas verdes, pero ahora los troncos sin copa eran como tótems tristes y abandonados. Me pregunté si Krista y Jack Berman estarían allí o si se los habrían llevado a algún otro lugar.

—¿Es este el nuevo alojamiento?

—Para ti.

Pasamos del cobertizo de empaquetado a un edificio dividido entre oficinas y una pequeña cantina. Tres guardias estaban conectando una cocina de gas mientras dos más arreglaban un cable de la luz, y cuatro más llevaban unos tableros gruesos de contrachapado. Había más guardias allí que en las otras dos casas anteriores, y ninguno que yo reconociera.

Washington y Pinetta me llevaron a una pequeña oficina con una puerta reforzada. En el suelo de cemento había una botella de agua y un cubo amarillo, y nada más.

—Duerme bien —dijo Washington—. Que no te piquen los bichos.

Pinetta se echó a reír y yo me volví y les enseñé mis muñecas.

—¿Puedes quitarme esto para que pueda mear?

—No.

Se fueron y cerraron la puerta. Oí atornilladores eléctricos, sierras y martillos toda la noche. Me quedé sentado en el suelo de cemento, pero sin dormir. Conseguí bajarme los pantalones para mear, y luego me los volví a subir.

Al día siguiente, ya tarde, un guardia latino encorvado y con la nuez enorme, y un blanco con la cabeza rapada y exceso de peso, con acento de Texas, abrieron la puerta.

—¿Dónde están Washington y Pinetta? Me iban a traer Starbucks.

—Ponte de pie, gilipollas —dijo el cabeza rapada.

Palabrería.

Ghazi al-Diri esperaba cuando me sacaron de la habitación. No parecía demasiado contento.

—¿Cuánto tiempo vas a tardar en investigarme? Esto es ridículo.

—La chica me dice que su amigo está peor. ¿Sabes algo de medicina?

Todo cambió con esa pregunta. Diez segundos antes, no sabía si volvería a ver a

Krista Morales y a Jack Berman. Ahora, resulta que estaban allí.

—He tratado heridas y problemas de salud de mi gente. Si quieres que le eche un vistazo al chico, se lo echaré. Tal vez pueda ayudar.

Me llevaron atravesando la cantina y a lo largo de un breve vestíbulo hacia el siguiente edificio. El cabeza rapada se llamaba Royce, y a Royce le gustaba refunfuñar. Él y la mayoría de los otros guardias habían llegado el día anterior, y no les gustaba tener que bregar toda la noche para poner el contrachapado. Siguió quejándose y quejándose hasta que el Sirio le dijo que se callara. Y se calló. Pasamos ante más guardias. La mayoría llevaban picanas y porras, pero algunos portaban escopetas negras cortas; uno incluso exhibía un Kalashnikov chino. Parecían tensos y ansiosos. Ante su silencio y sus armas me pregunté qué era lo que el Sirio esperaba.

El edificio siguiente estaba dividido por la mitad por una única sala larga, que corría a lo largo de todo el edificio. A cada lado había una puerta, con otra puerta al final, pero esta y las dos más lejanas estaban tapadas con contrachapado. Había más guardias en la sala.

El guardia desgarrado abrió la puerta de nuestra izquierda y nos dejó entrar a una habitación larga, que corría a lo largo de todo el edificio. Probablemente se usaba como almacén o como comedor, pero ahora estaba completamente desnuda, hasta dejar solo el cemento. Sus ventanas estaban cubiertas con contrachapado. Vi a hombres y mujeres sentados a lo largo de las paredes y acurrucados en pequeños grupos en el suelo. Había más prisioneros que en la casa anterior. Más latinos. Más negros y blancos. Un puñado que podían ser perfectamente de la Europa del este. Berman estaba echado contra la pared, con Krista y un joven asiático musculoso en cada extremo. La chica se puso de pie cuando nos vio.

—Aquí. A ver cómo lo ves —dijo Al-Diri—. ¿Está a punto de morir?

Me encogí de hombros y señalé mis muñecas.

—Las esposas. Necesito las manos.

El Sirio hizo un gesto a Royce, que cortó el plástico.

Me agaché, sonreí a Krista y me arrodillé junto a la cabeza de Berman. Ella me miró como si estuviera intentando entenderme.

Yo le sonreí como un amistoso médico de familia, porque Al-Diri y sus hombres me vigilaban, y hablé lo suficientemente fuerte para que ellos me oyeran.

—¿Qué tal está?

Esta vez, cuando habló, ella recordó el acento.

—No muy bien, creo, pero quizás igual... Sus ojos se mueven, pero no ve. Dice cosas raras.

Berman tenía mejor aspecto. No estaba tan pálido y no tenía la piel sudorosa. Cuando le toqué la cabeza, me miró. Sus ojos parecían vacíos, pero más o menos centrados, y las pupilas tenían el mismo tamaño. Había visto a jugadores de béisbol, compañeros del ejército y tipos del gimnasio que tenían mucha peor pinta. Yo mismo me había encontrado peor un buen número de veces. Mantuve la mirada clavada en

Krista un momento.

—Sí, ya veo lo que quieres decir.

Le examiné para ver si tenía fiebre, le levanté los párpados y le toqué la cabeza en busca de heridas. Tenía tres largas contusiones detrás del oído derecho. Hizo una mueca cuando las toqué.

Me levanté y fui hacia Al-Diri como si no quisiera hablar delante de la chica.

—Tiene una conmoción, desde luego, pero las he visto peores. No he encontrado ninguna brecha, pero lo que no sé es si está sangrando por dentro. Si va aumentando la presión en el cerebro, está jodido. Si no, se pondrá bien dentro de unos días, si le ponéis hielo.

La línea de preocupación se marcó en su frente.

—¿Hielo?

—Sí, hielo en la cabeza. Reduce la hinchazón, e incluso podría detener la hemorragia. ¿Tenéis hielo aquí?

—Sí. Tenemos electricidad.

Yo había visto a sus hombres trabajar en la electricidad de la cantina, cuando me habían llevado hasta allí.

—Consígueme unas toallas y hielo, y te lo enseñaré. También necesitamos que beba agua. Si dejas que se deshidrate, se morirá. Si le haces beber, se recuperará.

Al-Diri le ordenó al guardia desgarrado de la nuez grande que consiguiera todo aquello, y este salió corriendo.

Se oyó un zumbido. Al-Diri se sacó un teléfono del bolsillo y se apartó. Tapó el móvil e hizo gestos a Royce.

—Busca a Medina.

Cuando Royce se fue, me agaché junto a Berman y le susurré a Krista:

—No reacciones a nada de lo que te diga ahora. Me llamo Elvis Cole. Trabajo para tu madre. Voy a sacaros de aquí.

Ella no mostró reacción alguna, solo se humedeció los labios. Miró a lo lejos, vigilando por si volvían los guardias.

—¿Ahora?

—Pronto. Alguien de fuera va a venir a ayudar, pero nos iremos si tenemos una oportunidad.

Miré al chico asiático.

—Kwan Min Park. Tu abuelo y tus primos me están ayudando.

Una diminuta sonrisa abrió sus rasgos. Kwan Min Park había venido a escondidas a Estados Unidos porque en Corea del Sur le buscaban por siete asesinatos.

—Nos iremos. Pronto.

Volví a mirar a Krista, luego a Jack.

—Está herido, pero mejora. ¿Qué pasó?

—Dientes —dijo Kwan.

Desnudó los dientes con una mueca horrible.

—Medina. El guardia de los dientes rotos. Me hacía daño —aclaró Krista.

Se detuvo y me miró como si aquello fuera lo único que quería decir.

—Ya lo entiendo. ¿Estás bien?

—Hasta ahora. Sigue observándome.

Miré al otro lado de la habitación atestada. Medina no estaba allí, pero la enorme habitación estaba repleta de prisioneros nerviosos y de guardias que daban vueltas por allí. Un grupo de coreanos se agazapaba en un rincón lejano, pero no eran más de una docena. Miré a Kwan.

—¿Dónde está el resto de tu grupo?

—Algunos aquí; algunos otra habitación. Como antes.

—Hay otra habitación como esta al otro lado del vestíbulo —apuntó Krista—. Nos separan; mitad aquí, mitad allá.

—Debe de haber cien personas aquí. En total serán doscientas, entonces.

—Nos trajeron anoche, nuestro grupo y dos más. Se lo oí decir a ese guardia. Dijo que uno de los grupos es de Rusia. Tienen casi treinta rusos al otro lado del vestíbulo.

Era una locura. Doscientas personas de pocos medios económicos que habían sido secuestrados, apresados, y cuya familia ahora debía pagar un rescate, por muy pobres que fueran ellos o sus empleadores. Todo por solo unos cientos de dólares cada uno, quizás unos pocos miles. Locano tenía razón. Aquel horripilante negocio se basaba en la cantidad. Si el Sirio recogía mil o dos mil dólares de cada uno de los *pollos*, acabaría por sacar de doscientos a cuatrocientos mil dólares por la gente que me rodeaba. Si secuestraba a doscientas personas diez veces al año, recaudaría de dos a cuatro millones de dólares.

Me pregunté por qué Al-Diri habría llevado a los tres grupos al mismo lugar, por qué los tres a la vez.

—¿Ha dicho el guardia por qué os han traído aquí?

—Algunos guardias desaparecieron. Sencillamente no volvieron. Todo el mundo cree que los han arrestado. Y supongo que les preocupa que sus amigos les digan a la policía dónde están, así que nos han trasladado.

—¿Un montón de guardias? ¿Tantos como los que os están vigilando ahora?

—Sí. Desaparecidos.

Pike. Algo o alguien estaba presionando al Sirio, y yo sabía que ese alguien era Pike.

Comprobé si el Sirio andaba cerca. Aún estaba hablando por teléfono, pero ahora Medina y Royce estaban con él. Parecía furioso.

—¿Tienes arma? —dijo Kwan.

Yo me di golpecitos en la cabeza.

—Mi mente es mi arma, Jedi.

Kwan me miró un momento y luego se apartó.

Krista se acercó más y susurró:

—Yo tengo un cuchillo. Jack lo encontró en la otra casa.

Buscó en su cintura, como si fuera a enseñármelo, pero la detuve.

—Guárdatelo. Si lo necesitas, úsalo. Voy a sacaros de aquí.

—¿Y si tu amigo no nos encuentra?

—Nos encontrará. Hay personas que no os dejarán.

El guardia desgarrado con la nuez sobresaliente volvió con un bote con hielo y una toalla deshilachada. Krista me advirtió de que se acercaba y me dijo que parecía una mantis religiosa. El nombre me hizo sonreír.

Cuando me dio el hielo, la silueta de una pistola abultó en su bolsillo delantero derecho. Eso me hizo sonreír más aún.

Envolví el hielo en la toalla y lo puse contra la cabeza de Berman. El Sirio le gritó a alguien en el vestíbulo. Me encantaba que estuviese enfadado. Pensé en Pike de nuevo. Supe que estaba de caza.

Royce y el Mantis volvieron al cabo de unos minutos, me ataron las muñecas con una brida y me devolvieron a mi habitación. Choqué con Royce varias veces para comprobar sus bolsillos: no llevaba armas. No importaba. El arma del Mantis estaba con nosotros. Quitársela sería fácil.

No me volvieron a dejar salir de la habitación hasta el tercer día. No volví a ver a Ghazi al-Diri hasta el tercer día. No volví a ver a Royce y al Mantis hasta el tercer día, justo cuando le quité la pistola al Mantis y los maté.

Joe Pike estaba de caza.

Yo también me pondría a cazar.

JOE PIKE

Cuando Megan Orlato se despertó, Pike había aparcado en la arena, a un kilómetro y medio al norte de Coachella. Contemplaba los faros distantes que se deslizaban por una autopista y un horizonte invisibles. A ella le costó un segundo despejar la cabeza, y luego notó la cinta adhesiva y las ligaduras. Se tensó como si la estuvieran electrocutando. Luchó y se retorció para librarse de las ataduras, e intentó chillar a través de la cinta. Tenía los ojos muy abiertos, por el pánico, tal y como era de esperar. El miedo era bueno y adecuado. El miedo era correcto.

Megan Orlato estaba tumbada en el asiento de atrás. Sus muñecas, brazos, tobillos y rodillas estaban ligados con bridas de plástico. Una cinta adhesiva de embalaje le tapaba la boca. Pike estaba detrás del volante y se volvió a mirarla, con el brazo derecho pasado por encima del apoyacabezas, tranquilo y relajado. Estaban solos. Nada se movía, excepto los faros lejanos.

Pike intentó recordar cuánto tiempo había pasado desde que había dormido por última vez, pero no pudo. No importaba. Hay que hacer los sacrificios que sean necesarios.

La miró hasta que ella se tranquilizó. Vio que la mujer le observaba y escuchó el sonido de su aliento. Respiraba con fuerza, jadeando, pero al final se calmó.

—Se llama usted Maysan al-Diri. Es hermana de Ghazi al-Diri. Usted y Dennis Orlato le suministran a su hermano casas escondites.

Se movió por primera vez y levantó la caja archivadora amarilla que había cogido de la oficina.

—Sus listados son de casas donde se tortura y se asesina a personas. Propiedades para vender o alquilar, con propietarios que están fuera del estado.

Se inclinó hacia el asiento de atrás y le quitó la cinta adhesiva con suavidad.

Ella gritó pidiendo ayuda, chilló, berreó y volvió a agitarse. Él, sencillamente, esperó hasta que ella se calmó. La mujer acabó por hablar.

—Estaba en la cocina...

—Ahora ya no está.

Estaba poniéndose un poco de miel en el té. No le había oído entrar. No le oyó acercarse. No se enteró de que él le presionaba la arteria carótida, cortando así el suministro de oxígeno a su cerebro. La había dejado inconsciente. Ella no le había visto hasta el momento en que abrió los ojos, allí, en el desierto iluminado por la luna.

—Dennis está muerto. Le disparé aquí.

Y Pike se tocó el centro de la ceja derecha.

—Ruiz y Washington también están muertos. La policía tiene a Pinetta y a Khalil Haddad.

Ella respiraba con fuerza otra vez.

—¿Quién es usted?

—¿Dónde está Ghazi?

Ella respiró más fuerte, de modo que Pike tocó el archivador.

—Veintidós casas tienen propietarios que viven fuera del estado, de modo que Ghazi estará en una de ellas. El tiempo que me ahorre le salvará la vida.

Ella no respondió.

—Si no, la llevaré con Dennis. Cogeré a Ghazi, sea como sea.

—¿Para qué quiere a mi hermano?

—Tiene a mi amigo.

—¿Le matará?

—Si no me queda más remedio, sí. ¿Dónde está?

Ella se humedeció los labios, un gesto secreto entre la sombra del asiento de atrás, traicionado por el reflejo de una luz azul en su lengua.

—La granja de dátiles. Un edificio comercial.

—¿Dónde?

Ella se lo dijo. No estaba lejos.

—No mienta. Si miente, no tendrá otra oportunidad.

—No miento. Quería un lugar más grande, así que le conseguí la granja.

Él siguió sus indicaciones de vuelta a Coachella, luego al sur y al este, de nuevo hacia el desierto, y fuera de la ciudad. La granja de dátiles formaba un rectángulo perfecto entre calles pavimentadas; cuatrocientos metros el lado largo, doscientos el corto; dividida en el centro por una carretera de grava y con muchas hileras de árboles. Los árboles estaban muertos y sus frondas habían caído hacía mucho tiempo. Le recordaron a marines congelados en formación permanente. En la entrada, un gran cartel grande pintado anunciaba: EN VENTA. PARA URBANIZACIÓN. INMOBILIARIA DESERT GOLD. Vio la silueta de un edificio situado en el interior de la carretera de grava, pero nada más. No vio luz alguna.

—¿Está aquí ahora?

—Supongo. No lo sé. Me pidió un sitio con más espacio, y le conseguí este. Yo no le ayudo a trasladarse.

Pike examinó el edificio y se dio cuenta de que, en realidad, eran dos. Se preguntaba si Elvis Cole estaría en uno de ellos, si seguiría vivo.

—¿Cuántos edificios hay?

—La propiedad tiene once hectáreas, con cinco edificios, construcción de metal y madera que cubre mil trescientos metros cuadrados de suelo útil. Hay tres fosas sépticas. Todas tienen tuberías instaladas con suministro de agua del condado.

Pike la miró.

—No quiero comprarlo.

—Era una granja. Los edificios se usaban para procesar y empaquetar dátiles. Dos de los edificios eran de mantenimiento y almacenamiento de equipo. Uno de los edificios tiene unas oficinas y una cantina para el personal.

—¿Cuántas entradas hay?

—Solo la principal. Había una puerta pequeña en el lado oeste, pero los propietarios plantaron más árboles.

A Pike le sorprendió el tamaño de todo aquello. Las otras tres direcciones eran casitas unifamiliares pequeñas.

—¿Por qué tan grande?

—Pensaba que Dennis y los demás habían sido arrestados. Quería sacar a sus equipos de los sitios que conocían.

—¿Cuántos equipos?

—Tres, creo. Usaban tres casas.

—¿Todo el mundo ha venido aquí?

—Esta es la única propiedad nueva que le he dado.

Pike encontró un lugar donde aparcar, en una carretera sin pavimentar, al norte de la granja. Tapó de nuevo la boca a Megan Orlato con cinta y se metió entre los árboles. Los cinco edificios estaban agrupados y juntos en el centro de la arboleda, a casi ciento cincuenta metros de la calle. Tres se encontraban en el lado este de la entrada; estaban frente a los dos del oeste. Alguna chispa de luz resplandecía en los edificios del este, pero no en los del oeste. Pike fue hacia las luces. Al acercarse, buscó centinelas, pero no vio ninguno.

Examinó la parte delantera de los edificios unos minutos, fijándose bien en puertas y ventanas, y luego se dirigió a la parte trasera. Del primer edificio surgían ronquidos y el sonido de alguien que hablaba en voz baja de vez en cuando. Un hombre hablaba demasiado fuerte en la parte media del edificio, y otros dos se reían. Cuando llegó al final del edificio sur, encontró varias furgonetas preparadas para su uso como todoterrenos, aparcadas junto a una larga puerta corredera, al lado de un camión con una caja grande. Se preguntaba si ese camión sería el que usó Sanchez la noche que secuestraron a Krista Morales. Supuso que los prisioneros estaban en el edificio norte; los guardias, en el edificio del centro; y que el edificio del sur se usaba como garaje. Este, probablemente, era la única vía para salir o entrar en los edificios.

Pike se puso en pie entre los camiones y miró toda la extensión del camino de grava hacia la entrada. Era casi del tamaño de dos estadios de fútbol americano. Solo salida, solo entrada. Dos campos de fútbol era mucho terreno.

Pike volvió al Rover, comprobó que Megan Orlato estaba bien segura y pensó qué opciones tenía. No podía ver el edificio a través de los árboles, pero sabía dónde estaba. Observó el lugar a la sombra proyectada por la luz de la luna. Tres equipos significaban unos dieciocho hombres armados y un número de personas inocentes desconocido, pero grande. Las puertas y las ventanas estarían reforzadas. Pike tendría

que entrar a través del garaje, abrirse camino entre la zona de los guardias hasta el último edificio, encontrar a Cole y a los chicos, y luego volver a pasar por el alojamiento de los guardias por segunda vez. Volvió a preguntarse si Elvis Cole estaría dentro.

—Ya voy —dijo.

No tenía miedo, pero debía mejorar la situación y lograr salir con éxito de aquella empresa. Observó a Megan Orlato. Y entonces llamó por teléfono para comprobar si Jon Stone todavía seguía en prisión.

JON STONE

Stone salió de la comisaría del condado de Riverside bajo una luna llena que iniciaba su perezoso trayecto hacia el oeste. Le habían devuelto todo lo que llevaba en el momento de su arresto, con la excepción de Khalil Haddad, que se quedaría como huésped del Gobierno de Estados Unidos. No era una grave pérdida.

Se sintió algo molesto cuando Nancie Stendahl salió en tromba de la habitación porque la gente de D. C. hizo que le dejaran libre. Al menos los dos jóvenes agentes que se encargaron de él se mostraron agradables y se impresionaron al ver que podía conservar el M4. Le preguntaron si era un espía.

Jon se echó a reír. ¡Espía! Por el amor de Dios...

—¿Siempre se ríe solo? —le dijo Stendahl.

—Si oyera las tonterías que se me pasan por la cabeza, usted también se reiría.

Stendahl estaba apoyada en el todoterreno de Pike. El aparcamiento estaba casi vacío, aunque vio el enorme camión blanco de la ATF en el extremo más alejado.

Stone se alegró de verla. Simpatizaba con su empeño personal y respetaba el esfuerzo enorme que estaba haciendo para recuperar al chico. A Jon le caían bien aquellos que se esforzaban. Esperaba que ella no estropease aquel momento echándole algún sermón sobre la inviolabilidad de las leyes. Si empezaba a largarle una mierda semejante, él recitaría *Crimen y castigo* de Dostoievski en ruso, para sorprenderla.

Pero no lo hizo. Parecía hecha polvo, tensa y desgastada. Le habría gustado invitarla a una taza de café, pero tenía cosas que hacer.

—¿Sabe usted dónde está mi chico?

—No. Pero sí que sé quién lo tiene. Y también Haddad.

Ella se animó.

—¿Quién?

—Un tío llamado Ghazi al-Diri. El jefe de Haddad. ¿Tiene una libreta o algo para escribir?

Él guardó el M4 en el asiento de atrás mientras ella buscaba papel y lápiz, y dejó las pistolas, munición, GPS y teléfonos en el asiento del conductor. Cuando volvió, estaba preparada, con un bolígrafo y una servilleta de papel. Él le dijo una longitud y una latitud, y luego comprobó la servilleta para asegurarse de que lo había apuntado bien.

—Esas coordenadas la llevarán a una fosa donde hay cadáveres. Encontraré once

o doce personas envueltas en plástico. Probablemente Haddad mató a la mitad de esa gente. Encontrará también un par de fiambres sin plásticos. Ellos mataron a los demás.

—¿Y quién mató a esos dos?

Jon ignoró la pregunta.

—No se deje engañar por el carácter agradable de Haddad. Es gente muy mala. ¿Quiere que demos un paseo mientras hablamos? Me gustaría revisar este todoterreno.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Usted quiere encerrar a esos tíos en la frontera. Cuanto más le diga Haddad sobre el Sirio, más información tendrá de cómo hacen las cosas los carteles. La buena información lo es todo. Lo sé de primera mano.

Stone caminó alrededor del todoterreno, con Stendahl a su lado. El vehículo tenía unas cuantas abolladuras. A Pike no le haría ninguna gracia.

—¿Ghazi al-Diri es el Sirio?

—Los mexicanos le llaman «el Sirio». Pero, según mis informaciones, es de Bakersfield. ¿Sabe lo que es un *bajador*?

Ella negó con la cabeza.

—Trabaja en la frontera, robando lo que envían hacia arriba los carteles. Sobre todo, gente que intenta entrar en el país sin documentación.

—¿En el lado de Estados Unidos?

—La mayor parte de esos tipos trabajan en el sur, pero unos pocos han empezado a trabajar en el norte. Es más fácil evitar a la policía aquí arriba que a los carteles allá abajo.

—¿Y vive aquí ese hombre? ¿Tiene familia?

—Quizás Haddad pueda decírselo.

Stone comprobó la hora. Quería llamar a Pike.

—Buena suerte, Stendahl. Tengo que irme.

—Ghazi al-Diri tiene a Elvis Cole. Tiene a mi sobrino. Ambos queremos a alguien que él tiene, de modo que deberíamos trabajar juntos en esto.

—Uf. Si se mete usted, la cosa no funcionará.

—Jack es lo más parecido que tengo a un hijo. Es mi único pariente vivo. ¿Espera usted que me quede sentada, mientras otros lo buscan?

—Siga usted su búsqueda. A lo mejor lo encuentra antes que nosotros.

Ella se puso directamente delante de él, dando a Stone con el dedo en el pecho.

—Es de mi sangre. Le prometí a mi hermana que lo encontraría. Juré ante su tumba que lo mantendría a salvo.

—Es usted una agente de la ley. Si se mete, no saldrá bien.

—Ayúdeme a encontrarlo, maldita sea.

Ella le dio con el dedo aún más fuerte. Stone se apartó.

—Escuche...

Stone miró la luna de un color azul plateado. Negó con la cabeza.

—Cuando encontremos a esa gente, si Cole está muerto, no se escaparán así como así. No habrá tribunal. No habrá juicio ni jurado. Usted es subdirectora adjunta de la ATF. Las cosas no saldrán de una manera que usted pueda aceptar.

—No tienen por qué hacerlo así.

Stone miró su reloj. *Tempus fugit*.

—Tengo que irme. Esté donde esté Jack, usted querría que estuviese en otro sitio. He de irme.

Parecía que ella iba a decir algo más, y lo hizo, pero solo fueron dos palabras:

—Buena suerte.

Jon la vio cruzar el aparcamiento hasta un sedán de tamaño mediano, luego se subió al todoterreno y puso en marcha el motor. También encendió el teléfono por satélite y el GPS. El móvil tardó un momento en cargarse y conectarse a un satélite bueno, pero al final se encendió una luz verde y Jon se puso en marcha.

Al instante recibió un mensaje. Le dio al botón de reproducción y oyó la voz de Pike:

—Llámame.

Pike respondió al primer timbrazo. Jon le informó de su situación:

—Estoy fuera. ¿Bien?

—Tengo a la hermana de Ghazi al-Diri.

Stone se echó a reír. Se rio tanto que le escocían los ojos. Pike era la monda. El mejor, sin duda alguna.

—Me encanta. Es perfecto, tío. ¿Qué estás pensando, hacer un intercambio, la hermana por Cole?

—Nada de intercambio. Si le ofrecemos un intercambio, haremos que Al-Diri se fije más en Cole y será más difícil encontrarlo.

—¿Sabe ella dónde están?

—En una granja de dátiles junto a Coachella. Estoy echando un vistazo.

Pike describió la granja y le transmitió toda la información que había obtenido de la hermana. Al-Diri había llevado a tres equipos y tres grupos de *pollos* a una granja de dátiles al enterarse de que Haddad y los dos pájaros que habían cogido Stone y Pike en el desierto no estaban. La granja parecía una fortaleza, llena de soldados del Sirio.

—¿Está ahí Elvis?

—No lo sabremos hasta que entremos.

Stone pensó en la granja tal y como se la había descrito Pike. El Delta se ocupaba precisamente del rescate de rehenes y de coger a los malos. Jon conocía aquellos temas desde dentro.

—Quince o dieciséis guardias armados, mezclados con ciento cincuenta amistosos o más. Requerirá daños colaterales. Y hace subir nuestro tiempo de objetivo.

«Tiempo de objetivo» era el tiempo que llevaría localizar a Cole y los chicos, en cuanto entrasen en los edificios y los sacaran. Cuanto más largo fuera el «tiempo de objetivo», mayor sería el riesgo. Si uno se queda por ahí los minutos suficientes, se convierte en parte del escenario.

—¿Cómo piensas hacerlo, si no quieres intercambiar a Cole?

—Cambiarla por otra persona. Tenemos a la hermana, pues la usamos. Se la damos a Sang Ki Park.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo. Que siga la función. Hagámoslo tan rápido que ese cabrón no tenga tiempo de pensar.

—Te escucho.

Jon Stone se alejó. El plan le gustaba tanto que sonreía de oreja a oreja. Era el mejor en estas cosas. ¡No había nadie tan grande ni más mortífero! Un hombre como ninguno.

NANCIE STENDAHL

Stendahl se quedó sentada en su coche de alquiler hasta que Jon Stone se alejó. Luego fue caminando deprisa hasta el camión del equipo especial. Entró por la puerta de atrás en un mundo de luces rojas amortiguadas. Pasó entre las diversas partes del equipo que colgaban hasta el sistema electrónico.

—Eh, jefa. Buen trabajo. Lo vemos perfectamente —dijo Mo Heedles.

Mo era una mujer grande, con el pelo rojo y corto. Estaba inclinada hacia un ordenador portátil, conectado al repetidor integrado del camión, para asegurarse de que tenían una señal fuerte.

Stendahl se quedó de pie tras ella mirando la pantalla. Vio un punto negro que parpadeaba y se alejaba de la comisaría de policía por un mapa de las calles.

—¿Qué alcance tenemos?

—Infinito. Rebota en las antenas de telefonía móvil. Podemos seguir a su chico adonde quiera que vaya.

Nancie Stendahl cogió su móvil y llamó a Tony Nakamura, en Washington. Era tarde, pero él ya estaba acostumbrado a esas cosas.

—Tone, soy Nancie. Necesito dos equipos especiales y un helicóptero preparados hacia las cero setecientas de mañana. En algún lugar de la zona de Palm Springs y Coachella.

—Bien.

—Te diré exactamente dónde y a qué hora cuando lo sepa.

—Entendido.

Nancie dejó su teléfono y contempló el punto negro. No le importaba adónde iba, solo que ella estuviera allí cuando llegase.

Sang Ki Park
Motel Wayward Palms

Aquella mañana, Sang Ki Park siguió las indicaciones del mercenario rubio. Se reunió con él en un descolorido motel de carretera situado entre Indio y Coachella. El viaje de dos horas y media transcurrió con rapidez. Se movía entra la ilusión por recuperar lo que le habían robado y sus ansias de venganza. Si encontraba a sus trabajadores secuestrados, conseguiría restaurar también la confianza de su tío. Y si rescataba al nieto del viejo, su redención estaba garantizada.

La habitación del mercenario era anodina y deprimente. El desierto a su alrededor estaba congelado por un frío persistente y bello por efecto de los primeros rayos del sol de la mañana. Sang Ki Park se sintió honrado por compartir aquel momento. Especialmente, con aquella mujer tan bella y que estaba a su merced.

—¿Está cómoda?

Megan Orlato no dijo nada hasta que el hombre rubio le habló en árabe.

—Estoy bien, por el amor de Dios. Acabemos de una vez con esto.

Hablaba como una puta. Era hermana, mujer y cómplice de los hombres que habían robado, torturado y asesinado a los trabajadores de Park.

En la habitación estaban Park, la mujer, aquel loco mercenario rubio y dos soldados del Doble Dragón. Otros doce soldados más del Doble Dragón esperaban cerca, en sus coches. El tío de Park, Young Min Park, que era el abuelo de Kwan Min Park, iba de camino, pero probablemente no llegaría hasta quehubieran recuperado a Kwan. Así era como debía ser. Como reverenciado líder del Ssang Yong Pa, Young Min Park debía estar siempre protegido del peligro físico y de todo problema legal. Pero al viejo, como a todos los viejos, los sentimientos le volvían débil. Estaba deseoso de ver a su nieto.

El hombre rubio del pelo erizado comprobó su reloj.

—¿Preparados para salir?

Park seguía mirando a la mujer, sentada en una silla destartalada. A su lado estaban los dos mercenarios que trabajaban con el señor Cole y que la habían capturado. Ahora querían cambiarla por los trabajadores robados a Park. El mercenario rubio le había explicado su plan aquella misma mañana.

—Sí. Preparado.

—¿Recuerda lo que debe decir, o quiere que lo repitamos una vez más?

—Me acuerdo.

—Sin negociaciones. Sin retrasos.

—Me acuerdo.

El hombre rubio se volvió hacia la mujer y habló en árabe hasta que ella le interrumpió.

—Hable en inglés, por el amor de Dios.

—No me importa lo que usted diga, pero yo tengo que decirle algo. Si se pone poco comunicativa, la mato.

—Váyase a la mierda.

El hombre rubio marcó el teléfono. Era el móvil que le habían cogido en su casa. El señor Pike se lo había entregado. Contenía el número directo de su hermano. En la memoria aparecía con el nombre de «Bobby». Era importante usar aquel teléfono, porque Ghazi al-Diri solo contestaría si reconocía el número entrante.

El hombre rubio escuchó y le pasó el teléfono a la mujer.

Ella cerró los ojos, como si se estuviera preparando y luego habló.

—Soy yo. Lo siento, cariño; me han cogido... No, es el tío ese coreano. Un tipo me sacó de casa anoche y me han entregado a ese coreano. Han matado a Dennis. Dennis está muerto...

El rubio le arrancó el teléfono de la mano y se lo pasó a Park.

—Su hermana es propiedad del Ssang Yong Pa. Usted tiene a veintiséis personas nuestras. Las recuperaremos así.

Park le dijo a Ghazi al-Diri dónde tendría lugar el intercambio, cuándo y cómo ocurriría, exactamente tal y como le había instruido el mercenario. No dejó lugar a discusiones.

—Diga que sí y ella vivirá. Diga que no y la oírás morir por este teléfono. Si entonces mata a mi gente..., bueno, es una pérdida que podemos aceptar. Pero le perseguiremos para siempre.

Park escuchó unos momentos, y luego repitió las instrucciones.

—Debe decir que sí ahora.

Escuchó un momento más.

—Muy bien. Debe reembolsarnos tres mil dólares norteamericanos por cada uno de los muertos. No se aparte de estas instrucciones. Y no se retrase.

Park apretó el botón para colgar y devolvió el teléfono al mercenario.

—Ha aceptado.

La mujer cerró los ojos cuando oyó aquello, y se relajó, aliviada.

El mercenario fue hacia la puerta.

—¿Necesita algo más?

—No.

—Si no aparecen, no la mate. Puede que tengamos que volverla a usar.

—Vendrán. Oí mucho cariño en su voz.

El mercenario se quedó mirando un momento y luego se echó a reír muy fuerte.

Sang Ki Park también pensaba que su broma era divertida, pero disimuló su diversión con un ceño fruncido. El mercenario había insistido en que Park llevase a

cabo el plan tal y como él le había instruido, pero aquel tipo servía a sus propios objetivos, como Park a los del Ssang Yong Pa.

El plan se cambiaría tal y como requería el Ssang Yong Pa.

JOE PIKE

Pike se reunió con Jon Stone para entregarle a Megan Orlato y cambiar de vehículos. Rodearon a pie la granja de dátiles para poner a punto su plan, y después se separaron. Los coreanos habían llegado a Banning Pass, y Jon tenía que reunirse con ellos.

Pike fue hasta una tienda de alimentos para mascotas que abría a las cuatro. Fue al baño, compró una botella de agua, dos bolsas de frutos secos mezclados y una bolsa de mango seco, y luego volvió a la granja. Aparcó detrás de un camión de riego abandonado en un campo que estaba al otro lado de la entrada del camino de grava, y comió mientras el cielo iba iluminándose lentamente.

Pensó en Elvis Cole y su amistad; esperaba que estuviese dentro y vivo. Se dijo a sí mismo que lo estaría. Pike sacó el Pepito Grillo de su bolsillo. Lo miró. Un grillo de juguete. Se lo volvió a guardar en el bolsillo.

Si Cole estaba muerto, se iban a enterar.

El día fue avanzando. Ya había luz. En la granja no se veía movimiento alguno.

El teléfono de Pike sonó a las 9.32 de la mañana de un bonito día en el desierto.

—Ha accedido. Adelante —dijo Stone.

Pike salió del todoterreno, corrió rápidamente hacia la granja de dátiles y desapareció entre los árboles.

GHAZI AL-DIRI

La vida de Ghazi al-Diri acabó con la llamada del coreano. Estaba en la cantina cuando sonó su teléfono. Dejó su café en infusión en una cafetera de émbolo que había comprado en São Paulo. Se guardó el teléfono en el bolsillo y se sirvió. Varios de sus hombres se encontraban cerca, comiendo burritos con huevos y judías que se habían hecho ellos mismos. Ghazi se apartó de ellos para pensar. Estaba indignado, pero todavía podía sobrevivir si mantenía la calma.

Maysan lo cambiaba todo. De alguna manera, los gánsteres coreanos habían averiguado que ella era su hermana, y ahora la tenían secuestrada como si fuera un *pollo*. Ghazi no tenía otra elección que suponer que los gánsteres manejaban la misma información que Maysan: sus números de teléfono, su casa en Ensenada, cómo había operado al norte de la frontera los dos últimos años, incluso el lugar donde se encontraba en aquel momento. Eso era lo que más le asustaba: tal vez en ese

preciso momento estarían vigilando la fábrica.

Ghazi actuó con rapidez. El intercambio requería el camión con caja y muchos hombres, pero había que hacer muchas más cosas si quería sobrevivir, cosas desagradables.

—¡Rojas! ¿Dónde está Medina?

—Con los *pollos*. ¿Quieres que venga?

—Sí, venid los dos. Al garaje.

Ghazi tomó algo más de café mientras Rojas se alejaba corriendo, y luego entró en el garaje. Había accedido al intercambio, pero no pensaba hacer aquel viaje. Haría todo lo posible para salvar a su hermana, y rezaba para que el gánster coreano cumpliera su palabra, pero Ghazi al-Diri no creía que volviera a verla nunca, y tenía muy claro que aquel intercambio era una sentencia de muerte.

Rojas y Medina aparecieron casi de inmediato. Él se irguió como el comandante que era y se enfrentó a ellos.

—Vamos a entregar a los coreanos. Necesitamos ocho guardias para hacer toda la entrega, dos para el camión grande y el resto en los camiones más pequeños. Deben ir armados. Rojas, quiero que vayas en el camión grande. Tú estarás al cargo.

Rojas pareció sorprendido, pero no planteó objeción alguna. Llevaban mucho tiempo juntos. Ghazi odiaba perder a Rojas, pero Samuel era el más listo y el más eficiente. Si era posible recuperar a Maysan, debía ser él.

—¿Alguien los ha comprado? —preguntó Rojas.

—Los gánsteres tienen a mi hermana. La intercambiarán por los *pollos*. Ya lo he arreglado todo.

Al-Diri explicó rápidamente dónde y cómo se efectuaría el intercambio, le dijo a Rojas que se llevase a sus hombres y que actuase lo más rápido que le fuera posible.

Rojas y Medina se volvieron para irse, pero al-Diri llamó a Medina.

—Medina, quédate un momento. Tengo algo más.

Medina se volvió y esperó. Al-Diri pensó un momento, intentando decidir si su idea era buena. No solo perdía a los coreanos. Había decidido abandonar la granja de dátiles; sin el acceso a las propiedades que le daba su hermana, no tenía lugar alguno donde guardarlos. No podía dejar que se fueran sin más, ya que eran testigos de crímenes espantosos, de modo que había que hacer algo.

Lo tenía claro. Había tomado la única decisión acertada.

—Necesitaremos otro camión grande. Cuando Rojas se haya ido, abandonaremos este lugar. Tenemos que librarnos de los *pollos*.

Medina le examinó unos segundos y luego se encogió de hombros.

—Siempre habrá más *pollos*.

Vasco Medina era el hombre adecuado para aquel trabajo.

—¿Estás seguro de que no quieres esperar a Rojas? Así nos ahorraríamos el coste de un camión.

—No tenemos tiempo para esperar. Ya nos reuniremos con Rojas en otro sitio.

Medina gruñó, pensativo, y luego sonrió y enseñó sus estropeados dientes de cocodrilo. Lo había entendido. No esperarían a Rojas porque este y el camión probablemente no volverían.

—Vale. Puedo conseguir un camión, no hay problema. Más grande, quizá. ¿Cuántos serán, unos ciento veinte o ciento treinta?

—Sí, algo así.

Medina volvió a gruñir.

—Podríamos dejarlos aquí. Sería más rápido.

Ghazi lo pensó, pero lo descartó al momento. La granja de dátiles estaba conectada con Maysan. Si se encontraban todos aquellos cadáveres allí, la investigación resultante podía acabar por relacionarla con Ghazi, y llevar a su identificación al final.

—No, no podemos dejarlos.

—Vale. Conozco un sitio al que podemos ir con el camión. Yo me encargo.

Empezó a alejarse, pero se detuvo.

—¿Y el chico rico? ¿Él también?

Ghazi ya no confiaba en la posibilidad incierta de lo que pudiese pagar una madre viuda. La gente rica podía suponer un problema, así que Al-Diri quería librarse del chico con los demás.

—Él también. No tenemos tiempo que perder.

—¿Y el gilipollas que está enemistado con los de Sinaloa? Odio a ese hijo de puta.

—Todos. Coge el camión y cárgalos a todos. Quiero sacarlos de aquí.

—¿Puedo ocuparme de todo como yo quiera?

Ghazi al-Diri encogió los hombros. Medina quería decir de los asesinatos. Era un hombre que disfrutaba matando. En México lo hacían con martillos.

—Como quieras, pero no aquí. Espera hasta que lleguéis adonde quiera que vais. Así no tendréis que cargar con ellos.

Medina exhibió de nuevo su sonrisa de cocodrilo. Ghazi se preguntó por qué aquel hombre no se arreglaría los dientes.

Vio alejarse a Medina y luego se subió a su coche. Conducía un todoterreno Lexus gris antracita que Pinetta le había conseguido barato de uno de sus ladrones. Pinetta sería difícil de sustituir; mucho más difícil que el cuñado de Ghazi, cuyo único talento era tener el amor de Maysan.

Sacó una escopeta negra y corta de detrás del asiento delantero. No confiaba en aquellos gánsteres. Estaba seguro de que le atacarían. Lo intuía. Alguien le estaba persiguiendo.

Se aseguró de que la escopeta estuviera cargada y siguió a Medina hacia el interior. Todavía había mucho que hacer antes de que empezase la matanza.

KWAN MIN PARK

Kwan estaba sentado con Jack y Krista cuando Samuel Rojas y los demás guardias entraron y se dirigieron hacia su gente. Uno de ellos pegó a un hombre con su porra, para abrir camino. Rojas fue hacia una chica llamada Sun Hee. La usaba como traductora porque era la que mejor hablaba inglés.

Sun Hee se puso de pie de un salto, escuchó y luego tradujo sus palabras. De haber sido varón, Kwan lo habría odiado por cooperar, y probablemente le habría roto el cuello. Como era una mujer sumisa, era de esperar aquella conducta humillante y servil, pero él había pensado aprovecharla. Le había dado instrucciones de que les ofreciera sexo a los guardias para poder robarles un arma, pero hasta el momento no había tenido éxito.

Mientras hablaba, el grupo intercambiaba miradas, algunos hasta sonrisas. Se pusieron de pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó Jack.

Kwan lo miró.

—No lo sé. ¿Cómo estás?

Jack cerró los ojos y se tocó la nuca.

—Con un dolor de mil demonios. ¿Sabes cómo es un dolor de cabeza? Pues a lo bestia.

Kwan no estaba seguro de lo que significaba «a lo bestia», pero debía de ser algo malo.

—Tú mejor. Ver bien. Hablar.

Krista sonrió.

—Mucho mejor.

Sun Hee le interrumpió. Rogaba el perdón de Kwan por atreverse a hablar. Se explicó mientras veía a su grupo dirigirse hacia la puerta. Kwan se quedó sorprendido, pero ya se esperaba algo semejante.

Krista habló en cuanto Sun Hee se alejó corriendo.

—¿Adónde van? —preguntó.

—Nos vamos. El Ssang Yong Pa nos ha liberado.

Él vio la confusión en la cara de Krista.

—Familia. Clan. Ssang Yong Pa, mi familia.

Kwan miró a sus nuevos amigos y experimentó sentimientos encontrados por tener que dejarlos. Cogió el brazo de Jack Berman.

—Primera noche, guardias pegar, tú intentar ayudar. Kwan Min Park recuerda. Ahora amigos para siempre. Mi clan, mucho poder. Kwan Min Park, mucho poder. Gran guerrero. Yo mato muchos hombres.

El coreano leyó el temor en los ojos de Krista, antes de que ella le interrumpiera.

—Kwan...

La porra dio en su espalda con una aguda explosión de dolor. Kwan se volvió a tiempo para ver la porra cayendo de nuevo, la paró por el interior y se contuvo para no pegar al guardia al que Krista llamaba Mantis Religiosa. Sun Hee estaba con él, y también el belicoso guardia de los dientes malos, Medina.

Sun Hee estaba frenética.

—Tienes que venir. Nos vamos. Debes salir.

Medina empujó al Mantis y a Sun Hee a un lado y cogió el brazo de Kwan. Este dejó que el hombre le levantara, y luego se sacudió su mano. Se acercó mucho, nariz con nariz, con los ojos cerca. Medina hizo una mueca, casi como si gruñera, y pinchó con la picana el costado de Kwan. El ruido agudo que hizo al descargar fue como si le dieran un puntapié, pero Kwan no reaccionó. La picadura torturó su carne, pero él sonrió, para mostrar su desafío.

El Mantis y Sun Hee le empujaron hacia la puerta, acabando así la escena. Kwan miró hacia atrás a su amigo Jack Berman.

—Kwan no olvida. Yo ayudo, Jack Berman, igual que tú ayudas.

Kwan se dio la vuelta y dejó que lo llevaran en fila con los demás. Al salir al vestíbulo, el resto de su grupo salía también de la otra habitación. Medina desapareció.

Sun Hee, junto a él, temblaba como un pájaro molesto.

—No deberías enfrentarte a ellos. Está muy enfadado.

—Su enfado no me interesa. Tranquila.

—Todavía no somos libres. Debes tener cuidado.

—Él sí que debe tener cuidado. Cuando seamos libres, conocerá a mi verdadero yo.

Kwan la empujó hacia delante, para no tener que volver a escucharla.

Pasaron por la cocina y entraron en el garaje. Habían hecho retroceder el camión grande hasta la puerta. Kwan observó que los guardias del garaje llevaban escopetas o armas militares. Parecían nerviosos. Se preguntó por qué.

La fila avanzaba más despacio mientras los que iban delante subían al camión. Kwan Min Park estaba casi al final. Era muy feliz porque pronto vería a su abuelo y a su primo. Se preguntaba si estarían cerca para saludarle. Echaría de menos Corea, pero ocupar el lugar que le correspondía en el Ssang Yong Pa, en la gran ciudad de Los Ángeles, había sido su sueño desde hacía mucho. Fue adelantando, acercándose más al camión y a su destino.

Kwan se preguntaba si volvería a ver alguna vez a su amigo Jack Berman. Esperaba que sí. Se lo estaba imaginando bebiendo *soju* y cantando en uno de los estudios de *norae-bang* de su abuelo cuando algo muy duro le golpeó en la cabeza, por detrás.

Todo se volvió chispas.

Kwan notó que caía, pero no pudo evitarlo. Abrió los ojos casi al momento y se

dio cuenta de que estaba de espaldas.

Medina le sonreía desde arriba.

Kwan notó un brote de pánico y quiso levantarse, pero unos hombres le sujetaban los brazos y las piernas.

Medina levantó una maza de acero muy por encima de su cabeza y luego la dejó caer.

Kwan Min Park intentó apartarse, pero no pudo.

JOE PIKE

Pike vio a los seis hombres pasar junto a la caja del camión, mientras dejaban el garaje y se iban a las furgonetas. Dos tenían AK; el resto, escopetas. Montaron, dos hombres en cada una de las camionetas más pequeñas. Un par más salieron del garaje y se subieron a la cabina del camión más grande.

Pike estaba agazapado contra el suelo arenoso, en la base de una palmera datilera, a cuarenta metros de distancia. Sintonizó su teléfono por satélite y le dio a Jon Stone la descripción y la placa de matrícula de cada uno de los cuatro vehículos.

—Entendido. ¿Ocho hombres fuera? —preguntó Stone.

—Ocho.

—Eso ayuda.

Tres minutos después vio una furgoneta Dodge color bronce, seguida de un Ford plateado. El camión de caja grande salió traqueteando detrás del Ford; la última furgoneta, detrás del camión grande.

—Saliendo —susurró Pike.

Mientras los camiones iban hacia él, observó el garaje. Dos hombres miraban desde la puerta. Luego retrocedieron hacia el garaje y desaparecieron entre las sombras.

Pike no se movió cuando los camiones pasaron. Mantuvo su posición hasta que llegaron a la calle, miró hacia atrás para verlos girar, y luego habló de nuevo.

—Entro.

—Al otro lado, tío —dijo Stone.

Pike se metió más entre los árboles y miró el garaje mientras corría de tronco en tronco hasta el edificio. Salió del bosquecillo por detrás del garaje, sacó la pistola y fue hacia la puerta. No oyó nada, así que se agachó y echó un vistazo. Dentro había tres todoterrenos y una camioneta, pero no vio a nadie.

Había una puerta en el extremo más alejado de aquel enorme garaje, detrás de los todoterrenos. Pike sabía que podría entrar por allí. Avanzó. Vio un rastro de sangre fresca de un metro de largo en el cemento, como si hubiesen arrastrado algo. Luego la mancha se detenía, había unas gotas rojas y un hilo fino que salía del garaje. Las gotas eran muy brillantes y tenían el color de la vida que huía. Alguien había muerto

al cargar el camión.

Pike fue corriendo directamente a la puerta y comprobó el picaporte. Cerrada. Estaba buscando su pistola de cerrajero cuando, de repente, la puerta se abrió.

Un tipo blanco y de manos grandes se lo quedó mirando, parpadeando. Un afroamericano que estaba tras él frunció el ceño.

—¿Quién eres tú?

Pike disparó al hombre de las manos grandes y luego a su amigo.

Solo dijo dos palabras:

—Elvis Cole.

Entró y cerró la puerta.

ELVIS COLE

Los guardias estaban distintos aquella mañana. Se movían más deprisa de lo habitual al pasar junto a mi pequeña oficinacelda. Sus voces sonaban tensas y recortadas. Algunas veces incluso discutían. Oí gritos ahogados, lo que me pareció que eran chillidos de mujeres y un motor que aceleraba, pero no podía estar seguro de nada.

Royce y el Mantis Religiosa abrieron mi puerta. El primero me dijo que me pusiera de pie. Incluso él parecía distinto. Cerrado, adusto.

—Levántate, gilipollas. Nos vamos.

Me volví hacia un lado para enseñarles las esposas cuando me puse de pie.

—Córtame esto. Tengo que mear.

—Pues méate encima. Vamos.

Me cogió el brazo y me llevó junto a la cantina. El vestíbulo estaba atestado de guardias y presos, a los que trasladaban de una habitación a otra. Alguien gritaba en español. Los guardias empujaban a la gente más rudamente de lo habitual y usaban las picanas.

El Mantis me metió en la habitación con Krista y Jack. El lugar estaba mucho más lleno de gente.

—¿Qué pasa?

—Ya lo averiguarás. Calla y siéntate —me contestó Royce.

Se apartaron y fueron a otros lugares de la habitación. Vi a Krista y a Jack en su sitio de siempre y me dirigí hacia ellos. El chico estaba despierto y centrado. De hecho, se había incorporado.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sí. Más o menos.

—Parece que estás mejor.

Krista se inclinó acercándose más cuando pasaban dos guardias.

—Kwan y su grupo se han ido. Se van a casa.

Me di cuenta de que no estaba ni Kwan ni las demás víctimas coreanas.

—¿Esta mañana?

—Sí, y ahora están metiendo a todos los de la otra habitación en la nuestra.

Pensé en la firme negativa a pagar por parte de Sang Ki Park. ¿Cómo era posible que hubiesen soltado a su gente? Los guardias que empujaban a la gente metiéndola en nuestra habitación se movían como alguien que tiene mucha prisa y que está sometido a presión. A Pike se le daba muy bien presionar. Tal vez estuviese trabajando con Park. Si estaba cerca, todo podía cambiar, y cambiaría, en un parpadeo.

Me acerqué mucho a Krista, comprobé la zona para ver si había guardias y me puse de manera que quedase de espaldas a ella.

—¿Tienes el cuchillo?

—Sí, como dijiste.

—Corta. Es duro, así que corta con fuerza.

Ella empezó a trabajar con el cuchillo. Cuando flaqueaba, Jack se acercaba para ayudar. Al cabo de un minuto, el plástico cedió. Mantuve las manos a la espalda y me quedé sentado de espaldas a la pared.

Los prisioneros de la otra habitación pronto estuvieron en la nuestra. Entonces apareció Ghazi al-Diri. Entró en la habitación con varios guardias, habló brevemente con Medina y se fue. Incluso Al-Diri llevaba una escopeta.

Medina habló con los guardias, que pasaron entre la multitud hacia la puerta. Ponían a la gente de pie y los empujaban hacia el vestíbulo. Cuando la gente que estaba más lejos de la puerta empezó a levantarse, otros guardias corrieron a obligarlos a sentarse. Fueron sacando a los que estaban más cerca.

—¿Qué están haciendo? —susurró Krista.

Yo lo sospechaba, pero esperaba estar equivocado. Al-Diri podía estar trasladándonos a un escondite más seguro, pero recordé a Thomas Locano, que me habló de fosas comunes en México.

Di un toque a Jack.

—¿Puedes andar?

—Sí, claro.

—No puede —dijo Krista.

—Sí que puedo.

Estábamos mirando a la gente que estaba más cerca de la puerta, que salía de la habitación, cuando Medina, Royce y el Mantis dejaron a los demás guardias y se acercaron. Royce llevaba una escopeta colgada al hombro; el Mantis y Medina, picanas. La pistola estaba todavía en el bolsillo delantero derecho del Mantis.

Medina se detuvo de tal modo que quedó de pie por encima de Krista. La miró con lascivia y una sonrisa espantosa.

—Vamos a hacer todos un viajecito, pero tú irás mucho más cómoda si viajas conmigo.

Se inclinó para cogerle el brazo. Su camisa estaba salpicada de sangre: salpicaduras y gotas en aquella prenda con diseños de matadero. También había rastros sanguinolentos en su rostro.

Vi la sangre mientras tiraba de Krista para ponerla en pie. La vi y ya no me importó que Joe estuviese allí o que pudiese haber ayuda de camino.

Él tiró de la chica para ponerla de pie. Me levanté al mismo tiempo que ella. En ese momento, el inconfundible y agudo sonido de un disparo de escopeta resonó en el edificio contiguo.

Todos los que estaban en la habitación se quedaron inmóviles, menos Medina y yo. Él apartó a Krista y empuñó la picana como si fuera una porra. Yo di un paso hacia un lado, le cogí el brazo interponiéndolo entre los dos y le pegué en la boca con los dos primeros nudillos de la mano derecha. Él se tambaleó hacia atrás, pero yo le sujetaba el brazo, de modo que le di otro puñetazo mientras Royce empuñaba la escopeta. Eché a Medina hacia atrás, encima de Royce, y luego me acerqué al Mantis, le clavé el codo doblado en la garganta y busqué su arma. Todavía tenía la mano en su bolsillo cuando Royce apartó a Medina de un empujón, se acercó con la escopeta y Krista Morales le apuñaló en el hombro. Él lanzó un chillido y dio un manotazo al cuchillo como si se estuviera apartando una abeja. Entonces se desgarró el bolsillo, yo le pegué dos tiros en el pecho. Luego disparé al Mantis.

Medina había desaparecido. Muchos de los guardias corrían para ver qué era lo que estaba ocurriendo. El sonido de armas de fuego resonaba y retumbaba en todo el edificio. Algunos prisioneros corrían, otros se dejaron caer al suelo y otros se enroscaron como un ovillo.

Cogí la escopeta de Royce, acerqué a mi lado a Krista y a Jack y grité, procurando superar el estrépito:

—¡Estaremos atrapados si nos quedamos! ¿Puedes andar?

—Correré.

Disparé a dos guardias y nos abrimos camino entre la multitud.

SANG KI PARK

Sang Ki Park se sentía benévolo con el enemigo que tenía delante. El hombre bajó la cabeza respetuosamente y se presentó.

—Me llamo Samuel Rojas. Aquí tiene a su gente.

Estaban haciendo el intercambio en una cantera abandonada a pocos kilómetros al norte del lago Salton. Rojas hizo un gesto hacia el camión grande que tenía detrás, del cual ya iba saliendo gente. Los hombres de las tres furgonetas más pequeñas ayudaban a salir a la gente de Park del camión.

Park los inspeccionó en cuanto los hubieron descargado. Luego se quedó el camión para transportarlos.

—¿No tienen que entregarnos a una señora? —preguntó Rojas.

Sang Ki Park levantó la mano. La mujer salió del asiento trasero de su BMW, pero no siguió andando. No se lo permitieron.

Park parecía tranquilo mientras la gente que habían traído de Corea se reunía en un grupito pequeño, pero no lo estaba. En realidad buscaba a su primo. Estaba ansioso por acabar con todo aquello. Su tío esperaba en el motel, y no quería hacerle esperar demasiado. Su tío no era un hombre paciente.

No costaría tanto desembarcar a veintitrés personas. Un par de minutos, tal vez. Ciertamente, no más de tres.

Park frunció el ceño. Veintidós personas se arremolinaban ahora en un grupo ante él. Ninguno de ellos era su primo.

Estaba a punto de decir algo cuando dos hombres sacaron un cadáver del camión y lo colocaron en el suelo, a pocos metros de distancia.

Sang Ki Park miró la cabeza aplastada de su primo, Kwan Min Park.

Se sentía muy cansado, pero, al mismo tiempo, también lleno de una rabia tan intensa que habría podido alimentar el corazón de un dragón.

—¿Podemos llevarnos a la señora ya? —preguntó Rojas.

Park lo miró. Luego se volvió y fue andando hacia Megan Orlato. Cuando llegó a su lado, sacó una pistola Sig Sauer de su chaqueta y le pegó un tiro en la cabeza.

En ese momento, catorce soldados del Ssang Yong Pa salieron de sus escondites ocultos y abrieron fuego con armas automáticas: mataron a Samuel Rojas y a los siete hombres que habían ido con él.

Una vez terminada la matanza, Park hizo que volvieran a subir a los veintidós empleados en el camión, junto con el cuerpo de su primo, y se alejaron.

NANCIE STENDAHL

Quinientos metros por encima del desierto, y situando el punto negro de Jon Stone, Nancie Stendahl se ajustó los cascos.

—Dilo otra vez.

—Vuele hacia dos, cero, cero —repitió Mo.

El piloto desvió el helicóptero unos pocos grados al oeste, más lejos aún por el desierto, hacia el sur, rumbo sudoeste.

Nancie llevaba a cuatro personas con ella en aquel vuelo: el piloto y Mo (con su ordenador mágico) en los asientos delanteros; JT y el coordinador del SRT (llamado Stan Uhlman), atrás. Los dos equipos de SRT permanecían a treinta kilómetros de distancia, esperando indicaciones.

La voz de Mo volvió a llegar por los auriculares.

—Nueve kilómetros.

—Ahí no hay carreteras. ¿Qué coche lleva? —preguntó Uhlman.

—Un todoterreno. Es rojo —respondió Nancy.

Uhlman parecía indeciso.

—No sé...

—Seis kilómetros. Deberíamos verlo pronto, si está aquí. Se ha parado.

Mo sonrió por encima del hombro.

—¿Qué cree, jefa? ¿Tenemos ya a su chico?

—¿Todavía puedes leer la segunda señal?

—Sí, señora, la leo.

Nancie le devolvió la sonrisa.

—Sí, puede que el señor Stone hallara el transmisor de cebo, pero apuesto a que no encontró el segundo. Así daremos con él.

JT señaló más allá del piloto.

—Hay una carretera. Tengo una carretera.

—Un kilómetro y medio. Menos —dijo Mo.

Nancie miró por encima del hombro de Mo y vio el punto negro en su ordenador. Luego observó por la ventanilla. Fuera, en mitad de la nada, el mapa gráfico no proporcionaba ningún hito visual para orientar el punto. Lo único que veía era el punto.

—Ahí. ¿Qué es eso, camiones? —preguntó Uhlman.

El piloto inclinó el morro del aparato, bajó cuatrocientos pies y cogió velocidad.

—Ay, Dios mío... —exclamó JT.

—Más cerca —dijo Nancy.

El piloto inclinó el helicóptero de lado, bajó doscientos pies y rodeó el escenario.

—Veo tres camionetas y multitud de cadáveres —apuntó Uhlman.

—Nueve —intervino JT—. Veo ocho varones adultos y una mujer adulta. Ningún todoterreno. Ningún todoterreno rojo. ¿Jefa?

—Llama al equipo especial. Pide al *sheriff* que asegure el terreno.

—¿Y nosotros? ¿Quiere que aterricemos?

Nancie miró los cuerpos con los prismáticos. Ninguno era Jack, ni tampoco Jon Stone. Ninguno se movía ni mostraba señal alguna de vida.

—¿Hacia dónde se dirige la segunda señal? —preguntó.

—Uno, uno, cero.

—Vuele hacia uno, uno, cero.

De inmediato, el piloto puso rumbo hacia el norte, hacia Coachella.

ELVIS COLE

El vestíbulo y la cantina eran un caos de gente que corría, se escondía y lloraba. Los prisioneros no comprendían lo que estaba ocurriendo ni sabían adónde ir. Por su parte, los guardias también estaban confusos, cosa que probablemente nos salvó. No

sabían quién estaba disparando ni por qué, y supusieron que los estaban atacando los federales. En aquel momento, les entró el pánico, igual que a los prisioneros, y solo pensaron en salir corriendo. Únicamente dos guardias intentaron detenernos, y las dos veces yo fui el primero en apretar el gatillo.

Jack lo intentaba con todas sus fuerzas, pero andaba débil y tambaleante, muy lento. Estaba claro que necesitábamos un vehículo, de modo que pasamos a través de la cantina, hacia el garaje.

Atravesamos la cantina, después de las oficinas. Habíamos girado hacia el garaje cuando Jack Berman se cayó. Me incliné para levantarlo. Entonces Medina salió de una sala adyacente con una escopeta. Sonreía, pero sus dientes habían desaparecido y su boca destrozada estaba llena de sangre.

Acomodó la escopeta en su hombro..., pero justo en ese momento Joe Pike apareció por una esquina y le disparó.

Medina cayó completamente flácido. Aun así, Pike le volvió a disparar. Dejó caer sus cartuchos vacíos, llenó un cargador rápido y me miró.

—Te encontré —dijo.

No hablaba con Medina.

Le devolví la sonrisa y llevé a Jack hacia el garaje, medio a rastras.

—El garaje. La única salida.

—¿Este es amigo tuyo? —preguntó Krista.

—Sí.

Pike nos llevó detrás de las últimas oficinas, hacia el garaje. Los guardias habían cogido los coches, así que el garaje estaba vacío.

—¿Algún vehículo? El chico no puede andar.

—Adelante, al otro lado de la calle.

De los árboles venían disparos aleatorios. Oí fuego de armas automáticas detrás de nosotros. Me pregunté si sería Stone.

Pike y yo llevamos a Jack entre los dos. Salimos corriendo, directamente por el camino de grava, mientras el fuego iba disminuyendo detrás de nosotros. Cruzamos la calle y fuimos al todoterreno de Pike, que estaba aparcado detrás de un antiguo camión de riego.

—Puedo andar. Estoy bien —dijo Jack.

Le ignoramos.

Pike desbloqueó el todoterreno. Krista abrió la puerta de atrás y metimos a Jack en el interior.

—Tenemos que llevar a este chico al hospital. Krista, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien.

Hice una seña a Pike.

—Salgamos de aquí antes de que nos entretenga la policía.

Pike cerró la puerta. Entonces Ghazi al-Diri salió de detrás del viejo camión. Llevaba una escopeta corta y se le había deshecho la coleta. El pelo le colgaba suelto

sobre los hombros.

—Joe, este es Ghazi al-Diri, el Sirio —dije.

El hombre levantó la escopeta.

—Dejad las llaves y salid. Quiero el coche.

Sus hombres debían de haberle quitado los automóviles; le habían dejado sin ninguno.

—Jódete. Tenemos que llevar a mi novio al hospital —exclamó Krista.

El Sirio apuntó y disparó.

—¡Salid u os mato!

Un rugido estruendoso de arma automática levantó salpicaduras de tierra a sus pies. La escopeta giró perezosamente y se le cayó.

Cesó el rugido. Stone apareció a la carrera y echó a Al-Diri boca abajo en el suelo, apretando una rodilla contra su cuello.

Me hizo una seña.

—¿Estás bien?

—Estoy bien.

—¿Y el chico?

—En el todoterreno. Tenemos que llevarlo al médico. Stone tocó con la boca del M4 la coronilla de Al-Diri.

—Id. Este es mío. Atended al señor Berman.

Y eso hicimos.

NANCIE STENDAHL

El punto negro no se movía. Nancie esperaba que fuese buena señal. Stone probablemente había aparcado. Y si Stone estaba cerca de Jack, ella también estaba cerca de su sobrino.

—Tres kilómetros, dirigiéndose a cero, ocho, cero —anunció Mo.

Las cinco personas que iban en el helicóptero miraron en la misma dirección, al mismo tiempo. Granjas. Rectángulos de verde pintados en la arena gris del desierto.

—Un kilómetro y medio. Justo delante de nosotros.

El piloto inclinó el morro y bajó trescientos pies.

—El que vea un todoterreno rojo, por favor, que levante la mano —dijo Uhlman.

—Cuatrocientos metros. Tres, dos, uno, estamos justo encima.

—¿Qué son eso, palmeras? —preguntó JT.

—Es una granja de dátiles —contestó Mo—. Parece desierta.

—Más bajo —ordenó Nancy.

El piloto descendió doscientos pies e hizo una pasada lenta. No vieron movimiento alguno, ni vida. Tampoco cuerpos.

—Estamos justo encima —informó Mo—. ¿Ves ese edificio? Está aparcado en

ese edificio.

—Veo cinco edificios. ¿Cuál de ellos? —preguntó Nancy.

—Al final. El primero desde la entrada.

—Toma tierra —ordenó ella.

El piloto bajó en una zona plana, al oeste de la arboleda, bastante lejos de los árboles. Nancie, Mo, JT y Stan bajaron juntos, mientras el rotor aún giraba. El piloto se quedó en su vehículo.

Estaban a treinta metros del edificio cuando sonó el móvil de Nancie.

—Nancie Stendahl.

—Siga andando.

—¿Quién es?

—¡Ya sabe quién! Soy demasiado guapo para olvidarse de mí.

Ella no pudo controlarse.

—¡Jon Stone!

—Jack está a salvo.

Nancie se detuvo, de modo que Mo y Stan Uhlman chocaron con ella.

—Dígame, ¿dónde está?

—Ingresó en el Centro Médico Regional Coachella hace una hora. Urgencias. Vaya a verle cuando acabe ahí. Lléveselo a casa.

Nancie miró el edificio.

—¿Qué quiere decir con eso de acabar aquí? ¿Qué hay aquí?

—Un regalo. ¿Encontró mi primer regalo?

—¿Mató usted a toda esa gente? —No, señora, no fui yo. Siga andando.

—¿Qué coño cree que está haciendo? ¿Quién mató a todas esas personas?

—Siga. La llamaré dentro de un rato y le explicaré lo que falta.

—¿Cómo ha conseguido este número? Es mi número personal.

—Vaya a ver. Un regalo de mi parte.

Ella bajó el teléfono y se acercó al edificio, cada vez más deprisa, pero se detuvo en seco cuando llegó a la puerta. En el suelo había un hombre atado, de pies, manos, piernas y tobillos. Un trozo de cinta adhesiva le cubría la boca. Llevaba el pelo largo y negro todo alborotado alrededor de la cara, y la miraba con rabia. Ella le observó y luego se acercó lentamente.

—¿Es usted Ghazi al-Diri?

Cogió una punta de la cinta adhesiva y la arrancó de un tirón.

—¿Es usted Ghazi al-Diri?

—¿Quién es usted?

Ella sonrió y le enseñó su insignia.

—Soy la persona que quiere hablar con usted.

Le tapó de nuevo la boca con la cinta, volvió con los demás y pidió más refuerzos de los equipos especiales.

ELVIS COLE

El personal de Urgencias dejó que Krista se quedara con Jack mientras le examinaban. Me dijeron que no tardarían mucho rato, así que llamé a Nita Morales desde la sala de espera, mientras Pike me observaba. Usé su teléfono. La única persona que había allí, además de nosotros, era una señora anciana con un rosario en la mano que miraba al infinito.

—Ella está a salvo. La llevo a casa —dije.

Nita se quedó callada. Le dejé que disfrutara de esos momentos, porque son personales y preciosos, y al cabo de unos segundos oí que sollozaba suavemente.

—Gracias. Ya sabía que usted..., sabía que usted era...

—Sssh. Vale. Ella está conmigo. La voy a llevar a casa.

—Quiero hablar con ella.

—Haré que se ponga, pero antes quiero contarle dónde ha estado y lo que ha tenido que pasar. Ahora está con Jack, de modo que puedo hablar con libertad.

Un toque de hielo le astilló la voz. Lo noté desde cientos de kilómetros de distancia.

—¿Fue él quien la metió en esto?

Suavicé mi voz, para que sonara tranquilizadora. Comprendía muy bien por lo que había pasado.

—No, Nita, no fue así. Ahora está con él porque le hemos traído al hospital de Coachella. Se va a poner bien, pero resultó herido de gravedad cuando intentaba protegerla.

Le conté todo lo que sabía acerca de lo ocurrido mientras Krista había estado en poder de la gente de Dennis Orlato. Tenía la sensación de que si le daba tiempo a Nita para que superase sus miedos, todo sería más fácil cuando ella y Krista hablasen.

Pike y yo todavía estábamos esperando veinte minutos después, de modo que le pregunté a un enfermero si Jack estaba aguardando a que lo examinaran. Cuando el enfermero me dijo que el examen había acabado hacía un cuarto de hora, le dije que le pidiera a Krista que saliese.

Ella se movió inquieta cuando me vio.

—Quieren que vaya a un médico que esté más cerca de su casa, pero se va a poner bien. Ha llamado a su tía. Quiero esperar con él hasta que llegue.

—Puede esperar solo a su tía. Yo te llevo a casa.

—Me quedo. Él no tiene a nadie aquí. Creo que debería quedarme.

—Nos vamos a casa. Esto no habrá terminado hasta que vuelvas a tu casa.

Me la habría llevado a la fuerza si se hubiese negado, pero no lo hizo. No quería

dejar a Jack, pero también necesitaba a su madre.

Ninguno de los tres dijo apenas nada mientras volvíamos en coche a Los Ángeles. Era un día claro y hermoso. Había poco tráfico. Krista iba detrás. Habló en voz baja unos pocos minutos con su madre, pero casi todo lo que oí fueron respuestas cortas: sí o no. Había sobrevivido y ahora estaba exhausta, ya no daba más de sí. A veces cuesta unos pocos días; a veces, más tiempo. Le devolvió el teléfono a Pike y no dijo nada más hasta que entramos en Banning Pass. El desierto estaba detrás de nosotros y se alejaba mucho más allá.

—Solo quería ver —dijo ella.

—No ha sido culpa tuya. Ha sido culpa de ellos, del Sirio, de Orlatto, de la gente que ha hecho esas cosas horribles. Lo hicieron ellos, no tú.

Al cabo de un rato oí que se sorbía la nariz. Alargué la mano hacia atrás y le cogí la suya.

Cuando llegamos a la ciudad, llamé por teléfono a Nita para decirle que estaríamos allí al cabo de cinco minutos. Nita y veinticinco o treinta personas más estaban esperando fuera cuando llegamos. Todos llevaban una camiseta en la que se podía leer: ELVIS COLE. AGENCIA DE DETECTIVES. EL MEJOR DETECTIVE DEL MUNDO. Se habían pasado las dos últimas horas haciéndolas.

Nita abrazó a Krista. No la soltaba. Lloraba tanto que temblaba. Más allá, entre la multitud, el chico alto de anchos hombros a quien había conocido el primer día me llamó:

—¡El hombre de la revista!

Levantó el pulgar, sonriendo.

A continuación, Nita me abrazó y lloró aún más fuerte.

—Dios le bendiga. Dios le bendiga por esto. Se lo debo todo. Le debo mi vida.

Le devolví el abrazo, más fuerte de lo que había abrazado jamás a nadie. Luego Pike me llevó a casa. Cogimos la autopista de Hollywood hacia el norte, hacia el Cahuenga Pass, y después por Mulholland a lo largo de la cresta, a Laurel. No creo que dijésemos ni diez palabras, cosa normal para Pike, pero no para mí. Era lo mismo que le pasaba a Krista: a veces esas cosas cuestan cierto tiempo.

Bajamos por Woodrow Wilson hasta mi callecita, dimos la vuelta a la última curva y vi mi casa. Sonreí. Suelo hacerlo cuando la veo.

Aparcamos enfrente del camino. Atravesé la cochera y entré por la puerta de la cocina, que es como entro siempre en casa, pero esta vez había algo distinto. Examiné el coche.

—Está limpio.

Pike tocó su piel amarilla.

—Necesita cera.

—¿Lo has lavado?

—Lo he aclarado un poco.

Frunció el ceño al mirar su todoterreno y se dio la vuelta. Había acabado con

algunas abolladuras y rascaduras en el desierto, y tenía una gruesa capa de polvo encima.

Llegué hasta la puerta y me di cuenta de que no tenía las llaves.

—No tengo llave.

Pike abrió.

Mis llaves, mi móvil y mis cosas seguían en el mostrador, donde las había dejado.

—¿Quieres una cerveza? ¿Algo de comer?

—Agua.

Saqué dos botellas de agua del frigorífico y nos las bebimos, apoyándonos en el mostrador. En ese momento, entró mi gato. Ronroneó cuando me vio, parpadeó a Pike y luego se frotó contra mi pierna.

—Eh, colega —dije.

Él se hizo un ocho entre mis tobillos, se fue hacia Pike y se tiró al suelo.

Respiré hondo. Bebí un poco de agua y respiré otra vez. Miré a Pike.

—Gracias.

Él sacó algo de su bolsillo y me lo dio.

—Te dejaste esto.

Sonreí al ver el pequeño Pepito Grillo y lo puse encima del mostrador. Nita me dijo que se lo devolviera cuando encontrase a su hija. Lo haría. Es cierto: los sueños pueden hacerse realidad.

Quería ducharme. Tenía ganas de cepillarme los dientes, pasarme el hilo dental, afeitarme y quitarme aquella ropa que olía a sangre, tortura y muerte. Quería dejar atrás el desierto, pero algunas cosas son más importantes.

Cogí el cubo de plástico que guardaba en el lavadero, un poco de jabón y unos trapos y los saqué fuera. Pike y el gato me siguieron.

Llené de agua el cubo, empapé un trapo y me puse a trabajar, a lavar el todoterreno de Pike. Lo froté bien fuerte para quitarle el polvo del desierto. Pike cogió un trapo y se unió a mí. El gato se agazapó debajo de mi coche y se quedó mirando.

Lavamos el polvo y la suciedad, pero el desierto había causado rozaduras y abolladuras en la pintura que ahora formaban parte del todoterreno, y así debía ser. Se llenarían de cera a lo largo del tiempo. Al final, gracias al brillo, ni se notarían.

Aquel día llegaría, con trabajo y paciencia. Pike lo sabía, y yo también.

Lavamos su viejo todoterreno y le sacamos brillo a su piel. Dejamos el coche lo mejor que pudimos. Igual que todo lo demás.

AGRADECIMIENTOS

El equipo de Producción de Putnam ha hecho lo imposible para que este libro llegase a ver la luz. El autor se disculpa por comprometer sus plazos, y les da las gracias por los hercúleos esfuerzos que han hecho a su favor, sobre todo a Meredith Dros.

Corregir es una labor que a menudo resulta poco agradecida y se realiza en circunstancias difíciles. Patricia Crais trabajó en un manuscrito en cambio constante, cosa que la obligaba a rehacer y revisar su propio trabajo durante demasiadas noches sin dormir. Gracias.

Neil Nyren e Ivan Held son el Tor y el Odín de los editores. Ningún editor habría mostrado más valor, fe y apoyo que ellos. Son perros de guerra.

Las traducciones del inglés al árabe me las proporcionó David Coronel. Las del inglés al coreano se las debo a Ahsley An y Jae-Jin Kim. Gracias a todos ellos.

Gracias a Aaron Priest, como siempre, por respaldarme e impulsarme hacia delante.